

BREVIARIOS DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



EL TORO DE MINOS

# EL TORO DE MINOS

*por* LEONARD COTTRELL

Traducción de Margarita Villegas de Robles

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA México

Primera edición en inglés, 1953

Segunda edición en inglés, revisada 1955

Primera edición en español, 1958

Undécima reimpresión, 1995

Título original *The Bull of Minos*

© 1953, Evans Brothers Ltd, Londres

D R © 1958, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

D R © 1987, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S A DE C V

D R © 1995, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho-Ajusco 227, 14200 México, D F

ISBN 968-150750-3

Impreso en México

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar

## Cottrell, Leonard - El toro de Minos

---

en el mes de noviembre de 1995

en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IFPSA),

Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.

Se tiraron 3 000 ejemplares.

## ÍNDICE GENERAL

[Prefacio a la tercera edición](#)

[Prefacio a la segunda edición](#)

[Introducción del profesor Alan Wace](#)

[Prólogo](#)

[1. Homero y los historiadores](#)

[2. Schliemann el romántico](#)

[3. El "tesoro de Príamo"](#)

[4. "La áurea Micenas"](#)

[5. Pausa para reflexionar](#)

[6. "Aquí empieza una ciencia enteramente nueva"](#)

[7. Continúa la búsqueda](#)

[8. Preludio a Creta](#)

[9. Isla de leyenda](#)

[10. Se acepta el desafío](#)

[11. La gruta donde nació Zeus](#)

[12. "Y el asombro es cada vez mayor"](#)

[13. Dentro del laberinto](#)

[14. La Villa Ariadna](#)

[15. El palacio de los reyes del mar](#)

[16. "Las antiguas tradiciones eran ciertas"](#)

[Epílogo](#)

[Apéndice A: La segunda gloria de Micenas](#)

[Apéndice B: El "Everest" de la arqueología griega](#)

[Bibliografía](#)

[Índice de ilustraciones](#)

## Índice de ilustraciones

*(Las fotografías son de Cottrell, John Murray, Macmillan, Museo Ashmole y Methuen )*

1- Tumba "tholos" micénica (la "cámara del tesoro de Atreo")

2- Heinrich Schliemann y Sofía Schliemann, con las "joyas de Helena"

3- La puerta de los Leones, Micenas.

4- Las tumbas de fosa vertical, encontradas dentro de la ciudadela de Micenas.

5- *(Arriba)* Combate armado en un pequeño valle (obsérvese el escudo de cuerpo entero homérico). Sello de oro procedente de la cuarta tumba de fosa vertical, Micenas. *(Abajo)* joya de sardónice, procedente de Micenas, donde aparece un guerrero con escudo en forma de ocho.

6- *(Izquierda)* Poterna, Micenas. *(Derecha)* Entrada a la cisterna subterránea secreta, Micenas

7- Objetos encontrados en las tumbas de fosa vertical, Micenas.

8- Puñal con incrustaciones de oro, representando una escena de la caza del león (obsérvense los escudos de cuerpo entero homéricos).

9- Máscara de oro, procedente de las tumbas de fosa vertical de Micenas. (Schliemann creyó que era la máscara de Agamenón).

10- *(Arriba)* Vista desde la ciudadela de Micenas. *(Abajo)* Escena que al parecer representa el asesinato de Egisto y Clitemnestra por Orestes, sello encontrado en Micenas.

11- *(Izquierda)* Murallas ciclópeas, Tirinto. *(Derecha)* La "copa de Néstor".

12- Retrato de Sir Arthur Evans con el palacio de Cnosos al fondo.

13- Los "cuernos de la consagración", Cnosos. Al fondo el monte Jukta; por aquí llegaban los viajeros que venían del Sur (de Egipto).

14- *(Arriba)* El Salón del Trono, Cnosos. *(Abajo)* Almacén con jarrones de aceite en su posición original y los depósitos subterráneos, Cnosos.

15- El "Copero", fresco de Cnosos.

16- Una vasija minoica.

17- El pórtico septentrional, Cnosos.

18- Ejemplos de "keftiu" (pueblos del mar, probablemente cretenses) sobre los muros de tumbas egipcias.

19- El Salón del Trono restaurado, Cnosos.

20- La diosa-madre de Creta. Estatuilla de faenza. (Fitzwilliam Museum, Cambridge.)

21- Vista del cuarto principal, restaurado, de las habitaciones privadas de la reina. Colores: principalmente azul pálido, rojo óxido y ante. Las damas son reproducciones de los "frescos miniatura".

22- Damas de la corte de Minos.

23- Ejemplos de cerámica del Período Minoico Reciente (IB), adornados con temas marinos. Obsérvense el pulpo, el delfín, la estrella de mar y el argonauta.

24- Las copas de oro de "Vafeio". Escenas que representan la caza de toros salvajes.

25- (*Arriba*) El deporte minoico del "salto del toro", fresco del palacio de Cnosos que representa al acróbata saltando por encima del dorso del toro. El "toreador" de la derecha es una muchacha. (*Abajo*) Cómo realizaban esta hazaña los acróbatas.

26- Fresco del "joven príncipe" (a veces llamado el Rey-Sacerdote), Cnosos.

27- El Salón de las Hachas Dobles, Cnosos.

28- Ritón de esteatita con boxeadores.

29- (*Arriba*) La "zona teatral", palacio de Faestos. (*Abajo*) La gran escalinata de la entrada, palacio de Faestos.

30- (*Arriba*) Sala de audiencias, palacio de Faestos. (*Abajo*) El palacio de Faestos y la llanura de Messara, vistos desde la posada.

31- Palacio de Faestos.

32- (*Arriba*) El autor en Herácleo. (*Abajo*) Despedida de Creta.

Página 148: Reproducción de una tableta de Pylos.

Página 152: Tabla con los valores fonéticos sugeridos, correspondiendo a 68 de los 88 signos del sistema "Lineal B".

*Arribado [Teseo] a Creta, según se escribe  
y canta por los más, recibiendo de Ariadna,  
que de él se enamoró, el hilo, e instruido  
de cómo se podía salir de los rodeos del  
Laberinto, dio muerte al Minotauro...*

Plutarco, *Teseo*, XIX.  
(Trad. de A. Ranz Romanillos,  
Col. Universal,  
Madrid - Barcelona, 1919)

## **PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN INGLESA**

*Cuando escribí la primera edición de este libro, hace casi 20 años, no tenía idea de que su atractivo perduraría tanto tiempo, de que seguiría vendiéndose año tras año y de que sería publicado en unos diez idiomas. Pero al parecer el llamado de los griegos de Minos y de los micenios de Creta, que vivieron hace entre tres mil y cuatro mil años y crearon en el continente europeo civilizaciones comparables a la de Egipto en la época de su grandeza, es perenne, y cada generación de lectores con aficiones arqueológicas queda fascinado por ellas.*

*Creo asimismo que gran parte de su atractivo se halla en los personajes que allí figuran tan destacadamente, los grandes arqueólogos Heinrich Schliemann y sir Arthur Evans, el primero de los cuales descubrió la civilización micénica de Grecia, mientras que el segundo excavó y parcialmente reconstruyó el soberbio palacio minoico de Cnosos en Creta, hogar legendario del rey Minos. Además de Cnosos, otros dos palacios, en Festos y en Mallia, fueron descubiertos por arqueólogos italianos y franceses, y en años muy recientes un cuarto, en Kato Zakro, en el extremo oriental de Creta, que tenía nexos comerciales con Egipto y con el Oriente.*

*Estos hombres fueron los principales protagonistas, pero muchos otros sabios distinguidos han seguido contribuyendo a hacer historia, entre ellos el finado profesor A. B. Wace, con quien quedé en deuda de gratitud por haber leído mi manuscrito, por sus valiosas sugerencias y por haber escrito la introducción. Hay otra destacada personalidad, la del joven y brillante arquitecto Michael Ventris, también finado, quien, durante un período de 17 años, desde que él mismo tenía 17, logró hacer lo que docenas de sabios habían intentado sin éxito. Descifró el misterioso sistema de la escritura micénica al que Evans había llamado "Lineal B" para distinguirlo de un sistema de escritura similar pero diferente, el "Lineal A", que aun no ha sido descifrado. El sistema "Lineal B" resultó ser una forma primitiva del griego tal como lo hablaban los micenios (los "aqueos de hermosas grebas" de Homero), pueblo de habla griega que llegó a Grecia mil años antes que los griegos de la época clásica.*

*De todo esto trata mi libro The Lion-Gate, secuela de El Toro de Minos. Ventris, por desgracia, murió en un accidente automovilístico a la edad de 34 años.*



## **PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN INGLESA**

*Este libro fue planeado el año 1951, se escribió en 1952 y 1953 y se publicó a fines de 1953. Mientras se estaba imprimiendo, se produjeron en los medios arqueológicos del Mar Egeo varios acontecimientos notables que ya no fue posible incluir en la edición anterior, salvo en forma de un breve apéndice. Estos acontecimientos fueron el descubrimiento en Micenas de un círculo de tumbas completamente "nuevo", que contenía ricos tesoros de arte micénico, otros varios hallazgos notables fuera de las murallas de la Ciudadela debidos al profesor Wace, y por último, aunque no de menos importancia, el descifre parcial de la escritura minoico-micénica llamada "Lineal B", logrado por Michael Ventris.*

*Como la primera edición se ha agotado y otra está a punto de aparecer, he aprovechado la oportunidad para ponerla al día, añadiendo otros dos capítulos y revisando el resto del texto, sin alterar, naturalmente, el contenido esencial del libro, inspirado en una visita que hice a Grecia y Creta en la primavera de 1951. Los últimos descubrimientos, aunque han abierto nuevas perspectivas llenas de posibilidades, no afectan la parte histórica de la narración y en realidad no es posible apreciar debidamente el significado de estos descubrimientos hasta haber estudiado las conclusiones a que llegaron Schliemann y Evans.*

*Antes de seguir, quiero expresar mi gratitud a los autores cuyas obras han servido para documentar este libro.*

*Cualquiera que intente escribir un libro sobre el desarrollo de la civilización minoica tendrá que recurrir a la gran obra de Sir Arthur Evans, The Palace of Minos. Por lo tanto, mi principal deuda de gratitud es con los ejecutores literarios de Sir Arthur, la Imprenta Clarendon, y la Editorial Macmillan, que me permitieron no solamente tomar citas del libro, sino también reproducir algunas de las notables láminas ilustrando distintos aspectos de la cultura minoica, que tanto abundan en él.*

*Estoy también muy agradecido a la British Broadcasting Corporation que me proporcionó la oportunidad de visitar Grecia y Creta en relación con mis programas documentales de radio sobre Heinrich Schliemann y Sir Arthur Evans.*

*Tampoco quiero dejar de expresar mi gratitud al profesor Alan Wace, por revisar mi manuscrito, por sus valiosas sugerencias y por su introducción.*

*Entre los muchos textos consultados que figuran en la biblioteca al final de este libro, me han sido de especial utilidad la vida de Schliemann, de Emil Ludwig, y las obras del propio Schliemann, en especial Ilios con sus interesantes detalles autobiográficos, y los escritos de Schuchhardt, Dörpfeld y Karo.*

*Para los datos personales de la vida de Sir Arthur, la fuente más completa y autorizada es Time and Chance, escrito por su hermanastra, la Dra. Joan Evans, y publicado hacia fines de la segunda Guerra Mundial. Quiero expresar también mi agradecimiento a Sir John Myres que, a los ochenta años ya cumplidos, tuvo la bondad de recibirme en su casa de Oxford, proporcionándome impresiones personales sobre su amigo íntimo que nunca hubiera podido obtener si me hubiera tenido que basar exclusivamente en lo que se ha escrito sobre él.*

*Después de The Palace of Minos, el estudio más completo y ameno sobre la civilización prehistórica de Creta es sin duda la Archaeology of Crete, de John Pendlebury. Conocí la obra de Pendlebury gracias a H. W. Fairman, profesor de egiptología en la Universidad de Liverpool, que había hecho excavaciones con Pendlebury en Egipto, en Tell-el-Amarna, la ciudad de Akhenaton. Después de mi visita a Tell-el-Amarna en 1947, sentí el deseo de conocer Cnosos, donde Pendlebury había desempeñado el cargo de conservador durante una porción de años. Cuando al fin realicé mis deseos y estudié el Palacio de Minos con la "Guía" de Pendlebury en la*

*mano, recordé con pena al joven erudito que tanto amó al pueblo de Creta. Fue uno de los dirigentes de la Resistencia cretense y murió en la contienda. De haber vivido quizás habría llegado a ser un sucesor digno de Evans, que lo quería y respetaba.*

*Deseo igualmente expresar mi gratitud al personal de la Escuela Británica de Atenas, que se encargó de hacer las gestiones necesarias para mi visita a Cnosos, y al personal de la Escuela en Londres, en particular a su Secretaria, la competente Miss Edith Clay. Me siento también muy agradecido al Dr. Frank Stubbings, profesor de Literatura Clásica en Cambridge, por sus orientaciones de tipo profesional.*

*Salvo dos excepciones, todas las citas de la Ilíada y la Odisea son traducciones de la moderna versión de E. V. Rieu, publicada en la colección "Penguin".*

*Finalmente, deseo dar las gracias al señor y a la señora Piet de Jong por su ayuda y hospitalidad. Piet de Jong fue el último conservador inglés de Cnosos antes de ser entregada esta zona arqueológica, junto con la Villa Ariadna, a las autoridades griegas en 1952. En 1922, Sir Arthur Evans lo había nombrado su arquitecto. El difícil y abnegado trabajo que de Jong y su esposa realizaron para remediar las consecuencias del abandono del palacio durante la época de la guerra, no fue la menos importante de sus obras. De haber vivido todavía Sir Arthur, sin duda habría sido él primero en felicitar a su antiguo arquitecto. Por lo tanto, yo, como un observador desinteresado, deseo hacer constar el hecho de que, cuando el Palacio de Minos fue al fin entregado a las autoridades griegas, la excelente condición en que se encontraba, al igual que la de la Villa Ariadna, se debía principalmente a este modesto hombre de Yorkshire y su esposa que tuvieron que hacer frente a las dificultades de la posguerra, que felizmente no tuvo que padecer Sir Arthur.*

LEONARD COTTRELL

## INTRODUCCIÓN

Uno de los descubrimientos más importantes de los últimos ochenta años ha sido sin duda el de la civilización de la Grecia prehistórica, la civilización egea como se la suele llamar. Antes de 1870 la historia de Grecia empezaba aproximadamente con la Primera Olimpíada en el año 776 antes de Cristo. Todo lo anterior a esta fecha era legendario y mítico. La Edad de Homero, así como los héroes homéricos y sus ciudades, eran también considerados como parte de una historia fantástica.

Ahora, gracias a la investigación arqueológica, la historia de Grecia ha retrocedido más allá del principio del tercer milenio antes de Cristo. La Primera Olimpíada ya fue posterior al principio de la Edad de Hierro. La arqueología ha reconstruido la historia griega antes del principio de la Edad de Hierro, abarcando también toda la Edad de Bronce e incluso la época neolítica hasta los albores de la civilización.

Estos conocimientos se deben al trabajo de los sabios de muchas naciones, pero principalmente a las geniales investigaciones de dos hombres Heinrich Schliemann y Arthur Evans. La historia de sus descubrimientos parece una novela. Schliemann, el modesto recadero que se convirtió en una gran figura del mundo mercantil, soñó desde sus días escolares con descubrir Troya y demostrar que los poemas de Homero tenían una sólida base histórica. Solía afirmar que había descubierto un mundo nuevo para la arqueología, pero no pudo ver en vida todo su alcance. Sus excavaciones de Troya, Micenas y Tirinto han abierto un campo casi ilimitado para la investigación. Sus colaboradores y discípulos, fueron poco a poco completando los detalles que faltaban. Más tarde, diez años después de la muerte de Schliemann, Evans, con sus excavaciones de Cnosos en Creta, reveló otro aspecto de este nuevo mundo, un aspecto de un esplendor insospechado. Evans hizo sus descubrimientos inspirado por el convencimiento de que una cultura tan brillante como la de Micenas no pudo ser muda. Estaba seguro de que los creadores de la gran cultura prehistórica de Grecia que Schliemann había descubierto y cuyo esplendor perdura en los poemas homéricos, tenían que haber conocido la escritura. Continuando la gran obra de Evans en Cnosos, otros han excavado en Creta y, en los últimos años, con las nuevas excavaciones en Tirinto y en Micenas, y el descubrimiento de la Casa de Cadmo en Tebas y del Palacio de Néstor en Pylos, donde se ha hallado gran número de tablillas de arcilla con inscripciones, el continente griego se ha convertido de nuevo en un centro de gran interés. En el verano de 1952 se excavó otro círculo de tumbas, una generación más antigua que el de las tumbas reales que Schliemann descubrió en 1876 y se encontraron tablillas en una casa particular con inscripciones que confirman nuevamente la verdad de la hipótesis de Evans.

En tiempos pasados primero Troya y después Creta fueron consideradas como las fuentes más antiguas para la historia de Grecia, pero en vista de las excavaciones realizadas en el continente griego durante los últimos treinta y cinco años, la solución del problema de la llegada de los griegos y el comienzo de la civilización griega y europea debe buscarse en el mismo continente de Grecia, donde, aunque muchos detalles están aún por aclarar, la estratificación arqueológica principal es ahora indudable. La historia de Grecia empieza con una Época Neolítica que termina como unos 3000 años a. C. Sucede a ésta la Edad Antigua de Bronce, cuando un pueblo que ya conocía el bronce, emparentado con los primeros habitantes de Creta y de las Cícladas, entró en Grecia por las costas del sudeste. Aparentemente, este pueblo no era indoeuropeo e introdujo en Grecia muchos nombres de lugares y plantas que terminan en —nthos, —ene, —ssos; lugares con nombres tales como Korinthos, Mykene, Parnassos, y nombres de plantas como *terebinthos* y *kolokyntos*, y otros

nombres como *labyrinthos* y *asaminthos*. No mucho después del año 2000 a. C. apareció en Grecia un nuevo pueblo que se cree fueron los primeros griegos que penetraron en Hélade. No sabemos de dónde llegaron, pero es posible que vinieran por los Dardanelos. Del mismo modo que las gentes de la Antigua Edad de Bronce parece que se fusionaron con el pueblo neolítico, este pueblo de la Edad Media de Bronce, los primeros griegos, se mezcló también con los habitantes anteriores. Así, a fines de la Edad de Bronce Media, poco después de 1600 a. C., la población de Grecia era ya una raza mixta, aunque probablemente con la llegada de nuevas corrientes de tribus griegas la proporción de los griegos aumentaba constantemente.

Entre la Edad de Bronce Media y la Edad de Bronce Reciente, que empieza alrededor de 1580 a. C., no hubo salto repentino sino simplemente una lenta evolución de una fase a otra. La característica principal que marca el comienzo de la Edad de Bronce Reciente es la influencia que entonces ejerció en el continente la civilización minoica de Creta. Al parecer durante la Edad de Bronce Media, el contacto directo entre el continente y Creta fue insignificante. Poco a poco, hacia el final de la Edad de Bronce Media, la influencia de Creta fue haciéndose cada vez más marcada y al principiar la Edad de Bronce Reciente el continente había adaptado y adoptado mucho de la cultura minoica. Con el comienzo de la segunda fase de la Edad de Bronce Reciente (Minoico Reciente II y Heládico Reciente III, 1500-1400), parece que se estrecharon mucho las relaciones entre Cnosos, cuya cultura era por entonces notablemente diferente de la del resto de Creta, y el continente. Esto no quiere decir que Cnosos colonizara o ejerciera una dominación política sobre el continente. No cabe duda de que en la cultura del continente por aquella época existía una gran influencia de origen cretense, pero también en la cultura de Cnosos se encuentran muchos elementos del continente. La exacta relación que prevalecía entonces entre Cnosos y el continente sería investigada y definida más adelante. En la última fase de la Edad de Bronce Reciente (1400 hasta la última parte del siglo XII a. C.) después de la destrucción del Palacio de Minos en Cnosos, alrededor del año 1400 a. C., Micenas y el continente se convirtieron en la fuerza predominante del mundo egeo. Al finalizar el siglo XII, entre la Edad de Bronce y la Edad de Hierro tuvo lugar una transición que se distingue por un cambio gradual en la cerámica. Esta es la época cuando, según la tradición, entraron en Grecia los dorios.

No debemos dar por sentado que con la llegada de los dorios se produjera en Grecia un cambio racial o cultural. La cultura de la Edad de Hierro es una evolución natural de la última fase de la Edad de Bronce y entre las dos etapas hay un período de transición bastante amplio. Puesto que aceptamos que hubo griegos en Grecia desde el principio de la Edad Media de Bronce en adelante, resulta contradictorio suponer, como lo hacen algunos eruditos, que la historia y la cultura de Grecia no empiezan sino con la Edad de Hierro. Desde la Edad Neolítica en adelante, la historia y la cultura de Grecia estuvieron en un estado de evolución continua. La raza griega, los helenos, empezó a desarrollarse desde el comienzo de la Edad de Bronce Media. Fue una raza mixta formada por los pobladores neolíticos, los de la Edad de Bronce Antigua y las olas sucesivas de pueblos de habla griega que empezaron a llegar a Grecia durante la Edad de Bronce Media. Esta continuidad en el desarrollo de Grecia desde los tiempos primitivos es una de las muchas cosas que hemos aprendido siguiendo los pasos de Schliemann y Evans.

Así vemos como a través de la obra de dos exploradores geniales, se han añadido a la historia de Grecia por lo menos dos milenios, al mismo tiempo que nuestro conocimiento del desarrollo de la raza griega, a la que tanto debe nuestra civilización, se ha incrementado en un grado que supera a todas nuestras esperanzas.

En este libro el Sr. Cottrell relata la historia de los dos hombres a los que se debe esta tremenda expansión del conocimiento. Uno de ellos, Schliemann, no disfrutó de una verdadera educación, habiéndose preparado y formado por sí solo.

## Cottrell, Leonard - El toro de Minos

---

Como excavador abrió un nuevo campo de investigaciones, porque en su época la excavación arqueológica estaba aun en su infancia.

Como tantos iniciadores, para que reconocieran la importancia de sus descubrimientos, Schliemann tuvo que luchar con una falta de comprensión general. Durante algún tiempo fue como un profeta solitario clamando en el desierto. Hoy se reconoce universalmente el valor de sus descubrimientos así como su arrolladora importancia y las débiles voces contrarias pueden muy bien ser ignoradas.

Evans tuvo todas las ventajas propias de la educación que se impartía en su época en las escuelas publicas inglesas y en Oxford. Tuvo también la oportunidad de hacer estudios superiores en una universidad alemana. Sus aficiones arqueológicas las heredó en parte de su famoso padre y en parte fueron fruto de su propia inteligencia investigadora que por todo se interesaba. Desde muy joven demostró que tema disposición especial para los viajes de exploración, pero carecía totalmente de preparación adecuada para trabajos de excavación. Por eso fue tan extraordinaria la obra que llevó a cabo en Cnosos. Gracias a su educación, conocimientos y experiencia, supo exponer ante el mundo los resultados obtenidos, en tal forma que todos pudieron comprender la importancia de sus descubrimientos y apreciar su significado.

El Sr. Cottrell revela todo esto al lector, presentándolo con la amenidad de una novela de aventuras, que en realidad lo es. Esta labor de exploración erudita constituye efectivamente una aventura y debe relatarse como tal. Esperemos que esta obra del Sr. Cottrell, tan amenablemente escrita, estimule a otros jóvenes de esta generación y de las futuras a imitar a estos dos grandes hombres, Schliemann y Evans. Descubrieron un mundo para la arqueología y para los estudios clásicos, pero *si* mucho se ha aprendido, mucho queda todavía por aprender. Uno de los grandes problemas es el del lenguaje y el descifre de las tablillas de arcilla con inscripciones en la escritura llamada Lineal B. Si, como ahora creen los más distinguidos investigadores en esta materia, el lenguaje de las tablillas de Pylos, Cnosos y Micenas es griego, cuando se descifren nos descubrirán un aspecto enteramente nuevo del mundo minoico-micénico así como de los albores del griego y de los griegos, con cuyo genio estará eternamente en deuda toda la humanidad. El representante más grande de ese genio es Homero, el poeta supremo del mundo, cuyos inmortales poemas brillan con un resplandor más deslumbrante todavía a la luz de los descubrimientos de Schliemann y de Evans, realmente trascendentales.

*Prof. ALAN WACE*

## PRÓLOGO

Partí de Atenas a mediodía en el *Automotrice*, un tren Diesel bastante rápido que durante cuatro horas avanzó traqueteando a lo largo del rutilante Golfo de Salamina, atravesando valles de un verde esmeralda pálido, trepando por entre peladas colinas de piedra caliza gris, cruzando aldeas polvorientas rodeadas de oscuros cipreses semejantes a lanzas enhiestas. La luz era blanca e intensa, esa mágica luz de Hélade que lo mismo hace resaltar las estrías de una columna dórica que los duros rasgos del rostro de un campesino. Pasamos por Megara, cerca del lugar donde el héroe Jasón lanzó al mar al gigante Esciros (que se convirtió en tortuga), y después de recorrer millas de olivos retorcidos el tren aminoró la marcha y se detuvo en Nuevo Corinto.

Tuve que esperar más de una hora en la miserable estación de ferrocarril, que parecía haber sido ideada para acabar con todas las fantasías románticas que hubiera uno podido tener sobre Grecia. Sentadas en el sucio andén, lleno de papeles desperdigados, había unas mujeres de ojos tristes envueltas en informes ropas parduscas y unos cuantos hombres silenciosos, con gorras de paños y sin cuellos. Entre ellos se destacaba un joven taciturno con el rostro bello pero tenso y que representaba más años de los que debía tener. Había perdido una pierna en la guerra civil y andaba trabajosamente con muletas. Unas cuantas gallinas flacas picoteaban entre las vías y un chiquillo andrajoso recorría el andén con una bandeja llena de "souflakia", trozos de carne en broquetas de madera; pero tenía pocos clientes.

Así que aquello era Grecia. Me estaba bien empleado por mí egoísta preocupación por el pasado. ¿Qué otra cosa podía esperar en la Grecia de 1951? Invadida por los italianos primero y luego por los alemanes, para después, cuando otros países estaban ya en paz, verse envuelta en una amarga guerra civil, Grecia se encontraba ahora empobrecida y agotada. ¿Era aquel el momento indicado para que un insensato romántico viniera a husmear entre las ruinas? Así me reprochaba a mí mismo, lamentándome de no haber visitado el país en tiempos mejores, y de no tener el temperamento de un reportero contemporáneo capaz de dedicarse intrépida y entusiastamente a los problemas de este país en la actualidad.

Otro tren me llevó de nuevo al sur, arrastrándome lentamente alrededor de las faldas de la montaña de 600 metros de altura, sobre la que se levanta el Acrocorinto. El domo de piedra caliza que la forma, rematado por las ruinas del Templo de Atenea y por la ciudadela desde donde los antiguos corintios dominaban el Istmo, surgía dramático de la llanura, ya ensombrecida. Cuando su negra silueta se perdió de vista ya el sol se había puesto, y sólo alguno que otro grupo de luces revelaba una aldea perdida entre los pliegues de las colinas. Mis compañeros de viaje eran casi todos gente del campo. Las mujeres, la mayoría de negro, con pañuelos en la cabeza y grandes cestos descansando en sus regazos, charlaban entre sí, pero los hombres, curtidos por el sol, en general guardaban silencio. De cuando en cuando una pipa se apartaba de debajo de un bigote rizado y se oía una breve observación acompañada por el destello de unos fuertes dientes blancos. Enseguida la pipa volvía a su sitio, los brazos se cruzaban y los ojos oscuros bajo los negros turbantes circulares volvían a contemplar al extranjero, con indiferencia pero sin hostilidad.

Mientras los observaba empecé a sentirme más animado. Tan fascinantes eran aquellos rostros graves y pensativos que faltó poco para que me olvidara de apearme del tren al llegar a mi destino. Por casualidad al mirar por la ventanilla cuando el tren se había detenido ya cerca de un minuto, en un letrero iluminado por la luz amarillenta de una lámpara de petróleo leí el nombre de la estación. El nombre era Micenas. Al bajar la maleta de la rejilla y saltar del vagón, pensé en lo absurdo de la situación. Resultaba extraordinario ver estampado en el andén de una estación el

nombre de la orgullosa ciudadela de Agamenón, la "áurea Micenas" de Homero, la escena de la tragedia épica de Esquilo. Y, sin embargo, allí estaba el nombre y allí estaba yo en el andén, solo, contemplando cómo se hundía lentamente en la noche la luz roja del furgón de cola del pequeño tren.

Asomaba una luna llena, y los bosquecillos de olivos susurraban suavemente en la brisa nocturna, impregnada de un débil aroma de tomillo. Miré a mi alrededor buscando el coche que y mis amigos de Atenas me habían dicho que quizás estaría esperando para llevarme a la posada de Charvati, a unos tres kilómetros de distancia, pero no estaba allí. Así que echándome la maleta al hombro, me puse a caminar por el recto camino bordeado de olivos que conducía a unas colinas bañadas en la luz de la luna. Al empezar a andar me animé. Sin saber por qué tuve la sensación de que Micenas no me desilusionaría.

A través de los árboles brillaban unas cuantas luces. A lo lejos un perro ladró y otro contestó. Las colinas estaban ya muy cerca y podían distinguirse las casas de la aldea, desparramadas en sus faldas. Las casas quedaban a la izquierda del camino. A la derecha la llanura de Argos se extendía hasta el mar, que, aunque no lo podía ver, sabía que estaba a unos cuantos kilómetros. Me habían dicho que la posada se encontraba junto al camino, situada en un claro entre los árboles. ¿Sería aquel pequeño edificio oscuro, con la fachada lisa, sin una luz encendida? Sí, allí había un letrero colgado de un árbol junto al camino. Encendí mi linterna y leí "La Belle Hélène de Menelaus".

Si hubiera anunciado un gran hotel iluminado con luces de neón, dotado de un estacionamiento para coches y un portero de librea, el letrero de la posada habría producido un efecto presuntuoso y vulgar; pero no así, colgado frente a aquella casa sin pretensiones, en una aldea humilde. Llamé a la puerta, esperé, volví a llamar; la casa parecía desierta. No se oía ningún ruido en el interior y no se veía ninguna luz. En la lejanía volvió a ladrar un perro. Las adelfas se mecían en la brisa suave y otra vez me llegó el leve y fresco aroma del tomillo. Me sentí extrañamente alegre y lleno de expectación, y nada desanimado por aquella aparente indiferencia por mi llegada. Mis anfitriones atenienses me habían advertido que aunque habían enviado un telegrama al propietario de la posada no era seguro que le hubiera llegado a tiempo.

Entonces se oyeron unos pasos ligeros que cruzaban el vestíbulo y la puerta se abrió. Primero apareció un esbelto brazo blanco que sostenía en alto una lámpara de petróleo y a continuación la propietaria del brazo, que resultó ser una muchacha de unos veintitrés años, de tez blanca, boca grande bien dibujada, barbilla redonda y ojos oscuros y profundos bajo una frente tersa. Se detuvo por un momento contemplándome desde el escalón más alto. Estaba vestida como una campesina, con una sencilla túnica color crema y una chaquetilla escarlata echada descuidadamente por encima; pero su rostro era como el de las doncellas esculpidas en el pórtico del Erecteón en la Acrópolis ateniense. Aquello era absurdamente romántico: La llanura de Argos (a Helena de Troya la habían llamado la "Helena argiva"), el nombre en el letrero de la posada, el ambiente homérico.

Dentro había dos hombres y una mujer de más edad, al parecer madre de la muchacha que me había abierto. Era indudable que el telegrama no había sido recibido y que mi llegada los había encontrado desprevenidos, pero ahora, repuestos de la sorpresa, iban de un lado para otro de la casa, subían y bajaban las escaleras, entraban y salían del comedor a la cocina, ansiosos por atenderme. El más viejo de los dos hombres, alto, delgado y moreno, con la barba mal afeitada, parecía el encargado. Dio unas órdenes a gritos, y se trajeron lámparas al comedor pavimentado con losas de piedra, la muchacha extendió un mantel y puso la mesa y la madre subió precipitadamente las escaleras para prepararme la cama. El otro hombre, aparentemente hermano del primero, entró llevando un brasero de tres patas, con carbones encendidos, que colocó debajo de la mesa para que me calentara los pies. Al

ir a salir apresuradamente el del brasero, su hermano lo cogió por el brazo y señalándole dijo:

—¡Orestes!— y después, señalándose a sí mismo, añadió: ¡Agamenón!

Nos inclinamos y sonreímos. No me atreví a preguntar el nombre de la muchacha porque habría sufrido una gran desilusión si no se hubiera llamado Helena o Andrómaca. Volvió a entrar con mi comida: una soberbia tortilla, mi queso exquisito y una botella de vino color oro pálido, el familiar *retzina*, con un gustillo a resina, que se bebe por toda Grecia.

Terminada la cena me dediqué a dar vueltas por la habitación, examinando las fotografías de las paredes: fotos de la ciudadela de Micenas con la Puerta de los Leones, de sus ciclópeas murallas y de las enormes tumbas "tholoi" en forma de colmenas, que tantas veces había estudiado en Inglaterra en voluminosos textos. Me emocionaba la idea de que esas maravillas se encontraban escondidas entre las oscuras colinas, a menos de un par de kilómetros, y de que las recorrería al día siguiente. Sobre una mesa había un ejemplar del libro del profesor Wace sobre Micenas, recién publicado, con una dedicatoria de su puño y letra a mis amables anfitriones. Wace, según me habían dicho en Atenas, se había hospedado allí durante el año anterior mientras vigilaba su última excavación en Micenas.

Cuando hojeaba las páginas de Wace sentí que Agamenón, mi anfitrión, estaba a mi lado con el registro de la posada. Mientras sostenía el libro bajo la luz, me indicó con un dedo moreno una entrada en una de las páginas, fechada en 1942. Era una firma extranjera, difícil de descifrar al principio. Pero de pronto, con sobresalto, pude leer Hermann Goering. Mi anfitrión pasó unas páginas y me señaló otra firma Heinrich Himmler. Tomé el libro de su mano, me senté y leí atentamente todos los nombres registrados durante los primeros años de la guerra. Encontré también el de Goebbels, junto con otras muchas firmas de oficiales y soldados de las *Panzerdivisionen*, desde generales a soldados rasos.

¿Qué había atraído a los jefes nazis y a tantos soldados alemanes a aquel lugar? Habían ido a honrar la memoria de Heinrich Schliemann. Hacía ochenta años que el gran arqueólogo alemán había llegado allí después de sus triunfos en Troya, y excavando debajo de la ciudadela encontró tesoros que demostraban que la "áurea Micenas" de Homero había sido un calificativo apropiado. Schliemann había muerto hacia mis de cincuenta años y, sin embargo, su influencia todavía se hacía sentir. ¿No había tenido Schliemann la costumbre de dar nombres homéricos a sus obreros y de apadrinar a sus hijos a menudo? Indudablemente el Agamenón que ahora me miraba hojear el registro debió de ser uno de sus ahijados.

Ya acostado estuve un rato despierto, leyendo el libro de Wace a la luz de una vela, escuchando el suave rumor de la brisa nocturna y el intermitente croar de una rana. Cuando apague la vela estaba demasiado excitado para poder dormir. Una y otra vez mis pensamientos volvían al hijo del párroco de Mecklenburgo que creyó en la verdad literal de Homero; el hombre que convertido en comerciante por su propio esfuerzo, se hizo después arqueólogo y cuyo instinto demostró ser más eficaz que los conocimientos de los eruditos; ese personaje, exasperante, desconcertante y, sin embargo, simpático, con su extraña combinación de astucia e ingenuidad: el doctor Heinrich Schliemann. Y de Schliemann mi imaginación voló a Homero, el poeta que idolatraba y que le inspiró a llevar a cabo aquellos descubrimientos que causaron tal revuelo en los medios académicos.

Pero antes de poder comprender lo que Schliemann significó para los historiadores, es necesario saber algo del mundo académico en el que irrumpió el excéntrico alemán. A ese mundo y a su concepto de Homero, dedico mi primer capítulo.



## 1. HOMERO Y LOS HISTORIADORES

Probablemente no todos los lectores de este libro conocerán a fondo la poesía épica griega y las civilizaciones prehistóricas del Mar Egeo y muchos se encontrarán en ese nebuloso, pero grato estado del conocimiento imperfecto que yo mismo disfrutaba antes de dejarme arrastrar por el torbellino de la investigación homérica. Me refiero a esas personas que conocen las obras de Homero, bien en el original o en una de esas excelentes traducciones modernas (como las del señor E. V. Rieu, publicadas en la colección "*Penguin*"), que tienen alguna idea de la historia clásica griega, y que recuerdan que en cierta fecha del siglo pasado alguien desenterró la "Troya de Homero" y la "Micenas de Homero", demostrando así, para deleite de todos, que la *Ilíada* y la *Odisea* fueron "verdad". ¡Si los hechos fueran tan sencillos! Desgraciadamente no lo son.

Por otra parte, incluso los lectores que todavía no han leído al gran poeta épico de Grecia estarán familiarizados con las narraciones históricas o legendarias, incluidas por Homero en sus poemas. Sabrán cómo Paris, el príncipe troyano, robó a Menelao, rey de Esparta, su bellísima esposa Helena y cómo Menelao y su hermano Agamenón, "Rey de Hombres", condujeron las huestes aqueas contra Troya, a la que sitiaron durante diez años. Conocerán también la cólera de Aquiles, la muerte del héroe troyano, Héctor, la estrategia del Caballo de Madera, ideada por el astuto Ulises, que hizo posible el saqueo de la ciudad de Príamo. Estarán familiarizados con la historia del largo retorno a la patria del sufrido Ulises el Vagabundo. Todas estas leyendas forman parte de la rica herencia de leyendas europeas. En Inglaterra, como en otros países, los poetas, desde Chaucer hasta Louis MacNeice, se han inspirado en personajes y temas homéricos, como sin duda lo seguirán haciendo los poetas de la posteridad. Porque Homero, padre de la literatura europea, ha influido de algún modo en la manera de pensar y de hablar de todos nosotros, e incluso de aquellos que nunca han leído a conciencia ni una línea suya.

Hace menos de cien años el único conocimiento, si es que así puede llamarse, que se tenía de la historia antigua de Grecia era el que se podía obtener de la mitología griega, y en especial de los famosos poemas épicos de Homero: la *Ilíada* y la *Odisea*. Casi todo lo ocurrido antes del año 800 a. C. aproximadamente, era considerado como leyenda. El historiador George Grote por ejemplo, cuya monumental *History of Greece* se publicó en 1846, escribió en su prefacio:

...Inicio la verdadera historia de Grecia con la primera Olimpiada de que se tiene conocimiento, o sea, en el año 776 a. C. ...Pues la verdad es que los anales históricos propiamente dichos no empiezan hasta después de esta fecha. Al comprobar la extrema escasez de datos fidedignos correspondientes a los dos siglos que comienzan en el año 776 a. C., a nadie le sorprenderá que carezca de información válida con que reconstruir el medio griego en 900, 1000, 1200, 1300, 1400 a. C., o en cualquier otro siglo anterior que los cronistas hayan querido incluir en sus genealogías...

Las épocas que considero fuera de la órbita de la historia sólo pueden adivinarse a través de un ambiente diferente: el de la poesía épica y la leyenda. El confundir estos campos dispares es, a mi juicio, esencialmente antifilosófico.

Con tal severidad escribía el Sr. Grote, y no le faltaba razón, a la luz de lo que se sabía en aquel tiempo. Pues, aunque los griegos clásicos (600-300 a. C.) consideraban muchos de los poemas épicos como historia auténtica, no había nada en ellos que un historiador moderno pudiera considerar como prueba válida. Es cierto que en los poemas épicos a veces se describen personajes que parecen figuras históricas

convincientes, cuyas acciones a menudo tienen lugar en un marco geográfico específico, pero sin embargo están tan entremezclados con mitos y sucesos sobrenaturales que resulta casi imposible reconocer donde terminaba la leyenda y donde empezaba la realidad. Por ejemplo, Ulises el Vagabundo, durante la primera parte de su viaje de regreso de Troya a la patria, sigue una ruta que puede trazarse, isla por isla, en un mapa moderno y que demuestra el conocimiento que tenía Homero de la topografía del Egeo. Pero luego, el Vagabundo abandona el mapa real y penetra en el ámbito de la fantasía, donde sólo puede seguirlo nuestra imaginación, y visita la isla de Circe, la patria de los horribles lestrigones y el país de los cíclopes, llegando hasta el mismo Hades.

Desde luego la *Odisea*, la "primera novela de Europa", puesto que se trata indudablemente de una obra narrativa más o menos imaginaria, no es extraño que contenga muchos elementos propios de un cuento de hadas. Pero incluso la austera *Ilíada*, que relata el sitio de Troya, y que los griegos de los tiempos clásicos consideraban como historia auténtica, tiene sus ingredientes míticos. Los dioses intervienen en la guerra, se aparecen a los héroes y luchan en ambos ejércitos, aunque por lo general disfrazados de guerreros humanos. Algunos de los héroes son de ascendencia divina: Aquiles es hijo de Tetis, la ninfa marina, Helena es hija del mismo Zeus, Xanto, uno de los caballos de Aquiles, tiene el don de la palabra y anuncia a su dueño su muerte próxima. Pero hay que reconocer que estos son elementos secundarios en la narración que, en general, es austera y genialmente realista, y que sólo pudo haber sido escrita por alguien familiarizado con la llanura de Troya.

¿Quién fue este gran poeta en cuyas obras, para los griegos de la época clásica, estaba contenida la historia de sus antepasados? El historiador Herodoto, que vivió aproximadamente entre los años 484 y 425 a. C., creía que Homero había vivido unos cuatrocientos años antes de su época, o sea, alrededor del siglo ix a. C., aunque fuentes posteriores fijan la fecha aún más atrás, hacia el siglo xiii. En la actualidad se cree que la fecha de Herodoto es la más acertada. No existen biografías auténticas suyas, aunque se han urdido muchas leyendas en torno a su nombre. Varios lugares se disputan el honor de haber sido su patria Esmirna, Argos, Atenas, Salamina y Quío. Este último es el lugar más probable. La tradición insiste en que era un griego "jónico", o sea, uno de aquellos griegos que los invasores dorios expulsaron del continente (alrededor de 1000 a. C.) y que fundaron las colonias jónicas en la costa occidental de Asia Menor.

Un hecho es cierto: Homero, independientemente de que creara sus poemas épicos en los siglos viii, ix o x a C., recurrió a materiales mucho más antiguos procedentes del acervo de mitos, leyendas y cuentos populares que había llegado hasta él desde un remoto pasado. Sabemos también que gran parte de este material épico utilizado por Homero sobrevivió junto con los poemas homéricos hasta los tiempos clásicos. Esto puede ser demostrado por el hecho de que varias leyendas y cuentos a los que Homero alude solamente de paso fueron desarrollados posteriormente por poetas y dramaturgos en poemas épicos o dramas. Los historiadores llaman a este material que utilizaron Homero y otros poetas posteriores, el *Ciclo Épico*.

Aunque no es mi propósito hacer un resumen de toda la *Ilíada* y la *Odisea*, creo que puede ser una ayuda para los que no han leído estos poemas épicos, describir brevemente los episodios que tienen alguna relación con los descubrimientos de Schliemann.

La *Ilíada*, que es considerada generalmente como el poema más antiguo, trata de un episodio de la guerra troyana la cólera de Aquiles y sus trágicas consecuencias. El comienzo es impresionante.

La cólera de Aquiles es mi tema, la cólera funesta que cumpliendo la voluntad de Zeus, ocasionó tanto sufrimiento a los aqueos y precipitó al Orco tantas almas valerosas de nobles guerreros cuyos cuerpos quedaron como carroña para ser devorados por perros y aves de rapiña. Empecemos, diosa de la canción, con la airada despedida que tuvo lugar entre Agamenón, Rey de Hombres, y el gran Aquiles, hijo de Peleo...

Nótese que Homero llama "aqueos" a sus griegos. Este es el nombre que usa con más frecuencia al referirse a ellos, aunque de vez en cuando los llama dánaos. También suele aplicarles el nombre de la región o de la isla de que proceden, por ejemplo, los locrenses, de Lócride, los arcadios, de "las tierras donde se alza la cima del monte Cyllene", etcétera.

Empieza la *Ilíada* estando los aqueos acampados junto a sus barcos al borde de la llanura troyana. Ante ellos se extiende Troya o Ilión, la ciudad del rey Príamo, que tienen sitiada desde hace nueve años. (Troya puede encontrarse fácilmente en un mapa moderno de Turquía. Está situada en la costa de Asia Menor, cerca de la entrada de los Dardanelos).

Agamenón, "Rey de Hombres", es el jefe de las huestes aqueas. Su posición podría compararse a la de un señor feudal de la Edad Media. Ejercía una soberanía relativa sobre sus jefes subordinados (a los que también se llamaba reyes), sin disfrutar de una autoridad absoluta. En el primer libro de la *Ilíada*, Aquiles, rey de los mirmidones, y el más famoso guerrero en el ejército aqueo, desafía la autoridad de Agamenón colmándolo de injurias porque lo ha amenazado con arrebatarse su joven esclava, Briseida, parte de su legítimo botín de guerra.

¡Ah, intrigante desvergonzado! —gritó—. ¡Siempre procurando un reparto provechoso! ¿Cómo quieres que los hombres te obedezcan con lealtad cuando los envías al combate o les ordenas hacer una incursión? No he venido a pelear aquí con los troyanos, que ningún agravio me han inferido. Nunca me robaron vaca o caballo, ni destruyeron jamás la cosecha que el fértil suelo de Ptía produce para alimentar a sus hombres, porque entre ellos y nosotros se alzan muchas hileras de sombrías montañas y se extiende el rugiente mar. La verdad es que nos unimos a la expedición por complacerte, sí, a ti, perro de mala ralea, y obtener satisfacción de los troyanos para Menelao y para ti, un hecho que no quieres reconocer.

Menelao, rey de Esparta, era hermano de Agamenón, y la causa aparente de la guerra fue el ultraje que Paris (llamado a veces Alejandro), hijo del rey Príamo de Troya, hizo a Menelao. Acogido en la casa de Menelao, en Esparta, Paris había aprovechado la oportunidad de la ausencia temporal de su anfitrión para robarle el amor de su mujer, la bellísima Helena, hija de Zeus, y llevársela a Troya. La causa legendaria de este suceso, aunque Homero apenas lo indica, fue Afrodita, que habiendo sido elegida por Paris como la diosa más bella, le prometió como recompensa la mujer más seductora del mundo: Helena de Esparta. Agamenón, decidido a vengar el insulto hecho a su hermano y a su familia, pidió a los aqueos de diversas regiones de Grecia y de las islas, que se hicieran a la vela bajo su mando hacia Troya para rescatar a Helena.

El segundo libro de la *Ilíada* contiene el famoso Catálogo de Naves describiendo detalladamente de dónde procedían los contingentes aqueos. La lista es larga y más bien tediosa para nosotros, aunque para los oyentes de Homero debió de ser de gran interés. Pero hay un punto interesante con relación a este catálogo, algo que intrigó a toda una generación de eruditos. La mayoría de las ciudades y ciudadelas que Homero

describe como de gran riqueza y poder en los tiempos clásicos, ya en sus días eran meras minas, si es que existían. Por ejemplo:

Los ciudadanos de Argos y Tirinto, la de las grandes murallas; los hombres de Hermíona y Asina, ciudades que abarcan un profundo golfo del mar; y los de Trecena, de Eyonas, y de Epidauro, rodeada de vides, con los jóvenes aqueos de Egina y Masete, estaban encabezados por Diomedes, el del potente grito de guerra...

Y lo que es más importante todavía:

Las tropas que vinieron de la gran fortaleza de Micenas, de la rica Corinto y de la excelente ciudad de Cleonas.

Éstas y otras, según nos cuenta el poeta:

...eran mandadas, en su centenar de embarcaciones, por el rey Agamenón, hijo de Atreo. Su contingente era con mucho el más escogido y numeroso. Lleno de orgullo se puso al frente de su pueblo, armado con resplandeciente bronce, el más excelente y famoso capitán, en virtud de su rango y como comandante de la fuerza más grande.

Sin embargo, en el siglo noveno, cuando Homero escribía, Micenas tenía poca importancia y, más tarde, en la época clásica, cuando todos los muchachos griegos conocían y recitaban a Homero, Micenas era una ruina, igual que la "Orcómeno mítica" y "Tirinto, la de las grandes murallas", y otras muchas ciudades que, según la leyenda, fueron en otros tiempos ricas y famosas.

Este hecho intrigó a algunos eruditos porque, en confirmación de la leyenda de que Agamenón había vivido en Micenas, efectivamente había grandes murallas que, según generaciones posteriores, habían sido construidas por unos gigantes los cíclopes, en Tirinto había murallas ciclópeas parecidas. Sin embargo, la mayor parte de los eruditos se inclinaban a creer que las narraciones homéricas no eran sino leyendas populares.

Pero volvamos a la *Ilíada*. La disputa entre Agamenón y Aquiles terminó en un amargo rencor. Agamenón, decidido a afirmar su autoridad, se apodera de la joven esclava de Aquiles para reemplazar a Criseida, que había tenido que devolver a Crises, su padre. Este anciano era un sacerdote de Apolo, y el dios había desatado una plaga entre los griegos porque Agamenón había raptado a la hija de Crises. Aquiles, aunque no se decide a lanzar un ataque directo contra Agamenón, se retira con sus mirmidones a sus tiendas y se niega a tomar parte en la batalla.

Día vendrá —dice a Agamenón— en que los aqueos todos se lamenten de mi ausencia, y tu, por más que te aflijas, no podrás socorrerlos cuando perezcan por centenares a manos de Héctor, exterminador de hombres.

En el libro tercero, los ejércitos avanzan uno contra otro, pero Héctor, el más famoso guerrero entre los troyanos, se adelanta y propone que su hermano Paris desafíe a Menelao en un combate cuerpo a cuerpo, quedando Helena para el triunfador. Se concierta una tregua y los dos ejércitos se colocan frente a frente para presenciar el duelo. Paris es derrotado, pero la diosa Afrodita que lo protege, lo salva en el momento crítico y lo lleva por arte sobrenatural a la ciudad, con gran

descontento por ambas partes, ya que Paris era tan poco popular entre sus compatriotas como entre los griegos.

Pero los dioses son inexorables y, tentado por la diosa Atenea, Pándaro, uno de los aliados troyanos, dispara una flecha contra Menelao, hiriéndole, y se rompe por esta causa la tregua. La lucha se entabla enconadamente, y el valiente Diomedes, un héroe aqueo, logra incluso derribar al dios de la guerra Ares, además de herir a Afrodita cuando la diosa intenta rescatar a su hijo Eneas. Héctor y Paris regresan al campo de batalla y de nuevo Héctor lanza un desafío a cualquier griego que desee enfrentarse con él en combate. El gran Ajax, hijo de Telamón, acepta el desafío, pero la lucha tenaz queda indecisa y termina con un caballeroso intercambio de presentes entre los combatientes. Mientras tanto Aquiles permanece despechado en su tienda.

Conviene tener presentes los *métodos* de lucha que se describen en la *Ilíada* porque tiene importante relación con los descubrimientos arqueológicos que se describirán más adelante. Durante la época clásica de Grecia, en batallas tales como la de Maratón (490 a. C.) y la de las Termópilas (480 a. C.), el soldado típico griego era el *hoplita*, que, como dice el profesor Gilbert Murray, iba revestido

...de sólido metal de la cabeza a los pies; casco, peto y espaldar, un escudo pequeño y redondo, y espinilleras, todo de metal.

(*Rise of the Greek Epic*)

Ahora bien, es cierto que la *Ilíada* está llena de alusiones al escudo redondo "chapeado de bronce", al "choque de hombres con petos de bronce" y "al relampaguear del bronce, de hombres muertos y de hombres matando". Los griegos de la época clásica, al oír estas descripciones se imaginarían las pesadas armaduras propias de los *hoplitas*, como las que se ven representadas en las pinturas de vasos griegos o en grupos estatuarios clásicos. No sólo eso, sino que, como indica Murray, algunas, aunque no todas las tácticas descritas, sugieren las disciplinadas maniobras a base de formaciones cerradas típicas de los guerreros del siglo v.

Se acercaban los troyanos, como hileras de olas en el mar, hilera tras hilera, en relampagueante bronce, junto con sus comandantes.

Pero hay otras descripciones de los métodos de guerra que no se asemejan en nada a los de los tiempos clásicos, ni siquiera a los del período del mismo Homero, al menos a lo que de éstos se ha podido averiguar. Por ejemplo, cuando el héroe griego Ajax, hijo de Telamón, sale al encuentro de Héctor, en el duelo mencionado anteriormente, lleva un escudo

...como una torre, hecho de bronce y de siete capas de cuero. Había fabricado este escudo Tiquio, el maestro curtidor que vivía en Hila, con siete pieles de corpulentos bueyes, que recubrió con una octava capa de bronce. Sosteniendo ante el pecho este escudo, Ajax, hijo de Telamón, sin detenerse, se fue derecho a Héctor para desafiarlo.

Indudablemente este escudo "como una torre" cubría todo el cuerpo y era completamente diferente de cualquier tipo de escudo descrito en los tiempos clásicos, o incluso en el siglo ix, cuando vivió Homero. ¿De dónde sacaría el poeta esta descripción? Los eruditos estaban intrigados. No era ésta la única referencia a los escudos de cuero que cubrían todo el cuerpo. En el Libro IV hay un pasaje que describe a Héctor volviendo del campo de batalla a la ciudad.

Conforme andaba el borde del negro cuero de su abombado escudo, lo golpeaba arriba y abajo, en la nuca y en los talones.

Evidentemente esto habría sido imposible de haber llevado el héroe un escudo redondo ordinario con una banda para el brazo. No cabe duda de que llevaba un gran escudo, que le cubría todo el cuerpo, colgado de los hombros por medio de una tira de cuero.

Y para citar un último ejemplo mencionaré una escena en el Libro XV cuando Héctor y sus compañeros han obligado a los aqueos a retroceder hasta sus barcos y amenazan con tomar por asalto la muralla que los sitiadores han construido para protegerse. Aquí Héctor mata a multitud de griegos, entre ellos un tal Perifetes de Micenas.

Al volverse para huir, tropezó con el borde del escudo que lo protegía contra los dardos y que le llegaba hasta los pies. Perdiendo el equilibrio, se desplomó de espaldas y, al dar contra el suelo, el casco que le ceñía las sienes resonó con tal estrépito que atrajo la atención de Héctor...

Lo cual fue una gran desgracia para Perifetes, pues si hubiera llevado un escudo redondo pequeño del tipo clásico o como los del siglo IX no habría podido ocurrirle un accidente semejante. ¿De dónde, se preguntaban los eruditos, obtuvo Homero la idea de estos enormes y pesados escudos? ¿Y por qué se aludía también con más frecuencia aún a escudos del tipo corriente?

Hay también otros anacronismos. Por ejemplo, en los tiempos de Homero y posteriormente, las armas, las espadas como las lanzas, eran casi siempre de hierro. En la *Ilíada* y la *Odisea*, salvo una o dos excepciones insignificantes, las armas son de bronce. Se conoce el hierro, pero se usa casi exclusivamente para herramientas. Por otra parte, los héroes homéricos utilizan carros de guerra, que al parecer no eran muy corrientes en los días de Homero y que en los tiempos clásicos ya no se usaban.

Para completar nuestro breve resumen de la historia: Agamenón, preocupado por las victorias obtenidas por los troyanos, envía una embajada a Aquiles formada por el astuto Ulises, rey de Ítaca y héroe de la *Odisea*, Néstor, rey de Pilos, el más anciano y respetado de los jefes aqueos, y el formidable Ajax, hijo de Telamón, el del enorme escudo. Trasmiten a Aquiles la promesa de Agamenón de devolver a Briseida junto con un espléndido regalo como compensación por el insulto recibido, pero el héroe contesta despectivamente. Sólo cuando los troyanos amenazan los barcos se ablanda Aquiles, y aun entonces se limita a permitir que su amado amigo y escudero Patroclo tome prestada su armadura y parta a ayudar a los apurados griegos. Pero Héctor mata a Patroclo y lo despoja de su armadura.

Al fin Aquiles se da cuenta del trágico resultado de su intransigencia. Con amarga furia y equipado de nuevo con una deslumbrante armadura, hecha por el propio Efesto, vuelve a la lucha con sus mirmidones. Los troyanos son obligados a retroceder, Aquiles sale al encuentro de Héctor y, en un combate cuerpo a cuerpo, lo mata al pie de la muralla de Troya y arrastra el cadáver por el polvo atado a su carro de guerra. Todas las mañanas conduce el carro, con su carga alrededor de la pira en que yace Patroclo. Honra a su amigo muerto con un gran funeral, después del cual se celebran juegos. Los héroes compiten en carreras, boxeo, combates con lanzas, carreras de carros, tiro de flechas, lucha y lanzamiento de jabalina.

El momento más grandioso de la *Ilíada* es sin duda el final, cuando el anciano rey Príamo se acerca por la noche al campamento de los aqueos a rescatar el cuerpo de su hijo muerto. Es uno de los pasajes más conmovedores en la literatura del

mundo, y no me disculpo por citarlo, según la admirable traducción del Sr. Rieu. Arrodillándose ante Aquiles, el matador de su hijo, Príamo dice:

¡Teme a los dioses, Aquiles, y acordándote de tu padre, ten piedad de mí, aunque sea yo más desdichado, puesto que he llegado a hacer algo que ningún mortal ha hecho jamás; llevar a mis labios la mano del hombre que mató a mi hijo!

Así habló Príamo y Aquiles sintió deseos de llorar al recuerdo de su padre y tomando la mano del anciano lo apartó de sí suavemente. Afligidos por los recuerdos lloraban ambos. Príamo postrado a los pies de Aquiles, sollozaba amargamente por Héctor, el matador de hombres; y Aquiles gemía por su padre y por Patroclo; y la tienda resonaba con los lamentos de ambos...

El otro gran poema épico, la *Odisea*, describe el largo y accidentado retorno del "muy sufrido" Ulises a su patria, después del saqueo de Troya. En la *Odisea* nos enteramos también de lo que les sucede a algunos de los otros héroes aqueos que aparecen en la *Ilíada*. Allí nos encontramos con Menelao, de nuevo en su palacio de Esparta, con la arrepentida Helena a su lado, que ya no es la *femme fatale*, sino la perfecta ama de casa.

...Helena, acompañada de sus damas, bajó de su elevada estancia perfumada, semejante a Artemis con su rueca de oro. Adrasta le acercó una cómoda silla, Alcipe le trajo una alfombra de mullida lana, y Filo le dio el cesto de plata para la labor, obsequio de Alcandra, esposa de Pólipo que vivía en la Tebas egipcia, donde se encuentran las casas más suntuosamente amuebladas. Pólipo le había dado a Menelao dos bañeras de plata, dos calderones con trípode, y diez talentos de oro, mientras que su mujer, por su parte, le había dado a Helena otros hermosos regalos, entre los que se incluía una rueca de oro y un canastillo de plata con los bordes de oro y que estaba montado sobre unas ruedecillas.<sup>1</sup>

Es también en la *Odisea* donde nos enteramos de lo sucedido a Agamenón, Rey de Hombres, a su regreso a Micenas. El anciano Néstor, hablando a Telémaco, hijo de Ulises, describe la traición de Egisto, primo de Agamenón, que sedujo a Clitemnestra, la esposa del rey, mientras él se encontraba en Troya.

Mientras que nosotros sitiábamos a Troya, llevando a cabo heroicas empresas, él pasaba los días, ocioso, en el mismo corazón de Argos, donde pacen los caballos, asediando a la esposa de Agamenón con sus seductoras palabras. Al principio, la reina Clitemnestra no prestó oídos a sus deshonestos avances. Era mujer sensata, y, además, tenía a su lado un hombre, aedo de profesión, a quien, al partir para Troya, Agamenón había dado severas órdenes de vigilarla. Pero cuando llegó el día fatal señalado para su caída, Egisto llevó al aedo a una isla desierta, lo dejó allí como carroña para las aves de rapiña, y se llevó a Clitemnestra a su propia casa, convertida ya en amante cariñosa, en mujer deseosa de agradecer.

En otra parte de la *Odisea*, Menelao acaba de relatar la historia de la suerte de su hermano.

---

<sup>1</sup> Respecto a este pasaje un escéptico arqueólogo, amigo mío, escribe "Sé que hay quien suele decir que en la *Odisea* Helena está reformada y domesticada, pero parece necesitar un numero excesivo de doncellas para traerle la labor"

Agamenón pisó el suelo paterno con el corazón rebosante de alegría, besándolo al tocarlo. Lágrimas ardientes corrían por sus mejillas, tanta era su alegría al ver de nuevo su patria. Pero desde una atalaya acechaba su llegada un espía que Egisto había tenido la astucia de apostar allí... Egisto tramó una hábil trampa. Seleccionó veinte de los mejores guerreros de la ciudad, los dejó emboscados, y después de ordenar que se preparara un banquete en otra parte del edificio, con el corazón lleno de perversos pensamientos, partió en un carro tirado por caballos para traer al rey a su palacio. Agamenón, sin imaginar que iba hacia la muerte, vino con él desde la costa, y Egisto lo festejó y lo mató, lo mismo que se derriba a un buey junto a su pesebre. No quedó ni uno solo de los acompañantes del rey, ni tampoco ninguno de los invitados de Egisto. Todos murieron en el palacio.

El poeta clásico Esquilo, cuya soberbia tragedia está basada en el mismo tema, presenta a la reina culpable aún con menos simpatía. Según su versión fue la propia Clitemnestra la que mató al rey siendo Egisto su cómplice. Tal fue la tragedia ocurrida en Micenas.

Antes de terminar este capítulo tengo que disculparme, con todos aquellos que amen a Homero, por tan parco ofrecimiento de la mesa del gran hombre, aunque espero que por lo menos sirva para tentar a otros a disfrutar plenamente del festín homérico. Tampoco voy a intentar a estas alturas discutir el llamado "problema homérico": si los poemas son la creación consciente y deliberada de un hombre, o representan la obra de generaciones de poetas inspirados por una tradición común. Me limitaré ahora a recalcar el extraordinario realismo de Homero y el problema que esto planteó a los investigadores del siglo pasado. Aunque los poemas épicos, especialmente la *Odisea*, contienen mucho de fantástico y sobrenatural, sin embargo, las descripciones de la vida diaria, de los edificios (desde los palacios hasta la choza del porquero), de los trabajos del campo y del mar, de la guerra, de las ocupaciones domésticas de las mujeres, de vestuario y joyería y obras de arte, son tan intensamente *reales* que incluso a los profesores más escépticos del siglo XIX les costaba trabajo comprender cómo podía el poeta habérselos imaginado.

También la geografía de Homero demuestra un conocimiento detallado, no solo del continente griego sino de las islas del Mar Egeo, de los cabos, puertos y rutas marítimas, de Siria y Asia Menor. Al describir la llanura troyana, hace al lector ver realmente sus características físicas, el sinuoso río Escamandro y su compañero el Simois, los dos manantiales cercanos a la ciudad, uno caliente y otro frío, la higuera que había al lado de la puerta Escea y, dominándolo todo, el elevado Monte Ida,<sup>2</sup> donde Zeus se sentó a contemplar la batalla.

Sin embargo, persiste el hecho de que cuando George Grote publicó su *History of Greece* en 1846, aparte de estos detalles topográficos no había la menor prueba material, ni el fragmento de un edificio, ni una muestra de cerámica, joyas o armas, que demostrara que el mundo en que vivió Homero había existido alguna vez fuera de su imaginación. Y el mundo académico aprobó sin vacilar el sobrio resumen de la guerra de Troya, hecho por Grote.

Aunque los griegos nunca dudaron de su autenticidad y la trataron con reverencia, considerándola como uno de los grandes acontecimientos del pasado, a la luz de la investigación moderna no es más que una leyenda. Si se nos preguntara si se trata de una leyenda a la que se incorporaron algunos sucesos históricos, e inspirada en un fondo verídico si se nos preguntara si realmente no hubo una guerra troyana, tendríamos que contestar que, así

---

<sup>2</sup> No debe confundirse con el otro monte Ida, en Creta.



## Cottrell, Leonard - El toro de Minos

---

como no puede negarse esta posibilidad, tampoco puede afirmarse su realidad. No poseemos más que el propio poema épico sin ninguna evidencia adicional.

Pero en el mismo año en que aparecía el libro de Grote, trabajando en una empresa naviera de Amsterdam, un joven estaba destinado a dejar sin validez las palabras del famoso sabio.

## 2. SCHLIEMANN EL ROMÁNTICO

En una habitación recargada de muebles, un niño de siete años, vestido a la moda de 1829, está sentado ante una mesa. Delante de él tiene un gran libro, en el que lee absorto. El libro es un regalo de Navidad de su padre, pastor protestante de una pequeña ciudad de Mecklemburgo, en el norte de Alemania. La obra, la *Historia Universal* de Jerrer, pesa casi tanto como el niño, pero al pequeño esto no le preocupa mientras contempla atentamente un grabado que muestra los muros de Troya en llamas. Por la Puerta Escea sale Eneas cargando sobre los hombros a su anciano padre Anquises. El niño se vuelve a su padre, que dormita cerca de la chimenea, y le pregunta:

"Padre, ¿no me dijiste que Troya había desaparecido completamente?"

"Así es"

"¿Y que no había quedado nada?"

"Absolutamente nada"

"Pero Jerrer tuvo que ver Troya. Si no ¿cómo pudo dibujar esto?"

"Heinrich, no es más que un grabado imaginario"

El muchacho mira con más atención el dibujo, pero no se queda convencido.

"Padre, ¿tenía Troya unas murallas tan grandes como éstas del grabado?"

"Probablemente"

"Entonces —dice triunfante— no pueden haber desaparecido del todo. Algo debe de haber quedado todavía allí, oculto bajo la tierra. A mí me gustaría desenterrarlas Padre, ¿podré ir allí algún día para desenterrarlas?"

Schliemann padre, un hombre desilusionado, hace cansado un gesto afirmativo.

"Es posible. Y ahora estate callado. Quiero dormir"

Al que le parezca inverosímil este incidente no tiene más que buscar la página tres de *Ilios*, de Schliemann, donde se encontrará con esta escena, descrita por él mismo. No puede ponerse en duda que en esencia es verídica porque revela las características inconfundibles de la personalidad de Schliemann que persisten durante toda su vida: una obsesión romántica por el pasado, una determinación inflexible y una tendencia a interpretar todo literalmente. El primero de estos rasgos parece haberlo heredado de su padre.

Aunque mi padre no era ni erudito ni arqueólogo, tenía verdadera pasión por la historia antigua. Me hablaba a menudo con apasionamiento del trágico fin de Herculano y Pompeya, y consideraba como el más afortunado de los mortales al hombre que tuviera los medios y el tiempo para visitar las excavaciones que allí se estaban haciendo.

Pero el viejo Schliemann era también borracho, escéptico y libertino, que sólo se ocupaba de sus seis hijos alguna que otra vez, y aunque le enseñó latín a Heinrich, el muchacho tuvo que abandonar la escuela a los catorce años para colocarse de aprendiz en una tienda de abarrotes en la pequeña población de Fürstenburg.

Trabajaba —escribe— desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche y no tenía ni un momento libre para estudiar. Además olvidé pronto lo poco que había aprendido de pequeño, pero no perdí el amor al estudio. Desde luego es algo que nunca he perdido, y, mientras viva, nunca olvidaré la noche en que entró en la tienda un molinero borracho...

El molinero, que se llamaba Niederhoffer, era un sacerdote protestante fracasado que se había dado a la bebida, a pesar de lo cual

...no había olvidado su Homero, pues aquella noche en que entró en la tienda, nos recitó más de cien versos del poeta, observando la cadencia rítmica de los mismos. Aunque yo no comprendí ni una sílaba, el sonido melodioso de las palabras me causó una profunda impresión. Desde aquel momento nunca dejé de rogar a Dios que me concediera la gracia de poder aprender griego algún día.

Troya y Homero se convirtieron para Schliemann en una obsesión.

Lo que rebosa en nuestro corazón, sea triste o alegre —escribe en su pomposo estilo—, acaban por expresarlo nuestros labios, especialmente en la infancia, y así sucedió que no hablaba con mis compañeros más que de Troya y de las cosas maravillosas y misteriosas que tanto abundaban en nuestra aldea. Todos se reían de mí continuamente menos dos niñas, Louise y Minna Meincke, hijas de un granjero de Zahren, un pueblo a sólo una milla de distancia de Ankershagen (donde vivía Schliemann).

Con una de estas niñas, Minna, Schliemann tuvo un curioso noviazgo infantil. Parece que la pareja se dedicó a visitar todas las cosas antiguas de los alrededores tales como el castillo medieval de Ankershagen, donde se decía que un señor feudal llamado Henning von Holstein había enterrado un tesoro.

Minna me demostraba una gran simpatía y formaba parte de todos mis grandes planes para el futuro. Habíamos convenido que en cuanto fuéramos mayores nos casaríamos y, enseguida, empezaríamos a explorar todos los misterios de Ankershagen, excavando los vastos tesoros que había ocultado Henning, luego el sepulcro de Henning, y por último Troya; no podíamos imaginar nada más delicioso que pasarnos toda la vida cavando en busca de reliquias del pasado.

Las ambiciones fantásticas son bastante comunes en la infancia, incluso entre personas corrientes que luego las olvidan de mayores. Pero para Heinrich Schliemann continuaron siendo algo real y permanente. A los catorce años, cuando dejó Ankershagen para trabajar en la tienda de abarrotes, volvió a ver a Minna, después de una separación de cinco, años, y esta pareja extraordinaria (ambos de catorce años) se abrazó llorando a torrentes.

Ahora estaba seguro de que Minna me amaba todavía, y esto estimuló mi ambición —escribe—. Más aún, desde aquel momento sentí dentro de mí una energía inagotable y estaba seguro de que con constancia podría crearme una posición en el mundo y demostrar que era digno de ella. Sólo rogaba a Dios que no se casara antes de que yo hubiera logrado una posición independiente.

En la mayor parte de los hombres esto no habría sido más que palabrería. Schliemann sentía lo que decía, y aunque perdió a la Minna de sus años juveniles, se pasó más de la mitad de la vida buscando una sustituta, sin decidirse a empezar su gran obra arqueológica hasta encontrarla, treinta años después.

Mientras tanto su vida fue una aventura fantástica, como inventada por un novelista romántico. Los eternos devaneos amorosos de su padre y sus violentos arrebatos de borracho hicieron imposible la vida en el hogar paterno. Heinrich se marchó y consiguió un empleo como ayudante de un tendero de comestibles con un sueldo equivalente a nueve libras esterlinas al año, pero su constitución débil no era apropiada para esta clase de trabajo. Un día, al tratar de levantar un barril muy pesado, se lastimó el pecho y escupió sangre. Probó otro empleo pero sus pulmones débiles le obligaron a dejarlo. Decidido a no regresar a su casa, se embarcó como grumete en un pequeño velero, el *Dorothea*, que transportaba mercancías entre Hamburgo y Venezuela, pero el barco naufragó frente a las costas de Holanda.

Después de dar tumbos en un bote salvavidas durante nueve horas, en medio de una espantosa tormenta, Heinrich y sus ocho compañeros fueron arrojados por el mar a un banco de arena cerca de la desembocadura del río Texel.

En Amsterdam, exhausto y hambriento, decidió fingirse enfermo para que lo llevaran al hospital, desde donde escribió a un agente naviero amigo, un tal Sr. Wendt, de Hamburgo, explicándole su situación. La carta llegó cuando Wendt daba una fiesta a unos amigos, y enseguida hizo una colecta. Schliemann recibió entusiasmado 240 florines (aproximadamente veinte libras esterlinas). Poco después, con la ayuda del cónsul general prusiano, encontró un empleo en la oficina de un comerciante de Amsterdam, F. C. Quien, sellando letras de cambio y llevando y trayendo cartas al correo. De la Casa Quien pasó a las oficinas de una antigua firma comercial, B. H. Schroder & Co., como "corresponsal y tenedor de libros".

Desde el momento en que entró en la oficina de Schroder su suerte comenzó a mejorar. Hasta entonces lo había ido pasando de mala manera; ahora contaba con dos ventajas: un puesto en el que podía demostrar su talento y un patrón que sabía apreciarlo y utilizarlo. El tímido joven, natural de Ankershagen, aficionado a las antigüedades, el ayudante del tendero de comestibles que amaba a Homero, descubrió que tenía una notable disposición para los negocios.

Cuando Schliemann empezó a trabajar con Schroder tenía ya cierta preparación. El tiempo que había trabajado en la Casa Quien se había dedicado al estudio de las lenguas modernas. De su salario anual de 32 libras esterlinas, apartaba la mitad para comprar libros y pagar sus clases, viviendo con la otra mitad "en una miserable guardilla sin estufa, donde en invierno tiritaba de frío y en verano me asaba de calor." Aprendió los idiomas por un método original suyo, que consistía en leer largo rato en voz alta, sin traducir, tomar una lección diaria y escribir ensayos sobre los asuntos que le interesaban, que luego corregía con la ayuda de un profesor, repitiendo en la lección siguiente lo que se había corregido al día anterior.

Cuando solicitó un puesto con B. H. Schroder & Co., se quedaron todos asombrados al ver que aquel pálido y desmañado joven de veintidós años, con una cabeza desproporcionadamente grande para su delgado cuerpecillo, dominaba siete idiomas. Sin embargo, cosa que parecerá extraña, entre los siete idiomas que sabía no figuraba el griego. Schliemann había dejado deliberadamente este idioma para lo último por miedo a que "el poderoso hechizo de tan noble lengua pudiera ejercer en mí una atracción tan grande que pusiera en peligro mis intereses comerciales". Primero tenía que ganar dinero. Después quedaría en libertad para entregarse a la pasión de su vida.

A los pocos meses de su llegada, Schroder se dio cuenta de que el joven Schliemann tenía todas las cualidades necesarias para ser un gran comerciante. Era sagaz, incansable en lo referente a los negocios, y estaba dotado de una memoria prodigiosa y de una notable minuciosidad para el detalle. Respaldando estas cualidades, sirviendo de móvil, tenía un insaciable deseo de hacerse rico. Deseaba las riquezas no por lo que en sí significaban, no por deseo de ostentación, sino porque le

permitirían dedicarse por entero a lo que más le interesaba. Y desde luego, cuando ya fuera rico, podría regresar a Mecklemburgo y casarse con Minna.

Como era de esperar Schliemann ascendió rápidamente. A los veinticuatro años decidió aprender ruso y a las seis semanas ya escribía cartas comerciales en este idioma y podía hablar en su propia lengua a los comerciantes de añil rusos que acudían a Amsterdam. Una de las principales actividades de la Casa Schroder era la exportación de añil, sobre todo a Rusia. Schliemann, que ya no era un simple empleado, fue enviado por los dueños del negocio como representante de la casa a San Petersburgo y después a Moscú. En Rusia le fue tan bien que a los dos años de su llegada figuraba en el índice de comerciantes del Primer Gremio y los bancos le habían concedido créditos por 57.000 rublos. Animado con su éxito, escribió a un amigo de la familia Meincke rogándole que hablara a Minna en su nombre y la pidiera en matrimonio.

Pero, para desgracia mía, un mes más tarde recibí una respuesta desalentadora: (Minna) se acababa de casar. Para mí esta desilusión fue el mayor de los desastres que podían haberme ocurrido y, durante algún tiempo, estuve en cama enfermo, totalmente incapaz de ocuparme de nada... ahora que el porvenir se me presentaba tan brillante... pero ¿cómo podía pensar en realizar mis deseos sin su participación?

Hacía catorce años que no veía a Minna. Para un hombre como Schliemann sólo había un remedio para una herida sentimental de este género: el trabajo, que si no podía matar el dolor, por lo menos podía amortiguarlo. Pronto pudo establecerse por su cuenta y uno de los hombres de negocios más acaudalado de San Petersburgo le propuso al alemán que formara una sociedad con su sobrino, con una garantía de 100.000 rublos. Por el momento Schliemann no aceptó. Podía esperar.

Schliemann continuó amontonando dinero, viajando de capital en capital (Berlín, París, Londres), se hospedaba siempre en los mejores hoteles, aunque en los cuartos menos caros, fascinado por la nueva era industrial que veía desarrollarse a su alrededor. Amaba las máquinas y la velocidad lo entusiasmaba, aunque los nuevos ferrocarriles eran todavía demasiado lentos para su inquieto e impaciente temperamento. De cuando en cuando buscaba solaz en el pasado. Cuando se encontraba en Londres por asuntos de negocios, siempre dedicaba algunas horas a visitar el Museo Británico: "He contemplado las cosas egipcias y es lo que más me ha interesado de todo lo que he conocido hasta ahora". Y luego volvía a los embarques de añil, los libros de pedidos, la vida de hotel, los paquebotes y los ferrocarriles. Al cumplir los treinta años ya había adquirido una inmensa fortuna y empezaba de nuevo a pensar en casarse.

Pero aunque astuto y práctico en las cuestiones de negocios, Schliemann era extremadamente tímido en el trato con las mujeres. Temía, con razón, que las mujeres trataran de casarse con él por su dinero. Se daba cuenta de su fealdad y sentía celos de los oficiales jóvenes y apuestos que cortejaban a las mujeres que a él le atraían. A cada paso creía estar enamorado para luego dudar de sus sentimientos: "Siempre veo las virtudes y nunca los defectos del bello sexo", escribió a su hermana. Y cuando al fin se caso con Katherina, la sobrina de un amigo comerciante, el matrimonio pronto resultó un fracaso. Su mujer era inteligente, pero de espíritu práctico y carente de imaginación, completamente incapaz de comprender la naturaleza impetuosa y romántica de Schliemann, que conservaba todavía gran parte del entusiasmo de un muchacho: "No me amas y por lo tanto no te interesa la marcha de mis negocios ni compartes mis alegrías y mis penas, sino que sólo piensas en satisfacer tus deseos y caprichos", decía a su mujer en una carta a los dieciocho meses de casados. Y sin

embargo, esta desdichada unión duró quince años, llenos de querellas, reconciliaciones y violentos arrebatos de odio. Katherina le dio un hijo y dos hijas.

A los treinta y tres años, Schliemann dominaba quince idiomas, además de los siete que había aprendido diez años antes; ahora conocía el polaco, el sueco, el noruego, el esloveno, el danés, el latín y el griego antiguo y moderno. Sin embargo, desesperaba de llegar a gozar de la vida de investigación y estudio que había anhelado desde muy joven: "Me faltan los conocimientos básicos" escribía desesperado, aunque después de trabajar toda la semana en la oficina se pasaba los domingos, desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, traduciendo a Sófocles al griego moderno. Por fin, ahora ya podía leer a su amado Homero en el original.

La gran ilusión de su infancia nunca lo abandonó. Seguía decidido a hacer excavaciones en Troya, y estaba convencido de que allí encontraría la ciudad de Homero. Con este propósito estudió y aprendió de memoria los grandes poemas épicos, que leía como si se tratara de historia en lugar de poesía. Schliemann creía en Homero con la misma fe ciega de los que interpretan la Biblia literalmente. Si Homero lo dijo, así debió ser. Pero pasaron muchos años antes de que pudiera poner sus creencias a prueba.

Mientras tanto, en 1851, fue por primera vez a América, donde se hizo ciudadano de los Estados Unidos, abrió un banco en California, durante la fiebre del oro, compró grandes cantidades de oro en polvo y sin haberlo buscado, casi sin darse cuenta, se encontró con otra gran fortuna. Su principal motivo al ir a Estados Unidos había sido poner en orden los asuntos financieros de su hermano Luis que había muerto de tifo en Sacramento; la fortuna que hizo con el oro en polvo fue cosa incidental. Schliemann también fue víctima del tifo y dirigió los asuntos del banco desde la cama, en una habitación al fondo del edificio, mientras los buscadores de oro hacían cola con sus sacos de polvo en la parte delantera. Aunque su vida estuvo en gran peligro, se repuso y regresó a Europa.

Siete años después hizo un largo viaje por el Medio Oriente, en el curso del cual cruzó el desierto desde El Cairo a Jerusalén, visitó Petra en Transjordania y aprendió un idioma más: el árabe. Durante este viaje se cree que visitó la Meca disfrazado de árabe y que incluso se hizo hacer la circuncisión para no ser descubierto.

En 1868, cuando ya tenía cuarenta y seis años y pensaba retirarse de los negocios, fue a Norteamérica por segunda vez. A su regreso, después de una de sus separaciones periódicas, intentó una vez más reconciliarse con su esposa, llegando a amueblar para ella una magnífica casa en París. Pero todo fue en vano. La familia de su mujer no lo quería, y la apoyaron en su propósito de oponerse a dar a sus hijos una educación alemana, como hubiera deseado Schliemann. Katherina se quedó en Rusia contestando a sus cartas suplicantes con amargas quejas. Desesperado, el desdichado millonario sin hogar emprendió otro de sus agitados viajes a través de Europa, viajes que le proporcionaban cada vez menos placer. Pero esta vez se dirigió a Grecia y, por vez primera, pisó suelo homérico en la rocosa isla de Ítaca, cuna de Ulises el Vagabundo.

Allí encontró paz y deleite. Aunque llegó a Ítaca en pleno verano, tan grande era su entusiasmo que, según sus propias palabras:

olvidé el calor y la sed... Me dedicaba a estudiar los alrededores, leyendo a ratos en la *Odisea* las emocionantes escenas allí relatadas, y otros, admirando el espléndido paisaje.

Y, desde luego, tratándose de Schliemann, no pudo menos de hacer alguna excavación. Al visitar el llamado "Castillo de Ulises", contrató a unos hombres con

cuya ayuda desenterró unas urnas que contenían cenizas humanas, junto con un cuchillo de sacrificio y unos cuantos ídolos de arcilla. Partió muy feliz creyendo que había encontrado las cenizas de Ulises y Penélope y de sus descendientes. Desde Ítaca siguió hasta el Peloponeso, hizo una breve visita a Micenas, cruzó después los Dardanelos y recorrió a caballo la llanura de Troya. Estas visitas, aunque breves, bastaron para despertar su apetito. A partir de ese momento empezó a hacer planes para retirarse del comercio. Tenía dinero, tiempo y facilidades. Pero echaba de menos algo muy esencial: la compañía de la mujer con la cual "no podía imaginar nada más grato que pasar juntos toda la vida en busca de reliquias del pasado".

Cuando regresó a París a fines del año, había por fin tomado la decisión de divorciarse. Para hacerlo pensó que lo mejor sería ir a los Estados Unidos, donde los trámites para el divorcio eran más sencillos que en Europa. Aquel invierno de 1878, rodeado de compañeros alegres y sintiéndose en el fondo muy solo, se acordó de un antiguo amigo, un sacerdote llamado Vimpos, que le había enseñado griego en San Petersburgo, y que ahora era arzobispo de Atenas. Schliemann le escribió, mostrándole su corazón, seguramente la carta más extraña que el religioso recibiera en su vida, pues en ella el millonario de cuarenta y seis años le pedía al Arzobispo que le buscara una esposa griega.

Le juro por mi madre que pondré todo mi afán y que dedicaré todas mis energías y toda mi voluntad a hacer feliz a mi futura esposa. Aquí estoy constantemente en compañía de mujeres hermosas e ingeniosas que con gusto harían lo posible por complacerme y aliviar mis sufrimientos si supieran que estoy pensando en divorciarme. Pero, amigo mío, la carne es débil y temo enamorarme de una francesa y tener mala suerte otra vez.

Por lo tanto, le ruego que me envíe con su contestación el retrato de alguna bella mujer griega. Le suplico que escoja para mí una esposa de un carácter tan angelical como el de su hermana casada. No me importa que sea pobre, pero si deseo que esté bien educada; tiene que ser entusiasta de Homero y tener fe en el resurgimiento de mi amada Grecia. No me importa que sepa o no otros idiomas, pero quiero que sea de tipo griego, con el cabello negro y, de ser posible, hermosa. Pero lo que más deseo es que sea buena y cariñosa.

En la primavera del año siguiente, mientras Schliemann se encontraba en Indianápolis tramitando su divorcio, llegó la contestación de Vimpos, junto con una fotografía de una joven de dieciséis años llamada Sofía Engastromenos, de belleza clásica. El alemán quedó embelesado, pero no quiso hacerse ilusiones. La carta que escribió a su hermana hablándole de sus planes, revela una conmovedora humildad:

Si todo va bien pienso ir a Atenas en julio. Sin embargo, sólo me casaré con ella si tiene afición al estudio, pues pienso que una mujer joven y hermosa sólo podrá amar y respetar a un hombre de edad si tiene afición a la investigación, actividad en la que él está más versado que ella.

En agosto, cuando llegó a Atenas, todas sus dudas se disiparon. Sofía no sólo era más bella de lo que parecía en su fotografía, sino que también era sencilla y dulce de carácter, y podía responder satisfactoriamente al catecismo de Schliemann, en el que se incluían preguntas tales como:

"¿En qué año llegó a Atenas el emperador Adriano?"

"¿Qué pasajes de Homero se sabe de memoria?"

Se casaron y durante su luna de miel, el esposo escribió:

Sofía es una mujer espléndida, capaz de hacer feliz a cualquier hombre, pues como todas las mujeres griegas tiene una especie de reverencia divina hacia su marido...

Me ama como una verdadera griega: con pasión. Y yo no la amo menos. Hablo siempre con ella en griego, que es el idioma más bello del mundo.

Después de cuarenta años el sueño que había obsesionado a Schliemann en Ankershagen y que había anhelado compartir con la novia de su infancia, Minna Meincke, se había realizado. En la primavera siguiente ya estaba haciendo excavaciones preliminares en Troya, y un año después su joven esposa de dieciocho años se reunió con él en su campamento cerca de la colina de Hissarlik. Habían comenzado juntos la gran aventura.



### 3. EL "TESORO DE PRÍAMO"

Dejando atrás la atalaya y la higuera silvestre azotada por los vientos, corriendo por el camino de carros, a alguna distancia de la muralla llegaron a los dos cristalinos manantiales donde nace el voraginoso Escamandro. De uno mana el agua caliente, y lo cubre un vapor semejante al humo que despiden una hoguera; pero en el otro, incluso el agua que brota en el verano, es tan fría como el granizo, la nieve o el hielo...

*La Ilíada*, Libro XXII.

Estos dos "cristalinos manantiales" que con tanto detalle describe Homero, desconcertaron e intrigaron a todo el que visitó Troya en el siglo XIX, antes de llegar allí Schliemann. Pues él no fue, ni mucho menos, el primero en buscar la ciudad de Príamo. Desde el siglo XVIII los habitantes estaban acostumbrados al espectáculo de sabios europeos sumergiendo termómetros en los manantiales que había en las laderas de la colina, con la esperanza de encontrar los que describe Homero, pero los resultados nunca fueron satisfactorios. El único lugar en el que se encontraron dos manantiales con diferente temperatura fue la aldea de Bounarbashi, e incluso en éstos la diferencia era sólo de unos grados. No obstante, durante algún tiempo, esta aldea y la rocosa colina de Bali Dagh, que hay detrás de ella, fueron consideradas como el lugar de la Ilión de Homero. Bounarbashi está situada en el extremo meridional de la llanura de Troya y las rocosas alturas que se encuentran detrás sugieren a primera vista el sitio apropiado para una ciudadela.

Pero había otro lugar posible, la colina de Hissarlik, mucho más cercana al mar, y desde 1820 varios investigadores apoyaron esta hipótesis, aunque el lugar era mucho menos espectacular que el elevado Bali Dagh y no contaba con los manantiales "frío y caliente".

Schliemann que estuvo allí mismo en 1868, *Ilíada* en mano, se había declarado en contra de Bounarbashi y en favor de Hissarlik. Pues ¿no había descrito Homero a Aquiles persiguiendo a Héctor tres veces alrededor de la muralla de Troya, hazaña irrealizable de haber estado la ciudad encaramada en el borde del Bali Dagh, pero factible de haber estado situada en Hissarlik?

Además de esto —escribe—, la distancia desde el Helesponto a Bounarbashi es de más de doce kilómetros en línea recta, mientras que todas las indicaciones de la *Ilíada* parecen demostrar que la distancia entre Ilión y el Helesponto era muy corta, de menos de cinco kilómetros.

En cuanto a los manantiales caliente uno y frío el otro, había probado los de Bounarbashi y encontrado, no dos, sino treinta y cuatro, "todos a una temperatura uniforme de 62 grados Fahrenheit".

No, el lugar tenía que ser Hissarlik. Allí cerca, en tiempos históricos se había alzado la ciudad helénica, más tarde romana, de Novum Ilium, "Nueva Troya", de la que todavía quedaban ruinas. Esta fue la ciudad que construyeron los griegos de las últimas épocas y los romanos de lo que creían el lugar tradicional de la "sagrada Ilión" de Príamo. El mismo Alejandro Magno, antes de partir a conquistar el Oriente, había hecho ofrendas en su templo. La tradición histórica, la geografía, y sobre todo el testimonio de los poemas, todo combinado, habían convencido al alemán de que la Troya de Homero se encontraba debajo de Hissarlik. Allí estaba el misterioso montículo que se alzaba cincuenta metros sobre las escasas ruinas de la ciudad

clásica. Otros investigadores habían hurgado en la superficie, pero ahora, por primera vez, Heinrich Schliemann iba a emprender la excavación en serio.

De septiembre a noviembre de 1871 ochenta trabajadores, bajo la dirección de Schliemann, abrieron una profunda trinchera frente al escarpado declive septentrional, cavando hasta una profundidad de diez metros bajo la superficie de la colina. El invierno le obligó a suspender el trabajo, pero en marzo estaba allí de nuevo con Sofía, y esta vez aumentó el personal hasta ciento cincuenta hombres, y trajo "las mejores carretillas, picos y palas inglesas que me habían proporcionado mis buenos amigos John Henry Schroder & Co de Londres," junto con "tres superintendentes y un ingeniero para confeccionar mapas y planos". También construyó, en lo alto de Hissarlik, una casa de madera con tres habitaciones y una cocina.

Hay que tener en cuenta que cuando Schliemann empezó este trabajo monumental carecía de toda experiencia que le ayudara, ni podía orientarse por la experiencia de otros arqueólogos de campo, porque nunca se había intentado nada en semejante escala. En aquel tiempo no existía ninguna técnica especial de excavación. Hoy día, el estudiante de arqueología moderno, adiestrado mucho antes de que se le permita ni siquiera acercarse a una zona arqueológica, en los cuidadosos métodos que han dejado muy atrás incluso los de Hogarth y Pit-Rivers, se estremece cuando lee algo sobre los procedimientos utilizados por Schliemann. Su enorme trinchera atravesó los sucesivos estratos del montículo, y cuando tropezaba con un edificio de fecha relativamente moderna que impedía el acceso a los niveles más bajos, que eran los únicos que le interesaban, no se detenía, como habría hecho un excavador moderno, a tomar fotografías y anotaciones, sino que lo demolía sin dilación.

Más adelante, orientado por Dörpfeld, su joven e inteligente ayudante, aprendió a ser más paciente y metódico. Sin embargo, aunque sus métodos fueran al principio burdos, no cabe duda de que su instinto era acertado, pues a medida que se excavaba en el montículo fue descubriéndose que no había sólo una, sino muchas Troyas, unas murallas se levantaban sobre murallas anteriores y bajo éstas aparecían otras aún más antiguas. No habría podido desenterrar una ciudad entera antes de profundizar hasta la siguiente, y pensando que la Troya que él buscaba, la Troya de Homero, debía encontrarse muy honda, su único recurso era ir cortando los estratos como quien corta un pastel de varias capas.

Durante los largos días que trabajó en la trinchera, lo acompañó su joven esposa y por las noches, en la casita en lo alto del montículo, con sus delicados dedos le ayudaba a escoger y clasificar los fragmentos de cerámica, ídolos de barro, restos de armas y herramientas, que habían sido encontrados entre la tierra. La tarea era mucho más difícil, complicada e ingrata de lo que Schliemann había imaginado. Tampoco les favorecía el clima. El verano trajo polvo, moscas, y un calor bochornoso. Del tejado de la cabaña se arrastraban víboras y había que matarlas. Los mosquitos postraron a Heinrich con malaria, aunque Sofía se libró de esa enfermedad. En invierno ráfagas heladas del norte "soplaban con tal violencia a través de las grietas de las paredes que por las noches ni siquiera podíamos encender las lámparas, y aunque teníamos fuego en el hogar, el termómetro marcaba temperaturas inferiores a cero".

En la primavera de 1873 escribía:

En los árboles ya empiezan a brotar las hojas, y la llanura troyana está cubierta de flores primaverales. Durante los últimos quince días hemos estado oyendo el croar de millones de ranas, y la semana pasada regresaron las cigüeñas.

Y se quejaba de

los espantosos chillidos de los innumerables búhos que anidan en los agujeros de mis trincheras. Hay en sus chillidos algo sobrenatural y lúgubre que resulta insoportable, especialmente de noche.

Esto era en la primavera de 1873 y al principio de la tercera temporada que Schliemann pasaba en Troya. Por esta fecha ya se habían abierto en la colina varios cortes inmensos y se habían sacado miles de toneladas de tierra. Indudablemente se encontraban allí los restos de varias ciudades prehistóricas y de otras más recientes (Schliemann distinguió siete), pero ¿cuál era la Troya de Príamo? El excavador sabía que, de acuerdo con la tradición, la guerra de Troya, según las estimaciones de los historiadores antiguos, tuvo lugar alrededor del año 1180 a. C., pero en 1873 no existía ningún sistema eficiente de determinar fechas basado en la comparación de los restos de cerámica,<sup>1</sup> y Schliemann no podía averiguar cuál de las ciudades había sido destruida en el siglo XII. Sin embargo creía firmemente que en alguna parte, entre aquella desconcertante maraña de murallas construidas unas encima de otras o separadas por capas de escombros, se encontraba la ciudad que tanto tiempo y con tanto afán había buscado. ¿Podría reconocerla por la descripción del propio Homero? Tenía que buscar los restos de la Puerta Escea sobre la cual el anciano rey Príamo solía reunirse con sus consejeros.

La vejez había puesto fin a sus días de guerreros, sin embargo, eran excelentes oradores aquellos consejeros troyanos, sentados allá en la torre, como cigarras que chirrían alegremente desde un árbol del bosque.

También debían encontrarse en alguna parte las ruinas del palacio de Príamo, donde habían estado los cofres que guardaban los objetos preciosos que el anciano rey tomó para rescatar el cuerpo de su hijo.

Pesó también diez talentos de oro para llevarlos, tomo dos refulgentes trípodes, cuatro calderos y una bellísima copa que le habían dado los tracios cuando visitó su país.

¿Pero había entre las murallas que había descubierto alguna con indicios de haber pertenecido a la inmensa ciudad descrita por el poeta? Sólo las que se encontraban en el estrato superior, y esto entristecía y desconcertaba a Schliemann, que insistía en que, por ser la ciudad de Homero tan antigua, debía estar cerca de la base del montículo.

Como mi propósito era desenterrar Troya, que yo esperaba encontrar en una de las ciudades inferiores, me vi obligado a demoler muchas ciudades interesantes en los estratos superiores, como por ejemplo, a unos seis metros de la superficie las de un edificio prehistórico de tres metros de altura, cuyos muros eran de sillares de piedra caliza, perfectamente lisos, unidos con arcilla.

En otra ocasión, durante la misma excavación, en mayo de 1872 Schliemann descubrió cerca de la superficie "un bastión compuesto de grandes sillares de caliza,

---

<sup>1</sup> Schliemann, naturalmente, sabía que la cerámica que era diferente de la de períodos históricos debía clasificarse, por lo general, como perteneciente a la prehistoria, pero no tenía medios para saber si correspondía a la prehistoria antigua, media o reciente.

que quizás datara del tiempo de Lisímaco". Aunque el bastión era de proporciones homéricas, el hecho de encontrarse cerca de la superficie, lo condenaba para Schliemann, que no podía concebir que fuera anterior al siglo III a. C. (Lisímaco fue uno de los generales de Alejandro, 360-281 a. C.).

Sin embargo, los estratos interiores fueron una decepción, ya que en gran parte no se encontraron en ellos sino toscas murallas mal construidas y mezquinas, viviendas con restos de una cerámica pobre y algunos instrumentos de piedra. Pero las capas no estaban definidas claramente, encontrándose traslapadas en distintos lugares de la zona, de modo que no siempre era fácil definir cuál era el estrato más antiguo y cuál el más reciente en un lugar, en el lado sur de la colina, Schliemann hizo un descubrimiento más alentador: una gran masa de mampostería, consistente en dos muros claramente definidos, cada uno de cerca de cinco metros de ancho y de seis de alto, muy juntos y cimentados sobre la roca a una profundidad de catorce metros bajo la superficie. Llamó a esto la "Torre Grande", aunque reconociendo que "originalmente los constructores las pudieron haber destinado a otro fin muy distinto".

A mediados de marzo de 1873, Schliemann empezó una extensa excavación al oeste de la llamada "Torre Grande". Después de cavar a través de los restos de una casa griega de época reciente y luego a través de una capa de escombros, los trabajadores descubrieron lo que era, al parecer, una bien pavimentada calle, de cinco metros de ancho, que bajaba bruscamente en dirección sudoeste, hacia la llanura. Esta calle, decidió el excavador, debió de conducir en otro tiempo a algún edificio grande en el interior de la ciudad.

Por lo tanto me apresuré a poner a cien hombres a cavar siguiendo la dirección de la calle. Encontré la calle cubierta hasta una altura de dos a tres metros con cenizas de madera, amarillas, rojas o negras, mezcladas con fragmentos muy quemados y a veces parcialmente cristalizados, de ladrillos y piedras; más arriba de esta espesa capa de escombros encontré las ruinas de un edificio grande construido con piedras ligadas con arcilla...

Allí cerca, hacia el noreste, desenterró dos grandes puertas situadas como a seis metros una de otra, frente a las cuales se alzaba una masa de restos calcinados de un espesor de dos a tres metros, que Schliemann pensó habían caído de las murallas en llamas de su Torre Grande, "que en otro tiempo debió de haber rematado las puertas".

El chiquillo impaciente que había en Schliemann se sobrepuso siempre al arqueólogo sensato. Se había esforzado mucho por encontrar lo que deseaba hallar, y ahora, después de tres años de laboriosos trabajos, parecía que su fe había sido justificada. Sin detenerse a comprobar sus deducciones, ni a consultar las opiniones de otros sabios, anunció al mundo que había descubierto la Puerta Escea y el Palacio de Príamo.

Muchos de los investigadores profesionales, en especial los alemanes, se habían opuesto a las excavaciones de Schliemann. Durante más de un siglo, ellos y sus predecesores habían teorizado, arrellanados en los cómodos sillones de sus estudios, sobre la localización probable de Troya, pero a ninguno se le había ocurrido ir allí a excavar. Y de pronto aparecía ese audaz comerciante, sin preparación académica, un cualquiera, ansioso de publicidad (que como sabios ellos, pretendían odiar) que sin método y precipitadamente derribaba sin piedad restos de edificios clásicos en una alocada búsqueda de una ciudad que, probablemente, sólo había existido en la imaginación de un poeta. Y lo que todavía era peor, su ingenua creencia en la autenticidad histórica de Homero le había inducido a anunciar que había encontrado el palacio de Príamo, un rey de cuya existencia histórica no había la menor prueba. Aquello no era una labor de investigación, sino periodismo sensacionalista. Las plumas

académicas estaban mojadas en vinagre. Schliemann, a pesar de su aparente triunfo, se sentía en el fondo desalentado por estos ataques. En mayo escribió a su hermano:

Hemos estado excavando aquí durante tres años con ciento cincuenta obreros... hemos sacado 250.000 metros cúbicos de escombros, habiendo rescatado de las profundidades de Ilión todo un excelente museo de antigüedades muy notables. Sin embargo, ahora nos sentimos muy cansados y puesto que hemos logrado nuestro propósito y realizado el gran ideal de nuestra vida, el 15 de junio daremos por terminados nuestros trabajos en Troya.

Dos veces, durante la carrera de Schliemann como arqueólogo, ocurrieron acontecimientos de una extraña semejanza con los acaecidos a Howard Carter, que descubrió la tumba de Tutankamen más de medio siglo después. El primer paralelo tuvo lugar en las siguientes circunstancias. Los lectores que recuerden el gran descubrimiento egipcio en 1922 sabrán que precisamente cuando Carter había empezado lo que iba a ser su última temporada en el Valle de las Tumbas de los Reyes, después de seis años de excavar en vano, dio con la tumba intacta del Faraón. Schliemann, como hemos visto, había decidido poner fin a sus excavaciones el 15 de junio. Un día antes de esa fecha, estando con algunos de sus obreros cerca de la muralla próxima al edificio antiguo que él creía ser el Palacio de Príamo, y al noroeste de la "Puerta Escea", le llamó la atención un objeto grande de cobre encajado en una capa rojiza de escombros calcinados, sobre la que se alzaba un muro de fortificación. Mirando con más atención, los ojos penetrantes del excavador vislumbraron, detrás del cobre, algo brillante que resplandecía. Parecía oro... Schliemann observó a sus obreros. Parecía que no habían visto nada. Entonces se le ocurrió una artimaña digna de Ulises. Con toda calma llamó a Sofía y le dijo en voz baja que hiciera tocar a "paidos", la hora del descanso. "Les dices que es mi cumpleaños —la aleccionó— y que cobrarán el jornal sin trabajar". Cuando se hubieron marchado los obreros junto con los superintendentes, volvió Sofía y permaneció junto a su mando mientras, agachado debajo de la muralla en la luz deslumbrante del sol, iba sacando de la tierra, objeto tras objeto de oro resplandeciente o de plata sin lustre.

Esto requirió un gran esfuerzo y era muy arriesgado —escribió después Schliemann—, puesto que el muro de fortificación, bajo el cual tenía que cavar, amenazaba caer sobre mí a cada momento. Pero la vista de tantos objetos, cada uno de los cuales era de un valor inestimable para la arqueología, me daba audacia y nunca pensé en el peligro. Sin embargo, no habría podido extraer este tesoro sin la ayuda de mi querida esposa, que no se separó de mi lado, apresurándose a envolver en su chal las cosas que yo iba sacando, para llevarlas a otro lugar.

Por fin, cuando el último objeto había sido colocado en el chal rojo de Sofía, los dos descubridores, sintiéndose como niños desobedientes haciendo una travesura, se encaminaron con fingida despreocupación hasta su casita en lo alto del montículo, cerraron la puerta con llave, y extendieron ante ellos el tesoro.

Lo más bello de todo, sin comparación, fueron dos magníficas diademas de oro. La más grande consistía en una finísima cadena de oro, para rodear la cabeza, de la que colgaban setenta y cuatro cadenas cortas, y otras dieciséis más largas, cada una hecha de láminas diminutas de oro, en forma de corazón. La orla de cadenas más cortas descansaba sobre la frente que adornara; las cadenas más largas, rematada cada una de ellas con un pequeño "ídolo troyano", colgaban hasta los hombros, quedando así el rostro enmarcado en oro (véase lámina 2, derecha). La segunda

diadema era semejante, pero las cadenas estaban suspendidas de una estrecha banda de oro, y las cadenas de los lados eran más cortas, sin duda con el propósito de cubrir solamente las sienes. Sólo en la primera diadema había 16.353 piezas distintas de oro que consistían en anillos diminutos, dobles anillos y hojas en forma de lancetas. En ambos objetos la elaboración era fina y delicada.

Encontraron también seis pulseras de oro, una botella de oro, una copa de oro que pesaba 601 gramos, una copa de ámbar y una vasija grande de plata que contenía, además de las diademas, sesenta pendientes de oro, 8.700 sortijas pequeñas de oro, prismas perforados, botones de oro y otros adornos. Vasos de plata y de cobre y armas de bronce completaban el tesoro.

Pero Schliemann no podía apartar los ojos de las resplandecientes diademas. El comerciante de cincuenta años que, desde niño, había soñado con tesoros troyanos, permaneció sentado acariciando con los dedos las cadenas de oro, mientras la hermosa muchacha griega que era su esposa lo contemplaba. Sofía tenía entonces veinte años y su morena belleza había alcanzado la madurez: la joven parecía en aquel momento la personificación de la "Helena de los blancos brazos" por la que los griegos y troyanos habían entablado una cruel guerra cerca de aquel mismo lugar. ¿No sería todo aquello el tesoro de Príamo? Así volaba su imaginación mientras, temblando de emoción, colocaba sobre la frente de su mujer las resplandecientes diademas que él, en aquel momento, creía habían adornado en otros tiempos a la misma Helena.

A partir de entonces, por mucho que los sabios se burlaran, Schliemann quedó convencido de que Homero lo conduciría a los tesoros del mundo prehelénico.

Puesto que —escribía— encontré todos los objetos juntos o encajonados unos dentro de otros en la muralla, cuya construcción Homero atribuye a Neptuno o a Apolo, lo más probable es que se encontraran en un cofre de madera, como los que según la *Ilíada* había en el Palacio de Príamo. Y el hecho de haber encontrado allí cerca una llave de cobre de unos diez centímetros de longitud, con una cabeza de seis centímetros de longitud y de ancho, que muestra una semejanza notable con la llave de una caja fuerte de hierro, confirma más esta suposición.

Esta "llave", el objeto de cobre que atrajo primero la atención de Schliemann, se comprobó más tarde que era un cincel de bronce. Schliemann continúa:

Alguien de la familia de Príamo guardó precipitadamente el tesoro en el cofre y lo transportó sin tener tiempo de retirar la llave, pero en la muralla le sorprendió el enemigo o el fuego, y tuvo que abandonar el cofre, que quedó inmediatamente cubierto por una capa de cenizas rojas y de piedras que caían del vecino Palacio y que alcanzaron un espesor de unos dos metros.

Habiendo encontrado una explicación satisfactoria de la presencia del tesoro en aquel lugar, el problema siguiente era cómo sacarlo del país. Desde luego, el permiso para excavar se lo habían concedido sólo con la condición de que la mitad de todo lo que encontrara fuera entregado al gobierno turco. Pero ahora que tenía en sus manos estos objetos de valor incalculable, no podía decidirse a entregar ni siquiera una parte de ellos a personas que, a su juicio, no podían apreciar su excepcional interés arqueológico y que posiblemente los fundirían para disponer del oro. En aquellos días las inspecciones de aduanas no eran muy rigurosas y los excavadores lograron sin gran dificultad pasar de contrabando todo el tesoro troyano, sin que se enteraran los turcos, y llevarlo a Atenas.

Pero entonces se encontró con un problema exasperante. Tenía los tesoros, pero ¿cómo podía disfrutar de la gloria de haberlos descubierto sin anunciarlo al mundo de la investigación? Y si llegaban a saberlo los sabios, también lo sabrían los turcos. Schliemann hizo su plan de campaña. Anunció su descubrimiento y permitió que inspeccionaran los objetos varias personas entendidas, de responsabilidad reconocida, con el fin de que no hubiera la menor duda de que decía la verdad. Pero cuando sucedió lo inevitable y se registró en Atenas su casa por petición del embajador turco, no se halló nada. El tesoro se encontraba a salvo, oculto en cestos y en cofres, en graneros y en establos, repartido en las casas y en las granjas de los innumerables parientes de Sofía. Las artimañas de Schliemann fueron dignas de Odiseo.

Pero, por el momento, todo esto le obligó a suspender sus labores arqueológicas. El gobierno griego, temeroso de ofender a los turcos, no le ayudó. El director de la biblioteca de la Universidad lo denunció como contrabandista, e incluso llegó a acusarlo de haber adquirido sus objetos, no bajo el suelo de Troya, sino en las tiendas de los anticuarios. Se puso en duda la autenticidad de los descubrimientos troyanos, y cuando pidió permiso al gobierno griego para excavar en Micenas, en el Peloponeso, se le pusieron dificultades. Primero se dijo que según la ley griega no se permitía a nadie conservar antigüedades ni siquiera en vida. "¡Entonces, que modifiquen esa ley!" dijo Schliemann, pero su proposición fue recibida con frialdad. Ofreció dejar a Grecia, después de su muerte, todo lo que descubriera. E incluso los tesoros troyanos, si podía conservar durante los años que le quedaran de vida todo lo que encontrara. Pero las autoridades se mantuvieron inflexibles. Más tarde, en 1874, propuso otra alternativa: dejaría todo a Grecia, después de su muerte, con la condición de poder conservar, en vida, *parte* de sus hallazgos.

Con la seguridad de que el gobierno aceptaría este ofrecimiento, Schliemann y su mujer decidieron ir a pasar un par de días en Micenas como visita preliminar para estudiar el terreno. Pero tan preocupadas estaban las autoridades con la habilidad extraordinaria como descubridor de tesoros, atribuida al alemán, que desde Nauplia enviaron una persona a toda prisa tras la pareja para que examinara su equipaje y averiguara si se llevaban algo escondido: "Este hombre es un estafador," dijo el director del Servicio Arqueológico, añadiendo que Schliemann era muy capaz de encontrar tesoros en Micenas (probablemente sin necesidad de excavar), mezclarlos después con sus descubrimientos troyanos y sacarlos fuera del país de contrabando.

Cuando el funcionario enviado no encontró en la maleta de Schliemann más que unos cuantos fragmentos de cerámica, intentó disculparse, pero el gran hombre montó en cólera. Se marcharía de Grecia, amenazó indignado. Excavaría en Italia, en Rusia, donde lo tratarían con respeto y consideración y donde apreciarían los servicios que estaba prestando a la arqueología. Sofía, deseosa de permanecer en su país, le suplicó que se quedara, y por fin fue concertado un acuerdo con el gobierno que permitía a Schliemann hacer excavaciones en Micenas bajo la supervisión de la Sociedad Arqueológica de Grecia, encargándose él de los gastos y con la condición de que entregara todo lo que encontrara. La única concesión que le hicieron fue el derecho exclusivo de informar respecto a sus descubrimientos durante un período que no excediera de tres años. Schliemann no tuvo más remedio que aceptar.

Sin embargo, transcurrieron dos años antes de estar todo listo para iniciar los trabajos en la ciudadela de Agamenón. Primero tuvo que defenderse en un pleito formulado por los turcos, que perdió, quedando obligado a pagar 10.000 francos como compensación. Schliemann envió cinco veces esta suma al Ministerio correspondiente de Constantinopla con la esperanza de lograr así el apoyo de las autoridades para que le permitieran continuar sus excavaciones en Troya. Por el momento no recibió contestación, pero Schliemann podía permitirse el lujo de esperar. Mientras tanto se

publicó su libro *Trojan Antiquities*, con un prefacio retador pero excesivamente optimista anunciando que

los que se sienten decepcionados en sus esperanzas y consideren que Troya era demasiado pequeña para los grandes hechos de la *Ilíada* y que Homero como poeta lo exageró todo, sentirán por otra parte gran satisfacción ante la certeza ya confirmada de que los poemas homéricos están basados en hechos reales.

Pero el confiado optimismo con que Schliemann sostenía haber encontrado el Palacio de Príamo y la Puerta Escea había despertado el escepticismo de los eruditos profesionales y, como dijo más tarde Schuchhardt en su documentada obra sobre las excavaciones:

La conclusión final de los investigadores sensatos fue que aunque efectivamente en Hissarlik existió un poblado primitivo, sus ruinas no correspondían al gran período que describe Homero. Hissarlik difícilmente podía haber sido la capital de la región y por lo tanto hasta que se realicen nuevas excavaciones, Bounarbashi, cuyos méritos están respaldados por razonamientos tan hábiles y variados, debe seguir siendo considerada como Troya.

Como veremos más tarde, los "investigadores sensatos" estaban equivocados, aunque en realidad no se les puede culpar por haberse negado a cambiar de opinión en aquella época.

Por medio de amigos influyentes de Constantinopla, Schliemann obtuvo por fin, en abril de 1876, un *firman* (permiso) para continuar las excavaciones en Troya, pero no había contado con el genio oriental para inventar dilaciones. Durante dos meses fue retenido en el pueblo de los Dardanelos, bajo el pretexto de que había que confirmar el *firman*. Cuando al fin se le permitió comenzar, el Gobernador local, Ibrahim Pasha, envió un comisionado a Hissarlik que hizo todo lo posible por molestarlo. Esto no es sino un ejemplo más de la mezquina persecución que, en todas las épocas, han tenido que sufrir los genios por parte de burócratas irresponsables. Schliemann replicó abandonando las excavaciones y escribiendo un violento artículo en el *Times* alegando que la actitud del Pasha perjudicaba los intereses de la cultura. Muy pronto Ibrahim fue trasladado a otra provincia.

Pero cuando, en octubre de 1876, Schliemann recibió esta grata noticia, ya no estaba interesado en Troya. En un valle solitario del Peloponeso, acababa de hacer un descubrimiento tan importante que superaba sus triunfos troyanos. Esta vez, incluso los sabios más escépticos se vieron obligados a aceptarlo. En todo el mundo civilizado, en las aulas de las universidades, en las revistas culturales, en los periódicos más famosos, otro nombre homérico se había convertido en centro de interés: Micenas.



#### 4. “LA ÁUREA MICENAS”

EL CENTINELA:

¡De estos trabajos y perenne guardia  
libertarme por fin quieran los dioses!  
En lo alto del palacio del Átrida<sup>1</sup>  
como un perro vigilo el año entero,  
de los fulgentes astros,  
—príncipes de la noche, que a los hombres  
el invierno señalan y el estío—,  
la varia muchedumbre  
y los ortos y ocasos contemplando.  
Aquí del fuego la señal espero,  
la llama esplendorosa que de Troya  
ha de anunciarnos la deseada ruina.  
¡De una mujer de varonil consejo  
el impaciente pecho así lo manda!

Así empieza *Agamenón*, la gran tragedia de Esquilo, sin duda uno de los comienzos más dramáticos jamás imaginados por un dramaturgo. Desde su atalaya en lo alto de la ciudadela de Micenas, el cansado centinela contempla el valle en sombra, el mar y las lejanas montañas. Espera que en aquellas cumbres distantes aparezca el resplandor de los fuegos con los que los griegos han quedado en anunciar a los suyos la caída de la remota Troya.

Diez años hice ya que los potentes  
enemigos de Ilión, los dos Atridas,  
héroes invictos que por Zeus honrados  
con doble trono y doble cetro fueron,  
de esta región armada irresistible  
de mil argivas naves levantaron.

Canta el coro y, entonces, se ve el resplandor del fuego y el centinela lo saluda entusiasmado:

¡Salve, nocturna, esplendorosa antorcha!  
¡Luz a la aurora semejante, salve!  
¡Prenda eres de triunfo para Argos,  
y de festivas danzas portadora!

Aunque Esquilo escribió en la época clásica de Grecia, en el siglo V a. C., tomó sus temas del ciclo épico antiguo que se mencionó en el primer capítulo, y en especial del ciclo conocido con el nombre popular de “Los Retornos”, en el que se describen las

---

<sup>1</sup> Agamenón y Menelao eran hijos de Atreo, por lo que se les solía llamar los “Atridas”. El “Átrida” a que se hace referencia aquí es Agamenón.

aventuras de los héroes aqueos durante el regreso a sus patrias después del saqueo de Troya. De estos "Retornos" el más famoso fue el de Agamenón, "Rey de Hombres" y Señor de Micenas, que fue asesinado a traición por su reina Clitemnestra y Egisto, su amante. Advertida por el centinela del regreso de su dueño y señor, dispuso la muerte de Agamenón, en venganza por el sacrificio de su hija Ifigenia a los dioses para conseguir vientos favorables en la travesía a Troya. A su regreso, el confiado rey y sus compañeros fueron asesinados en un banquete, aunque hay también una versión en la que se relata que Clitemnestra mató a Agamenón en el baño.

En los tiempos de los griegos de épocas más recientes y de los romanos, cuando los antiguos poemas épicos eran considerados no como leyendas sino como historia autentica, se tenía la certeza de que Micenas había sido el lugar de los asesinatos. Aunque ya casi todo estaba en ruinas, todavía se mantenían en pie las murallas "ciclópeas" y las enormes tumbas "colmena" vacías, que alguno que otro viajero griego o romano visitaba de cuando en cuando, como por ejemplo, el historiador griego Pausanias, que vivió en el siglo II a.C., y vio Micenas, dejando una descripción de la que se reproduce a continuación una parte:

Algunas partes de las murallas se conservan todavía, así como *la puerta sobre la que se encuentran los leones*. Se dice que son también obra de los Cíclopes que construyeron las murallas de Tirinto para Proteo. En las ruinas de Micenas hay una fuente llamada Perseia y edificios subterráneos de Atreo y sus hijos donde estaban sus tesoros. Hay una tumba de Atreo y también tumbas de todos aquellos que fueron asesinados por Egisto a su regreso a Troya, después de festejarlos con un banquete... Una es la tumba de Agamenón, otra la del auriga Eurimedon y otra de Teledamo y Pelope, pues se dice que Casandra dio a luz a estos gemelos y que, todavía niños, Egisto los mató junto con sus padres, y otra de Electra... Clitemnestra y Egisto fueron enterrados fuera de las murallas, *porque no merecían ser enterrados dentro, donde yacían Agamenón y los que con él fueron asesinados.*<sup>2</sup>

He subrayado la última frase porque fue la clave del éxito de Schliemann en Micenas. Desde luego conocía a la perfección todas las referencias épicas y clásicas relativas a la ciudadela de los Atridas. Por ejemplo, había observado que siempre que Homero menciona a Micenas le aplica un epíteto, que se ha traducido diversamente como "rica en oro"... "áurea"... y "opulenta". Los epítetos convencionales de Homero, característica muy conocida de la poesía épica, son de una exactitud extraordinaria (Schliemann tenía motivos para recordar la "ventosa Troya"). Por lo tanto, si el poeta había llamado a Micenas "áurea", debió de tener buenas razones para ello; y si el oro estaba todavía allí Heinrich Schliemann lo encontraría. Así que en agosto de 1876, apareció en el remoto valle, azotado por el viento, que desciende a la llanura de Argos, instaló su cuartel general en la aldea cercana, contrató unos obreros y empezó la excavación.

Los elementos principales del escenario micénico, tal como los vio Pausanias, tal como los vio Schliemann, y tal como nosotros podemos verlos todavía hoy, son:

a) Al sur un estrecho valle que sube desde la llanura de Argos y el mar, que queda más al sur, hasta una cadena de colinas al norte. A través de esas colinas pasaban los caminos hacia Corinto y otras ciudades del norte.

b) Cerca de la parte superior del valle, entre dos elevadas colinas, hay ruinas de un círculo de macizas murallas. "Coronada" en este caso no es un cliché, sino una descripción exacta de cómo las murallas ciñen esta colina lo mismo que una corona ciñe las sienes de una cabeza humana. La pequeña zona dentro de las murallas, de

---

<sup>2</sup> La cursiva es del autor.

fuertes pendientes, aunque con la cima casi plana, fue considerada por Schliemann como la *Ciudadela* o *Acrópolis*.

c) En el oeste, el círculo de murallas, construidas de enormes piedras sin argamasa, está interrumpido por una magnífica entrada sobre la que se destacan dos leones rampantes esculpidos en piedra: la famosa *Puerta de los Leones*.

d) Parte del valle, al sur de la Ciudadela, y una gran zona hacia el suroeste de ésta, contienen tumbas "tholos", llamadas a veces "cámaras de Tesoros", la mayor de las cuales es conocida con el nombre de "Cámara del Tesoro de Atreo". Estas tumbas, que se describirán con más detalle en otro capítulo, son unas grandes y hermosas cámaras revestidas de piedra, excavadas en la ladera de la colina, en forma de colmenas gigantescas en las que se penetra por un pasadizo recto llamado "dromos". Esta gran zona, en la que se encuentran las tumbas "tholos", contiene también las casas de los micenios más humildes, que vivían fuera de la Ciudadela.

Si se tienen presentes estos elementos, podrá apreciarse mejor la sagacidad de Schliemann, puesto que él no fue el primero en excavar en Micenas. Antes que él había estado allí Lord Elgin, quien se llevó parte de la entrada sostenida por columnas, de la "Cámara del Tesoro de Atreo", que todavía puede verse en el museo Británico. También estuvieron allí Lord Sligo y un turco llamado Veli Pasha. Pero todos habían fracasado.

Aunque ningún investigador profesional compartía la fe de Schliemann en la verdad literal de los poemas homéricos, la guía de Pausanias se tomaba más en serio. Ciertamente que este había visitado Micenas unos mil trescientos años después de la fecha tradicional de la guerra de Troya, cuando ya Micenas era un lugar legendario en ruinas. Pero, sin embargo, no había razón para dudar de que le hubieran mostrado las tumbas, o al menos, lugares sagrados que la tradición local atribuía a Agamenón, Clitemnestra y los demás. Pero cuando se preguntaba a los sabios contemporáneos de Schliemann donde podrían encontrarse esas tumbas, todos las localizaban, en su imaginación, fuera de los muros de la ciudadela ¿Cómo podían entonces compaginar tal afirmación con la última frase de la descripción de Pausanias citada anteriormente?

Clitemnestra y Egisto fueron enterrados fuera de las murallas, porque no merecían ser enterrados *dentro, donde yacían Agamenón y los que con él fueron asesinados*.

Pausanias, decían los eruditos, al hablar de las "murallas", no se refería a las llamadas murallas ciclópeas que coronan la cima de la colina ¿Por qué no? Porque estas murallas encerraban solamente una zona relativamente pequeña, que consistía casi exclusivamente, en una escarpada cuesta de roca desnuda, impropia para cementerio. No, la muralla que Pausanias vio tenía que haber sido una *segunda* muralla rodeando una zona mucho mayor, fuera de la muralla ciclópea, y que después había desaparecido. Indudablemente las tumbas que había visto Pausanias eran las tumbas *tholos* saqueadas, vacías ya desde varios siglos antes de su época.

Sin embargo esta explicación no satisfacía a Schliemann, que escribió:

El que Pausanias aludía únicamente a las murallas de la ciudadela lo demuestra con toda claridad al decir que en la muralla se encuentra la Puerta de los Leones. Es cierto que después habla de las ruinas de Micenas, en las que vio la fuente Perseia y las cámaras de los tesoros de Atreo y de sus hijos. En cuanto a estos últimos no cabe duda que se refiere a la gran cámara anteriormente descrita que, desde luego se encuentra en la parte más baja de la ciudad y quizás a alguna otra de las más pequeñas de las afueras. Pero como vuelve a decir más adelante que las sepulturas de Clitemnestra y Egisto están a una pequeña distancia fuera de la muralla... dentro de la cual

reposaban Agamenón y sus compañeros, no cabe la menor duda de que aludía únicamente a las inmensas murallas ciclópeas tal y como él las vio, y no a las que no *vio*... no pudo ver las murallas de la ciudad baja, porque habiéndose construido originalmente de muy poco espesor habían sido demolidas 638 años antes de su tiempo.<sup>3</sup> Por estas razones decisivas, yo he interpretado siempre el famoso pasaje de Pausanias en el sentido de que las cinco tumbas se encontraban en la Acrópolis.<sup>4</sup>

Posiblemente fue la decisión de Schliemann de explorar un lugar, en apariencia tan poco prometedor, lo que decidió al Gobierno griego permitir iniciar excavaciones allí. Se sabía que la Sociedad Arqueológica Griega, que asesoraba al Gobierno, tenía celos de él, temerosa de que les robara la gloria que debía ser suya. Pero cuando aquel extranjero loco manifestó que iba a excavar donde no era posible encontrar nada, se sonrieron y le dieron permiso. Pero así y todo la Sociedad nombró un *ephor*, un tal Stamatakis, para vigilarlo y cuidar de que se atuviera a las condiciones fijadas por la Sociedad, es decir que no empleara a un mismo tiempo más que un número limitado de hombres, para que el *ephor* pudiera vigilar todo, y entregara todo lo que encontrara.

Schliemann inició sus excavaciones en las cercanías de la Puerta de los Leones. Sofía, naturalmente, estaba con él. Al principio dispusieron de sólo sesenta y tres obreros. Schliemann eligió esta zona porque los sondeos practicados allí habían indicado un suelo bastante profundo y además había descubierto dos muros de casas ciclópeas, una losa sin esculpir semejante a una lápida sepulcral y una porción de ídolos de terracota que representaban mujeres y vacas. Le costó mucho trabajo atravesar la Puerta de los Leones, que estaba obstruida por piedras pesadas. En el interior, a la izquierda, encontró una pequeña *cámara* que parecía

indudablemente la antigua habitación del portero... con una altura de apenas 1.35 metros y que, seguramente no sería del agrado de los porteros de hoy día. Pero en la edad heroica no se conocían las comodidades y aún menos para los esclavos, y como no se conocían, no se echaban de menos.

A continuación comenzó a cavar en la zona de detrás de la Puerta de los Leones, en el interior de la ciudadela; desenterró muros, algunos evidentemente de fecha posterior, que, con su acostumbrada despreocupación, quería quitar de en medio para llegar a la parte más antigua de la estructura. Fue entonces cuando empezó la batalla con el *ephor*. Las cartas que éste escribía a sus superiores están llenas de patéticas lamentaciones:

Hace unos días encontré un muro superpuesto sobre otro y quiso demoler el de arriba. Yo se lo prohibí y desistió. A la mañana siguiente, cuando yo no estaba allí, ya lo había hecho quitar, dejando el muro inferior al descubierto.

Cuando el *ephor* se quejó a Sofía, ésta le dijo secamente que su marido era un hombre entendido que sabía lo que estaba haciendo; que él, Stamatakis, no lo era y que lo mejor que podía hacer era callarse. Contrató a más trabajadores, en contra de lo acordado con la Sociedad y esto hizo que el trabajo avanzase más rápidamente, al mismo tiempo que impedía que Stamatakis pudiera vigilar todo lo que se estaba

---

<sup>3</sup> Cuando los argivos adquirieron Micenas en el año 468 a. C.

<sup>4</sup> Más recientemente se ha descubierto que si hay otro Círculo de Sepulturas fuera de la muralla. Véase el Apéndice A.

haciendo simultáneamente. Las cartas de este último se hicieron cada vez más angustiadas:

Si encontramos vasos griegos o romanos, los mira con desagrado y los deja caer... A mí me trata como si fuera un bárbaro... Si el Ministerio no está contento conmigo, ruego que se me retire de este destino.

Pero Schliemann ya había hecho un descubrimiento de gran importancia: a una distancia de unos doce metros, dentro de la Puerta de los Leones y no lejos del circuito de la muralla ciclópea, había abierto una trinchera de once metros cuadrados, desenterrando parcialmente un círculo de losas verticales, con un diámetro de 26 metros. El piso, dentro del círculo, había sido aplanado en tiempos antiguos y, dentro de este espacio, los excavadores encontraron una estela vertical de piedra, como la lápida de una sepultura. Esa losa estaba esculpida, pero se encontraba en tan mal estado que no se podía distinguir el asunto del bajorrelieve tallado en ella. Pero pronto se desenterró otra lápida esculpida... y luego otra. Éstas se encontraban en mejores condiciones y se distinguían claramente unos guerreros en carros.

Poco después, Schliemann halló un altar circular de piedra, con una gran abertura en forma de pozo, y decidió que el propósito de ésta era poder ofrecer al muerto la sangre del sacrificio. También afirmó que las escenas de las estelas representaban guerreros homéricos, que el círculo de losas de piedra había rodeado el *ágora* (lugar de reunión de la ciudad) y que, debajo de las estelas, aunque quizás a bastante profundidad, debía de haber tumbas. Bajo el sol abrasador de julio, respirando polvo y con los ojos irritados por el sudor, los obreros seguían trabajando. Mientras Heinrich y Sofía vigilaban a sus obreros, el ofendido *ephor*, medio muerto de fatiga, trataba de inspeccionarlo todo.

Se encontraron más lápidas funerarias, algunas esculpidas con escenas de caza, batallas o dibujos decorativos, otras completamente lisas. Todas se iban sacando con cuidado a medida que se apartaban la tierra y rocas desprendidas. Al seguir los trabajadores excavando más abajo del nivel donde se habían encontrado las lápidas funerarias, aparecieron monumentos de piedra todavía más antiguos. Ya habían llegado a la roca viva, después de haber atravesado la espesa capa superficial, cuando hubo un momento de gran emoción para Schliemann y su mujer. En un lugar apareció el borde de un corte en la roca. Las palas quitaron los últimos residuos del suelo superficial, y se comprobó que se trataba del principio de una fosa vertical que penetraba en la roca hasta una profundidad desconocida. Emocionados y triunfantes se miraron uno a otro. Habían encontrado la primera de las tumbas de fosa vertical.

Bajo la vigilancia ansiosa de Heinrich, Sofía y el *ephor*, los obreros fueron apartando la tierra cuidadosamente, examinando cada paletada en busca de algún indicio revelador. No se veía ya a los hombres que se encontraban a 4.5 metros bajo el nivel de la roca, y seguían excavando cuando los penetrantes ojos de Sofía vislumbraron un destello entre la tierra. Recogió del suelo un objeto pequeño y le quitó la arcilla que lo cubría. Era una sortija de oro.

Dejar cavar más hondo a los obreros habría sido arriesgado, de modo que los despidieron inmediatamente. Poco a poco fueron saliendo por la Puerta de los Leones, charlando y haciendo comentarios entre ellos, mientras los dos descubridores, con el *ephor* Stamatakis, los seguían con la vista según iban descendiendo por el camino del valle. A partir de ese momento tuvieron que trabajar los tres solos cuando había que llevar a cabo la limpieza final de una tumba (pues ésta fue sólo la primera de varias). Tenían que trabajar de rodillas en el suelo, rascando cuidadosamente con navajas cada capa del suelo. Como Heinrich ya pasaba de los cincuenta años, una parte considerable de esta tarea recayó sobre su joven esposa.

Los que deseen saborear plenamente la saga micénica de Schliemann deben leer su gran libro *Micenas y Tirinto*, que es verdaderamente fascinante, tanto por sus detalles arqueológicos como por su riqueza en anécdotas personales. Aquí sólo puedo detenerme en los momentos más dramáticos de estas pocas semanas del verano de 1876, cuando el mundo culto seguía a Schliemann en Micenas con la misma ansiedad con que, la siguiente generación, siguió a Howard Carter en la tumba de Tutankamen. Schliemann y su esposa descubrieron en total cinco tumbas, y Stamatakis otra, todas dentro del círculo de losas de piedra que Schliemann había tomado por un *ágora*, pero que en realidad era un "Círculo de Tumbas", construido con el objeto principal de aislar el cementerio como lugar sacro.

Cada una de estas tumbas consistía en una fosa rectangular, que variaba en profundidad de 1 a 4.5 metros, y en longitud de 3 a 6 metros. En estos sepulcros se encontraron los restos de diecinueve personas, entre hombres, mujeres y dos niños pequeños. Muchos de los cuerpos estaban literalmente cargados de oro. Citaremos la descripción sumaria del profesor Wace:<sup>5</sup>

Los rostros de los hombres estaban cubiertos con máscaras de oro, y sobre el pecho tenían petos de oro. De las mujeres, dos tenían bandas de oro sobre la frente, y otra una magnífica diadema de oro. Los dos niños estaban envueltos en lámina de oro. Junto a los hombres estaban tendidos en el suelo sus espadas, puñales, copas para beber, de oro y de plata, y otros utensilios. Las mujeres tenían a su lado sus cajas de tocador de oro, alfileres de diversos metales preciosos, y sus vestidos estaban adornados con discos de oro decorados con abejas, jibias, rosetas y espirales... Desde luego este fue uno de los descubrimientos arqueológicos más ricos de todos los tiempos.

Rico era ciertamente, pero lejos de ser bárbaro en su magnificencia. Más notable que la simple abundancia del precioso metal, era el arte supremo que revelaban los tesoros: un arte de tal vigor y madurez que debía ser el producto de una civilización establecida hacía largo tiempo. Entre los objetos más bellos figuraban dos hojas de puñales de bronce, incrustadas en oro, con dibujos tallados. En una se representaba la caza de un león, con la bestia herida haciendo frente a un grupo de lanceros con inmensos escudos en "forma de ocho". En la otra se veía, estilizada, una escena a la orilla de un río, probablemente el Nilo: unos gatos salvajes escondiéndose entre los papiros que crecen junto al sinuoso río, mientras arriba baten las alas unos pájaros asustados. En ambas hojas de puñal el artista había demostrado una espontánea maestría en la disposición de sus complicados dibujos en un espacio tan estrecho, y el trabajo de incrustación de oro era soberbio.

Además de estas hojas había otras igualmente bellas entre las que figuraban una hoja de una espada de bronce con caballos corriendo y una hoja de puñal con leones, y, en el reverso, azucenas de oro y ámbar. Las empuñaduras estaban ricamente ornamentadas con oro laminado y fijadas a la hoja del puñal con remaches también de oro.

En las sepulturas de las mujeres había diademas de oro decoradas con intrincadas combinaciones de círculos, espirales y motivos convencionales en relieve; había también hojas de oro dispuestas en forma de estrella (para adornar los vestidos), brazaletes, pendientes, horquillas y diminutas figuras humanas y de animales, en oro. Abundaban las cuentas y las sortijas de sello con miniaturas de mujeres de cintura estrecha, con elaborados peinados y luciendo amplias faldas de volantes, parecidas a las crinolinas de la época victoriana, aunque aquí cesa la semejanza, pues los corpiños ajustados de las mujeres dejaban los pechos al descubierto.

---

<sup>5</sup> En su *Mycenae*.

Todos estos objetos preciosos habían permanecido ocultos, enterrados en aquella árida ladera, durante treinta siglos, incólumes a pesar de los estragos de cinco conquistas. Los dorios, los romanos, los godos, los venecianos y los turcos habían llegado, y después de permanecer allí durante algún tiempo, se habían marchado. Pero Micenas había guardado su secreto durante 3500 años.

Al hacer el descubrimiento, Schliemann no se dio cuenta de la verdadera antigüedad de estos objetos. Para él eran indiscutiblemente homéricos, la justificación triunfante de su fe. Fue un momento de emoción suprema que le proporcionó una indecible satisfacción.

Por vez primera desde que los argivos la capturaron en el año 468 a. C. —escribió—, la Acrópolis de Micenas tiene una guarnición cuyas hogueras, vislumbradas en las noches desde toda la llanura de Argos, traen a la memoria los vigías que acechaban el regreso de Troya del rey Agamenón y la señal que avisó de su llegada a Clitemnestra y a su amante. Pero ahora la causa de la ocupación por soldados es de un carácter pacífico, pues se trata simplemente de infundir temor entre las gentes del campo e impedir que hagan excavaciones clandestinas en las tumbas.

Su fe en la Troya de Homero lo había llevado a descubrir el "Tesoro de Príamo". Ahora su fe en la exactitud histórica de Pausanias lo había conducido hasta los cuerpos de Agamenón y sus compañeros. Estaba convencido de que se trataba de ellos; y no era él el único en creerlo así. Incluso sabios que antes se habían mostrado escépticos reconocían que el diletante alemán presentaba un argumento convincente porque, cuando se examinaron con más detenimiento los tesoros de las tumbas de fosa vertical se comprobó que algunos de ellos mostraban una indudable relación con los poemas homéricos. En un capítulo anterior mencioné los grandes escudos homéricos que cubrían todo el cuerpo, como el que Ajax mantenía ante él "como una torre" y que golpeaba la nuca y los talones de Héctor al andar. En las hojas de los puñales con incrustaciones de oro, los cazadores de leones estaban representados con unos escudos semejantes, en forma de ocho, que cubrían todo el cuerpo (lámina 8). Schliemann menciona otro ejemplo en una sortija de sello en oro, con un dibujo representando una escena de guerra.

El tercer guerrero parece haberse dado a la fuga, estando el resto del cuerpo oculto por *un escudo enorme de una forma peculiar, que de estar el hombre erguido le cubriría todo el cuerpo, de los pies a la cabeza.*<sup>6</sup>

Las descripciones que hace Homero de escudos para los que no se encontraba paralelo en la época clásica, ni tampoco en tiempos de Homero (900-800 a. C.) habían intrigado a generaciones de eruditos. Ahora se les veía representados por primera vez.

Luego, en la Tumba IV, encontró Schliemann una copa de oro de una forma extraordinaria. Tenía pie y dos asas con dos palomas, una enfrente de otra. Desde el arranque inferior de cada asa una pieza lateral plana se unía con la base redonda. Enseguida el investigador recordó la descripción de la copa de oro en la que el anciano Néstor escanció el uno pramnio para Macaón y para él mismo (*Ilíada*, Libro XI):

Tenía cuatro asas. Cada una con un doble pie y, en lo alto, una frente a otra, dos palomas comiendo.

---

<sup>6</sup> La cursiva es del autor.

Las discusiones sobre la "Copa de Néstor" han continuado hasta hoy día. El paralelo es notable y, sin embargo, hay diferencias importantes, por ejemplo, la copa que describe Homero tiene cuatro asas y es mucho más grande. Pero para Schliemann se trataba de la copa del viejo caudillo pílico (lámina 11, derecha).

El paralelo más notable de todos, que ni el más escéptico puede negar, se encuentra en el casco de colmillos de jabalí. En la Tumba IV se encontraron sesenta dientes de jabalí, "todos los cuales tienen un lado cortado perfectamente plano y dos agujeros que debieron de servir para sujetarlos a otro objeto, quizás a los jaeces de los caballos. Pero en la *Ilíada* vemos que también se usaban en los cascos". Más tarde, Schliemann y otros arqueólogos encontraron muchos más ejemplares de estos ornamentos y también pequeñas placas de marfil con guerreros tocados con cascos (probablemente de cuero o piel) cubiertos con piezas hechas de colmillos de jabalí, exactamente iguales a las encontradas en las sepulturas. Considérese ahora el siguiente pasaje del Libro X de la *Ilíada*, en el que se describe la maravillosa escena nocturna cuando Ulises y Diomedes, "el del potente grito guerrero", se disfrazan y salen a espiar el campo troyano. Sus camaradas les prestan armas y armaduras:

Meriones proporcionó a Ulises un arco, un carcaj y una espada, y le cubrió la cabeza con un casco de cuero que tenía en su interior un recio forro de correas entretejidas, al que estaba cosida una gorra de fieltro. El borde exterior estaba hábilmente adornado en los lados con *una hilera de blancos y deslumbrantes colmillos de jabalí*.

Indudablemente el casco era una rareza incluso en la época de guerra troyana, pues dice el poeta:

Este casco procedía originalmente de Eleón, donde Autólico se lo robó a Amintor Orménida el día que se introdujo en su palacio, y que luego dio a Anfidamante de Citera para que lo llevara a Escandia; y Anfidamante se lo regaló a Molo en agradecimiento por su hospitalidad. Molo a su vez se lo dio a su hijo Meriones, y ahora había de proteger la cabeza de Ulises.

Desde luego, Schliemann tuvo que reconocer que había encontrado muchas cosas jamás mencionadas por Homero. Entre ellas figuraban tres objetos característicos, que aunque Schliemann no hace sino enumerarlos entre otros, resultaron de gran importancia en relación con descubrimientos posteriores en Creta. Por lo tanto los mencionaré aquí brevemente. Primero, en la Tumba IV, Schliemann encontró:

Una *cabeza de vaca*<sup>7</sup> de plata, con dos largos cuernos de oro... Adornando la frente tiene un sol de oro, magníficamente decorado, con un diámetro de 5.5 centímetros (lámina 7)... Se encontraron también dos cabezas de vaca con una chapa de oro muy delgada... que tenían una *doble hacha* entre los cuernos.

El tercer tipo de objetos y el más numeroso eran sellos; unos en forma de sortijas de sello, otros como cuentas planas de piedras semipreciosas (algunos eruditos las llaman "gemas"), grabadas a menudo en entallo con diminutas escenas de gran animación. Fueron principalmente estas escenas las que proporcionaron a Schliemann y a otros excavadores posteriores, una idea de la vida de este pueblo de la antigüedad. Algunas de las escenas eran manifiestamente religiosas, otras de

---

<sup>7</sup> Identificada posteriormente como de toro. Véanse los capítulos sobre Creta.



cacería y de batallas. Ya hemos citado la descripción de Schliemann de una de estas escenas en las que se representan los escudos que cubren todo el cuerpo. Aquí describe otro sello, en el que cree ver la lucha entre Héctor y Aquiles, según el Libro XXII de la *Ilíada*:

El entallo en el siguiente objeto, más pequeño, representa dos guerreros en un duelo a muerte. El que queda a la izquierda del espectador es un joven imberbe, alto y robusto, con la cabeza descubierta, desnudo salvo la cintura. Se apoya con todo el peso de su cuerpo en la pierna izquierda que tiene adelantada, y con la mano derecha acaba de hundir la espada de doble filo en la garganta de su contrario. Sobre el cuerpo del hombre herido se ve un escudo redondo, con un círculo de puntos pequeños que probablemente intentan representar el brillo del bronce (en esto se equivocaba puesto que los escudos eran de cuero). Me pregunto si el joven que vemos aquí, guapo y arrogante, no será Aquiles, el hombre más hermoso del ejército griego, y su adversario Héctor, el del tremolante casco, porque exactamente tal como se representa en esta cuenta fue muerto Héctor por Aquiles, de una espada en la garganta (lámina 5, arriba).

Noche tras noche, cuando las excavaciones de la jornada habían terminado y las hogueras de los soldados resplandecían sobre la Acrópolis micénica, Heinrich y Sofía se dedicaban a estudiar atentamente los descubrimientos del día, pesando las macizas copas de oro, admirando las vasijas de plata, alabastro y *faenza*, escudriñando con lupas aquellas fascinantes y enigmáticas escenas en los sellos de piedra, esforzándose por comprender aquel mundo muerto hacía tanto tiempo y que ellos habían vuelto a descubrir.

Para Schliemann no cabía duda de que el mundo que había descubierto era el de Homero, el mundo de la *Ilíada*. ¿Acaso no había descubierto las tumbas de Agamenón, Casandra, Eurimedón y sus compañeros, muertos por Egisto en el banquete fatal? ¿Quién podía dudarlo? Eurimedón había sido auriga; sobre la estela de la sepultura estaban representados unos carros. Pausanias, el historiador, había mencionado cinco tumbas, Schliemann había encontrado cinco tumbas. Se decía que Casandra había dado a luz gemelos que fueron muertos con su madre; en una de las tumbas se encontraron los cuerpos de dos niños, envueltos en oro.

Lo semejante del modo de entierro, la perfecta igualdad de todas las tumbas, su proximidad, la imposibilidad de admitir que tres e incluso cinco personajes reales, poseedores de enormes riquezas, muertos de muerte natural a largos intervalos, hubieran sido amontonados en la misma tumba, y finalmente el gran parecido de todos los ornamentos... todos estos hechos son otras tantas pruebas de que los doce hombres, tres mujeres y quizás dos o tres niños, habían sido asesinados y quemados simultáneamente (En las sepulturas había huellas de que se había encendido fuego en su interior).

En este estado de fe ciega Schliemann excavó la quinta, y para él, última, tumba.<sup>8</sup> Y allí, al igual que en Troya, encontró lo que tan ardientemente deseaba encontrar. Tres cuerpos masculinos yacían en la tumba, con petos de oro sobre el pecho y máscaras de oro sobre el rostro, y junto a ellos, sus armas ricamente incrustadas. Cuando quitó la máscara del rostro del primer hombre, la calavera se desmoronó con el contacto del aire, lo mismo ocurrió con el segundo cuerpo.

---

<sup>8</sup> Después de marcharse Schliemann, Stamatakis descubrió y excavó una sexta tumba, que contenía dos cuerpos.

Pero en el tercer cuerpo, que yacía en el extremo norte de la tumba, la cara redonda, bajo la pesada máscara de oro, se había conservado maravillosamente con toda la carne. No había vestigios de pelo, pero los ojos podían distinguirse perfectamente, como también la boca, que, debido al enorme peso que la había presionado, estaba abierta y mostraba treinta y dos bellos dientes, por lo que todos los médicos que vinieron a ver el cuerpo juzgaron que el hombre debió de morir a la temprana edad de treinta y cinco años.

Schliemann levantó la máscara del suelo y la besó, y aquella noche, mientras por toda la Argólida se extendía como un reguero de pólvora la noticia de que se había encontrado el cuerpo bien conservado de un hombre de la edad heroica, el descubridor se sentó y escribió un telegrama al rey de Grecia, que decía:

He contemplado el rostro de Agamenón (lámina 9).

Hemos seguido a Heinrich Schliemann desde la oscuridad de una rectoría de Mecklemburgo hasta la hora cumbre de su vida en la ciudadela de los Atridas. Al describir sus sucesivos descubrimientos he tratado de ser fiel a *su* interpretación *personal* de ellos y de verlos como él los vio, y no como ahora los consideramos nosotros a la luz de posteriores conocimientos. Pero este libro es la historia de un viaje en busca de la verdad y, Schliemann, como todos los exploradores, se extravió a veces. Por lo tanto, ha llegado el momento de hacer nuestro primer alto para contemplar el camino ya recorrido, y las colinas que todavía tenemos que cruzar. Hemos visto a Micenas a través de los ojos de Schliemann. Ahora vamos a verla con los nuestros.

Por consiguiente, volvamos a nuestros días, al espacio cubierto de grava en frente a "La Bella Helena", en la mañana después de mi llegada. En un banco, junto a un pimentero achaparrado, está sentado Orestes, mirando hacia el valle de Argos, de donde la brisa trae un leve olor marino. Y delante se extiende el estrecho y tortuoso camino a Micenas.

## 5. PAUSA PARA REFLEXIONAR

Aunque todavía estábamos en febrero, la mañana era clara y soleada. En el aire impregnado del aroma del tomillo vibraba el tintineo de los cencerros de las ovejas. En uno de los recodos del camino me encontré con un corro de pastorcillos embutidos en andrajosos chaquetones procedentes del Ejército americano, bailando solemnemente al son de un caramillo.

Delante se alzaban las colinas gemelas del Monte Zara y el Monte Hagios Elias, recortadas contra el cielo azul, en Hagios Elias los arqueólogos han encontrado restos de una atalaya micénica, probablemente aquella desde donde el vigía apostado por Clitemnestra divisó las señales de fuego. Entre las dos cumbres podía verse la colina más baja en la que se encontraba la ciudadela, su aspecto desde aquella distancia me dejó algo decepcionado. Había esperado ver grandes murallas resaltando contra una tierra verde, pero aquello no era precisamente el Castillo Gaillard ni Ludlow, aquí no había suaves praderas sino una piedra caliza desnuda. A través de la delgada envoltura asomaban los huesos de la colina, y la hierba primaveral no era sino un velo verde sobre el gris, de modo que desde lejos las murallas y las rocas se fusionaban.

Pero de cerca todo causaba maravilla. A la izquierda del camino, donde da vuelta un contrafuerte del valle, se abre en la ladera de la colina una enorme puerta de piedra, de tres veces la estatura de un hombre, a la que se llega por un profundo corte, cuyos lados eran de mampostería finamente labrada. Gracias a la abertura triangular sobre la puerta la reconocí enseguida como la más grande de las tumbas "tholos" o "colmena", la famosa "Cámara del Tesoro de Atreo". Penetrando por el corte, llamado "dromos", me detuve bajo la enorme puerta y levanté la vista al dintel.

Tallado de un solo bloque de piedra caliza, pesa 120 toneladas. Cinco hombres altos, tendidos en línea recta con los talones de uno junto a la cabeza del siguiente apenas alcanzaron a abarcar toda su longitud. Tiene un ancho de casi cinco metros, y un espesor de un metro. Sin embargo, de alguna manera los micenios habían logrado colocarlo sobre las jambas de piedra sin grúas ni gatos, acoplándolo con precisión al lugar donde ha permanecido más de tres mil años (lámina 1).

El interior de la tumba, fresco y oscuro, era como una cueva circular de muros lisos formados por hileras circulares de bloques perfectamente labrados cuyo diámetro va reduciéndose, cuanto más altas están, formándose una especie de inmensa colmena. Esta gran cámara tiene un diámetro de cerca de 15 metros al nivel del piso, y más de 13.5 metros de altura. En el interior se tiene la impresión de que es todavía mayor. Dentro y cerca del valle hay un gran número de estas tumbas "tholos", aunque en la mayoría el techo se ha derrumbado y ninguna está tan perfectamente conservada como ésta. Pausanias y otros escritores clásicos las llamaban "cámaras de tesoro", creyendo que los antiguos señores de Micenas guardaban allí sus riquezas. Pero debido a otros enterramientos encontrados en tumbas semejantes, en otras regiones de Grecia, ahora se sabe que eran tumbas comparables a las pirámides de Egipto. Y aunque Sir Arthur las juzgó más antiguas que las tumbas de fosa vertical, las excavaciones realizadas por el profesor Wace y otros han demostrado definitivamente que son posteriores, correspondiendo en realidad, a la época comprendida entre los años 1500 y 1300 a. C.

Antes de ir a Grecia había leído el libro del profesor Wace, recientemente publicado, fruto de muchos años de paciente estudio y excavaciones en un lugar que indudablemente ama, por lo cual ya empezaba yo a sospechar que su cariño por aquel sitio debía de haberle llevado a elogiar con exceso sus monumentos. Pero ahora me convencía de que todo el que penetra en este magnífico edificio no puede menos de aprobar sus juicios sobre el desconocido arquitecto.

Ante todo, hay aquí un plan definido que demuestra que antes de labrar una sola piedra o comenzar a excavar, una experta inteligencia había considerado los problemas planteados, encontrándoles solución. El plan de la tumba revela una idea clara y una intención definida así como una atrevida imaginación. Además denota que el autor del proyecto había estimado pesos, empujes y esfuerzos, habiendo tomado las medidas necesarias para resistirlos. La función del tremendo dintel de 100 toneladas, el sistema de juntas oblicuas en el umbral, la precisión del edificio, todo, en fin, demuestra un notable intelecto. Este maestro desconocido de la Edad de Bronce, que proyectó y construyó la "cámara del Tesoro de Atreo", merece figurar entre los grandes arquitectos del mundo.

A lo cual quiero contribuir con una observación personal que quizás sea de interés. Durante mis viajes por Egipto y el Cercano Oriente me había familiarizado con muchas construcciones antiguas, de modo que casi automáticamente había acabado por considerar como oriental cualquier estructura grande anterior al año 1000 a. C. Pero aquí, en suelo europeo, casi mil años antes que el Partenón, alguien había producido un edificio grande en concepción, soberbio en lo que se refiere a la construcción de armoniosas proporciones y, a mi juicio, inconfundiblemente europeo en espíritu.

Volviendo al camino, trepé hacia la Ciudadela. Al acercarme, las murallas se distinguían ya más claramente, y con viva emoción comprendí que no iba a quedar decepcionado. De cerca, la colina en que se alza la Acrópolis es mucho más escarpada de lo que parece a distancia, sobre todo por el este. Las murallas de la fortaleza, que llamaron "ciclópeas", pues creían que sólo los cíclopes (gigantes) pudieron haberlas construido, casi circundan la cumbre de la colina, como el recinto de un castillo medieval. Pocos espectáculos hay en el mundo tan impresionantes como estos oscuros baluartes construidos con bloques sin labrar y sin argamasar, tan grandes y pesados, que treinta siglos de viento, lluvia, terremotos, batallas y saqueos no han acabado de derrumbar. Ahí se alzan interrumpidos del lado occidental por la orgullosa Puerta de los Leones, a través de la cual pasaron Agamenón y sus hombres camino de Troya. Entonces, como ahora, soplaban el viento del mar, azotando las crestas de los cascos de los guerreros cuando descendían por el sinuoso valle hacia las embarcaciones, mientras las mujeres los miraban marchar.

Sobre el gran portal cuadrado, con su enorme dintel de piedra monolítica, dos leones rampantes, sin cabeza, pero todavía magníficos, soportan un pilar central. Quizás fuera esto un símbolo sagrado de la Magna Madre Tierra, diosa de la fecundidad y fuente de toda la vida. Estos leones son el monumento estatuario más antiguo de Europa (lámina 3). Pasando por la puerta, sobre el umbral desgastado por las ruedas de los carros, subí por la empinada rampa de la izquierda, que tuerce hacia arriba en dirección a la cumbre de la Acrópolis. Después de unos cuantos metros me detuve y miré hacia abajo, al espacio a mi derecha, entre la rampa y la muralla occidental de la fortaleza. Inmediatamente debajo de mí quedaban seis fosas cuadradas abiertas, rodeadas por un círculo de losas de piedra derechas de una altura de varios metros. Contemplaba las sepulturas descubiertas por Schliemann y Stamatakis hacía cerca de ochenta años. Donde en otros tiempos descansó la realeza de la "Áurea Micenas" crecían la hierba y las flores silvestres primaverales (lámina 4).

Después de haber trepado trabajosamente sobre unos muros bajos y cruzado estancias, con el cielo por techo y obstruidas por carrascales y esfódelos, me encontré en el extremo oriental de la fortaleza, donde desde un arco en la recia muralla se dominaba el estrecho valle. Desde este lugar ineludiblemente muy apropiado para una atalaya, el centinela micenio tenía una magnífica vista del valle y del mar. Sólo un pueblo guerrero pudo haber escogido un lugar semejante: por un lado las empinadas laderas rocosas de la cañada la hacían inexpugnable y por los otros, las inmensas

murallas debieron de ser infranqueables en aquellos tiempos en que las armas más poderosas eran las lanzas y las flechas (lámina 6, izquierda). ¿Cómo, me preguntaba, podía tomarse un lugar semejante? Quizás por sorpresa o traición, como en el caso de Troya. Pero bien aprovisionada podía haber resistido un sitio prolongado.

Agua no faltaba. La cisterna secreta de la que la guarnición micénica se abastecía de agua está todavía allí, y, aparte de la Puerta de los Leones, este depósito subterráneo es lo que más impresionaba en la fortaleza de Agamenón. Encontré la entrada en el lado norte, no lejos de la "poterna", una entrada más pequeña que la Puerta de los Leones, utilizada probablemente por los guerreros al salir a hacer una batida. En este lado, donde los centinelas paseando por las murallas veían hacia el norte el paso que conducía a Corinto, llegué a un arco en triángulo desde el cual arrancaban unas empinadas escaleras que descendían, penetrando en la tierra (lámina 6, derecha). Primero cruzaban la enorme muralla oblicuamente, hasta salir fuera, quedando bajo tierra. Después de un corto trecho horizontal, el pasaje doblaba en ángulo recto hacia el oeste y descendía unos veinte escalones más hasta que volviendo a doblar en el sentido contrario al que había estado siguiendo, se hundía aún más con una fuerte pendiente. El pasaje allí estaba húmedo y oscuro como boca de lobo, y conté más de sesenta escalones mientras tanteaba el camino hacia abajo. Ya cerca del fondo encendí unas ramas y cuando prendieron las llamas vi las brillantes paredes arqueadas del túnel, y a mis pies, un pozo cuadrado de piedra lleno hasta el borde de agua clara.

Esta cisterna, de cerca de seis metros de profundidad, era la provisión secreta de agua de la guarnición que podían utilizar durante todo el tiempo que estuvieran sitiados. El agua llega por cañerías de barro de la misma fuente Perseia que el viajero griego Pausanias vio hace 1700 años, pero la cisterna y el túnel que conduce a ella, según los cálculos del profesor Wace, existía hacía ya 1500 años cuando Pausanias estuvo aquí. Y la misma fuente que abastecía a los micenios todavía suministra agua a la aldea moderna de Charvati.

De vuelta en la superficie, trepé todavía más alto, por empinados senderos tortuosos, dejando atrás las ruinosas murallas, hasta llegar, sin aliento, al punto más alto, donde se alzaba el Palacio, del cual, desgraciadamente, todo lo que en realidad queda son unos cuantos muros del gran salón o *megarón*. El resto ha ido cayendo por las laderas de la colina. Sin embargo, se pueden distinguir los cimientos del Patio Exterior, en un lado del cual estaba el pórtico de la entrada que conducía al *megarón*. Los lectores de la *Odisea* recordarán que cuando Telémaco va a visitar a Menelao para pedir noticias de su padre, duerme bajo el pórtico:

Así el Príncipe Telémaco y el ilustre hijo de Néstor pasaron la noche en el antepatio del palacio, mientras que Menelao durmió en su cámara, al fondo del alto edificio y junto a él Helena, con su largo peplo.

Un pórtico y antepatio semejantes se encuentran delante de la gran sala de Agamenón, hermano de Menelao.

Dentro de la sala, ahora una plataforma de piedra bajo el cielo, encontré las cuatro bases de los pilares que habían sostenido el techo. Cerca de los pilares, según Homero, el Rey tenía su Trono y en medio estaba el hogar en el que durante el invierno se encendía el fuego. Fue el suelo de este patio junto con el de la sala que Clitemnestra cubrió de púrpura real en honor del regreso de su marido, según lo relata Esquilo. Ordena la reina:

¡Cubra al punto la púrpura el camino;  
y la mansión que verle no esperaba

acoja al rey cual la justicia pide!

En el lado más apartado del patio se encuentran los cimientos de un cuarto pequeño, que fantaseando un poco, podemos suponer era el cuarto de baño en el que fue muerto el rey. Sabemos que en Cnosos existían estos cuartos de baño. Engañado con la adulación de los paños de púrpura, sin sospechar el odio de su esposa tanto tiempo contenido, Agamenón fue asesinado.

Aquí, serena,  
junto a mi obra estoy. Yo, no lo niego,  
yo, de modo lo hice que a mis manos  
no pudiera escapar. Red sin salida,  
red fatal de opulenta vestidura,  
cual peces coge el pescador, cogióle...  
Éste es Agamenón, este es mi esposo.  
¡Sí, que él es, pero muerto, y a mis manos!  
¡Obra de hábil artífice! — Y he dicho.

Entre la hierba primaveral y las piedras grises desgastadas, crecen diminutas anémonas de color escarlata, como salpicaduras de sangre fresca. Había llegado al final de la primera parte de mi peregrinación. Cansado por la subida, me senté y miré a mi alrededor (lámina 10, arriba).

Altas montañas se alzaban por todos lados detrás de mí el Monte Hagios Elias se destacaba imponente contra el cielo pálido. A lo lejos, hacia el sur, más allá de barreras sucesivas de cumbres intermedias, más allá de la bahía de Argólide, se eleva la cresta coronada de nieve del Monte Parnón, un gigante en una tierra de grandes montañas. A mis pies el terreno descendía suavemente en terrazas, en las que el delicado verde de la veza alternaba con franjas de terracota. Aquí y allá hileras simétricas de olivos adornaban las partes bajas de las laderas, resaltando de cuando en cuando algún ciprés alto y triste. En la lontananza se extendía la fértil llanura argiva, "Argos, tierra de mujeres hermosas", como la describe Homero, cuando no la llamaba "Argos, la de los domadores de caballos". El aire era tranquilo, salvo alguna que otra ráfaga de viento que arrastraba la canción de algún pastorcillo en una de las lejanas laderas, o el sonido de un caramillo. Era el paisaje del Peloponeso en la mejor época del año, templado por el primer aliento primaveral.

Mientras descansaba allí, me puse a reflexionar sobre los muchos nuevos descubrimientos en la arqueología griega desde que Schliemann hizo sus excavaciones aquí hacía setenta y cinco años. Algunas de sus primeras opiniones las corrigió él mismo antes de morir. Otras fueron modificadas después de su muerte cuando se lograron nuevos conocimientos. Schliemann habría sido el primero en aprobar estos cambios. Sabía que las verdades arqueológicas tienen inevitablemente que expresarse en teorías que representan las explicaciones más factibles de las pruebas disponibles. Pero cada año se obtiene más información, aquí una inscripción, allí un fragmento de cerámica o quizás una obra escrita, fruto de una profunda investigación llevada a cabo entre las cuatro paredes de un estudio. Si la teoría tiene una base sólida, se conserva. Si no, se derrumba, o tiene que modificarse. Pero siempre significa un avance hacia la verdad.

¿Acertó Schliemann al afirmar que los cuerpos en las tumbas de fosa vertical eran los de Agamenón y sus compañeros? Parece que no. Suponiendo que Agamenón fuera un personaje histórico, habría vivido alrededor de 1180 a. C., fecha tradicional

de la Guerra Troyana (que la arqueología ha confirmado posteriormente). Pero ahora se sabe que los entierros en tumbas de fosa vertical eran mucho más antiguos, correspondiendo aproximadamente a la época comprendida entre los años 1600 y 1500 a. C. Sabemos esto porque los descubrimientos posteriores a Schliemann, en multitud de antiguos centros "micénicos" de Grecia y de las islas, han permitido a los investigadores establecer un sistema de determinación de fechas basado en la comparación de tipos de cerámica. Sería muy largo explicar con detalle cómo se hace esto, pero aun corriendo el riesgo de incurrir en una simplificación excesiva, voy a intentar explicar el procedimiento en pocas palabras lo mejor posible.

Como veremos más tarde, parece que Micenas fue el centro de un imperio que se extendía sobre una gran parte del mar Egeo y se han descubierto muchos centros micénicos y protomicénicos. Donde un lugar ha estado habitado largo tiempo es fácil seguir el desarrollo de una cultura estudiando la cerámica y otros objetos encontrados en capas sucesivas, considerándose, como es natural, la más profunda como la más antigua, y la más alta la más reciente. Por ejemplo, si un tipo especial de cerámica se encuentra siempre dentro del mismo estrato, en docenas de lugares distintos, y nunca aparece en estratos superiores o inferiores, no cabe duda de que pertenece a un mismo período cronológico. ¿Pero cómo es posible atribuir una fecha a determinado período, si los habitantes de la Grecia prehistórica no dejaron inscripciones con fechas que conozcamos? Por fortuna para la arqueología parte de esta cerámica antigua del Egeo fue a parar a las tumbas egipcias, cuya fecha sí se conoce. Una vez establecida la fecha de determinadas capas por la presencia de cerámica encontrada en tumbas egipcias de fecha conocida es posible atribuir fechas, con bastante exactitud, a los objetos encontrados entre capas de antigüedad conocida, o encima o debajo de ellas. Pero aun así, no se ha podido fijar fechas con tanta precisión como en la cronología egipcia.

Pero el error de Schliemann se comprobó mucho antes de que se adoptara este sistema de determinar fechas. El que lo descubrió fue su ayudante, el brillante joven profesor Dörpfeld, que tanto hizo por introducir métodos más científicos en las últimas excavaciones de Schliemann. El error podía haberlo descubierto el mismo maestro de no haber tenido un deseo tan apasionado de demostrar que los cuerpos habían sido enterrados *todos al mismo tiempo*. Schliemann había encontrado los cadáveres tendidos sobre lechos de grava en el fondo de las fosas, cubiertos con una masa de arcilla y piedras, que él, como era natural, supuso habían sido arrojadas dentro de las sepulturas después de los entierros. "Los lados de las tumbas estaban forrados con una pared de pequeñas piedras de cantera y arcilla, que se había conservado hasta alturas variables, en la quinta tumba todavía llegaba hasta una altura de 2.35 metros", escribe Schuchhardt. "Varias losas de pizarra estaban apoyadas contra esta pared. Otras se encontraban tendidas, atravesadas o inclinadas sobre los cuerpos. El Dr. Schliemann creyó que se trataba del *revestimiento de las paredes de arcilla*".<sup>1</sup> Estas losas de pizarra habían de tener gran importancia más tarde.

Los cuerpos yacían a pocos metros unos de otros, cada uno cargado y rodeado de armas y ornamentos. Todos, según razonó Schliemann, fueron enterrados al mismo tiempo, puesto que habría sido imposible cavar a través de la tierra superpuesta para introducir un nuevo cuerpo, sin estorbar a los enterrados anteriormente, lo cual parecía bastante lógico.

Pero en una de las tumbas, Schliemann encontró unos objetos descritos por él como "cajitas de una fuerte lámina de cobre", rellenas de madera bastante bien conservada y todo ello unido con recios clavos de cobre. No podía imaginarse qué podían haber sido, y por fin sugirió que tal vez se utilizaran como apoyo para la cabeza. Fueron llevadas al museo de Atenas con el resto de los tesoros.

---

<sup>1</sup> La cursiva es del autor.

Años más tarde, cuando Dörpfeld estaba ya trabajando con Schliemann, el joven empezó a reflexionar sobre el problema todavía no resuelto de las tumbas de fosa vertical. ¿Correspondían los cuerpos a un entierro simultáneo, a los entierros sucesivos de una dinastía? Leyó y releó las descripciones hechas por Schliemann de las tumbas tal como las había encontrado. Se fijó en la referencia a las losas de pizarra que Schliemann había visto apoyadas contra la pared, y que juzgó formar parte del "revestimiento de las paredes de arcilla". De pronto se le ocurrió una idea y decidió hacer unas preguntas al Doctor.

"Estas losas —pregunto— ¿cómo estaban colocadas cuando las encontré?"

"Contra los lados de las sepulturas "

"¿Pegadas contra los lados?"

"No, algunas estaban apoyadas contra el lado y una tendida sobre uno de los cuerpos"

Cuando Dörpfeld oyó esto se empezaron a confirmar sus sospechas de que la interpretación primera sobre la disposición de las tumbas no era satisfactoria. Fue otra vez al museo y examinó las "cajitas de lámina de cobre" que Schliemann había tomado como apoyos para las cabezas. Estaban rellenas de madera podrida sujeta con clavos de cobre. Entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido. Originalmente, aquellas losas de pizarra habían servido para techar la tumba que no había sido llenada con tierra. De borde a borde de cada tumba se habían colocado vigas de madera con los extremos que descansaban sobre los apoyos, reforzados con láminas de cobre, lo que correspondía a las "cajas" de Schliemann. Las losas de pizarra habían descansado encima de las vigas, de modo que en un principio cada sepultura había sido un panteón de familia en el que se podían haber hecho varios entierros distintos sin estorbar los anteriores. Años, quizás siglos, después de haber sido enterrado en esta tumba, el último de la dinastía, la madera de las vigas se había podrido, y las losas, flexionadas por la tierra acumulada arriba, habían caído sobre los cuerpos (lo cual explicaba el que algunos estuvieran tan aplastados). Schliemann, en su afán de creer que todos los cuerpos habían sido enterrados a un tiempo, no se había dado cuenta de esto, pero las "cajas" acabaron con esta ilusión.

Más tarde, cuando ya se sabía más sobre el arte micénico y minoico, quedó claro que los objetos encontrados en las fosas sepulcrales no pertenecían todos al mismo período; que, en realidad, había diferencias que indicaban que los entierros se habían efectuado en épocas sucesivas a lo largo de un siglo aproximadamente. Desde luego se trataba de personajes reales, los miembros quizás de toda una dinastía. Pero con respecto a Agamenón habrían sido tan antiguos como para nosotros los Tudor. En lo que se refiere al propio Agamenón es más probable que fuera enterrado en una de las grandes tumbas *tholos* del valle. Se lo imagina uno descansando en la mejor de todas, la "Cámara del Tesoro de Atreo", que a veces se llama Tumba de Agamenón.

¿Pero cómo puede explicarse la tradición citada por Pausanias según la cual las tumbas se encontraban dentro de la ciudadela, donde efectivamente fueron encontradas éstas? En mi opinión, existía en la época de Pausanias una tradición local muy arraigada que apocaba la creencia de que los personajes reales se encontraban dentro de la ciudadela, pero me parece poco probable que Pausanias llegara a ver las lápidas sepulcrales él mismo.<sup>2</sup> Las tumbas de fosa vertical tenían ya más de 1500 años cuando estuvo en Micenas, y hacía ya largo tiempo que no quedaban allí más que ruinas. En todos los lugares del mundo las tumbas abandonadas han atraído invariablemente al ladrón. Si las lápidas sepulcrales hubieran estado visibles en los

---

<sup>2</sup> Sin embargo, véase el Apéndice A.



tiempos clásicos, ¿cómo era posible que las tumbas no fueran saqueadas? Sin embargo, en Micenas y los alrededores, se conservaba todavía un vago recuerdo entre el pueblo de los reyes que habían sido enterrados allí, aunque sus sepulturas e incluso las losas sepulcrales estuvieran enterradas bajo toneladas de tierra y roca desprendida procedente de derrumbes de las empinadas laderas de la Acrópolis.

Esto fue precisamente lo que favoreció a Heinrich Schliemann, como más tarde indicó Sir Arthur Evans en su introducción a la biografía del arqueólogo escrita por Emil Ludwig.

Los excavadores aprenden por experiencia que la mejor oportunidad, mejor dicho la única, de acertar con una tumba no saqueada es cavando en un talud natural, como el formado por un depósito de tierra y escombros acumulado al pie de un declive. La zona en que se habían excavado las tumbas de fosa vertical reunía todas estas características. Se encuentra, en efecto, inmediatamente debajo de la rampa ascendente de la Acrópolis y la muralla interior, dominada por una empinada ladera. Y así fue, inspirado felizmente por la fructífera versión de la antigua tradición, que Schliemann cavó, con resultados tan trascendentales.

Aquí tenemos el segundo paralelo interesante (el primero fue el descubrimiento del tesoro troyano) con el hallazgo por Howard Carter de la tumba de Tutankamen, medio siglo después. Carter, como Schliemann, encontró su tumba al pie de una ladera, bajo los fragmentos de piedra que habían caído procedentes de una sepultura posterior excavada en un nivel más alto.

Después de la partida de Schliemann el sufrido Stamatakis encontró la sexta tumba de fosa vertical, que sirvió algo para restablecer el amor propio de la Sociedad Arqueológica de Grecia. Stamatakis también limpió de escombros la "Cámara del Tesoro de Atreo", dejándola tal como la vemos hoy. Después vinieron Tsountas (1862-1902), Keramopoullos y Rodenwaldt, cada uno de los cuales contribuyó algo al descubrimiento de la civilización micénica. Desde 1920 hasta la actualidad, con excepción de los años de guerra, los investigadores ingleses, representados por la Escuela Británica de Atenas, han llevado a cabo excavaciones en Micenas.<sup>3</sup> Estas excavaciones dirigidas por el profesor Wace y descritas en el Anuario de la escuela han revelado hechos que no conocieron Schliemann y sus sucesores.

Wace ha demostrado, por ejemplo, que el cementerio prehistórico, al que pertenecen las tumbas de fosa vertical, se extendía primitivamente más *allá de las murallas ciclópeas*, al oeste de la Puerta de los Leones. Entre 1600 y 1500 a. C., los príncipes y las princesas de la familia real eran enterrados en la parte del cementerio que ahora queda dentro de las murallas. Parece ser que pertenecieron a una sola dinastía que fue contemporánea de la de los reyes de la antigua Décimo-octava Dinastía de Egipto: Amasis y los primeros Tutmosis. El período más floreciente de Micenas fue el de la última fase de la Edad de Bronce Reciente, alrededor de 1400-1500 a. C. Respecto a esta época dice Wace:

Todos los testimonios indican que Micenas fue un estado fuerte y floreciente, sede de una poderosa dinastía con un amplio reino. Esto corresponde admirablemente a la idea que tenemos de la fortaleza que era la capital de Agamenón, Rey de Hombres, *Primus inter pares* de los príncipes griegos antes de Troya y usufructuario de la suprema soberanía otorgada por Zeus.

---

<sup>3</sup> El descubrimiento más trascendental desde la época de Schliemann tuvo lugar en 1952. Véase el Apéndice.

Fue en este último período cuando los micenios construyeron las murallas ciclópeas con la Puerta de los Leones y la Poterna. Al mismo tiempo el cementerio de los reyes primitivos, tenidos en gran veneración, fue rodeado con el círculo de losas que Schliemann tomó equivocadamente por el *ágora*. Se aplanó el terreno y dentro del círculo se colocaron las losas sepulcrales con el altar circular en forma de pozo por el cual podía verterse la sangre de los sacrificados para los héroes enterrados abajo. Al igual que en Egipto, es probable que se hicieran ofrendas a los muertos ilustres en forma regular. Más tarde, cuando la ciudadela cayó en ruinas, la tierra que se desprendía de las laderas fue cubriendo poco a poco el círculo de tumbas y las piedras conmemorativas con sus aurigas esculpidos, ocultándolos a los ojos curiosos durante más de treinta siglos.

¿Queda algo que apoye la creencia de Schliemann de que la civilización micénica fue la que describió Homero? Sí y no.

Los argumentos basados en el escudo en "forma de ocho", el casco de colmillos de jabalí, el uso de las armas de bronce y quizás también la "copa de Néstor" todavía se aceptan y efectivamente son irrefutables. Incluso la objeción de que algunos de los escudos de Homero son redondos puede ser refutada por los que apoyan el origen micénico de los poemas. Es cierto que los escudos que aparecen en los puñales encontrados en las tumbas de fosa vertical son grandes y tienen forma de ocho. Sin embargo, en los restos de una casa micénica de una época posterior, cerca de la Puerta de los Leones, se encontró el fragmento de un vaso, el famoso Vaso del Guerrero, que demuestra claramente que los soldados micénicos usaban escudos redondos más pequeños, con un entrante en la parte inferior. Se cree que este vaso pertenece al siglo XIII a. C., cuando tuvo lugar la Guerra Troyana. Por lo tanto, los que apoyan esta teoría afirman que los escudos redondos mencionados por Homero no demuestran por sí mismos que el poeta viviera durante la época postmicénica.

Sin embargo, incluso Schliemann tuvo que reconocer que en la vida micénica había muchos elementos muy distintos de las costumbres descritas por Homero. Citemos unos cuantos ejemplos: los micenios enterraban a sus muertos, los héroes homéricos los quemaban. Los micenios eran un pueblo de la Edad de Bronce, Homero conocía el hierro. Las espadas de bronce micénicas están diseñadas para herir con la punta, las espadas homéricas tienen hoja afilada para asestar tajadas.

Con el tiempo, incluso el mismo Schliemann se vio obligado a reconocer que el Homero que compuso la *Ilíada* no pudo haber vivido durante los años de la Guerra Troyana. Sin embargo, había iniciado una controversia que iba a durar más de medio siglo, y que, aunque con menos pasión, persiste todavía. Las prensas de Europa han producido centenares de libros y artículos en diversos idiomas y los sabios riñen sus batallas verbales con la misma energía que Aquiles y Héctor mismos.

Pero el verdadero significado de Micenas y de los descubrimientos que poco después siguieron en Tirinto no reside en sus analogías con los poemas homéricos. El comerciante de añil convertido en investigador había abierto un mundo nuevo a la arqueología. Los historiadores, acostumbrados al prudente escepticismo de Grote, supieron de pronto que había existido en suelo europeo una civilización altamente desarrollada, mil años más antigua que la griega, y que además no se limitaba a Micenas. Los arqueólogos que investigaron otras zonas en el continente y en las islas hicieron un importante descubrimiento. En la mayor parte de los lugares que según Homero enviaron contingentes a la Guerra Troyana, y que por lo tanto fueron centros políticamente importantes, lugares tales como Tirinto, Orcómeno, Lacedemonia, Amyclae, *había restos de poblados micénicos*. El catálogo de barcos en la *Ilíada* presenta un cuadro bastante fiel de la estructura política y militar de Grecia en los tiempos micénicos. En cierto modo resultaba exasperante. Por una parte Homero parecía traicionar a sus devotos, por otra los apoyaba magníficamente.

Poco a poco, el aspecto homérico de la cuestión fue perdiendo importancia a medida que nuevas excavaciones daban a conocer la extensión y la duración que había tenido esta antigua cultura ¿Pero quiénes eran estas gentes? ¿De dónde venían? ¿Qué podía averiguarse sobre su religión y sus costumbres? ¿Tenían algún sistema de escritura y sería posible descifrarlo? ¿Cuáles eran sus relaciones con los otros pueblos mediterráneos?

He aquí algunas de las preguntas a las que arqueólogos e historiadores tuvieron que dedicarse durante los años siguientes. Algunas han quedado sin contestación. A otras pueden darse respuestas parciales, que trataré de resumir al final de este libro. Pero por el momento vamos a retroceder para volver a tomar el hilo de la historia de Schliemann después de sus glorias micénicas, ya que él mismo siguió haciendo descubrimientos antes de que otros se encargaran de continuar la tarea.

## 6. "AQUÍ EMPIEZA UNA CIENCIA ENTERAMENTE NUEVA"

A unos pocos kilómetros de la ciudad de Argos, en el camino hacia Nauplia, se encuentra una aldea. La aldea consiste en un café con unas cuantas mesas de hierro bamboleantes, una cárcel, desde la que llega a intervalos el sonido de una trompeta, algunas casas de adobe y tejas de terracota; burros y perros ladrones y un ambiente general de pobreza. A uno de los lados del camino se extiende un brazo de la Bahía de Argólida. Al otro quedan las inevitables hileras de polvorientos olivos, con viejas raíces nudosas incrustadas en la tierra pardusca. Más lejos, hacia el norte, el terreno va subiendo hacia las colinas donde está situada Micenas.

Al dejar el desvencijado autobús se andan unos pasos por la calle de la aldea, se deja atrás la prisión, y allí delante tiene uno a Tirinto, después de Micenas el ejemplo más grande que se conserva de una fortaleza micénica. Aunque no es tan romántico como Micenas ni cuenta con el encanto de su leyenda, el lugar tiene un sombrío esplendor que todavía justifica el nombre que le dio Homero "Tirinto, la de las Grandes Murallas". A distancia parece surcar los tranquilos campos como un acorazado, largo, bajo y gris, con la Acrópolis recortándose sobre el cielo como una torre de artillería. Tiene 270 metros de longitud por 75 metros de ancho y unos 9 a 15 metros de altura.

Pero de cerca todas estas impresiones quedan subordinadas a las murallas ciclópeas, construidas de increíbles bloques de piedra, en bruto, o toscamente desbastados, que pesan más de diez toneladas cada uno. La anchura total de estas murallas varía de 7.5 a 15 metros. Algunas son huecas, y tienen dentro largas galerías, abovedadas en lo alto y agujereadas por aspilleras triangulares que desde fuera de la fortaleza parecen negras bocas abiertas. Con sus agujeros que parecen cañoneras, la semejanza con un castillo medieval es todavía más marcada que la de Micenas. Sin embargo, Tirinto se construyó antes de 1200 a. C. Probablemente las aberturas se hicieron para los arqueros, mientras que las galerías debieron de utilizarse como comunicaciones protegidas con las armerías, las salas de guardias o las torres.

Cualquiera que se encontrase en Tirinto en 1884, habría visto dos hombres en manga de camisa sentados bajo la sombra de una muralla, comiendo bocadillos de queso y carne. El más viejo, un personaje con lentes, amplia frente y espeso bigote, hablaba rápidamente, acompañando sus palabras con enérgicos ademanes, con su compañero, mucho más joven, que permanecía sentado comiendo tranquilamente, o tomando con satisfacción alguno que otro trago de su vaso de vino resinoso. De cuando en cuando hacía una anotación, o interrumpía con unas cuantas palabras el monólogo de su compañero, volviendo enseguida a su comida.

El hombre de más edad era Schliemann, ahora de sesenta y dos años, y el otro era Dörpfeld, el inteligente joven arquitecto al que años más tarde describe Sir Arthur Evans como "el descubrimiento más importante de Schliemann". Fue Dörpfeld quien poco a poco introdujo la disciplina de la ciencia en las investigaciones del viejo arqueólogo, y le enseñó el valor del cuidado y la paciencia en la excavación, de la exactitud en los trabajos publicados y la templanza en la controversia. "Las cuestiones científicas —solía decir a su patrón cuando se enfurecía— no pueden resolverse con insultos... sino sólo con pruebas objetivas". Esto dice mucho de la visión y esencial humildad de Schliemann y de lo mucho que apreciaba el genio de Dörpfeld aceptando (con alguno que otro arrebatado de rebeldía) sus acertados consejos.

También aquí se inspiró Schliemann en los autores clásicos. Pausanias había descrito las murallas de Tirinto como "compuestas de piedras sin labrar cada una de las cuales es tan grande que un par de mulas no puede mover ni siquiera la más pequeña de ellas..." (lo que es una exageración, como indicó el cauto Dörpfeld). Según

la tradición, la fortaleza había sido construida por Proteo. Se supone también que la conquistó Heracles y que vivió largo tiempo dentro de sus murallas, por lo que era llamado a veces "el de Tirinto". En la época clásica Tirinto, con Micenas, envió cuatrocientos hombres a la batalla de Platea. En 1876, poco antes de empezar sus excavaciones, Schliemann hizo unos cuantos sondeos de prueba y descubrió unos muros de casas "ciclópeas" a una profundidad considerable, y unas cuantas vacas de arcilla e "ídolos" de terracota semejantes a los que aparecieron después en Micenas.

Pero de esto hacía ya ocho años, y ahora había vuelto, esta vez no con Madame Schliemann, sino con un experto arquitecto, setenta trabajadores y "cuarenta carretillas inglesas con ruedas de hierro, veinte palancas de hierro grandes... cincuenta picos, cincuenta palas grandes" y demás equipo. Ya en el verano de 1884 había extraído centenares de toneladas de tierra de las ciudadelas central y superior dejando al descubierto, por primera vez, la planta de lo que, indudablemente, era un palacio homérico. Se despejaron paredes, puertas, umbrales, y bases de pilares que Dörpfeld midió y dibujó con todo cuidado. Las excavaciones no estaban todavía completas, pero se había hecho lo bastante para proporcionar a Schliemann una gran satisfacción.

La planta del palacio, con su *megarón*, pórtico, patios y estancias colindantes mostraba una semejanza inconfundible con el palacio de Ulises, tal como se describe en la *Odisea*. Ciertamente que aquel edificio se encontraba en Ítaca, pero éste era tan semejante, que incluso era posible, si se admiten unas cuantas discrepancias, imaginarse la lucha en la que Ulises mata a los pretendientes. Schliemann estaba en su elemento. El comerciante erudito, ya viejo, casi calvo y con gruesos lentes tenía motivos para sentirse satisfecho mientras que apoyado contra la muralla, contemplaba la llanura de Argos, bañada en sol. En el horizonte, hacia el norte, se alzaban las colinas que ocultaban Micenas, escena del mayor de sus triunfos apenas hacía ocho años. ¡Pero qué años aquellos!

Primero su viaje triunfal por Inglaterra en 1877, cuando treinta sociedades culturales habían rivalizado una con otra para honrarlo, y reanudó su amistad con Gladstone, al que había conocido en 1875. Por aquella época todavía no era raro que un Primer Ministro combinara la política con los estudios clásicos. El interés de Gladstone por los estudios homéricos era conocido, y Schliemann le pidió que escribiera un prefacio para su libro, *Micenas*. El jefe liberal no pudo negarse, aunque cuando leyó el libro del alemán confesó a Murray, el editor, que estaba "muy preocupado con esto, pues no soy el hombre indicado". Sin embargo, escribió una extensa y bien razonada introducción en la que, después de una cautelosa consideración de los hechos disponibles, apoyaba el punto de vista de Schliemann de que los cuerpos encontrados en las tumbas de fosa vertical eran los de Agamenón y sus compañeros asesinados.

Cuando Heinrich llegó a Inglaterra en 1877, Sofía había estado enferma y no había podido acompañarlo. Mientras convalecía en Atenas leía llena de nostalgia las cartas de su marido, rebosantes de entusiasmo, contándole que diez sociedades le habían pedido una conferencia, que el día anterior había cenado con Gladstone y que el Primer Ministro se había quedado con su fotografía, "así que por favor trae otras cuando vengas", que la Sociedad fotográfica de Londres le había pagado cuarenta libras por dejarse tomar una fotografía para venderla, y que "Hodge, el pintor, hace semanas que anda detrás de mí para hacerme un retrato de tamaño natural para la Real Academia".

Por fin, en el verano (Sofía, ya una bella y seria mujer de veintiocho años), pudo reunirse con él y ocupar su lugar en la plataforma de la Real Sociedad, donde, ante un distinguido público de más de mil personas, recibió cada uno como premio un diploma especial del Instituto Arqueológico. Ambos dieron conferencias en inglés, y elegantes damas escucharon fascinadas, mientras Sofía les contaba cómo ella y su marido

habían pasado veinticinco días arrodillados en el suelo de las tumbas, sacando uno a uno los áureos tesoros de los Atridas.

Fueron momentos inolvidables, que casi compensaban los amargos ataques de los críticos que le habían hecho escribir:

En Londres fui agasajado durante siete semanas como si hubiera descubierto una nueva parte del globo para la Inglaterra ¡Qué diferencia con Alemania! Allí sólo me encontré con censuras.

Las críticas, unas justas o imparciales, otras de mala voluntad o dictadas por los celos, habían de continuar durante toda la vida de Schliemann, y nunca dejaron de causarle pena. Sin embargo, poco a poco, a medida que fueron pasando los años, la opinión responsable llegó a conceder un gran valor a los descubrimientos del alemán, en especial cuando, en años posteriores, buscó la colaboración de especialistas bien preparados. Pero la leyenda del titiritero en busca de publicidad nunca llegó a desaparecer, y con frecuencia tuvo motivos para lamentar amargamente el haber publicado sus primeros hallazgos con excesiva precipitación.

En el año siguiente, 1878, sus triunfos en Inglaterra fueron coronados por una alegría aun mayor: Sofía le dio un hijo. Siete años antes, cuando había empezado a cavar en Troya, tuvieron una hija a la que Schliemann llamó Andrómaca, como la esposa de Héctor. Pero ahora se había realizado su más ardiente deseo. Apenas llevaba el niño unas cuantas horas en el mundo cuando su padre, embelesado, sosteniendo sobre su cabeza un ejemplar de Homero leyó en voz alta cien líneas del poeta. Un rasgo de Schliemann el romántico. Schliemann, en cuanto hombre práctico, se reveló en el solemne bautizo ortodoxo, cuando en el momento en que el sacerdote iba a meter en el agua a la criatura, su padre se adelantó, sumergió un termómetro en la pila y comprobó la temperatura.

El mismo año empezó a construir una mansión en Atenas, en lo que es ahora la calle de la Universidad. Cuando quedó terminada unos años después, era el edificio más suntuoso de la capital, pocos en toda Grecia lo igualaban en magnificencia. En el tejado dioses y diosas de mármol se alzaban recortándose contra el cielo azul. En el interior, opulento pero frío, había vestíbulos con pilares y escaleras de mármol y un salón de baile espléndidamente suntuoso donde los invitados a los que les interesaba examinar los frisos de *putti* alrededor de las paredes, podían ver aquellas figuras diminutas que representaban las principales actividades de la vida del anfitrión. Aquí algunas de las figuras leían a Homero y Pausanias, allá otras cavaban y desenterraban el rico tesoro de Micenas y de Troya ¿y quién era aquella figurilla de negro con anteojos de concha contemplando el paisaje? ¡Quién si no el mismo Schliemann!

En las paredes y en las escaleras, sobre las puertas, en el interior y el exterior de la casa había inscripciones tomadas de los autores griegos antiguos. Sobre la puerta del estudio del gran hombre se leían las palabras pitagóricas:

Que no penetre aquí quien no estudie geometría.

En otras paredes había versos de Homero y de Hesíodo, mientras que en la fachada del palacio destacaban en letras griegas las palabras "Ilión Melathron", o sea, *Palacio de Ilios*. Aquí Schliemann solía recibir a sus distinguidos huéspedes de diversas partes del mundo, y en el piso bajo, expuesto en cajas de cristal, estaba el áureo "Tesoro de Príamo" que Heinrich y Sofía habían desenterrado al pie de las murallas de Troya.

Pero todo esto vendría más tarde. Entretanto, mientras se construía la casa, Schliemann hizo otra visita a Ítaca, donde exploró la isla detenidamente, escaló el monte Aëtos, practicó unos cuantos sondeos de prueba en varios lugares pero no encontró nada de gran interés. Después, en septiembre de 1878, cuando las dificultades con respecto al *firman* parecían resueltas, aunque no habían de tardar en manifestarse de nuevo, regreso a Troya. Reanudó las excavaciones cerca del sitio en que había encontrado el "Tesoro de Príamo", o sea, en el edificio grande al oeste y al noroeste de la Puerta. Antes de llevar un mes excavando descubrió otro tesoro, más pequeño, de objetos de oro, en el interior de una vasija de terracota rota "en una cámara en la parte noroeste del edificio en presencia de siete funcionarios del navío inglés *Monarch*...". Las lluvias invernales hicieron suspender el trabajo a fines de noviembre, así que Schliemann se fue a Europa por unos cuantos meses, regresando a los Dardanelos en febrero de 1879. Un mes más tarde se reunió con él uno de los hombres de ciencia más distinguidos de Europa, que había de ejercer una notable y provechosa influencia sobre Schliemann durante los últimos años de su vida.

El profesor Rudolf Virchow vino invitado por Schliemann. Aunque los dos grandes hombres se habían escrito varias veces, fue entonces cuando realmente intimaron. Virchow, un brillante doctor en medicina, era más o menos de la misma edad que el arqueólogo. Se había hecho famoso a los treinta y tantos años como el fundador de un nuevo sistema patológico. Más tarde, impulsado por sus convicciones humanas y liberales, había ingresado en el Parlamento alemán, donde también se había distinguido como político. Emil Ludwig, a cuyo *Schliemann de Troya* deben tanto todos los que posteriormente han escrito sobre Schliemann, explica con gran acierto las razones que hicieron que estos dos espíritus tan diferentes llegaran a entenderse bien.

En su juventud, ambos hombres se interesaron por actividades ajenas a su profesión, abriendo y explorando nuevos caminos... ambos... habían voluntaria y desinteresadamente asumido una segunda carga, el uno a causa de sus ideas revolucionarias, el otro por ambición y un impulso hacia tareas más elevadas...

Intrépido, humano y sereno, Virchow era el hombre indicado para apoyar nuevos descubrimientos cualquiera que fuera su origen. Se diferenciaba de otros profesores universitarios germanos por su falta de prejuicios que le hacía siempre desentenderse de las cuestiones personales respecto al origen, educación, religión o parentesco de una mente independiente que era blanco de la controversia.

Fueron estas cualidades las que hicieron que Virchow fuera un amigo y aliado tan valioso para el impetuoso excavador. Su inteligencia serena y su formación científica refrenaban los impulsos más violentos de Schliemann, sin dejar por eso de reconocer y alentar su genio natural, y sin sentir escrúpulos por su falta de preparación académica. Y como además Virchow era un hombre adinerado no se le podría echar en cara de que influyera en él la riqueza del millonario.

Con Virchow vino también M. Émile Burnouf, Director Honorario de la Escuela Francesa de Atenas, y los tres trabajaron juntos durante todo el verano. Burnouf levantando planos y Virchow estudiando la flora, la fauna y las características geológicas de la llanura de Troya, así como el estado en que se encontraban las ruinas y los escombros que aparecieron durante la excavación.

Schliemann tuvo también oportunidad para hacer excursiones con Virchow por los alrededores. Visitaron la desacreditada zona de Bounarbashi y tomaron la temperatura de los manantiales en los alrededores, motivo de tantas discusiones, y Heinrich quedó encantado cuando su amigo se mostró de acuerdo en que la diferencia

de la temperatura entre un manantial y otro era apenas perceptible. Juntos treparon al Monte Ida, y encontraron la fuente del río Escamandro, que tan gran importancia tiene en la topografía de la *Ilíada*. Hacia el fin de la temporada el ex comerciante de añil y el famoso hombre de ciencia eran ya íntimos amigos, y cuando al año siguiente Schliemann publicó su volumen de 800 páginas *Ilios*, fue Virchow el que escribió el prefacio.

...allí se alza la gran colina de ruinas, un fenómeno para la contemplación realista casi tan extraordinaria como la Sagrada Ilión lo es para el sentimiento poético... No tiene igual. No existe otro cúmulo de ruinas que permita establecer criterios para juzgar su importancia. Esta excavación abre un campo completamente nuevo para los estudios de los arqueólogos, todo un mundo inexplorado. Aquí empieza una ciencia enteramente nueva.

Virchow, sin la obsesión de Schliemann por encontrar paralelos homéricos, pudo darse cuenta más claramente del significado de los descubrimientos de su amigo. Pero Schliemann, que había abierto un enorme cráter en el centro de la colina, seguía perplejo ante los siete estratos que había descubierto, de los cuales, en su opinión, sólo las capas inferiores podían ser homéricas. Expuso en esta opinión de que el tercer estrato (desde el fondo), correspondiente a la llamada "Ciudad Quemada" era la Troya de Príamo, pero sus dudas y problemas se manifiestan patéticamente en su libro.

Este pequeño pueblo, con sus murallas de ladrillo, que apenas debió de contar con más de 3.000 habitantes... ¿podía identificarse con la gran Ilión homérica de inmortal renombre, que resistió durante diez largos años los heroicos esfuerzos de todo el ejército griego, de 110.000 hombres?

Sólo la falta de un sistema adecuado para la determinación de fechas mediante el estudio comparativo de objetos de cerámica le impidió ver que su Troya "homérica", o sea, la ciudad que había existido en el año 1180 a. C., estaba ante sus ojos. De haberlo sabido, no habría tenido que llegar hasta el miserable poblado que se encontraba en el fondo del cráter que había hecho abrir: las murallas de la Troya homérica se encontraban en los estratos superiores,<sup>4</sup> tan macizas como sus contemporáneas de Micenas: eran todo lo que había podido desear su romántica imaginación. Conocía y admiraba las murallas que había respetado al cavar en busca de restos más profundos, pero pensó que eran de la época de Lisímaco, tan sólo 300 años a. C.

En 1881, Virchow lo convenció de que presentara su colección troyana a Alemania, pero sólo consintió después de que este hábil político consiguió que Berlín recibiera a Schliemann como ciudadano de honor, y que se le concediera, entre otros honores, la orden *Pour le Mérite*. Schliemann no podía olvidar fácilmente las burlas despreciativas de los sabios alemanes y los desdeñosos ataques de la prensa que siguieron a sus primeros descubrimientos en Troya.

Había pasado la temporada de 1880 excavando en Grecia, donde en Orcómenos, otra localidad homérica, había descubierto una tumba *tholos* micénica que tomó como un lugar para almacenar tesoros, lo mismo que había creído Pausanias. Pero al año siguiente estaba otra vez en Troya, esta vez con el joven Dörpfeld, que había solicitado el honor de trabajar con él. Dörpfeld, gracias a su

---

<sup>4</sup> Dörpfeld identificó más tarde como la Troya homérica el sexto estrato desde el fondo. Así se aceptó hasta que el profesor Blegen hizo excavaciones en Troya poco antes de la segunda Guerra Mundial. Blegen ha identificado nueve capas o estratos, de las cuales la 7ª se cree que es la Ilión de la Guerra Troyana.



preparación como arquitecto, pudo descifrar la complicada estratificación de Hissarlik y hacer levantamientos de las distintas capas. Lo mismo que la de Virchow, la influencia de Dörpfeld sobre Schliemann ayudó a frenar su tendencia a precipitarse, impidiendo que en una ocasión publicara prematuramente un plano de excavaciones inexacto. "Sólo son planos correctos —le aconsejó— podremos silenciar a nuestros adversarios." El viejo león se iba domesticando poco a poco, para el beneficio de la ciencia y su propio bien, quizás a costa de gran parte de su primitivo entusiasmo.

Durante estas últimas temporadas en Troya, donde en los primeros años de su matrimonio habían encontrado el oro antiguo, ya no lo acompañó Sofía. A veces le hacía breves visitas: cuando estaba solo la echaba mucho de menos, y le escribía desde su casita en la colina troyana:

Enciendo cuatro velas, pero el cuarto todavía está oscuro. Falta la luz de tus ojos. La vida sin ti es insostenible.

Luchaba todavía con el eterno problema de la estratificación troyana, cuando al gobierno turco se le ocurrió una nueva manera de fastidiar a Schliemann, impidiéndole seguir con sus investigaciones. No lejos de Hissarlik había un fortín decrepito, sin el menor interés para nadie, salvo quizás para el ejército turco. El gobierno decidió que el arqueólogo debía de ser un espía, y le prohibió continuar haciendo planos. Schliemann regresó a Atenas y otra vez consiguió el apoyo de sus amigos influyentes, alemanes, ingleses y americanos, para procurar, por medio de sus respectivas embajadas en Estambul, la destitución de los funcionarios obstruccionistas, llegando incluso a sugerir que Bismarck nombrara a otro embajador alemán en Turquía, ya que el que desempeñaba este cargo no abogaba por sus intereses con suficiente vigor. Entre tanto hizo un viaje sentimental al hogar de su infancia en Ankershagen, acompañado de Sofía y los niños. El molinero que había recitado a Homero vivía todavía, y fue presentado a la familia. También vio a Minna Meincke, convertida en una señora vieja, gorda y lacrimosa.

Después, como hemos visto, pasó dos temporadas trabajando en Tirinto, donde hizo un descubrimiento que, aunque complació el lado científico de su naturaleza, asestó otro golpe a su fe en el estrato tercero. Dentro de la ciudadela de Tirinto él y Dörpfeld descubrieron los cimientos de un *megarón* o sala, que con su pórtico de pilares y su patio era tan semejante al que se describe en la *Odisea* que parecía indiscutiblemente homérico. El hallazgo era importante, pero suscitó un problema difícil, pues en Troya, en el estrato sexto, en la capa que Schliemann había considerado como del siglo tercero, Dörpfeld había excavado un *megarón* semejante. Por un momento Schliemann estuvo a punto de descubrir la verdad: que una de las capas superiores debía de corresponder a la Troya de Príamo.

La Troya de Príamo... Pero entonces ¿qué era el estrato segundo, las joyas que él atribuyó a la misma Helena, aquellas maravillosas diademas de oro que había colocado sobre la frente de su joven esposa en aquel memorable día de 1872? Si esta capa sexta era la ciudad de Príamo, entonces el tesoro que él había encontrado no había podido pertenecer nunca a Príamo, sino a algún bárbaro anónimo que había vivido siglos antes que él. Durante algún tiempo se resistió a llegar a una conclusión definitiva, y procuró olvidar el problema.

Un hecho era indudable: la cerámica y otros objetos que se encontraron en Tirinto eran tan semejantes a los que fueron hallados en Micenas que quedaba demostrado que las dos ciudades estuvieron habitadas por la misma raza. ¿Pero de qué raza se trataba? Schliemann creía que habían sido fenicios, pero no todos estaban de acuerdo. Mientras tanto el mundo erudito estudiaba los tesoros de Micenas, Tirinto y Troya, o si no se podía llegar a los objetos mismos, examinaban detenidamente los

centenares de grabados en los gruesos volúmenes de Schliemann. Se formulaban y se demolían teorías y en su lugar se ofrecían otras nuevas. Un investigador dijo que la llamada "máscara de oro de Agamenón" era una máscara bizantina de Cristo. Otros eruditos, aunque reconociendo el genio intuitivo de Schliemann, afirmaban que los objetos eran más antiguos que Homero o incluso que la guerra de Troya.

Uno de los que así pensaban era un joven inglés de treinta y un años que en 1882 había visitado a los Schliemann en Atenas. Recién casado había acudido a Atenas con su mujer, trayendo una carta de presentación de su padre, un renombrado anticuario a quien Schliemann había conocido en Inglaterra. El inglés escuchó cortésmente mientras Schliemann hablaba de Homero, pero sin gran interés; lo que verdaderamente le atrajo fueron los objetos de oro de Micenas, en especial los diminutos grabados en los sellos de cuentas y de sortijas, que examinó cuidadosamente con sus miopes pero penetrantes ojos. Estos objetos tan diferentes del arte de la Grecia clásica, que a él no le gustaba, le fascinaron. En cierto modo le recordaban las gemas asirias o egipcias, y sin embargo tenían motivos como el del pulpo que eran indudablemente egeos. Aquello era enigmático.

El nombre del joven era Arthur Evans.

En 1886, a los sesenta y cuatro años, Schliemann, inquieto como siempre, seguía buscando nuevos centros homéricos que explorar. ¿Dónde podría ir? Ya había excavado el montículo de Hissarlik. Micenas le había entregado su oro. En Orcómenos ya se habían hecho excavaciones. ¿Dónde entonces? Quedaba Creta "de las cien ciudades", el dominio del rey de Minos, de quien el historiador Tucídides había escrito:

Minos es el gobernante más antiguo que sepamos disponía de una flota, que controlaba la mayor parte de lo que en la actualidad son aguas griegas. Minos gobernaba las Cícladas, y fue el primer colonizador de la mayor parte de ellas, instalando a sus propios hijos como gobernadores. Probablemente limpió el mar de piratas lo mejor que pudo con el fin de proteger sus ingresos.

Desde luego, Tucídides no hacía sino repetir una historia legendaria, pero Schliemann tenía gran fe en las leyendas y en la tradición popular. Y Homero había cantado al valiente lancero Idomeneo, jefe del contingente cretense en el sitio de Troya.

...los hombres de Cnosos, de Gortyn la de las grandes murallas, de Licto, Mileto, la cretosa Licasto, Faestos y Ritio, magníficas ciudades todas ellas.

También la *Odisea* contiene muchas historias cretenses. En 1883 Schliemann solicitó permiso del Gobierno turco, que entonces gobernaba Creta, para hacer excavaciones allí. Como era de esperar, su solicitud no fue atendida inmediatamente, pero tres años después, después de terminado su trabajo en Tirinto llegó a Creta.

Sir John Myres me dijo una vez, que cuando visitó Creta de joven con Arthur Evans, se contaba que cuando indicaron a Schliemann el lugar de Cnosos, capital legendaria del rey Minos, se había arrodillado para dirigir una plegaria a Zeus Ideo en agradecimiento por haberle permitido llegar sano y salvo hasta allí. Esto extrañó mucho a los musulmanes y fue una de las razones por las que el entusiasta alemán tuvo tantas dificultades para obtener el permiso de excavar en la isla. Sir John no asegura que la anécdota sea verdadera, pero es típica de la personalidad de Schliemann.

A unas millas de Herácleo, en un valle que sube hacia el montañoso interior de Creta se alza el montículo de Kefala, donde, según la tradición, estaba situado Cnosos. Aquí, en 1877, el cónsul español había abierto cinco pozos y comprobado la existencia

de un edificio de 54 metros de largo y 42 metros de ancho, pero a una gran profundidad. Schliemann quiso comprar este terreno. Las negociaciones fueron complicadas y, hay varias versiones distintas sobre lo ocurrido, que no afectan para nada a nuestra historia en lo esencial. El hecho es que el propietario se negó a vender una parte de su propiedad por separado. Si el millonario quería, tendría que comprar la propiedad, con sus olivos, por 100.000 francos, y esto era demasiado. Schliemann sabía que de todos modos tendría que entregar todo lo que encontrara a las autoridades turcas, así es que regresó a Atenas, dejando en suspenso al propietario.

Mientras tanto Inglaterra tuvo ocasión de ver de nuevo al gran arqueólogo, cuando este fue a Londres a contestar, en debate público, las críticas del arquitecto inglés Penrose, que afirmaba que Tirinto era de fecha mucho más moderna que la supuesta por Schliemann. El inglés fue derrotado y tuvo la gentileza de disculparse. Después Schliemann hizo dos viajes a Egipto, el segundo en 1881, con Virchow. Cuando al año siguiente el propietario cretense le ofreció el terreno por 40.000 francos, Schliemann quedó complacido, pero sentía desconfianza, especialmente cuando fue informado que no tenía necesidad de visitar la isla para cerrar el trato, bastando un depósito. Reunida la astucia del antiguo comerciante, se presentó en Creta sin avisar y descubrió que el propietario de la tierra estaba tratando de engañarlo: había 1.612 olivos menos de lo estipulado, aunque todavía estaba incluido el lugar donde se suponía que se encontraba Cnosos. Pero esta vez Schliemann, el hombre de negocios, triunfó sobre Schliemann el arqueólogo. Rompió las negociaciones y nunca volvió a reanudarlas.

Un año más tarde, después de haberse sometido a una operación en el oído en una clínica de Halle, Alemania, cruzaba apresuradamente Europa para llegar a su casa en Navidad. Era un invierno extraordinariamente frío y los médicos le habían aconsejado que no se pusiera en camino. Pero Schliemann ansiaba encontrarse en su gran casa con Sofía y sus hijos. Aunque el dolor lo atormentaba a menudo continuó su viaje, abandonando el tren a intervalos en busca de un médico local que lo asistiera y reanudando después su camino. Gran parte de su vida la había pasado en barcos y en trenes. Viajar era una necesidad tediosa, pero tenía ese amor sentimental por las Navidades típicas de los alemanes y quería llegar a su casa a tiempo.

En Nápoles volvió el dolor con tal intensidad que se vio obligado a telegrafiar a Sofía pidiéndole que retrasara las fiestas navideñas hasta su llegada. Vio a un médico que lo alivió algo y, sintiéndose mejor, decidió visitar las ruinas de Pompeya, acerca de las cuales tanto le había hablado su padre hacía sesenta años, en Ankershagen. Hacía mucho frío, y a su regreso, Schliemann volvió a sentir el intenso dolor. Al día siguiente, el día de Navidad, cuando se dirigía al consultorio del médico, le dio un colapso en la calle. Paralizado y sin poder hablar la policía condujo al desconocido extranjero al hospital, pero como no se le encontró dinero encima no lo quisieron admitir. Por fin, gracias a un papel en el bolsillo del hombre enfermo, pudo localizarse al doctor y Schliemann, todavía inconsciente, fue trasladado a un hotel, donde un cirujano, después de examinarlo, descubrió que la inflamación se había extendido del oído al cerebro. Al día siguiente, después de Navidad, mientras los médicos discutían en el cuarto de al lado qué podría hacerse, Heinrich Schliemann moría calladamente.

Había terminado su viaje, pero sus descubrimientos, cuyo significado nunca llegó a comprender, habían impulsado a otras inteligencias a un viaje que ni el mismo Schliemann jamás sospechó. Una de estas mentes, quizás la más portentosa, fue la del joven inglés que había contemplado, tan absorto, los tesoros micénicos de Schliemann cuando, ocho años antes, lo había visitado en compañía de su mujer. Mucho después, en el apogeo de sus propios triunfos, Sir Arthur Evans escribió de su gran predecesor:

## Cottrell, Leonard - El toro de Minos

---

Tuve la suerte... de conocerlo en el campo de su gloria, y todavía recuerdo los ecos de sus visitas a Inglaterra, escenario de sus mayores triunfos... Algo de sus primeros años novelescos parecía todavía adherido a su personalidad, y yo mismo tengo un recuerdo muy vivo del hombre delgado, de frágil constitución, cutis cetrino, vestido de oscuro, con gruesos lentes de hechura extranjera, a través de los cuales, así se me antojó a mí, había mirado a lo más profundo de la tierra.

## 7. CONTINÚA LA BÚSQUEDA

Allá, en medio del mar de oscuro azul, hay una tierra llamada Creta, una tierra fértil y hermosa, bañada por las olas, densamente poblada y que ostenta noventa ciudades... Una de las noventa ciudades es una gran población llamada Cnosos y allí el rey Minos reinó por espacio de nueve años, disfrutando de la amistad de Zeus todopoderoso.

Así es como Homero hace describir Creta a Ulises, en el famoso pasaje de la *Odisea* en que el "astuto griego" se finge ante Penélope nieto de Minos. Es casi seguro que Homero había visitado Creta, porque en uno de esos detalles topográficos a los que es tan aficionado, nos dice, en la misma página, que su héroe

...llegó a Amniso, puerto de difícil arribada, donde se encuentra la gruta de Ilitia; la tormenta casi le hizo naufragar.

Yo visité esa cueva con los de Jong, poco después de desembarcar en Creta. Piet de Jong, antiguo arquitecto de Sir Arthur Evans, era por entonces Conservador del Palacio de Minos en Cnosos, a donde él y su mujer regresaban después de unas vacaciones. Nos habíamos conocido en Atenas, a mi regreso de Micenas y Tirinto, y me habían invitado amablemente a la Villa Ariadna, antiguo hogar de Sir Arthur en Cnosos y que más tarde cedió a la Escuela Inglesa de Atenas. De Jong es un inglés de Yorkshire, de unos cincuenta años, callado, de rostro anguloso tostado por el sol, y ojos serenos. Hasta que decide si una persona le gusta o no, parece un poco taciturno, pero es bondadoso y cordial y siempre está dispuesto a compartir sus vastos conocimientos prácticos del Palacio con todo aquel que muestre un interés algo más profundo que el del turista común. Su mujer Effie es escocesa y tan locuaz y vivaracha como él tímido, graciosa, observadora y de una maliciosa y pronta inteligencia, posee un repertorio interminable de anécdotas sobre la arqueología y los arqueólogos, sobre Creta y los cretenses, y sobre Sir Arthur Evans, el famoso sabio y excavador del Palacio de Cnosos, a quien los dos conocieron bien y admiraban sin reseñas.

Mientras volábamos hacia el sur sobre el Egeo con sus innumerables islas comprendí que abandonaba con pena el fantasma de Heinrich Schliemann. En Micenas y Tirinto casi había sentido su presencia física —tan estrechamente está asociada su personalidad a estos lugares—. Pero en Atenas dije adiós a su sombra, apropiadamente ante su fantástico palacio *Iliou Melathron*, que se alza en la calle de la Universidad, frente a la oficina de la compañía de aviación donde había esperado con los de Jong el autobús para el aeropuerto. Las estatuas de mármol de Schliemann todavía se recortan contra el cielo ateniense, aunque ahora contemplan a sus pies una calle atestada de brillantes automóviles americanos y los tranvías más ruidosos del mundo. Cuando nuestro avión planeó sobre la plaza de Faleron, recordé que Schliemann solía bañarse allí, antes del desayuno, por mucho frío que hiciera, incluso cuando ya era viejo ("¡A pasearse! ¡A bañarse!" solía decir a los hombres gruesos y de cuello rojizo, "¡Si no morirán de apoplejía!").

Pasaba ahora a la órbita de otra personalidad tan fuerte como la de Schliemann, pero mucho más refinada y compleja. Cuando en 1941 murió Sir Arthur

Evans, a los noventa años, había hecho algo que nadie había logrado antes: escribir él solo un nuevo capítulo de la historia de la civilización. Sin embargo, en cierto modo, su obra fue complementaria de la de Schliemann. Evans edificó sobre los cimientos contruidos por Schliemann y, a pesar de sus muchas diferencias de carácter y de temperamento, se parecieron en tres cosas. Ambos fueron ricos, ambos grandes egotistas geniales acostumbrados a hacer su voluntad y a utilizar su riqueza para lograr grandes fines, ambos se hicieron arqueólogos ya en edad madura,<sup>1</sup> después de haber triunfado en otras carreras. Mientras el avión volaba sobre el mar, yo repasaba mis notas recordando lo que sabía de la vida de Evans.

Arthur Evans nació en 1851, el mismo año en que Heinrich Schliemann, entonces un joven de diecinueve años, compraba polvo de oro a los mineros de California, poco después de descubrirse oro en aquella región, en 1849. El niño creció cerca de la tranquila población de Hemel Hempstead, en Hertfordshire, en un lugar llamado Nash Mills, donde se encontraba establecida, desde hacía mucho tiempo, la acreditada fábrica de papel de John Dickinson y Compañía. John Evans, el padre de Arthur, se había casado con su prima Harriet Ann Dickinson, cuyo padre, John Dickinson, era director de la compañía.

Las familias Evans y Dickinson estaban estrechamente unidas por lazos matrimoniales y en ambos había habido una porción de sabios distinguidos. La tradición del estudio estaba muy arraigada en la familia: Lewis Evans, el bisabuelo de Arthur, había sido miembro de la Real Sociedad, lo mismo que su tío abuelo, John Dickinson; su padre, John Evans, era un distinguido geólogo, anticuario y coleccionista, miembro y Tesorero de la Real Sociedad y, citando a Sir John Myres, "una de las principales figuras de ese grupo de hombres entre los que figuraban Lubbock, Tylor, Francis Galton y Pitt-Rivers, que establecieron en este país los nuevos estudios de antropología y arqueología prehistórica sobre una base científica".

Arthur creció en una atmósfera cargada de esa erudición típica de la época victoriana. En el estudio de su padre, en Nash Mills, había cajas con utensilios de pedernal y de bronce; los sabios amigos de su padre se reunían a menudo en la fea, pero cómoda casa junto al río, para charlar y discutir, y preparar los manuscritos que debían presentar ante distintas sociedades de investigación. Durante el verano, Arthur y sus dos hermanos, Lewis y Norman, hacían excursiones con su padre, buscando objetos de pedernal en Inglaterra o en Francia. De los hermanos, Arthur se entendía mejor con Lewis que con Norman, que era alegre, irresponsable y encantador, y que acabó por pelearse con su padre, marchándose a América por una temporada. Lewis y Arthur heredaron ambos el gusto al estudio de su padre y Arthur adquirió, desde pequeño, la afición a coleccionar. Las monedas le fascinaban de manera especial y en este estudio le ayudó, en cierto modo, un defecto físico. En *Time and Chance*, donde la doctora Joan Evans hace un comprensivo retrato de su hermanastro, se encuentra este pasaje:

Evans era extremadamente miope y se resistía a usar gafas. Sin ellas podía ver, con detalle extraordinario, cosas pequeñas a unos centímetros de distancia, mientras que todo lo demás eran formas vagas. *Por lo tanto, los detalles que veía con exactitud microscópica sin que lo distrajera el mundo exterior tenían para él un mayor significado que pa'a las demás personas.*<sup>2</sup>

Y fue precisamente este defecto de la vista lo que, con el tiempo, condujo a Arthur Evans a Creta y le permitió dar a conocer e interpretar una civilización tan

---

<sup>1</sup> Aunque Evans se había interesado considerablemente en la arqueología desde su primera juventud, no se dedicó a la excavación en gran escala hasta emprender las de Cnosos.

<sup>2</sup> La cursiva es del autor.

evolucionada como la de Egipto. Le ayudó a esto su visión minuciosa, casi microscópica, de los diminutos sellos cretenses en forma de cuentas y sortijas, cuyo estudio lo llevó al Palacio de Minos. Pero todavía no hemos llegado a esta parte de su historia.

Sin embargo, sería equivocado imaginar al joven Evans como un tímido jovencito miope, interesado únicamente en la antropología y la numismática. Ciertamente era bajo de estatura y miope, y en Harrow nunca se interesó por los juegos (se burló de los entusiastas del deporte en la revista satírica que él mismo editó, *The Pen-Viper*, suprimida después del primer número), pero era de constitución sólida y fuerte, nadaba y montaba bien, y disfrutaba con los ejercicios físicos violentos con tal de que no tomaran la forma de juegos organizados, que le aburrían. Le entusiasmaba viajar, sobre todo en condiciones difíciles, y durante toda su juventud y edad madura se deleitó con los viajes largos, principalmente a pie o a caballo, en las regiones más primitivas de Europa oriental. Era valiente, tenaz, de carácter violento y de voluntad inquebrantable.

En Harrow empató con Frank Balfour en las oposiciones al Premio de Historia Natural, formando Huxley parte del tribunal. En Oxford, donde fue miembro del Brasenose College, estudió historia, dedicando sus vacaciones unas veces a viajes llenos de vicisitudes por la Europa oriental, y otra, a un intenso estudio, nada menos que en Broadway Tower, en Worcestershire, ese extraordinario desatino de uno de los Condes de Coventry del siglo dieciocho, situado en las faldas del noroeste de las colinas Cotswold, desde donde se dominan siete condados. Arthur compartía la parte alta de la Torre con un amigo, y el portero y su mujer, que vivían abajo, atendían a los dos jóvenes.

Uno de los rasgos típicos de Evans, que revela su espíritu contradictorio es que, reconociendo la semejanza de mentalidad de su padre con la suya, se esforzó por ser lo más diferente posible de él. Ambos eran anticuarios y ambos coleccionistas. Pero según pasaban los años, los intereses anticuarios de Arthur divergieron cada vez más de los de su padre y, cuando al morir el viejo John Evans le dejó su enorme y voluminosa colección de utensilios y armas de la Edad de Piedra; el joven se sintió más desconectado que agradecido. Por entonces, su principal interés se cifraba en los Balcanes, un interés que fue transformándose en ardiente pasión, después de su primera visita a Bosnia y Herzegovina<sup>3</sup> en 1871.

No es una exageración decir que Arthur Evans se enamoró de los países eslavos del sur. El paisaje, especialmente el de la gloriosa costa dalmata, la arquitectura, la mezcla fascinante de culturas romana, bizantina, veneciana, y musulmana, y sobre todo, el pueblo, tenaz, luchador y amante de la libertad, todo conquistó el corazón del joven inglés. En esta época Bosnia y Herzegovina se encontraban sometidas bajo la pesada y brutal mano de Turquía. Había insurrecciones balcánicas, represiones sangrientas, saqueos, incendios, torturas, refugiados que huían, el mismo angustioso cuadro que nos es familiar también en nuestra época. Pero para los jóvenes liberales intelectuales, del tipo de Evans, estos ultrajes eran como una invitación a la acción. Arthur (entonces tenía veinte años) se convirtió en liberal convencido, discípulo de Gladstone, a quien su padre, conservador, detestaba, en defensor de las minorías oprimidas de la Europa oriental. A su llegada a París se compró un magnífico abrigo negro con el forro de seda color escarlata, pero como el recuerdo de la guerra Franco-Prusiana que acababa de terminar, seguía fresco, acató el consejo de un aduanero que le dijo que si lo usaba podrían matarlo por espía. Evans guardó el abrigo que, en otra ocasión, le fue muy útil.

---

<sup>3</sup> Incorporadas, después de la primera Guerra Mundial, al nuevo Estado de Yugoslavia.

El año de 1872 lo pasó haciendo alpinismo en Rumania con su hermano Norman y de este país pasó a Bulgaria. El año siguiente, recorrió varios de los países escandinavos: Suecia, Finlandia y Laponia, que no lo impresionaron gran cosa porque, como comenta Joan Evans:

Para sentirse a gusto en el extranjero, tenía que encontrar allí una civilización compleja y un sentido del pasado histórico. En Laponia no había fantasmas...

...aunque quizás fuera más exacto decir que no había fantasmas por los que Evans pudiera sentir simpatía.

El año de 1874 encontró a Arthur Evans de regreso de su elevado nido de águilas en Broadway Tower, contemplando la abundancia veraniega del valle de Evesham, y preparando intensamente sus exámenes finales. Al año siguiente obtuvo un primer lugar en Historia Moderna, y después fue a Göttingen para estudiar otro año, antes de buscar una forma de ganarse la vida. No sentía mucho entusiasmo por dedicarse a la preparación de monografías y la única alternativa parecía ser una carrera académica. Hizo oposiciones a vacantes en las escuelas de Magdalen y All Souls, pero no tuvo éxito, en parte quizás por su carácter intransigente y sus opiniones impopulares que no eran aceptables para los elementos más conservadores de la sociedad de Oxford, pues por esta época, Arthur Evans se estaba convirtiendo en un *enfant terrible*, muy interesado en la política de los Balcanes.

Había regresado a Bosnia con su hermano Lewis. En Brood fueron arrestados como espías rusos, situación que la pugnacidad de Arthur no contribuyó a mejorar. Estuvo en Bosnia durante la insurrección de 1875 y en Sarajevo cuando Herzegovina se rebeló contra Turquía. Tanto los insurgentes musulmanes como los cristianos lo apreciaban y lo trataban bien. Las cartas a su casa estaban llenas de amargas críticas de la actitud indiferente del Gobierno inglés hacia la causa de la libertad de los Balcanes. En realidad no era raro que los estadistas ingleses y europeos se resistieran a exponer la paz de Europa por el amor a los pueblos oprimidos de Bosnia y Herzegovina, por mucho que lo merecieran y por muy heroicos que fueran. Pero el joven exaltado que había vivido entre esas gentes, presenciando sus sufrimientos e identificándose con ellas, perdía la paciencia con las sutilezas de la diplomacia de las grandes potencias.

Publicó un libro sobre Bosnia y Herzegovina, envió un ejemplar a Gladstone (que acusó recibo) y quedó muy complacido cuando el G.O.M. citó sus testimonios sobre las atrocidades turcas. Al año siguiente, en 1877, las Grandes Potencias barajaron de nuevo las cartas y los desgraciados bosnios de Evans vieron su país ocupado por Austria. C. P. Scott, el gran editor del *Manchester Guardian*, partidario de Gladstone y enemigo de los turcos, nombró a Arthur corresponsal especial en los Balcanes, con base en Ragusa. Fue un empleo ideal para el joven Evans, que entusiasmado se puso en camino con algo de dinero y víveres para los refugiados, reunidos por ingleses simpatizantes.

Los años que siguieron fueron los años culminantes de la juventud de Evans. Joan Evans los describe con detalle en *Time and Chance*; aquí no disponemos de espacio más que para mencionar de pasada algunas de las vicisitudes más notables: Arthur, explorando con un cierto riesgo personal el país ocupado por los insurgentes; investigando el sórdido horror de los campos de refugiados plagados de enfermedades; buscando y entrevistando a Desptovitch, el jefe insurgente, en su fortaleza; cruzando a nado un río desbordado, desnudo, con un cuaderno de notas y unos lápices metidos en el sombrero; usando su abrigo forrado de rojo con el forro para fuera, para parecer lo más oriental posible, en su visita a un fuerte musulmán; y



enviando incesantemente brillantes artículos a su editor, cada día más encantado. Más tarde, estas *Cartas al Manchester Guardian*, fueron publicadas en forma de libro.

Sin embargo, en medio de sus actividades políticas y periodísticas, encontraba tiempo para excavar edificios romanos, explorar cantillos medievales, copiar antiguas inscripciones bosnias y aun para añadir en la posdata a una carta que escribía a su casa relatando sus aventuras: "Decidle a papá que he conseguido una nueva hacha de piedra plana." Seguían interesándole la arqueología y la numismática. Después de sus correrías por el interior regresaba a Ragusa más enamorado de los Balcanes que nunca y no tardó en ser una excéntrica figura familiar en esa encantadora ciudad. A causa de su miopía llevó durante toda su vida un grueso bastón, al que su familia llamaba "Prodger". Los ragusanos pronto se acostumbraron a Evans con su Prodger, el "inglés loco del bastón", que se rumoreaba llevaba consigo una bolsa de oro...

Por aquella época se suscitó un conflicto personal entre el joven periodista y Holmes, cónsul británico en Sarajevo, que recomendó a su gobierno que no dieran mucho crédito a las historias sobre las atrocidades turcas. Evans salió inmediatamente en busca de pruebas y fue en una de estas peligrosas expediciones cuando atravesó a nado un río de agua helada, crecido a causa de la lluvia y de la nieve derretida, para visitar un puesto avanzado insurgente. Pronto el *Guardian* empezó a recibir pruebas bien documentadas de aldeas quemadas y listas con los nombres de las víctimas, pruebas que ni el mismo cónsul inglés pudo desmentir. Evans ganó la batalla.

Poco después se declaró la guerra entre Turquía y Montenegro y el joven corresponsal se puso de nuevo en camino, unas veces a pie, otras a caballo, regresando siempre con nuevos materiales para sus interesantes artículos. Mientras se encontraba en las montañas montenegrinas, recogiendo datos para sus informes, Evans se enteró de que un antiguo amigo de Oxford, Freeman, el historiador, se dirigía con sus dos hijas, a Ragusa, donde pensaba pasar unos días. Arthur admiraba mucho a Freeman, que había sido uno de los principales organizadores de la ayuda a los Balcanes en Inglaterra. En su ansiedad por llegar a Ragusa antes de que partieran los Freeman, cabalgó sin detenerse durante siete horas; perdió el vapor en que debía pasar un estrecho, y en su lugar tomó una lancha y lo cruzó remando él mismo, montó a caballo en el otro lado y siguió a caballo durante todo el día siguiente hasta llegar a Ragusa.

Arthur ha adquirido —escribía la hermana de Evans en esta época— una expresión ligeramente *insurgente*.

Margaret Freeman, que no había visto al joven erudito desde hacía varios años, cuando lo conoció en Oxford, se encontró con un joven bronceado, ágil y activo, "no carente de atractivo," escribía su hermana cautelosamente. Margaret se enamoró de él y en febrero de 1878, cuando ambos se encontraron de nuevo en Inglaterra, se prometieron. Muy apropiadamente (Margaret era también aficionada al estudio) celebraron su compromiso yendo a ver juntos la exposición de antigüedades troyanas, que había traído a Londres el Doctor Heinrich Schliemann.

Estábamos a mitad del trayecto entre Atenas y Creta. Nuestro avión avanzaba con un zumbido soporífero sobre el azul invernal del Egeo. Un barco diminuto trazaba una línea blanca que se iba ensanchando a través del agua neblinosa que iluminaba el sol. Schliemann, como Homero, había ido a Creta en barco. Pero Evans... ¿había volado Evans? Me volví en mi asiento para preguntárselo a Piet de Jong.

"Oh, sí, le gustaba volar. Volaba con frecuencia, incluso antes de 1930, cuando volar era mucho menos seguro y menos corriente que ahora. Le gustaba probar todo lo que era nuevo..."

"Y además en los viajes por mar siempre se ponía malísimo —añadió Effie—. Así que un viaje por mar era para él una verdadera agonía. Pero, en cambio, volando nunca se marcaba."

Les enseñé el pasaje en mis notas en el que describía a Prodger, el famoso bastón de Evans, y ambos se sonrieron al recordarlo.

"Ese inolvidable bastón suyo —rió Piet— era como parte de él mismo. Parecía una especie de bastón de mando. Es imposible imaginarse a Sir Arthur sin él. Le diré —continuó inclinándose hacia adelante para dar énfasis—, he caminado Piccadilly abajo con Sir Arthur, a mediodía, cuando aquello está atestado de coches, y si veía al otro lado de la calzada un amigo o algo que le llamara la atención en un escaparate, allí iba él, cruzando en medio del tráfico y blandiendo ese dichoso bastón sobre su cabeza, seguro de que los coches se apartarían para dejarlo pasar. Y la cosa es que así lo hacían."

"Exactamente igual que si hubieran estado en Herácleo" —añadió Effie.

"¿Tenía algo de autócrata?" —pregunté.

"Puede llamarlo así, pero no realmente. Era más bien una especie de déspota benévolo, lo que se dice un "gran señor". Algunos cretenses le tenían miedo, pero él amaba a Creta sinceramente."

"Claro está —continuó Piet— que nosotros sólo lo conocimos bien ya de cierta edad, cuando era un hombre rico y formado, con sus costumbres muy arraigadas. Pero incluso de joven debió de tener una voluntad de hierro. Le entusiasmaba la lucha. Fíjese cómo luchó contra los austriacos en defensa de sus amados bosnios hasta que lo deportaron. Y después qué hace sino ir a su tierra donde empieza otra pelea, ahora contra las autoridades de la universidad con motivo del Museo Ashmole. Y todo esto fue mucho antes de que viniera a Creta."

"En eso era como Schliemann —añadió la señora de Jong—. Ambos ejercieron sus carreras con éxito, mucho antes de dedicarse a la excavación."

Ella y su marido volvieron a sus libros. Yo miré un rato hacia abajo, medio hipnotizado por el interminable ondular de la superficie del "vinoso mar"... Luego, haciendo un esfuerzo, volví otra vez a mis notas, al mundo de Arthur Evans cuando era joven.

## 8. PRELUDIO A CRETA

Después de su matrimonio con Margaret Freeman en 1878, Arthur regresó con su joven esposa a su amada Ragusa, donde compraron una preciosa casa de estilo veneciano, la *Casa San Lazzaro*. Evans seguía de corresponsal del *Manchester Guardian*, pero se dedicaba principalmente a la historia, las antigüedades y la política de los países eslavos meridionales.

Entre tanto también seguía interesado en la arqueología. Lo vemos excavando tumbas de montículo, comprando monedas griegas y romanas, estudiando la historia dalmata y ensalzando, en líricas cartas a la familia, el paisaje ilirio y los soberbios edificios venecianos de Ragusa. Pero Margaret, tan enamorada de él como él de ella, no podía acostumbrarse a Ragusa. Lo pintoresco no le atraía y no soportaba la suciedad. El clima, la comida extraña, las moscas, las pulgas y los mosquitos, todo la angustiaba, hasta que finalmente su salud se quebrantó. Además tenía otras preocupaciones. En 1880 regresó a Inglaterra para someterse a una operación con la esperanza de poder tener hijos, pero no dio resultado.

Al año siguiente estalló una nueva insurrección contra los austriacos e inmediatamente Evans partió para la ciudadela insurgente en Crivoscia, centro de la rebelión, y pronto los lectores del *Manchester Guardian* volvieron a leer artículos de su brillante pluma, en los que cada derrota austriaca era aclamada con regocijo.

No era ningún secreto que Evans y sus amigos ingleses, que tenían una gran fe en el movimiento insurrecto, esperaban un levantamiento de los pueblos eslavos. Las autoridades austriacas de Ragusa juzgaron que aquello era demasiado y calificaron a Evans de sospechoso. Su casa era vigilada, así como su mujer y sus sirvientes, y cuando fue evidente (pues Evans tenía poca maña para los subterfugios) que en la *Casa San Lazzaro* se celebraban reuniones entre gentes conocidas como simpatizantes de los insurgentes Evans y su mujer recibieron orden de marchar. Por fin, al ver que no hacía ningún caso, acabaron por arrestarlo y lo metieron en la cárcel de Ragusa. El 23 de abril de 1881, después de interrogarlo y declararlo culpable, lo dejaron en libertad e inmediatamente lo expulsaron del país, junto con su esposa. Volvieron a Inglaterra, donde la familia, ya tranquila, los recibió jubilosa. Un pariente escribía:

Arthur se ha pasado el día entrando y saliendo de casa, acompañado de Prodder, y yendo a ver las frambuesas.

Otra carta dice:

Ha recibido una lección que lo retendrá en casa... espero.

Pero cualquier esperanza que los miembros más sedentarios de la familia abrigaran de que Arthur llegara a sentar cabeza, pronto quedó frustrada. Intranquilo, descontento, ansiaba regresar al extranjero, sintiendo que su corazón estaba en Ragusa, aunque, por el momento, comprendía que tenía que buscar un nicho en la vida académica de Oxford.

Los viajes, el estudio y, sobre todo, un espíritu curioso y aventurero hacían difícil que Arthur Evans se acomodara a un profesorado universitario convencional. Era arqueólogo, pero no aprobaba la manera de enseñar arqueología en Oxford, ni estaba conforme con el concepto "clásico" de hombres como Jowett, el Vice-Canciller. Lleno de pesimismo le escribió a su amigo Freeman, que compartía sus opiniones, las siguientes líneas:

...va a establecerse una cátedra de arqueología y se me ha aconsejado con insistencia que me presente, pero no sé si me decidiré, a no ser que vea una verdadera posibilidad de conseguirla, cosa que a decir verdad veo difícil. En primer lugar se va a llamar Cátedra de Arqueología Clásica y tengo entendido que los electores, entre los que figuran Jowett y Newton del Museo Británico (quienes me impidieron hace tiempo obtener la beca de arqueología) consideran que la arqueología termina con la Era Cristiana. De todos modos, limitar un curso de Arqueología a la época clásica es a mi juicio, tan razonable como crear una cátedra de Geografía Insular o de Geología del Mesozoico.

Freeman, en su contestación a esta carta, le aconsejó presentarse, aunque advirtiéndole que "habrá algunos intolerantes majaderos, de esos que no ven más allá de sus narices, que ostentarán satisfechos su ignorancia en tu contra, pero yo me aventuraré aunque sólo fuera para decirles un par de cosas".

Al fin la cátedra fue concedida a Percy Gardner, un arqueólogo "clásico", en la tradición de Newton.

A fines de abril de 1883, Arthur y Margaret partieron para hacer un recorrido por Grecia. Como indiqué en un capítulo anterior fue durante este viaje cuando visitaron a los Schliemann. Evans quedó fascinado con las joyas, armas y ornamentos micénicos encontrados en las tumbas de fosa vertical pero no porque compartiera la creencia del alemán respecto a su origen homérico, pues al inglés le parecieron mucho más antiguas. Le interesaron porque en su estilo había algo que no era ni helénico, ni egipcio ni oriental, que inmediatamente intrigó a su minucioso espíritu observador. Pasó allí horas examinándolas mientras Margaret conversaba con Sofía Schliemann.

Como se habrá observado por sus comentarios sobre las autoridades universitarias, Arthur Evans se negaba a aceptar la admiración convencional por el arte griego "clásico". Detestaba el intolerante criterio académico, fundamentalmente antiestético, que no admitía otras normas. Su mentalidad era liberal, individualista y sensitiva, y para él el llamado arte "micénico", un arte y lloroso, pero delicado, de espíritu aristocrático, pero humano, tenía un atractivo irresistible. Lo atraía y al mismo tiempo lo intrigaba. ¿Cuál sería su origen? ¿Con qué cultura o grupo de culturas estaría relacionada? Para su inteligencia refinada este problema era mucho más importante que el empeño del viejo Heinrich por relacionar el arte micénico con Homero, y era a este problema al que volvería una y otra vez, durante los siguientes años, aunque pasaría más de una década antes de que encontrara su solución.

Visitó Tirinto y Micenas (escenario de los triunfos de Schliemann) y se quedó fascinado en especial con la Puerta de los Leones, con los leones decapitados que soportaban aquella columna central tan extraña, tan diferente a las de la arquitectura griega "clásica". ¿De donde procedería? ¿De la misma Micenas? ¿De Grecia? ¿O de alguna otra región? Evans no dejaba de dar vueltas al problema.

Al regresar a Oxford, los Evans se instalaron en Broad Street, alegrando las sombrías habitaciones victorianas con telas dálmatas de tonos vivos que les recordaban el sol y el colorido de Ragusa.

Al año siguiente Arthur obtuvo al fin un nombramiento universitario, pero uno que a primera vista no parecía muy prometedor para su ardiente e impetuoso espíritu.

A los treinta y tres años fue nombrado Conservador del Museo Ashmole. En 1884, este Museo, fundado en el siglo XVII por Elías Ashmole, se encontraba tan abandonado, maltratado y mutilado por generaciones posteriores, que apenas tenía ya ningún valor práctico. De hecho, su estado reflejaba fielmente la indiferencia por la arqueología del Vice-Canciller Jowett y otros altos funcionarios de la Universidad.

Después de permanecer largo tiempo en el mayor abandono —escribe Sir John Myres— despejado de sus monedas y manuscritos por la Biblioteca Bodley, y de sus colecciones de Historia Natural por el Nuevo Museo Universitario, se encontraba obstruido con moldes arquitectónicos acumulados por la Sociedad de Oxford para el Estudio de la Arquitectura Gótica. En el interior reinaban el desorden y el abandono, y además se encontraba rodeado de otros edificios, lo que excluía toda posibilidad de ampliación. Además desde que Ruskin desempeñaba la cátedra de Bellas Artes de Slade, tenía un rival importante en las Galerías Universitarias.

Pero para Arthur Evans todo esto fue como un desafío. Con su espíritu combativo se lanzó a la lucha dispuesto a transformar el Museo Ashmole en un centro de estudios arqueológicos. Si la Biblioteca Bodley se había llevado las monedas, debía devolverlas. La antigua galería de Tradescant había quedado despojada y convertida en una sala de exámenes, pues bien, él, Arthur Evans, la restauraría y la devolvería a su función original. No solamente eso, sino que conocía a Drury Fortnum, distinguido coleccionista de objetos artísticos renacentistas, que sólo esperaba para entregar a la Universidad su magnífica colección a que hubiera un lugar apropiado para instalarla. ¿Qué mejor lugar que la Galería Tradescant?

Encontró la mascarilla del viejo Tradescant rodando en el polvo del sótano del Museo, junto con la de Bethlen Gabor, y las instaló en un lugar de honor. Finalmente trazó planos detallados para un Museo Ashmole revivido y glorificado, mejorado, modernizado y restaurado. Lleno de entusiasmo fue a ver a Jowett para obtener la aprobación de sus proyectos, pero el Vice-Canciller se excusó estaba muy ocupado. No tenía tiempo de estudiar los planos porque estaba a punto de salir de Oxford por un mes. De todos modos, indicó, la Universidad, por el momento, no podía gastar dinero en el Museo Ashmole porque se necesitaba para las nuevas cátedras. Arthur regresó furioso a la casa de Broad Street.

La familia quedó sobrecogida. Habría pelea y a Arthur le entusiasmaba la idea de una pelea "Me parece verlo —escribe un pariente— olfateando el aire viciado y pateando como un caballo de guerra "

La lucha fue larga y dura Evans, volviéndose diplomático muy a su pesar, se obligó a tener paciencia, a maniobrar y a negociar. Drury Fortnum volvió a ofrecer su colección a Oxford con una buena dotación, a condición de que la Universidad estudiara la creación de un Museo Central de Arte y Arqueología, bajo la dirección del *Conservador del Museo Ashmole*. La directiva del Museo se dejó convencer fácilmente, pero Jowett se defendió hasta el fin, hasta que, al encontrarse en una minoría de uno, no tuvo más remedio que transigir. Se aprobó el informe de Evans, que celebró la ocasión dando una fiesta para 200 invitados en la Galería Superior del Museo.

Pero todavía tuvo que luchar durante años hasta obtener los fondos necesarios para renovar el museo. Tanto la política universitaria como la administración le aburrían sobremanera y siempre que le era posible buscaba distracción en la investigación arqueológica (en Aylesford excavó un campo de urnas célticas recientes) o en viajar por el extranjero en compañía de su mujer. Juntos visitaron Crimea, Yalta, Kertch, Batum, Tiflis, Grecia y Bulgaria, donde fueron detenidos en la frontera como sospechosos de espionaje, y desde donde Margaret escribió "...no se que habría hecho sin mi matachines. En dos noches matamos 221, más 118, más 90, o sea 429 en total". Esto ocurría en 1890 y uno se pregunta si las jóvenes estudiantes de hoy día, con pantalones o sin ellos, mostrarían tanta serenidad como Margaret en una situación semejante. Otro de los grandes intereses de Arthur era la numismática (el estudio de las monedas antiguas), materia aparentemente árida para el profano, que él supo enfocar en forma imaginativa. Por ejemplo, el hecho de reconocer en las

diminutas monedas sicilianas, las firmas de los artífices, que sólo su microscópica vista podía percibir, le permitió establecer una comprobación cronológica de estilos y de relaciones políticas entre las ciudades sicilianas, fue esta intuición para el estilo, en todas sus sutiles ramificaciones, lo que le permitió más tarde interpretar los detalles de la civilización minoica tal como se revela en los diminutos sellos de Creta.

Una de las peculiaridades del cargo directivo del Ashmole —escribió Sir John Myres— es que sus normas administrativas son tan liberales que permiten y admiten viajar, teniendo en cambio el director la obligación de dar conferencias periódicas sobre los progresos de los estudios que atañen al museo. Para un hombre de las cualidades y el temperamento de Evans era el puesto ideal, y fue en estos años que estuvo al frente del Museo a los que pertenece la mayor parte de su erudita labor. Pero entre sus primeras y posteriores actividades, el año 1894 marca una crisis, pues fue a principios de este cuando visitó Creta por vez primera.

Mientras reunía el material para este libro, tuve la buena suerte y el privilegio de conocer a Sir John Myres (que ya había cumplido los ochenta años) en Oxford y pronto pude aclarar una cuestión que me había intrigado durante algún tiempo: cómo fue que Sir Arthur Evans, interesado principalmente en los países balcánicos y en la numismática, llegó a estar tan íntimamente asociado con Creta.

"Durante más de una generación —me dijo Sir John— la opinión continental había atribuido la mayor parte de los rasgos característicos de la civilización griega a la influencia de Egipto y Mesopotamia. Pero alrededor de 1890 se manifestó una reacción, y en 1893 Salomón Reinach publicó un libro llamado *Le mirage Oriental* que era un desafío formal a todas las teorías orientalistas. Reinach sostenía que el occidente siempre había demostrado una considerable originalidad y un genio propio. Evans, como lo demuestran sus estudios en arqueología céltica que acababa de terminar, había quedado muy impresionado con este punto de vista diferente".

"Por entonces —continuó Sir John— yo todavía era estudiante, mientras que Evans se encontraba por lo general viajando por el extranjero, y en realidad no lo conocí hasta haber terminado mis estudios. Lo conocí en una fiesta en North Oxford. Charlamos un poco y le hablé de mi proyecto de ir a Grecia y trabajar en algo relacionado con la civilización prehistórica".

"Evans me animó en mi proyecto y dijo que me vería a mi regreso. En julio y agosto de 1892 estuve en Creta y recorrí gran parte del occidente de la isla".

Sentado allí con Sir John en su tranquilo estudio del viejo caserón, cerca de Woodstock Road, contemplando su distinguido rostro con su barba blanca (como un antiguo rey nórdico), no pude menos de pensar en el "joven Ulises de barba negra" con quien Sir Arthur Evans, sólo diez años mayor que él, había cavado en busca de fragmentos micénicos debajo de la Muralla "Pelásgica" de la Acrópolis ateniense en 1892. Sobre el joven Myres, decía Evans en una carta a su mujer:

Me alegro de haber encontrado aquí a Myres, que es a un mismo tiempo becario Craven y Burdett Coutts, y que combina la geología y la arqueología de un modo muy útil. Hemos trabajado en las sortijas micénicas, excavando debajo de la Muralla "Pelásgica" de la Acrópolis y recogido fragmentos de vasos micénicos. También hemos asistido a una conferencia de Dörpfeld sobre su descubrimiento del manantial de Enneakrounos, pero hace meses que lo está encontrando en diferentes lugares.

*Tempora mutantur...* el que fue brillante ayudante de Schliemann ya no tenía el prestigio que en otros tiempos disfrutó.

A] año siguiente murió Margaret. Desde que se enfermó en Ragusa nunca se había repuesto del todo. Como de costumbre acompañaba a su marido en uno de sus viajes por el Mediterráneo, cuando en Alassio se sintió repentinamente presa de violentos espasmos de dolor y murió a las pocas horas, estrechando la mano de Arthur.

No creo que nadie pueda comprender jamás lo que Margaret ha sido para mí —escribe a su padre—. Todo parece sombrío y desolado. Trataré de recordar su espíritu tan valiente y franco pero tendrá que pasar tiempo para que recobre el valor.

Pero 1893, un año trágico para Arthur Evans, fue también un año decisivo en su vida. Durante su estadía en Atenas en febrero y marzo se confirmó su interés en el arte micénico. Estudiando los diminutos objetos encontrados por Schliemann en Micenas y Tirinto, tuvo la intuición de un descubrimiento.

En ese año, rebuscando entre los puestos de los vendedores de antigüedades en el Callejón de los Zapatos, de Atenas, él y Myres dieron con unas piedras pequeñas de tres y cuatro lados, taladradas a lo largo del eje y grabadas con símbolos que parecían pertenecer a algún sistema de jeroglíficos. Desde luego, la mayoría de los anticuarios estaban entonces familiarizados con la escritura jeroglífica egipcia, pero el que hubiera existido en Europa un sistema semejante parecía inconcebible. Sin embargo, allí, en aquellos diminutos sellos y sortijas de sello, sometidos al escrutinio de la intensa mirada microscópica de Evans, parecía que había símbolos diminutos que quizás correspondieran a alguna forma de escritura. Evans preguntó al vendedor de dónde procedían esos sellos.

"De Creta" —le contestó.

Evans se quedó meditando largo tiempo sobre esto. Ya había pensado que Creta, con su situación como escala casi equidistante de Europa, Asia y Egipto, pudo haber facilitado la difusión de la escritura jeroglífica. Había considerado la posibilidad de que algunos de los relieves egipcios antiguos representando a los invasores del valle del Nilo podían incluir entre ellos a gentes de las islas Egeas. Ya había conocido al distinguido y amable arqueólogo italiano Frederico Halbherr, que había empezado a excavar centros cretenses hacía un año. También estaban interesados Stillman, un periodista americano, y Joubin, de la Escuela Francesa de Atenas: también ellos habían querido hacer excavaciones en Creta, pero las autoridades turcas no lo habían permitido. Sin embargo, con precaución y paciencia, y recurriendo con tacto al dinero, quizás podría conseguirse algo...

En la primavera de 1894, Arthur Evans hizo su primera visita a Creta.

Desde el momento en que desembarcó en Herácleo se sintió como en su patria. En Ragusa se había entusiasmado con la arquitectura veneciana, aquí, en Herácleo, esculpido en las almenas de la gran muralla veneciana que rodeaba la ciudad, estaba el León de San Marcos. Se conservaban bellos edificios venecianos, y como Creta se encontraba todavía bajo el dominio turco, lado a lado con iglesias cristianas había mezquitas. Había una pintoresca mezcla de razas europeas y orientales, un paisaje impresionante de dentadas cumbres de piedra caliza, escalpadas hondonadas, valles de un verdor idílico en primavera, playas de deslumbrante arena blanca todo a lo largo de un mar de un azul profundo y traslúcido. Y sobre todo, se respiraba por todas partes un sentido perenne de la historia. Cretenses, helenos, romanos, francos, venecianos, turcos... todos habían dejado su huella en la isla.

Homero la había visitado. Había sido la patria legendaria del rey Minos y de su hija, la princesa Ariadna, que dio al héroe Teseo el precioso hilo que lo guió a sus brazos después de dar muerte al Minotauro. Zeus, rey de Dioses, había nacido allí. En

el norte de la isla se alza el monte Ida coronado de nieve, donde, según se decía, todavía podía encontrarse la cueva sagrada en la que nació. Y detrás del puerto de Herácleo, al norte, se yergue el Monte Jukta, tumba legendaria del Dios. Porque, decían los habitantes, bastaba mirar las montañas desde un cierto ángulo y con una cierta luz, para poder ver reclinado el perfil del propio Zeus.

Como Schliemann, Evans se dirigió al lugar donde según las leyendas se encontraba Cnosos, a unas cuantas millas de Herácleo. Allí, seguramente, pensó Evans, encontraría nuevos ejemplares de los sellos de cuentas de collar con "pictografías", y muchas más cosas. Quizás pudiera encontrar alguna tablilla grabada como la Piedra de Roseta egipcia, con una inscripción bilingüe que pudiera servir de clave para descifrar el primitivo lenguaje cretense.

Ya un caballero cretense, llamado muy apropiadamente Minos, había abierto trincheras en Cnosos habiendo descubierto macizos muros y un almacén de inmensos *pithoi* (grandes vasijas de piedra), lo que fue más que suficiente para estimular la curiosidad de Evans. Anunciando audazmente que obraba en nombre del "fondo de Exploración Cretense" (que por entonces no existía) adquirió del propietario musulmán una opción sobre una parte del terreno. Esto no le servía gran cosa, salvo por el hecho importante de que, bajo la ley otomana, tenía el derecho de veto sobre cualquiera que quisiera hacer excavaciones. Cinco años más tarde, cuando las fuerzas turcas abandonaron Creta y el príncipe Jorge de Grecia fue nombrado Alto Comisario de las Potencias (Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia), Evans regresó a Creta, obtuvo los derechos de excavación en el resto del terreno, y empezó a excavar. Esta vez el Fondo de Exploración Cretense ya existía y tenía como patrocinador al Príncipe Jorge de Grecia. "La Escuela Británica de Arqueología de Atenas también participó en el trabajo —escribió Myres—, estando representada por su Director, D. J. Hogarth, cuya experiencia en excavaciones en gran escala fue inapreciable. Se recibieron aportaciones monetarias y en el invierno se iniciaron las excavaciones".

Incluso antes de que se clavara el primer pico en el suelo de Cnosos, Evans estaba ya convencido de que en Creta, cuyo paisaje, tradiciones y habitantes habían conquistado su corazón, encontraría la clave que le permitiría descubrir el antiguo mando prehelénico cuya existencia parecían indicar los hallazgos de Schliemann en Micenas. En años anteriores, antes de empezar a excavar, había regresado a Creta una y otra vez, explorando la isla en toda su extensión, solo y con su amigo Myres. Me contó Sir John que en una ocasión treparon hasta las tierras más altas de Lasithi y comenzaron a explorar la gran gruta sagrada de Zeus, en Psycro.

Desde allí seguimos por un amplio camino prehistórico minoico, con terraplenes, puentes y fortines, y regresamos por otra ruta, visitando muchas aldeas y preguntando en todas partes por sellos de piedra grabados. Estas piedras eran muy apreciadas por las mujeres cretenses como amuletos, cuando estaban criando a sus niños, y las llamaban "piedras de leche".

Estas "piedras de leche", de las que pueden verse hoy día muy buenos ejemplares en el Museo Ashmole, tienen forma lenticular por lo general redonda, pero a veces ovalada, y están perforadas de lado a lado para suspenderlas de un hilo. El antiguo pueblo cretense las usaba alrededor del cuello o de la muñeca, como los brazaletes modernos de identidad. Y hasta parece que fue en realidad su función el equivalente antiguo de una tarjeta de identidad. Cada una tenía grabado un dibujo, por lo general pictórico, pero con frecuencia de signos jeroglíficos. Era la insignia del propietario, que podía poner en sus bienes como una marca o sello. Estos sellos diminutos, con sus escenas en miniatura, fascinaban a Evans y en busca de ellos llegó hasta los rincones más recónditos de la isla. En todas partes encontró indicios de una civilización en otro tiempo floreciente y restos de palacios y ciudades, muchas de ellas



en los lugares más salvajes e inaccesibles. Pero rara vez encontraba en alguna parte evidencias de restos helénicos o "clásicos". Incluso antes de empezar a excavar en Cnosos, Evans pudo escribir:

Los grandes días de Creta fueron aquellos de los que todavía encontramos un reflejo en los poemas homéricos, el período de la cultura micénica, a la que, al menos aquí, aplicaríamos gustosamente el nombre de "minoica" (por Minos). Nada sorprende con más frecuencia al arqueólogo al explorar estos antiguos restos que la relativa escasez y falta de importancia de las reliquias del período histórico. La edad de oro de Creta se encuentra mucho más allá de los límites de los tiempos históricos... su cultura no sólo manifiesta, dentro de los tres mares, una uniformidad nunca lograda después, sino que es prácticamente idéntica a la del Peloponeso y a la de una gran parte del mundo Egeo.

En marzo de 1899 Evans regresó a Creta en medio de una de las peores tormentas que se recordaban. Lo acompañaban D. G Hogarth, once años más joven que él, pero con mucha más experiencia en la técnica de la excavación, y Duncan Mackenzie, un escocés de voz suave, "un mechón de pelo rojizo, un temperamento desigual, gran dominio de idiomas y una gran experiencia en llevar el registro de una excavación." Sin perder tiempo contrataron obreros cretenses y los pusieron a trabajar cavando en el montículo de Kefala, en Cnosos.

Casi inmediatamente surgió un gran laberinto de edificios. El 27 de marzo Arthur Evans pudo anotar en su diario:

Un fenómeno de lo más extraordinario *nada griego, nada romano*, apenas un fragmento de cerámica de barro barnizada de negro, relativamente moderno, entre decenas de miles. Nos falta incluso la cerámica geométrica (siglo VII a. C.), aunque como lo demuestran los *tholoi* (tumbas) encontrados cerca del camino central, mucho más abajo, existió una Cnosos floreciente... *Más aún, su época de máximo esplendor corresponde por lo menos al período pre-micénico.*

Evans había venido a descifrar un sistema de escritura, pero no había pasado un mes cuando comprendió que había descubierto una civilización.

## 9. ISLA DE LEYENDA

La antigua cueva de Ilitia es un agujero negro en una ladera desnuda, a unos cuantos kilómetros al este de Herácleo. Aunque muy cerca del camino que sube serpenteando a las colinas; la entrada de la cueva está escondida por una higuera de tal modo que sin la ayuda del chofer dudo que hubiéramos podido encontrarla.

Los tres (los de Jong y yo) nos sentamos en la falda de la colina, más arriba de la cueva, contemplando las laderas cubiertas de helechos y las olas que abajo arremetían contra la playa. Tan tranquila era la tarde que el murmullo del mar llegaba hasta nosotros como un suave arrullo, tan clara la atmósfera, que la isleta de Día (una ninfa que Zeus favorecía y a la que Hera enfurecida había transformado en monstruo marino) parecía estar a tiro de piedra desde la altura donde estábamos sentados.

Por el valle cercano un riachuelo, el Amniso, corría directamente al Egeo. Hace miles de años hubo un puerto en su desembocadura, que había conocido Ulises ("llegó a Amniso, donde se encuentra la gruta de Ilitia"), pero la acumulación de sedimentos lo había inutilizado siglos atrás y hacía ya mucho tiempo que Herácleo lo había sustituido como puerto principal en el norte de Creta. Pero la cueva sagrada de la ninfa Ilitia, protectora de las mujeres en los partos, todavía estaba allí, y cuando Piet y yo exploramos sus profundidades con una antorcha improvisada con ramas, una colonia de murciélagos revoloteaba chillando en las oscuras grietas del techo. La última vez que yo había visto estos animalejos en tal número había sido dentro de la pirámide de Snofru, en Egipto, hacía cinco años. Pero Homero los había visto exactamente igual hacía unos 2700 años, y los había comparado con las farfulladoras sombras de los pretendientes muertos a los que Hermes condujo a las sombrías salas del Infierno:

Las hizo levantar y ponerse en marcha... y obedecieron su llamado, lanzando estridentes gritos como los murciélagos que revolotean chillando en las profundidades de alguna gruta misteriosa, cuando uno de ellos ha caído de lo alto del techo de roca, separándose de sus agolpados compañeros...

*Odisea, Libro XXIV*

En las colinas de piedra caliza de Creta hay muchas grutas sagradas semejantes que contienen testimonios de las multitudes de peregrinos que las visitaron hace siglos. Los suelos rocosos están atestados de fragmentos de cerámica y los restos de vasijas votivas ofrecidas por los devotos. Cerca de la estalagmita sagrada, pilar enano en las profundidades de Ilitia, alrededor del cual había restos de los muros de un santuario que de Jong me mostró, había montones de estos fragmentos. De Jong cogió uno y lo acercó a la luz de la antorcha.

"Romano" —comentó, y lo tiró.

Luego rebuscó en el lodo del fondo de la gruta y sacó un fragmento de un vaso de paredes delgadas como los que yo había visto en Micenas.

"Micénico" —dijo.

Y yo me metí el pedazo en el bolsillo mientras volvíamos a la luz del sol.

En una atmósfera semejante es fácil olvidarse del presente. El avión del que habíamos descendido hacía apenas unas horas, los soldados griegos que hacían maniobras cerca del aeropuerto, los empujones, el polvo, el ruido, las acogedoras tiendas de la destartada Herácleo, donde habían recibido a Effie como a una antigua amiga, todo se había borrado y otros recuerdos empezaban a surgir en su lugar. La historia de la desgraciada Dia me trajo a la mente otros mitos y leyendas unidos a

esta encantadora isla, la más grande del archipiélago griego. Creta ha sido durante 3000 años lugar de reunión y campo de batalla de las culturas minoica, helénica, romana, veneciana, turca y la de los francos, y situada allá lejos en el sur, en el profundo mar azul oscuro, casi equidistante de Europa, Asia y África, todavía conserva su ambiente remoto.

Cuando Schliemann hizo excavaciones en Troya y en Micenas, se había dejado guiar por una ingenua fe en la verdad literal de los poemas homéricos. Su propósito de excavar en Creta seguramente estaba inspirado por la misma creencia, pues Homero menciona Creta muy a menudo, sobre todo en la *Odisea*. Pero Arthur Evans, como hemos visto, se había sentido atraído por la isla más bien por curiosidad científica que por fe en sus leyendas. Después de averiguar que la misteriosa escritura jeroglífica, que no era ni egipcia ni babilónica, procedía de Creta, su ambición fue interpretar esa escritura y demostrar su tesis de que "en lo que ahora constituye la zona de influencia de la civilización europea, debieron de existir en otros tiempos sistemas de escritura a base de dibujos semejantes a los que ahora todavía se emplean entre las razas más primitivas de la humanidad". Al mismo tiempo, las narraciones de Homero y de los autores clásicos acerca de Creta le eran también familiares y como estas leyendas tienen gran relación con lo que sigue, creo que vale la pena recordar algunas de ellas.

La más antigua de las tradiciones era la del nacimiento de Zeus, el Dios Padre de los griegos, en una gruta de Creta meridional. Según unos esta gruta se encontraba en el pico central del Monte Ida y, según otros, en una montaña más al oriente, Lasithi, más baja pero también majestuosa, que los antiguos cretenses llamaban Dicte.

Rea, esposa de Cronos, le dio varias hijas, Hestia, Deméter y Hera, "calzada de oro", pero siempre que daba a luz un hijo, el celoso Cronos devoraba al niño, con el propósito, dice el poeta Hesíodo, de

que ningún otro de los orgullosos hijos del cielo pudiera reinar entre los dioses inmortales. Porque sabía, por la Tierra y el Cielo estrellado, que estaba destinado a ser vencido por su propio hijo a pesar de su fuerza, por los artificios del gran Zeus.

Por lo tanto, cuando Rea dio a luz a Zeus, tuvo que tramar

algún plan... para mantener oculto el nacimiento de su amado hijo... Así que los dioses la enviaron a Lycto, a la fértil tierra de Creta, cuando ya iba a nacer el gran Zeus, el más joven de sus hijos.

Y Hesíodo continua diciendo cómo la Tierra

lo tomó en sus brazos y lo ocultó en una remota gruta debajo de los lugares secretos del suelo sagrado, en los espesos bosques del Monte Egeo.

A Cronos, la Tierra le dio una piedra que, pensando que era su hijo recién nacido, el dios

se tragó. ¡Desgraciado! Ignorando que en lugar de la piedra, su hijo había quedado detrás incólume e invencible.

Así fue, decían los griegos, cómo pudo Zeus sobrevivir, vencer a su padre y reinar como Rey de Dioses.

Otra antigua tradición, referente a Minos, rey de Creta, dice que fue "hijo de Zeus", o, según otra versión, su amigo y compañero predilecto. Se decía que Minos había sido un famoso legislador y el fundador del primer gran poderío naval del Mediterráneo. No existían inscripciones ni monumentos que apoyaran esta creencia, pero la tradición hablada era viva y la aceptaban, como hemos visto, historiadores tales como Tucídides.

Las tradiciones relativas a Minos son varias, y en cierto modo contradictorias. Todas están de acuerdo en que disponía de una inmensa flota que dominaba el Mediterráneo oriental. En unas leyendas se le alaba como gran legislador; pero en otras se habla de Minos el Tirano, como en una de las leyendas más perdurables, la historia de Teseo y el Minotauro, que vale la pena citar, tal como la relata Apolodoro.

El rey Minos, habiendo sometido a Atenas, le exigía como dueño y señor un tributo anual que consistía en doce nobles atenienses de ambos sexos, para sacrificar al Minotauro. Este monstruo había sido engendrado por Pasífae, esposa de Minos, una ninfómana a la que sólo un toro podía satisfacer. Minos lo había encerrado en un laberinto, debajo del gran palacio de Cnosos proyectado por Dédalo, el mejor de sus artífices.

Tan tortuoso era este laberinto, con sus retorcidos pasajes, callejones sin salida y vueltas falsas, que ningún hombre, una vez dentro, podía salir de él sin ayuda. Y en el interior se escondía el Minotauro acechando a sus víctimas para devorarlas. Cada año, según la leyenda, doce jóvenes de ambos sexos, escogidos entre lo más florido de la juventud ateniense, encontraban la muerte de este modo.

Llegó entonces el año en que el héroe Teseo, hijo del anciano Egeo, Señor de Atenas, se encontró entre aquellos que se habían de enviar a Creta, pero, escribe Apolodoro:

afirman algunos... que se ofreció él mismo voluntariamente. Y como el barco tenía una vela negra, Egeo (el padre) encargó a su hijo que si regresaba vivo desplegara velas blancas en el barco. Y cuando el joven llegó a Creta, Ariadna hija de Minos, habiéndose enamorado de él, ofreció ayudarlo si prometía llevársela consigo a Atenas y tomarla por esposa. Habiendo Teseo prometido hacerlo así bajo juramento, la joven rogó a Dédalo que le enseñara la manera de salir del laberinto.

Dédalo, el forjador, otra gran figura legendaria, era una combinación de artista, artífice e ingeniero a quien Minos había nombrado jefe de las Obras Reales. Fue Dédalo el que hizo para Pasífae la vaca simulada dentro de la cual se ocultaba cuando deseaba seducir al toro.

Los métodos que utilizó "Ariadna, la de la oscura cabellera" para persuadir al ingenioso forjador, no se mencionan, aunque pueden imaginarse. De todos modos sus deseos se cumplieron, pues, dice Apolodoro

siguiendo su consejo, la joven dio a Teseo una clave (un hilo) que Teseo ató a la puerta cuando entró en el laberinto, y arrastrándolo tras sí, penetró en el interior. Y luego que hubo encontrado al Minotauro, en el fondo del Laberinto, lo mató golpeándolo con los puños, y guiándose por el hilo, logró salir. Y por la noche llegó con Ariadna y los niños (con esto el escritor alude probablemente a los restantes atenienses destinados al sacrificio) a Naxos. Allí Dionisio se enamoró de Ariadna y la raptó, y llevándosela a Lemnos, la gozó y engendró a Thoas, Staphylus, Oenopion y Peparthus.

Apenado por la pérdida de Ariadna, Teseo olvidó desplegar las velas blancas de su barco al llegar al puerto, y Egeo (su padre), al ver desde la

## Cottrell, Leonard - El toro de Minos

---

Acrópolis el barco con una vela negra, creyó que Teseo había perecido, así que se precipitó al vacío y murió...

Pero la historia no termina aquí. El rey Minos, cuando se enteró de la complicidad de Dédalo en la fuga de su hija, encerró en el Laberinto al culpable ingeniero, con su hijo Ícaro. Después sigue el invento de la primera maquina de volar, 3000 años antes de Leonardo de Vinci...

Dédalo fabricó alas para sí y para su hijo, a quien indicó, al lanzarse al espacio, que no volara muy alto para que no se derritiera la goma con el sol y se cayeran las alas, ni tampoco demasiado cerca del mar para que la humedad no despegara las alas. Pero el presuntuoso Ícaro, sin hacer caso de las instrucciones de su padre subía cada vez más y más alto, hasta que al derretirse la goma, cayó al mar, llamado Icariano por su nombre, y pereció...

Dédalo, un experto mecánico, no cometió semejante equivocación. Ya había sufrido bastante a causa de su indulgencia con la hija del Rey, la de la oscura cabellera, y su gallardo aunque no muy inteligente pretendiente ateniense. Dédalo llegó volando hasta la corte del rey Cócalo, en Sicilia. Pero dice Apolodoro,

Minos persiguió a Dédalo, y a todos los países donde lo buscaba llevaba un caracol y prometía dar un gran premio a aquel que pudiera pasar un hilo por él, pensando que por ese medio podría descubrir a Dédalo.

Evidentemente Minos era un gran conocedor de la naturaleza humana, pues todo el que haya conocido la vanidad y el orgullo de algunos ingenieros y hombres de ciencia modernos, reconocerán la astucia con que el rey cebó su anzuelo.

Y habiendo llegado a Camico en Sicilia —escribe Apolodoro—, a la corte de Cócalo donde estaba escondido Dédalo, le mostró el caracol. Cócalo (Señor de Sicilia) lo tomó, y prometiéndole pasar el hilo, se lo dio a Dédalo.

El reto resultó irresistible para Dédalo que, al parecer, sentía un gran desprecio por las inteligencias vulgares, semejante al que siente el técnico moderno por el engomado caballerete de los grandes almacenes. Dédalo sabía muy bien que su nuevo Señor, Cócalo, era tan incapaz de resolver matemáticamente las curvas y repliegues del caracol, como el gallardo pero estúpido amante de Ariadna de aprenderse de memoria los rodeos y revueltas del Laberinto. Así que lo mismo que había proporcionado a Teseo la clave del hilo, cosa que hasta él podía comprender, le facilitó al rey de Sicilia un método para pasar el hilo por el caracol, admirable por su sencillez:

Cócalo tomó el caracol y prometió enhebrarlo... y Dédalo ató un hilo a una hormiga y habiendo perforado un agujero en el caracol, hizo pasar por él a la hormiga. Pero cuando Minos vio el hilo enhebrado por la concha, comprendió que Dédalo estaba con Cócalo y enseguida pidió que le fuera entregado. Cócalo así se lo prometió, y dispuso una fiesta en honor de Minos.

Y después sigue uno de los incidentes más misteriosos que relata la crónica:

...pero al salir del baño, Minos pereció a manos de las hijas de Cócalo.

¿Pero por qué? ¿Y cómo?

Tanto la historia como la leyenda guardan silencio a este respecto. Pero cualquiera que fuera la forma de su fin, el gran rey de Creta se hunde en el olvido, muerto por las jóvenes hijas del rey de Sicilia... Un capítulo legendario de la historia del Mediterráneo oriental que termina tan misteriosamente como había empezado...

El sol se hundía detrás del promontorio a nuestra izquierda cuando regresábamos en el coche a lo largo del sinuoso y mal pavimentado camino que cruza Herácleo, con sus viejas calles angostas, y sigue adelante pasando las sombrías murallas venecianas hasta el tortuoso camino del valle que conduce a Cnosos. Era extraño ver el nombre "casi tan viejo como el Tiempo" pegado a uno de los desvencijados autobuses cretenses que nos adelantó traqueteando entre una nube de polvo.

Las casas se fueron quedando atrás. Las laderas del valle se hacían cada vez más empinadas, y a nuestra izquierda corría acompañándonos un riachuelo que iba cruzando antiguos puentes de arco. Durante varias millas el camino subía y bajaba, hasta que al bajar una de las cuestas la señora de Jong me indicó un grupo de casas al pie de la colina.

"Ésa —dijo— es nuestra aldea. Y estas —señalando a las bien cuidadas hileras de vides que trepaban por las laderas— son nuestras viñas".

"Mi mujer quiere decir —interrumpió su marido— que esas son las viñas que pertenecen a la Escuela. Sir Arthur traspasó a la Escuela Inglesa de Arqueología de Atenas los terrenos que rodean el Palacio, y nosotros los cuidamos."

El coche se detuvo delante de una agradable casita de campo encalada detrás de un muro de piedra,

"¿Dónde está el Palacio?" —pregunté.

"Allá a la izquierda, detrás de esos árboles —dijo Piet—. Ya lo verá por la mañana".

"Me figuro que estará deseando un baño —dijo su esposa—. Aquí está Manoli —continuó saludando con un torrente de griego a un sonriente cretense muy moreno—. Él lo llevará a la villa. Su cuarto ya está listo".

"¿Villa? —pregunté—. ¿Es un hotel?"

"No, no, no —contestó la señora de Jong—. La Villa Ariadna es el antiguo hogar de Sir Arthur. La construyó en 1912 para tener una base permanente para su trabajo, y al mismo tiempo un lugar donde poder recibir a sus amigos. Durante muchos años solía pasar la primavera y el verano en la Villa. Después, cuando se sintió ya demasiado viejo para venir con regularidad, entregó la casa a la Escuela, como hogar de reposo para los estudiantes. Esta —continuó, indicando la confortable casita cubierta de enredaderas— es nuestra casa, la llamamos la *Taverna*. Pero usted se quedará en la Villa allá arriba. ¿La ve allí?"

Me señaló una majestuosa fachada que se vislumbraba detrás de una pantalla de palmeras y adelfas. Un estrecho sendero serpenteaba por la colina entre arbustos de bugambilias. Aunque había dejado Inglaterra en febrero, envuelta en un manto de escarcha, aquí la temperatura era ya agradable, casi tibia, y se sentía la llegada de la primavera.

"¿Hay alguien allí?"

"No —dijo la señora de Jong. Febrero es demasiado pronto para los estudiantes, tendrá la casa para usted solo... pero no tema, no hay fantasmas; en todo caso sólo hay fantasmas amistosos. Mira, Piet, qué luna tan maravillosa!" Siguió charlando sin

detenerse a respirar, mientras yo seguía a Manoli, envuelto en el fragante crepúsculo, hacia la Villa Ariadna, cuando la oí gritar: "¡Cenamos a las ocho!"

## 10. SE ACEPTA EL DESAFÍO

Creta es una isla larga y estrecha, mucho más extensa de este a oeste (260 kilómetros) que de norte a sur (60 kilómetros en el lugar más ancho). Dividen el país cadenas de majestuosas montañas (la elevación máxima es de 2400 m), casi sin árboles, que van de este a oeste, aproximadamente, en el sentido de la dimensión mayor de la isla. Pero de cuando en cuando la cadena de montañas es interrumpida por profundas gargantas, cruzándola de norte a sur, que empiezan como pasos poco profundos, cerca de la costa, y poco a poco se van haciendo más hondos a medida que penetran en el interior. En uno de estos valles, cerca de la costa norte y a pocos kilómetros de Herácleo (antiguamente llamada Candia) se encuentra Cnosos.

Cuando Evans inició sus excavaciones allí, en el primer año de nuestro siglo, tenía ante sus ojos:

(a) Un valle poco profundo, orientado de norte a sur aproximadamente, con el pueblo de Herácleo hacia el norte.

(b) Una carretera moderna a lo largo de la parte occidental, o sea a la derecha del valle, mirando hacia el sur.

(c) Al este, a la izquierda del camino, un montículo llamado Kefala, con la cima relativamente plana, pero con una fuerte pendiente por la parte oriental, o sea, a la izquierda, que termina en un profundo barranco, por el que fluía el río Kairatos.

(d) Delante, hacia el sur, otro barranco de lados empinados que separa el montículo de Kefala de la carretera del valle hacia el sur, que cruzaba el barranco por un puente.

En resumen, puede uno imaginarse la situación de Cnosos como un montículo más o menos cuadrangular, limitado por dos de los lados, el este y el sur por empinadas pendientes, quedando los otros dos lados más o menos al nivel del terreno circundante. No debe uno imaginársela como una elevada ciudadela coronando un monte de escarpadas laderas, como Micenas (Quiero justificarme ante todos aquellos que encuentren las descripciones topográficas tan aburridas como yo, con la aclaración de que si se dan bien cuenta de la orientación del lugar: empinadas laderas al sur y al este y con menos pendiente al oeste y al norte, encontrarán el presente capítulo más comprensible y espero que también más entretenido).

Virchow, al escribir sobre los descubrimientos de Schliemann en Troya, treinta años antes, había declarado: "Aquí empieza una ciencia nueva". Ahora Evans, a los cuarenta y nueve años, en casi de la misma edad que Schliemann cuando excavó Troya, e iba a hacer una tremenda contribución a esa ciencia. Sin embargo, cuando él, su ayudante escocés y los treinta trabajadores de que dispuso al empezar, hicieron el primer hoyo en el montículo, tenían sólo una vaga idea de lo que podría contener. Sabían que en una parte existían sólidos muros. Minos Kalokairinos, el arqueólogo aficionado cretense había tropezado con ellos hacía años, y sabían también que había enormes tinajas de arcilla cocida, llamadas *pithoi*, parecidas a aquellas en las que Alí Babá encontró a los cuarenta ladrones. Aparte de estos hechos, no había más que mitos y leyendas relacionados con los confusos comienzos de la historia europea.

Sin embargo, casi desde el comienzo de las excavaciones, el gran montículo empezó a revelar sus secretos: no tesoros materiales de oro y piedras preciosas como los de Schliemann había encontrado en Micenas, sino muestras claras de un arte maduro y refinado de una destreza en ingeniería, y de una arquitectura de tal esplendor, sutileza y elegancia que sólo podían ser el producto de una civilización de siglos de duración. El estilo en general era el mismo que hasta entonces se había



llamado "micénico" por haberse encontrado en Micenas los primeros objetos de ese extraño estilo pre-helénico, ni egipcio ni oriental, que tanto había fascinado a Evans cuando Schliemann le mostró sus tesoros. Y sin embargo, había diferencias; el arte cretense mostraba una suavidad de estilo, una seguridad, incluso cierta decadencia. Y sobre todo, daba la impresión de una gran antigüedad, de un largo y continuo desarrollo, que no podía asociarse a la austera ciudadela de Micenas, esa fortaleza como de caudillo feudal, que mira ceñuda desde lo alto de la colina.

Con todo, aquí en Cnosos, se encontraban las conocidas características "micénicas": las crinolinas acampanadas de las mujeres representadas en los sellos y en los frescos, incluso los ahora ya famosos escudos en forma de ocho, que Schliemann había atribuido triunfalmente a la época homérica. Pero Homero (entre 700 y 900 a. C.) resulta ahora casi moderno comparado con este pueblo. Los tesoros de las tumbas de Micenas datan de unos 1600 años a. C. Sin embargo, parecía cada vez más evidente que estos reyes y reinas, con sus petos de oro y ricas joyas, eran de una época muy posterior a la de los constructores del primer Palacio de Cnosos... Evans y sus compañeros siguieron pacientemente el hilo de Ariadna, pero cada descubrimiento parecía traer consigo nuevos misterios por aclarar. El laberinto parecía no tener fin...

Poco a poco se fue comprobando que el montículo de Kefala encubría un gran palacio, de unas 2.5 hectáreas de extensión, o más bien los restos de varios palacios, no claramente estratificados, uno debajo de otro, sino traslapados formando una masa confusa, pues unos constructores más recientes habían aprovechado algunos de los edificios de sus antepasados, mientras que otros los habían demolido para reedificarlos totalmente. Pero todos presentaban pruebas de haber estado habitados sin interrupción durante un largo período de tiempo. En aquel lugar y en los montes circundantes habían vivido seres humanos durante más de una veintena de siglos. Mientras tanto, Arthur Evans, quizás al pronto un poco aturdido ante la magnitud de su descubrimiento, continuó buscando sus jeroglíficos y los encontró.

Hemos encontrado —anuncia en una carta escrita por esta época— una especie de barra de arcilla cocida, parecida a un cincel de piedra, aunque rota en un extremo, con signos de escritura y algo que parecen números, que me hizo recordar enseguida una tableta de arcilla, de época desconocida, que yo había copiado en Candia, también procedente de Cnosos... y también rota. En ambas se distingue una especie de escritura cursiva.

Evans había encontrado lo que había venido a buscar. Enseguida se contrató a más hombres hasta que hubo más de un centenar cavando en el montículo bajo la cuidadosa dirección de Evans, Duncan Mackenzie, y un recién llegado, Theodore Fyfe, arquitecto de la Escuela Británica de Arqueología de Atenas. Evans fue uno de los primeros arqueólogos en emplear siempre un arquitecto profesional en las excavaciones. Otros solían limitarse a traer uno al final de los trabajos para hacer planos. Pero Evans tuvo una serie de arquitectos de primera fila: primero Theodore Fyfe después Christian Doll y finalmente Piet de Jong.

Aunque los descubrimientos arquitectónicos asombraron a Evans, su principal interés, al principio, fue la pictografía prehistórica en cuya busca había venido a Creta. Al seguir apareciendo más de estas preciadas tabletas con la misma misteriosa escritura jeroglífica que él había reconocido en los diminutos sellos de piedra, escribió entusiasmado a su familia:

El gran descubrimiento ha sido los enormes depósitos de tabletas de arcilla, enteras o fragmentarias, análogas a las babilónicas, pero con inscripciones en la escritura prehistórica de Creta. Debo de tener ya unas

setecientas piezas. Estoy muy satisfecho, puesto que es a lo que vine a Creta hace siete años, y es la clave de lo que hasta ahora he encontrado.

Más tarde escribe a su padre:

Con respecto a las inscripciones prehistóricas, siguen apareciendo. Acabo de tropezar con el depósito más grande de todos, unos centenares de piezas.

Y el corresponsal de *The Times* en Atenas escribía el 10 de agosto de 1900:

...el descubrimiento más importante es el de la escritura cretense prehistórica, que demuestra que ya se escribía.

Esto fue lo que creyó Evans al principio también. Pero poco a poco, cuando el Palacio quedó descubierto en toda su gloria, empezó a darse cuenta de que, de todas maneras, lograra o no descifrar la misteriosa escritura, se le había presentado una oportunidad que jamás se le había ofrecido a un solo hombre, la oportunidad de escribir, casi sin ayuda, la historia de los primeros 2000 años de la civilización europea. Evans aceptó el desafío, y salió triunfante.

El 5 de abril se hizo un notable descubrimiento: el hallazgo del primer retrato de un "minoico", uno de esos misteriosos seres que habían habitado el Palacio de Cnosos hace más de 1500 años a. C. (Fue Evans el que inventó el nombre minoico, por Minos, el rey legendario que gobernó Creta). Para el descubridor fue un gran día, y en su diario se revela su gran emoción.

Por la mañana temprano (al ir descubriendo poco a poco la superficie del corredor la izquierda del "Megarón", cerca del extremo sur, aparecieron dos grandes fragmentos de un fresco micénico... Uno representaba la cabeza y la frente, el otro el talle y parte del rostro de una mujer (más tarde se comprobó que eran de un hombre) que sostenía en la mano un largo "ritón" micénico, o copa alta, en forma de embudo... La figura es de tamaño natural, la carne representada de un color subido como el de las figuras en las tumbas etruscas y de los *keftiu* de las pinturas egipcias. El perfil del rostro revela un tipo noble, los labios son gruesos y el inferior muestra una ligera curva que parece un rasgo característico. El ojo es oscuro y levemente almendrado. Los brazos son de bello contorno. La cintura es extraordinariamente estrecha... ésta es, sin comparación, la figura humana más notable de la era micénica que se ha encontrado hasta ahora. (lámina 15).

¡Cómo le hubiera gustado a Schliemann haber visto este fresco!

El descubrimiento de esta figura (el primer ejemplo de un retrato, en buen estado, de un hombre de aquella remota época, contemporánea del Imperio Medio de Egipto), causó gran sensación en Creta y fuera de Creta. La prensa de todo el Mundo publicó la noticia del hallazgo, y, los habitantes de Cnosos experimentaron gran emoción, aunque estaban convencidos de que se trataba de la figura de un santo cristiano. Se montó una guardia nocturna.

Por la noche —escribió Evans en su diario— Manoli se dispuso a vigilar el fresco que él creía era un santo con halo. Lo turbaron sueños inquietos. El santo se enfureció. Manoli se despertó y oyó rugidos y relinchos o algo por el estilo, pero fantasmal.

Al parecer la figura había formado parte de un mural representando una procesión de hombres jóvenes, llevando cada uno un alto ritón cónico, en algún ceremonial solemne. La figura, con los anchos hombros bronceados, el pelo negro rizado, la cintura artificialmente delgada y muslos musculosos, estaba representada con rasgos estilizados; pero, sin embargo, se trataba indudablemente de la primera representación de un joven de la época prehistórica que habían visto ojos humanos, por lo menos en 2000 años. Los egiptólogos, en especial, estaban interesadísimos porque aquí, en su propio medio, estaba representado uno de los llamados *keftiu* o "isleños", que pueden verse en los muros de las antiguas tumbas egipcias, llevando tributos al Faraón o sus dignatarios. Los que estaban familiarizados con las inscripciones conocían hacía muchos años los "isleños" del "Gran Mar Verde" con los que los faraones estaban unas veces en guerra y otras en paz. En las tumbas egipcias se habían encontrado retratos suyos en los que se les reconocía por las telas azul y oro que les ceñían la cintura, de una forma no conocida en Egipto, y por las bellas vasijas que llevaban, de un tipo distinto de las egipcias. Ahora por vez primera, estos *keftiu* se revelaban en su propia tierra y efectivamente, entre la cerámica que Evans y sus ayudantes habían extraído de las profundidades de Kefala había fragmentos de vasos, ritones y otras vasijas rituales semejantes a las representadas en las pinturas de las tumbas de la Tebas egipcia (lámina 18).

Entonces, ¿eran éstos los misteriosos *keftiu*?... ¿Eran cretenses?

Después vino el emocionante descubrimiento del llamado "Salón del Trono". Evans había empezado a excavar en el lado occidental del montículo. Primero había descubierto, en lo que evidentemente era la planta baja del Palacio, un largo corredor que conducía a una serie de almacenes o depósitos que contenían grandes tinajas de barro para almacenar aceite (los *pithoi*), y debajo del piso, estrechas cámaras forradas de piedra, como las cajas de seguridad modernas, que, por haberse encontrado en ellas fragmentos de láminas de oro, se cree que se utilizaron para guardar objetos preciosos (lámina 14, abajo). Toda la parte baja del lado occidental del gran edificio, de trazo más bien desordenado, parecía haber estado destinada a los funcionarios por lo menos durante el último período de la historia del Palacio. Uno se imagina una especie de Whitehall cretense lleno de oficinistas y burócratas de diversas categorías. Aquí se guardaba el tesoro real (del que el aceite formaba una parte importante) y aquí vivían los encargados de la recaudación y de su custodia.

Luego, al este del corredor y los almacenes, se encontraba un gran patio central, en la parte alta del montículo, rodeado de construcciones de diversos tamaños, mucho más largo en los lados este y oeste que en los del norte y el sur. Al oeste de este patio se encontraba lo que al principio se creyó había sido la entrada oriental del Palacio, aunque luego se comprobó que esto no era cierto. Fue aquí donde a poco de haber empezado las excavaciones, Evans y sus amigos encontraron el Salón del Trono.

Al principio creyeron que se trataba de un cuarto de baño. Primero había una antecámara que daba al patio central. A continuación venía otra recámara con asientos en tres de los lados, dominando un hoyo rectangular, con anchos escalones que bajaban hasta el fondo. A primera vista este hoyo se tomó por un baño, hasta que se descubrió que no tenía desagüe. Pero lo que más interesó a Evans y a sus colegas Duncan Mackenzie y Theodore Fyfe fue el cuarto de arriba, desde el que se dominaba el llamado "baño". He aquí lo que escribió Sir Arthur en su diario el 13 de abril de 1900:

El principal acontecimiento del día fue resultado de la continuación de la excavación del *cuarto de baño*.<sup>1</sup> El parapeto del baño resultó tener otro corte circular en su parte oriental, y como éste estaba lleno de madera de ciprés carbonizada, era evidente que los agujeros habían sido para columnas. Al otro lado de la pared norte había un banco corto como el de la cámara exterior, y a continuación, separado de éste por un pequeño intervalo, un asiento de honor o Trono, aislado, con un respaldo alto de yeso, lo mismo que el asiento, que estaba parcialmente empotrado en el estuco de la pared. Estaba colocado sobre una base cuadrada y abajo tenía una curiosa moldura con follaje (casi gótica).

Este cuarto, que en su informe al *Times* Evans llamó "La Cámara del Concilio de Minos," se comprendió más tarde que había tenido un propósito religioso. Pero allí, en su lugar, estaba (y todavía está) el regio trono de Minos, más de dos mil años más antiguo que cualquier otro de Europa (lámina 14, arriba).

Cuanto más exploraban el lugar Evans y su personal, más extenso y complicado resultaba. "A un descubrimiento seguía otro —escribe John Evans—. Una estatua egipcia de diorita, una gran zona pavimentada y con escalinatas, un fresco representando ramas de olivo en flor, otro de un muchacho" (más tarde se descubrió que era un mono) "recogiendo azafrán, otro con unos personajes en una solemne procesión, *un gran relieve de estuco pintado con un toro embistiendo...*"

Este último descubrimiento fue el que más impresión le causó a Evans. Ya había visto, entre los objetos que Schliemann encontró en las fosas verticales micénicas, una magnífica cabeza de toro, en plata, con una roseta entre los cuernos (lámina 7). Ahora en Cnosos aparecía otra vez el animal, en un magnífico relieve de estuco, que evidentemente había adornado en otros tiempos el pórtico norte del Palacio. El toro aparecía no solamente allí, sino en otros lugares, en frescos y en relieves y con frecuencia en sellos. Inevitablemente la leyenda de Teseo y el Minotauro volvió a la mente de Evans. "¡Que papel representaban aquí estos animales! —escribió—. ¿No se debería la actual tradición del Toro de Minos a la presencia de un toro entre las ruinas, en la época de los dorios?"

Poco después vino el descubrimiento más notable de todos los hechos en Cnosos: los restos de un fresco lleno de vida que representaba, sin sombra de duda, a un joven en el acto de *dar un salto mortal sobre el lomo de un toro que embiste*, mientras que una muchacha, con el mismo traje de "toreador", espera detrás del flanco del animal para cogerlo (lámina 25). Pronto aparecieron otras variantes de la misma escena, demostrando que entre aquel pueblo de la antigüedad había indudablemente existido una forma de deporte en la que el toro desempeñaba un papel importante. En ninguna de estas escenas se veía a los contendientes llevando arma alguna, ni tampoco al toro muerto. Pero una y otra vez, en los murales, en los sellos, en una delicada estatuilla de marfil, se repetía la misma escena increíble: la esbelta y ágil figura del juvenil saltador de toros en el acto de lanzarse a dar un salto mortal sobre los cuernos de una bestia que embiste. ¿Se trataría, después de todo, de alguna especie de sacrificio ritual? ¿Serían estos jóvenes y estas muchachas los rehenes atenienses que, según la tradición, se enviaban cada año como tributo al Minotauro?

¿Quiénes eran estas gentes? ¿Serían "micenios" contemporáneos de las personas cuyos cuerpos había encontrado Schliemann en las tumbas de fosa vertical de Micenas? ¿O eran todavía más antiguos? Aunque la civilización descubierta en Cnosos era semejante a la de Micenas, todo indicaba una mayor antigüedad, y lo que hasta entonces se había considerado "micénico" era en realidad derivado de Creta (aunque los micénicos no fueran necesariamente de estirpe cretense). En una

---

<sup>1</sup> La cursiva es del autor.

tentativa para determinar cuánto tiempo había existido en Cnosos la civilización, Evans hizo profundos sondeos en el montículo de Kefala. Los estratos identificados en esta forma probaron definitivamente que en Cnosos habían existido pobladores humanos, casi continuamente, desde el período neolítico (o sea la Edad de Piedra Reciente, que terminó alrededor del año 3000 a. C.) en adelante, incluyendo la penúltima fase de la civilización cretense, el período al que Evans dio más tarde el nombre de Minoico Reciente III, período que terminó aproximadamente en el año 1200 a. C. Había indicios de una o dos interrupciones, pero ninguna de larga duración. La civilización no había tenido un principio primitivo, un largo proceso de desarrollo, una época floreciente y una decadencia. Evans comprendió por qué había sido esto. En aquellos tiempos remotos, cuando no existían potencias navales, Creta, aislada en medio del mar, había permanecido a salvo de las invasiones Egipto, la potencia más cercana, no disponía de gran poderío naval. El contacto entre Egipto y Creta había sido sólo cultural y comercial.

Poco a poco, Creta había forjado un imperio marítimo. Evans y sus asociados encontraron en todas partes pruebas de la íntima relación entre los señores de Cnosos y el océano. En los muros y en los pilares, en los frescos y en los grabados de los sellos, aparecía el tridente, emblema del poderío naval. Los fabricantes de la exquisita cerámica cretense, en especial en las etapas media y final de su desarrollo, empleaban con frecuencia temas marinos como motivos decorativos, criaturas del mar tales como los pulpos, los delfines, el erizo de mar y la estrella de mar (lámina 23). El mismo Palacio de Cnosos, en contraste con las austeras fortalezas de Micenas y Tirinto, apenas estaba fortificado. Cnosos no necesitaba murallas, el océano era suficiente protección. Todo parecía confirmar la antigua tradición del rey Minos, a quien se atribuía la creación del primer gran imperio naval del Mediterráneo. ¿Era entonces Creta el punto de partida de la civilización del Mar Egeo? ¿Sería esta la contestación al enigma que Heinrich Schliemann había intentado descifrar?

Arthur Evans así lo creía, y estaba decidido a demostrarlo. Ya en uno de esos audaces arranques imaginativos que lo distinguían del erudito pedante, había escrito lo siguiente para el *Times* en agosto de aquel año:

...gobernada por el legendario Minos, el conquistador y legislador que al finalizar su reinado temporal ocupó su lugar en el pavoroso tribunal del otro mundo, hogar de Dédalo, padre de la arquitectura y las artes plásticas, morada de los misteriosos Dáctilos, los primeros artífices en hierro y en bronce refugio de Europa, y el lugar de nacimiento del mismo Zeus, Creta fue en tiempos remotos el centro de una cultura altamente desarrollada que desapareció antes del alba de la historia entre las ciudades prehistóricas de Creta, Cnosos, la capital de Minos, según indica la leyenda, ocupaba el primer lugar. Aquí el gran legislador (Minos) promulgó sus famosas instituciones que como las de Moisés y Numa Pompilio se derivaban de una fuente divina, aquí existió un imperio marítimo, que suprimió la piratería, conquistó las islas del Archipiélago e impuso un tributo a la vencida Atenas. Aquí Dédalo construyó el Laberinto, escondite del Minotauro, forjó las alas, quizás las velas, con que él e Ícaro volaron sobre el Mar Egeo.

Fue una fortuna para el mundo que esta gran oportunidad de excavar hasta las raíces mismas de la cultura europea, correspondiera a un hombre que combinaba la paciencia y la devoción a la verdad del erudito, la intuición, la sensibilidad e imaginación del poeta. En parte por suerte, pero principalmente gracias a su buen juicio, Evans había encontrado, a la mitad del camino de la vida, una tarea para la que estaba especialmente dotado. Pero, como sabía él muy bien, tenía que abordar el problema a su manera, sin que lo estorbaran comités y organismos oficiales, y con responsabilidad ante sí mismo únicamente. Al principio las excavaciones habían sido

financiadas por el "Fondo de Exploración Cretense", pero el costo de excavar en una zona arqueológica de tal importancia era muy grande, y habiendo estallado la guerra en África del Sur hacía poco, no había mucho dinero para dedicar a la arqueología. Se pensó en hacer un nuevo llamamiento para reunir fondos bajo la dirección de George Macmillan, de la famosa casa editorial, amigo de toda la vida de la familia Evans. Pero Arthur Evans expresó claramente sus propósitos en una carta que escribió a su padre en noviembre de 1900.

El Palacio de Cnosos —escribe— ha sido idea y obra mía y ha resultado que es un hallazgo tal como nadie podía esperar en el curso de una vida, o en el de muchas vidas. El que el Fondo me ayude es otra cosa. Y si tu quieres darme el dinero personalmente también es aceptable. ¡Ojalá se pudiera retener algo de Cnosos en la familia! Estoy resuelto a que no se haga un reparto, por muchas razones, pero principalmente porque tengo que tener un control exclusivo de lo que estoy haciendo por mi propio esfuerzo. Con otras personas tal vez sería diferente, pero conmigo es así. Es posible que mi sistema no sea el mejor, pero es la única forma en que puedo trabajar.

John Evans conocía el temperamento de su hijo y estuvo de acuerdo. Por fortuna era un hombre rico. Desde entonces el costo del monumental trabajo de excavación, reconstrucción y publicación del Palacio de Cnosos, obra que continuó intermitentemente durante más de treinta años, como a cargo primero de John Evans, y después de Arthur Evans, con su fortuna particular. Es difícil llegar a un cálculo exacto del costo total, pero probablemente ascendería, aproximadamente, a un cuarto de millón de libras.

Pero no fue Evans el único que hizo grandes descubrimientos en Creta durante la primavera de 1900. Mientras cavaba en Cnosos, otro arqueólogo inglés, trabajando en el otro lado de la isla, logró penetrar en uno de los santuarios más reverenciados del mundo: la gruta donde nació Zeus.

## 11. LA GRUTA DONDE NACIÓ ZEUS

Pero Rea, enamorada de Cronos, dio a luz espléndidos hijos: Hestia, Deméter y Hera, calzada de oro, y el fuerte Hades, de corazón despiadado, que mora debajo de la tierra, y el estrepitoso Movedor de la Tierra, y el sabio Zeus, padre de dioses y hombres, que sacude con el trueno la vasta tierra. El gran Cronos los devoraba en cuanto salían del vientre de su madre, con el propósito de que ningún otro de los orgullosos hijos de los cielos remara entre los dioses inmortales...

Así escribió el poeta Hesíodo, unos 700 años o más antes de Cristo, relatando en conmovedores versos las tradiciones que había heredado de una época lejana.

Unos años antes de que Arthur Evans consiguiera al fin el permiso para cavar en Cnosos, había explorado la montaña de Lasithi, que los antiguos llamaban Dicte, donde, según decían, había nacido Zeus. En la primavera de 1900, aunque Evans estaba absorto en el reciente descubrimiento del Palacio de Cnosos no se había olvidado de la enorme gruta en la ladera de la montaña, en las alturas de Lasithi. Allí en 1896 había descubierto una mesa de libaciones con inscripciones, aunque las rocas caídas no le habían permitido penetrar mucho en la cueva. Pero luego acudió al formidable D. G. Hogarth, entonces director de la Escuela Británica de Arqueología de Atenas, con mucha más experiencia en excavaciones en el Medio Oriente que la que tenía Evans. En mayo de 1900, mientras Evans y Mackenzie trabajaban en el montículo de Kefala, Hogarth se decidió a atacar de firme la gruta del Dicte o, como a veces se le llama, "la gruta santuario de Psychro". Hogarth tuvo de su parte todas las ventajas, porque al fin la paz remaba en la isla, y los habitantes de la localidad, que anteriormente se habían mostrado recelosos de los extranjeros, ahora estaban favorablemente dispuestos hacia los ingleses, que los habían ayudado a liberarse de los turcos.

Al igual que Evans, Hogarth era un hombre de imaginación y sensibilidad. Cuando empezó a explorar el lugar donde había nacido Zeus estaba bien enterado de sus asociaciones mitológicas. En su artículo publicado en la *Monthly Review* (enero a marzo de 1901) escribió:

Allá, la bondadosa Madre Tierra envió primero a la reina Rea, encinta, poco antes de dar a luz, que luego, por la noche, se puso en camino para depositar al recién nacido en la vecina colina. Creció este niño que había de ser el Inmortal Zeus ante quien hasta el mismo viejo Tiempo debería inclinarse, y que en tiempos posteriores siguió frecuentando la gruta donde naciera, porque allá, como nos dice Luciano en su mejor estilo, condujo a la doncella Europa, ruborizada y temerosa, y allí su hijo (Minos) que ella concibió ese día, buscó a su padre, cuando, cual otro Moisés, quiso dar leyes a los cretenses. Mientras los cretenses esperaban arriba, dice la leyenda, Minos descendió a la gruta, y reapareciendo al fin con el Código, dijo que lo había obtenido del propio Zeus.

Esta cueva que Hogarth y sus ayudantes iban a examinar, era la gruta sagrada que nunca había sido explorada en toda su extensión. El gran arqueólogo comprendió que le había sido otorgado un privilegio excepcional y escribió:

...durante muchos siglos las tierras altas de Creta no han ofrecido un medio adecuado para el explorador erudito. La región de Lasithi que rechazó a los venecianos y admitió, sólo una vez a los turcos en armas, se ha conservado menos conocida que ninguna otra parte del mundo clásico. Celosos y nerviosos funcionarios en la costa, y en el interior montañeses arrogantes y también celosos, han mantenido virgen a la mayor parte del suelo de Creta hasta nuestros días.

Desde luego, Hogarth había tenido predecesores Frederico Halbherr, el gran arqueólogo italiano, y amigo de Evans, y el Dr. Joseph Hazzidakis, director de la *Candiote Syllagos* (Sociedad Arqueológica Cretense), habían intentado en varias ocasiones penetrar en la gruta. Adquirieron de los campesinos de la localidad ciertos objetos de bronce, tales como "hachas dobles" diminutas (el símbolo de Zeus), cuchillos y otras armas, pero dentro de la caverna poco o nada pudieron hacer, tan grande era el cúmulo de rocas caídas en la antesala superior.

Por fin llegó la liberación de la isla, y, como escribe Hogarth

en mayo de 1900... dejé a Sir Arthur entregado a sus venturosas tareas en el Palacio cnosiano de Minos, y me dirigí a Psychro con unos cuantos hombres entrenados, martillos de piedra, barrenos, pólvora y todo lo necesario para excavar.

Después describe la gruta:

A la derecha hay una especie de sala de escasa altura y a la izquierda un vacío abismal, este último sin igual en grandeza en toda Creta, y digno de figurar entre las grutas de piedra caliza más famosas del mundo. La roca se hunde al principio directamente hacia abajo, pero a medida que la luz se va haciendo más débil toma una pendiente y así desciende todavía unos sesenta metros dentro de una oscuridad absoluta. Cuando se ha llegado a tientas hasta aquí hay que detenerse y encender una linterna potente. Un estanque helado se extiende a los pies y alrededor las bases de fantásticas estalactitas penetran en el corazón de la colina. Sala tras sala con techos rugosos y el mismo suelo negro liso, siendo necesario duplicar las antorchas que visitantes y guías tienen que llevar. Delante un laberinto impasable, donde agua y roca se mezclan, detrás, muy arriba, una confusa neblina débilmente luminosa. Un escenario apropiado para el misterioso coloquio de Minos con su padre Zeus y para el culto posterior a un dios *ctoniano*.

A mi juicio una de las cualidades más admirables de los grandes arqueólogos del siglo XIX, como Hogarth, es su vigoroso estilo literario. Hogarth, Petrie, Evans, Breasted; todos sabían escribir. Pero al mismo tiempo eran también hombres de acción decididos, como lo demuestra claramente Hogarth en el siguiente párrafo:

Nuestras cargas de explosivos pronto dieron cuenta de las grandes rocas en la parte superior de la colina y por fortuna el techo, que no parecía muy seguro, no llegó a derrumbarse. Las palancas y los martillos de piedra remataron la obra de la pólvora... Entonces se empezó realmente a cavar...

Hogarth es muy divertido cuando escribe sobre el reclutamiento de los trabajadores. Creía en la conveniencia de mezclar los sexos porque, según decía "los hombres trabajan de mejor gana con la emulación de las mujeres". Pero este método



aplicado con éxito en Chipre y en Turquía, en Creta al principio pareció que sería un fracaso.

Al pronto las doncellas de Lasithi se mostraban muy recatadas, mirando desde lejos a dos muchachas ya entrenadas en Cnosos, trabajando diligentemente con sus cedazos. Pero en la tercera mañana, un aldeano más cosmopolita, que en 1870 había peleado o saqueado como voluntario con los franceses, envió a una mujer de edad con su hija para que ayudaran a su propio hijo y el hielo se rompió. La alegre muchedumbre, blandiendo cedazos, todos pidiendo que los reclutaran enseguida, y con sus hermanas, primas y tías, que traían la comida del mediodía, hicieron del pequeño llano delante de la caverna el lugar más alegre de Lasithi...

Con esta pintoresca cuadrilla de trabajadores Hogarth hizo uno de los descubrimientos más sensacionales llevados a cabo en Creta. Tal como él lo describe, dentro de la gruta sagrada había dos cámaras. En la Sala Alta, parte de la cual ya había sido saqueada por los aldeanos de la localidad, se encontraron pequeños objetos de bronce, tales como "dobles hachas" pequeñas, cuchillos, brazaletes y otros objetos semejantes, junto con restos de cerámica helénica, todo originalmente ofrecido como ofrendas votivas al dios. Pero estos objetos eran de fecha bastante posterior, o sea que pertenecían a los tiempos "clásicos" griegos o romanos, de alrededor del año 500 a. C. en adelante. Pero después se exploró "el vacío abismal a la izquierda" que había sido inaccesible hasta que llegó Hogarth con su pólvora y sus barrenos.

Los hombres descendieron a rastras —escribe— de mala gana y sin esperanzas de encontrar nada, a realizar la tarea final en el húmedo abismo, echando de menos el calor del sol al que podían volver a menudo cuando trabajaban en el muro superior poco profundo; y las muchachas se quejaban no poco a la vista del frío y húmedo lodo en el que ahora tenían que permanecer y rebuscar.

Los renuentes cavadores trabajaban cada vez más y más abajo en la oscuridad, hasta que las lejanas luces parecían, a los hombres que quedaban arriba, como gusanos de luz, y empezaban a andar a tientas en el lodo que había dejado el agua. Entonces ocurrió algo maravilloso.

Uno de los trabajadores, ansioso por avanzar en su tarea, queriendo utilizar las dos manos, hincó su vela goteante en la hendidura de una columna de estalactita, y en esto divisó el borde de una hoja de bronce, encajada verticalmente. Cuando fue arrancada con unas tenazas mandadas de arriba, se comprobó que era un cuchillo micénico perfecto. Pero, salvo por un acto humano, difícilmente podía haber penetrado en la grieta.

La noticia corrió de boca en boca, y los trabajadores, hombres y mujeres, cesaron de andar a tientas en el lodo del charco y empezaron a rebuscar en los resquicios de las estalactitas, esas columnas colgantes, de piedra caliza brillante que pendían del techo de la cueva, producto de siglos de desarrollo. Y allí encontraron, encajadas en las grietas, centenares de ofrendas votivas, cuchillos, hachas dobles diminutas, ornamentos femeninos, *fibulae*, todo ello ofrendas al dios, colocadas allí por los devotos que habían penetrado hasta aquel sombrío corredor hacía 2, 3 o quizás 4000 años. Esto era el Sanctasanctorum, el santuario más íntimo del propio Zeus, no visto por el hombre quizás en dos milenios:

En esta parte, la más impresionante de la gruta sagrada —escribe Hogarth— se juzgó más conveniente dedicar, en nichos proporcionados por la misma naturaleza, objetos forjados expresamente para el servicio del Dios, como las hachas o las estatuillas, o tomados de la misma persona de los adoradores, como los cuchillos, alfileres y sortijas. Este hecho hace honor a la primitiva imaginación cretense. En estos salones con pilares, de una extensión incalculable, y lobreguez abismal, tuvo lugar la escena de la legendaria conversación entre Minos y Zeus. Pues la parte más baja de la gruta se ajusta admirablemente a la historia tal como la relata el racionalista Dionisio, el prístino rey, dejando su gente fuera y descendiendo hasta desaparecer fuera del alcance de la vista, para reaparecer al fin con el crédito de haber visto y hablado con el mismo dios. No queda sombra de duda de que es ésta la caverna donde se decía que había nacido Zeus. La gruta de Ida, por muy rica que resultó en ofrendas, cuando se exploró hace algunos años, como santuario ni siquiera se aproxima al misterio de esta. Entre las cavernas santas del mundo ésta de Psychro, en virtud de sus salas inferiores, es única.

## 12. "Y EL ASOMBRO ES CADA VEZ MAYOR"

Hogarth había demostrado que otra de las tradiciones antiguas tenía cierto fundamento. Mientras tanto, Evans y Mackenzie siguieron cavando en Cnosos hasta que el 2 de junio de 1900 tuvieron que suspender la tarea, pues el calor era insoportable y además el valle había resultado palúdico. Sin embargo, en febrero de 1901, Evans estaba de regreso en Herácleo (llamada entonces Candia), donde alquiló una casa turca como base permanente. Todos los días, escribe Joan Evans,

Evans, Mackenzie y Fyfe iban en mula a Cnosos, pasando por una especie de puerta en forma de túnel, sobre el foso de la ciudad, y dejando atrás a los mendigos leprosos que se congregaban en las afueras. A Arthur Evans le gustaba siempre ir aprisa, hasta en mula, y siempre sintió envidia del excelente caballo de Halbherr, hasta que por fin adquirió una jaca turca muy rápida.

Por esta época Evans ya había empezado a darse cuenta de la magnitud de la tarea que le esperaba. Allí había trabajo para toda una vida, trabajo que exigía paciencia y atención. También se daba cuenta de que, desde su primer informe en *The Times*, la publicidad había enfocado en él la atención de todo el mundo. El viejo John Evans, también anticuario, estaba entusiasmado con el éxito de su hijo y en 1901, a pesar de sus setenta y siete años, fue a Creta. Juntos padre e hijo realizaron un arduo y accidentado viaje a través de la isla hasta Gortyna, donde Frederico Halbherr, el arqueólogo italiano que tan leal amigo fue siempre de Arthur Evans, los recibió efusivamente. Halbherr estaba empezando a excavar otro palacio minoico en Faestos, al sur, inferior sólo al de Cnosos en tamaño y belleza, e incluso superior a éste en lo espléndido de su situación. Más lejos, hacia el oriente, en Gurnia, dos arqueólogos americanos, la señorita Boyd y el Sr. R. B. Seager, estaban excavando una ciudad minoica. Poco después Halbherr desenterró la hermosa "Villa Real" de Hagia Triadha, y unos investigadores franceses hicieron excavaciones en el pequeño pero rico "Palacio" de Mallia.

Pero los descubrimientos más importantes de Arthur Evans en 1901 tuvieron lugar en abril, después del regreso de su padre a Inglaterra. Empezó a encontrar unos diminutos sellos de arcilla que, con su extraordinaria capacidad visual, pudo interpretar.

Partiendo de cinco impresiones diferentes, que se complementaban, he logrado reconstruir una escena religiosa maravillosa... una diosa en pie sobre una roca o pico sagrado con dos leones en actitudes heráldicas a cada lado de éste, detrás el templo y delante un adorador.

Incluso el profano puede apreciar lo emocionante de este descubrimiento, porque los dos leones de este sello diminuto corresponden a los de la Puerta de los Leones de Micenas, y la diosa, con la típica falda minoica de volante y los pechos desnudos se alza sobre ellos. No es imposible que originalmente una figura semejante rematara el pilar que hay entre los leones micénicos. Más tarde, como veremos, Evans pudo hacer una interpretación profundamente imaginativa de la religión minoica y su diosa-madre, que muy bien pudo haber sido Rea, la madre de Zeus.

Fue también en la primera parte de esta segunda temporada cuando descubrió la preciosa mesa de juego taraceada, adornada con un mosaico de cristal y marfil con remates de oro, que quizás en un tiempo sirvió para distraer al propio rey Minos en sus horas de ocio.

Esta mesa —escribe Evans— da una impresión de magnificencia extraordinaria.

Desde el punto de vista arquitectónico, el palacio continuaba revelando nuevas maravillas. Evans empezó ahora a excavar el lado oriental del patio central donde el terreno desciende con fuerte pendiente hacia el río Kairatos. Allí desenterró la Gran Escalinata, la realización arquitectónica más impresionante que conocemos de esa civilización de hace 4000 años.

Y lo que es todavía más importante, Evans no solamente la descubrió, sino que gracias a una restauración de gran ingenio y habilidad, la salvó de una ruina inevitable.

Es evidente —escribe Evans— que es ahora cuando empezamos a llegar al verdadero centro de los edificios del Palacio. Tenemos ahora un salón con las bases de dos columnas al que se llega por cuatro tramos de escaleras. Para llegar a los dos inferiores, ha sido necesario hacer un túnel. Una galería con columnatas de madera rodeaba el lado oeste de esta estancia en dos niveles. Más allá del salón hay otra habitación, más grande, que está todavía sólo parcialmente excavada, con más bases de columnas. Es seguramente el principal *megarón* (sala) del Palacio... Más arriba de las escaleras hay indicios de que existió otro tramo de escaleras más alto, y en algunas partes hemos encontrado evidencias de que hubo dos pisos sobre la planta baja. Todo resulta a un mismo tiempo sin igual e inesperado.

Ahora Evans veía claramente que, mientras los edificios alrededor del patio, en lo alto del montículo, se emplearon principalmente para fines oficiales, los espaciosos alojamientos domésticos de la Familia Real se habían construido mucho más abajo, en una plataforma cortada en el escarpado declive oriental, dominando el río y el valle. De aquí la necesidad de esta escalinata monumental, originalmente de cinco tramos, de la que todavía existen tres. La Gran Escalinata, como la llamó Evans, y el grupo de habitaciones para nobles a que ésta conducía, son en sí mismos un monumento a la pericia de Evans y de sus arquitectos. Mientras cavaban en el lado de la colina tenían que ir sosteniendo, reforzando y en parte restaurando aquellas altas murallas tambaleantes que, de no haberlo hecho así, se habrían desplomado, convirtiéndose en un montón de escombros. Más adelante se explicará cómo lograron esto.

A medida que el trabajo avanzaba fueron apareciendo más y más fragmentos de frescos, pero la mayoría tan pequeños que el restaurar un cuadro original era algo así como resolver un complicado rompecabezas, con la dificultad adicional de que gran parte de las piezas se habían perdido y por lo tanto había que imaginárselas. Sin embargo, este era precisamente el tipo de reconstrucción imaginativa que atraía a Evans, quien además tuvo el acierto de contratar a un notable artista suizo, M. Gilliéron, que tenía una extraordinaria disposición para la labor de ir acoplando pacientemente los diminutos fragmentos, reconstruyendo con acierto y buen sentido lo que se había perdido, y haciendo después reproducciones exactas que se procuraba colocar en la posición de los originales. Estos fueron trasladados a la dudosa seguridad del museo de Candia. Naturalmente, todos los objetos que se encontraban pertenecían a las autoridades cretenses, con excepción de unos cuantos artículos de los que existían duplicados, que Evans pudo llevar a Inglaterra y que pueden verse, junto con algunas de las magníficas reproducciones de frescos de Gilliéron, en el Museo Ashmole de Oxford.

Evidentemente, durante los años de su mayor gloria, las galerías, pórticos y salones para ceremonias del Palacio de Minos, habían resplandecido con ricos y

voluptuosos colores, verdes, azules y canelas delicados, pintados sobre un enlucido de yeso. Los minoicos debieron copiar esta técnica decorativa de los egipcios, pero entre el arte severo y altamente convencional de la mayor parte de los murales egipcios, y el refinado y minucioso naturalismo de los frescos minoicos, no hay la menor semejanza. Y digo intencionadamente "con la mayoría de las pinturas murales egipcias", porque hay un período (solamente uno) en la historia del arte egipcio que muestra una semejanza notable con el de Creta.

Se trata del famoso período herético, bajo el reinado del faraón Akhenaton, cuando por primera y única vez desaparecieron de pronto las rígidas convenciones jerárquicas del arte egipcio y los artistas reales (se supone que bajo la dirección personal del propio Akhenaton) pintaron seres humanos, animales y flores tal y como los veían y no conforme a una tradición religiosa aceptada.

El significado de esta innovación es que ocurrió alrededor del año 1400 a. C., la fecha generalmente aceptada en que el desastre final (terremoto, invasión extranjera, o ambas cosas) destruyó los palacios de Creta, incluyendo el de Cnosos. Se siente uno inclinado a pensar que, aunque no hay nada que lo pruebe, artistas cretenses refugiados quizás huyeran a la corte de Akhenaton en este período.

Algunos de los frescos representan escenas con seres humanos, otros eran encantadores motivos decorativos, inspirados con frecuencia en la naturaleza flores y hierbas, con mariposas revoloteando entre ellas. El símbolo de la Hacha Doble, que ya hemos encontrado en los tesoros de las tumbas micénicas, se repite con frecuencia, lo mismo que nuestro ya conocido escudo en forma de ocho. En Micenas, Schliemann lo había encontrado representado en diminutos sellos y signáculos, pero aquí se empleaba en tamaño natural, como decoración mural. Ahora se podía ver claramente cómo estaba hecho el escudo de una piel de toro, tal como decía Homero, reforzada con piezas transversales, probablemente de madera. Evans creía que uno de los salones de ceremonias, que llamó "El Salón de las Hachas Dobles", debió de tener auténticos escudos colgados de las paredes como parte de la decoración, y mandó hacer copias en metal pintado, que colgó en su lugar. Pueden verse en la lámina 27.

Pero de todos estos frescos en color, los más fascinantes son los que representaban hombres y mujeres minoicos, en especial mujeres. Cuando se descubrieron y Gilliéron los restauró, causaron asombro en todo el mundo. Y no es extraño, pues eran totalmente diferentes de los clásicos griegos, diferentes de los egipcios, diferentes de los babilónicos, diferentes de todas las representaciones, en pintura o escultura, de los pueblos antiguos que han sobrevivido del remoto pasado. En lo que se refiere a las mujeres minoicas, en sus trajes, actitudes y estilos de peinados, la comparación más aproximada que los asombrados eruditos pudieron hacer fue con las bellezas de moda de su propia época: ¡1900!. Un sabio francés, al contemplarlas, exclamó incrédulo "*¡Mais, ce sont des parisiennes!*"

Estas aristocráticas damas minoicas asisten evidentemente a alguna ceremonia de la corte, quizás a la recepción de algún embajador extranjero o, lo que es más probable, a una exhibición de ese extraño y siniestro deporte en el que los jóvenes saltadores exhiben su peligrosa habilidad, brincando sobre los toros. Las figuras se muestran en lo que parece ser una tribuna y en el fondo, esbozados con trazos estilizados como de un caricaturista moderno, hay una apretada multitud de rostros, con el pelo negro, puntos blancos por ojos y collares también blancos. Los colores que predominan son el rojo de óxido y el ante. En el centro de la tribuna está lo que a juicio de Evans era el santuario de la diosa minoica, caracterizado por los "cuernos de consagración" que decoran el tejado (otra alusión al Toro). Pero a ambos lados de este santuario central hay grupos de damas dibujados con mucho más cuidado y son estas las que aparecen en la lámina 22.

He aquí el minucioso análisis que hace Evans de estas escenas:

...a ambos lados del diminuto santuario hay grupos de damas sentadas, vistosamente ataviadas a la última moda, con peinados complicados, entretenidas en alegre charla sin enterarse en absoluto de lo que ocurre ante ellas. A primera vista se comprende que son las damas de la corte, vestidas de gala. Acaban de salir de manos del peluquero con el cabello rizado cayendo sobre los hombros; lo llevan ceñido en la frente con una cinta y cae por la espalda en largas trenzas separadas, entrelazadas con sargas de cuentas y joyas... las mangas son abullonadas, y el ajustado corpiño y las faldas de volantes recuerdan también la moda moderna. A través del pecho se distingue una banda estrecha que sugiere una diáfana camisa, pero los pezones de los pechos que se indican abajo... dan un efecto de *décolleté*. Los trajes están alegremente coloreados con cenefas azules, rojas y amarillas, con líneas blancas y a veces estrías negras...

La animada conversación entre la N° 3 (la dama a cuyo tocado pertenece la redecilla) y su vecina, atraen inmediatamente la atención. La última pone énfasis a su declaración extendiendo hacia adelante el brazo derecho hasta colocar casi la mano en el regazo de la otra, mientras que su confidente levanta la suya en un ademán de asombro: ¡No me digas! ...Estas escenas de confidencias femeninas, de comentarios y chismes de sociedad nos llevan muy lejos de las producciones del arte clásico de cualquier época. Un estilo tan animado y una atmósfera tan rococó nos acerca mucho a los tiempos modernos...

A medida que el mundo se iba enterando de estas maravillas por los expresivos relatos que Evans enviaba al *Times* y a otros periódicos, y por los comentarios de otros visitantes, se hizo aparente en toda su grandeza la realización de Evans y lo inmenso de la tarea que lo esperaba. Cuando regresó a Inglaterra en junio de 1901, el reconocimiento de la importancia de los descubrimientos cretenses fue general e inmediato: ingresó en la Real Sociedad (6 de junio de 1901), recibió títulos honorarios en Edimburgo y Dublín (también en 1901), y diplomas de sociedades extranjeras.

A continuación, Evans anunció en un discurso a la Asociación Británica en Glasgow, la solución que proponía al difícil problema de determinar la antigüedad de los estratos en Cnosos. Era una solución magistral y atrevida y, aunque en años posteriores el mismo Evans había de modificarla y ampliarla, en lo esencial su principio de dividir la cultura minoica en tres amplios períodos de desarrollo, Minoico Antiguo, Medio y Reciente, sincrónicos con los Imperios Antiguo, Medio y Nuevo, de Egipto, se siguen aceptando todavía hoy día. Inventar un sistema tal ya era en sí mismo no pequeña realización para un hombre, pero Evans reconoció que en los años venideros tenía ante él la tarea de levantar una estructura de conocimientos sólidos de una masa amorfa de piedra, cerámica y frescos en fragmentos, y, como un constructor honrado, primero tenía que procurar que sus cimientos fueran firmes.

### 13. DENTRO DEL LABERINTO

En 1902, cuando Evans regresó a Cnosos para su tercera temporada de excavación, empezaron a presentarse dificultades económicas. Evans ya había gastado unas 4.500 libras. La mitad de esta cantidad la había aportado él mismo, pero el resto se lo había proporcionado el Fondo de Exploración Cretense. Para aquellos no familiarizados con el financiamiento de los trabajos arqueológicos, conviene decir que, por lo general, los fondos para un determinado proyecto son reunidos por una sociedad o grupo de sociedades interesadas en él. La mayor parte de los suscriptores son particulares de medios moderados, pero hay también universidades, museos y otras instituciones culturales con recursos más amplios. Pero, naturalmente, estas personas quieren que su dinero rinda, en especial los museos que en un principio solían dar por sentado que se les haría entrega de parte de lo que encontrara para agregarlo a sus colecciones.

Con este motivo surgió una seria desavenencia entre D. A. Hogarth, Director de la Escuela Británica de Atenas, que había excavado la gruta-santuario de Zeus, y Evans, con quien Hogarth colaboraba ahora en Cnosos. Hogarth, como arqueólogo profesional, naturalmente recibía un salario y los gastos, Evans, que gozaba de una posición acomodada, no comprendía esto para él aquello era algo así como hacer dinero con la religión. Por parte de Hogarth (y ambos eran hombres de carácter fuerte) existía una gran irritación por los métodos de excavación poco económicos que Evans empleaba y, en especial, la costosa reconstrucción de edificios, que aunque muy conveniente para el profano que visitaba el lugar, no tenía nada que ver con lo que, desde el punto de vista arqueológico, era necesario. Hubo, por ambas partes, intercambio de censuras, como puede verse por la siguiente carta de Hogarth:

Estos costosos métodos de excavación como los de reunir fondos y los que practica en la vida corriente son típicamente suyos. Usted es hijo de rico y probablemente nunca se ha visto apurado de dinero. Petrie en cambio es el polo opuesto. Me doy cuenta de que cada método tiene sus ventajas. Si usted gasta mucho más, en proporción, que Petrie, los resultados que obtiene, en lo que se refiere a la publicación, son superiores y se comprende que no se ha escatimado nada para lograr precisión. Con los toscos planos e ilustraciones de Petrie no se tiene la misma impresión. *Tampoco prepara las zonas arqueológicas que excava en condiciones que realcen su interés para el espectador.*<sup>1</sup>

El gran inconveniente de su método es que no es conveniente para el bolsillo de las gentes. Todo el sistema de hombre de la caverna de P., ha sido adoptado deliberadamente para convencer al suscriptor de que hasta el último centavo se invierte en excavar. Indudablemente no conseguirá suscripciones públicas a no ser que las solicite *in forma pauperis*, y esto no puede usted hacerlo. Todo el mundo lo conoce como coleccionista de objetos raros y valiosos y como hijo de su padre y el público no se dejará convencer y no hablo por hablar, pues a cada paso tengo que escuchar insinuaciones sobre la manera principesca en que se hacen en Creta las cosas, y últimamente he oído que los rumores, extendidos supongo por los grandes grupos de turistas acerca de nuestras casas cretenses han hecho que algunos antiguos suscriptores hayan decidido no hacer más aportaciones. Respecto a las casas reconozco que yo soy tan responsable como usted. En un grado menor me encuentro en la misma dificultad: mi mujer y yo no tenemos el aspecto de P. y la suya. ¡Pero para vivir de suscripciones públicas convendría que lo tuviéramos!

---

<sup>1</sup> La cursiva es del autor.

En la misma carta de Hogarth se encuentra un pasaje que resume todo el problema y explica por qué Evans decidió finalmente asumir toda la carga económica de las excavaciones, con perdurable beneficio para todos los visitantes de Cnosos.

Restauraciones como las del salón del Trono no son debidas a consideraciones respecto a métodos *sino a la satisfacción de reconstruir tangiblemente lo que de lo contrario sólo podría ser imaginado.*<sup>2</sup> Pero usted reconoce justamente que esto es un lujo que no todo el mundo puede permitirse y tampoco puede esperarse que lo paguen los suscriptores del Fondo de Excavaciones.

A partir de esa fecha (1902), durante treinta años, Arthur Evans dedicó su vida a la excavación y reconstrucción del Palacio minoico más grande de Creta, produciendo simultáneamente, durante una gran parte del tiempo, una serie de obras escritas que seguramente perdurarán más que la propia fortaleza de Minos. Pues en este mundo febril que hemos heredado, tan odiado por Evans, ningún monumento de piedra, por muy antiguo, bello o venerado que sea, está seguro, todo por igual se encuentra a la merced de un "muchacho en un bombardero". Pero quizás, incluso después del holocausto de una guerra atómica, queden en algún remoto lugar los grandes volúmenes del *Palace of Minos*, de Evans. Y si esto sucediera, nuestros descendientes que sobrevivan podrán, si así lo desean, saber tanto como nosotros acerca de la civilización prehistórica del mar Egeo, aunque no quede ni una sola piedra del Palacio.

En un libro de este alcance sería imposible al mismo tiempo que impropio, tratar de explicar en detalle toda la obra de Evans y sus colegas profesionales, como Halbherr, Hogarth, Boyd, Seager y Marinatos, realizada en Creta durante los primeros veinte años de nuestro siglo. Lo único a que aspiro es a despertar la curiosidad del lector por los libros que relatan la historia completa y con unos cuantos breves extractos de una muestra de su calidad. La lista completa se encuentra al final del libro, pero como punto de partida para cualquiera que desee aumentar sus conocimientos sobre la civilización minoica hay cuatro obras notables que me han proporcionado un gran placer, no sólo por la información que contienen, sino porque además están muy bien escritas. Primero, desde luego, viene el *Palace of Minos*, del propio Evans. Pero esta obra es monumental y antes de emprender su lectura recomendaría tres obras de menor extensión, que son *The Archaeology of Crete*, de John Pendlebury, *Time and Chance*, de Joan Evans, especialmente útil para conocer los antecedentes de la familia Evans y los primeros años de la vida de éste, y *Crete, the Forerunner of Greece*, de B. M. y H. W. Hawes.

Es fácil cometer el error de imaginar que un sólo arqueólogo, Evans, descubrió la civilización prehistórica de Creta. Ciertamente él fue el principal descubridor, trabajó en la zona más favorable y dispuso de más dinero para gastar en excavaciones, pero a partir de 1900, cuando las condiciones de paz hicieron posible la investigación, toda una serie de arqueólogos llevó a cabo excavaciones y exploraciones en distintos lugares de la isla. Pronto fue evidente que había veintenas de centros minoicos en espera del pico y la pala. Halbherr excavó un Palacio en el sur de Faestos sólo superado por el de Cnosos en tamaño y magnificencia.

Cerca, en Hagia Triadha, el mismo Halbherr desenterró una "Villa Real" con soberbios frescos, donde aparecieron algunos de los más excelentes ejemplos del arte minoico, incluyendo el famoso vaso del "cosechero", un bello sarcófago, y el ritón de esteatita de los boxeadores (lámina 28). La señorita Boyd y el Sr. R. B. Seager encontraron en el este de la isla, en Gurnia, restos abundantes de una ciudad minoica.

---

<sup>2</sup> La cursiva es del autor.



En este caso Evans había dado la clave, habiendo informado a la señorita Boyd que en las regiones altas, a 600 metros sobre el istmo, había tumbas de la Edad de Hierro. Al excavarlas en 1900 la señorita Boyd quedó convencida de que en las cercanías había habido un poblado de la Edad de Bronce. Un año más tarde, con ayuda de unos aldeanos cretenses, ella y su colega, la señorita Wheeler, encontraron el lugar...

A las veinticuatro horas treinta hombres estaban trabajando derribando los algarrobos y cavando trincheras de prueba. En menos de tres días habían desenterrado casas y caminos pavimentados, y estaban en posesión de vasos y fragmentos, con pulpos, hojas de hiedra, hachas dobles, y otros dibujos minoicos inconfundibles, en cantidad suficiente para tener la seguridad de que habían encontrado un poblado de importancia.

Gurnia es especialmente interesante porque, en contraste con los principescos palacios de Cnosos y Faestos, parece que fue un pueblo de artesanos donde quizás se produjeran los magníficos ejemplares de cerámica y faenza que se han encontrado en los palacios. Citaremos un sólo párrafo del libro de Hawes, *Crete, the Forerunner of Greece*, publicado originalmente en 1909:

En una casa bien construida, en lo alto del monte, oculto en un agujero había un juego de herramientas de carpintería ¿Lo habría escondido deliberadamente el propietario bajo el suelo del corredor cuando aparecieron los barcos de los conquistadores? En un cuarto adjunto una raya negra horizontal, en la tierra, mostraba donde había habido una tabla de madera, quemada o destruida por la putrefacción hacía ya mucho, y en ese anaquel de la mujer de la casa estaban colocadas en fila catorce pesas de arcilla y piedra para telares. En otras casas había tinajas para limpiar aceite, colocadas sobre bancos de piedra, con las ánforas y los *stamni* delante de ellas para recoger el líquido, exactamente como quedaron hace 3.500 años...

Un interesante contraste con las damas de la corte de Cnosos...

Boyd y Seager en Gurnia, Halbherr en Faestos, Carr, Bosanquet y Dawkins en Praesos y Palaikastro, Hazzidakis y Zanthoudides en múltiples lugares el rico suelo de Creta entregaba sus tesoros arqueológicos a los investigadores de la época. Se publicaban artículos en los periódicos y en las revistas eruditas, se proponían teorías que unos atacaban y otros defendían. Mientras tanto, Evans, bien establecido en la mejor zona arqueológica de la isla, se convirtió en la principal autoridad sobre la civilización minoica, y otros investigadores acudían gustosos en busca de su consejo y ayuda.

Es muy importante comprender su eficiente y científico sistema para la determinación de fechas. El profano no suele comprender bien cómo un arqueólogo puede determinar la antigüedad de un lugar cuando no se dispone de crónicas escritas ni de monumentos con fechas inscritas. Ya hemos visto como en Troya, Micenas y Tirinto, Schliemann y sus sucesores no habían logrado fijar ni siquiera una fecha aproximada para sus descubrimientos, sabían que las capas o estratos inferiores en un lugar que había estado habitado durante largo tiempo, tenían forzosamente que ser las más antiguas, pero eso era todo. Esta circunstancia dio armas a los que querían desacreditar los descubrimientos del alemán. Por ejemplo, hubo quien afirmó que las sepulturas micénicas eran posteriores al cristianismo. Sin embargo, sin una prueba positiva que permitiera establecer fechas era imposible refutar ni siquiera teorías tan absurdas como ésta.

¿Cómo pudieron entonces Evans, Hogarth, Halbherr, y otros arqueólogos que trabajaron en Creta, determinar fechas en forma fidedigna? La contestación es la siguiente: por medio de los objetos *egipcios* encontrados en las zonas excavadas.

Fue una gran fortuna para la arqueología que los minoicos hubieran tenido relaciones comerciales y culturales con los egipcios desde los tiempos más antiguos (Evans opinaba que desde el período pre-dinástico). Los que hayan leído algo de la historia de los antiguos egipcios recordaran que está dividida en treinta dinastías, que empiezan alrededor del año 3200 a. C. y terminan con el comienzo del período grecorromano en el año 332 a. C. El período de 2.500 años desde la Primera hasta el final de la Vigésima cuarta Dinastía (712 años a. C.) está dividido por conveniencia en tres principales períodos de desarrollo: Reinados Antiguo, Medio y Nuevo. Conviene tratar de retener estas divisiones en la memoria, ya que ayudan a comprender cómo Evans estableció la cronología de la civilización minoica.

Al principio vienen las Dinastías egipcias Primera y Segunda (*circa* 3200-2780 a. C.). Menes, figura casi legendaria, fue el fundador de la Primera Dinastía. Unió por vez primera los reinos, hasta entonces separados del Alto Egipto. Sin embargo, como descubrieron Amelineau y Petrie, hubo otros reyes egipcios antes que él, pero al período anterior al año 3200 a. C. se le da el nombre, por conveniencia, de *predinástico*.

Viene después la primera de las tres grandes épocas en las que se divide la historia egipcia el *Reinado Antiguo* (c. 2780-2100 a. C.), período al que pertenecen los constructores de las grandes pirámides que gobernaron desde Menfis en el Bajo Egipto. Abarca ocho dinastías, desde la tercera a la décima.

Viene después el *Medio Imperio* (2100-1700 a. C.), que abarca desde la Undécima a la Decimotercera Dinastías. Se ha llamado a esta época la "Edad Feudal" de Egipto, y fue una era de considerable expansión tanto hacia el norte como hacia el sur. Al final de este período hubo una época de debilidad y anarquía a la que siguió una invasión y la ocupación del Egipto por los monarcas asiáticos conocidos como los *Hicsos* o Reyes Pastores, que gobernaron el país durante unos 150 años hasta que fueron arrojados por un Egipto renaciente.

Sigue luego el período de expansión imperial más intenso de Egipto la primera parte del llamado *Nuevo Imperio* (1555-712 a. C.). Sólo nos interesan aquí las tres primeras dinastías, desde la Decimotercera hasta la Vigésima, puesto que después la antigua civilización de Creta desapareció. Pero este período de la historia de Egipto es el que mejor se conoce. Fue la época de Tutmosis III, el "Napoleón de Egipto", que llevó la gloria militar de su imperio a la cúspide, del poderoso Amenofis III, y su fascinante y enigmático hijo Akhenaton, que inició una revolución religiosa, por poco pierde un imperio, y posiblemente acogiera en su corte a artistas cretenses. Las dos Dinastías siguientes, la Decimonona y la Vigésima, tuvieron una sucesión de reyes poderosos, varios de los cuales llevaron el famoso nombre de Ramsés. Uno de ellos, Ramsés III, figura en inscripciones en los templos egipcios como ganador de una gran victoria sobre los "pueblos del mar" que trataron de invadir Egipto alrededor del año 1200 a. C. La invasión se iba a hacer por tierra con apoyo de fuerzas navales. Los ejércitos terrestres avanzaron desde Siria, mientras que sus naves los seguían a lo largo de la costa, pero en alguna parte, entre Siria y Egipto, Ramsés les salió al encuentro y los derrotó, impidiendo así la invasión. Este episodio, como veremos, fue de gran importancia en la historia de la civilización del Mar Egeo, en especial en lo que concierne a Micenas. Después de 1090 a. C., el final de la Vigésima Dinastía, el resto de la historia de Egipto no afecta a nuestro relato.

En la primera etapa de las excavaciones, Evans había descubierto en el Palacio de Cnosos "una estatua egipcia de diorita" que fue identificada como perteneciente a la Duodécima Dinastía, y a medida que avanzaba el trabajo en Cnosos y en otros lugares minoicos, fueron apareciendo otros ejemplos de indudable manufactura

egipcia. En si mismos estos pequeños objetos (una estatua de arcilla, o una diminuta figura de bronce del dios Amón) no tenían ningún valor, pero para los investigadores su importancia era inapreciable ¿Por qué? Aunque corro el riesgo de que los eruditos me tachen de vulgar, voy a comparar a estos pequeños objetos de origen egipcio con la pista que, en una novela de detectives, descubre el héroe unos cuantos hilos del traje del asesino, encontrados bajo las uñas del muerto, o, para hacer un paralelo todavía más apropiado, el hecho de que cuando el señor X abandona la casa de la víctima, el señor Y lo vio y observó que eran *exactamente* las once trece minutos de la noche.

Supongamos que Evans encuentra, como realmente hizo, una estatua egipcia de la Duodécima Dinastía (2000-1790 a. C.) enterrada en uno de los estratos del Palacio de Cnosos. Puede entonces tener la seguridad de que ningún objeto encontrado en aquel estrato (fragmentos de cerámica o faenza, restos arquitectónicos) puede ser anterior al año 2000 a. C. Naturalmente, la estatua puede ser, por alguna extraña casualidad, una supervivencia de una época anterior, de modo que la fecha en que termina la Duodécima Dinastía (1790 a. C.) quizás no sea la fecha definitiva del estrato arqueológico en el que se haya encontrado este indicio. Pero si en Cnosos, o en algún otro lugar minoico, se encuentran objetos minoicos de un tipo similar, entonces puede afirmar con seguridad que estos objetos pertenecen a un período comprendido entre los años 2000 y 1790 a. C. A medida que avanzaba el trabajo de excavación en Cnosos, Faestos, Gurnia, Mallia, fueron apareciendo otros objetos egipcios de antigüedad conocida, y con cada uno de estos descubrimientos se pudieron determinar las antigüedades aproximadas de los estilos de cerámica minoica y de otros objetos entre los que se encontraron artículos egipcios.

Un momento de reflexión ayudará a comprender mejor la trascendencia de estos hallazgos. Si, por ejemplo, se encontraban sistemáticamente objetos egipcios de la Octava Dinastía acompañando a cerámica minoica, faenza, frescos y estilos arquitectónicos de un tipo determinado, entonces lógica y naturalmente *todos* los objetos minoicos semejantes, en Chipre, en Las Cícladas, o dondequiera que se encontraran, debían pertenecer al mismo período (teniendo en cuenta el hecho que podía pasar cierto tiempo antes de que una moda, originada en Creta, pudiera llegar hasta los confines exteriores del Imperio Minoico).

Con estos métodos, Evans y otros arqueólogos que se hallaban en Creta pudieron establecer que algunos de los depósitos minoicos pertenecían al período pre-dinástico de la historia egipcia (o sea a una época anterior al año 3200 a. C.).

Más tarde los egiptólogos vinieron en ayuda de sus colegas en Creta. En las tumbas egipcias, era costumbre enterrar numerosos artículos que el muerto necesitaría en la otra vida: muebles, ropas y vasijas para alimentos y bebidas. (Ya hemos mencionado los misteriosos "keftiu" representados en los murales de las tumbas egipcias). Los egiptólogos empezaron a examinar de nuevo los objetos encontrados en las tumbas egipcias, *en especial la cerámica*. Entre ellos había artículos de alfarería que no eran de procedencia egipcia y que podían ahora identificarse, sin temor a equivocarse, con la loza minoica que iba apareciendo en Creta, pudiendo hacerse así nuevas comprobaciones de fechas. Y al mismo tiempo que estos hallazgos, tanto los de Egipto como los de Creta, eran examinados una y otra vez, discutidos y relacionados, Arthur Evans fue definiendo poco a poco su sistema cronológico para determinar la antigüedad de objetos minoicos y otros objetos similares encontrados en las otras islas del Mar Egeo y en el continente.

Porque a medida que avanzaba la labor de investigación, los arqueólogos comprobaron que esta civilización, que según Evans había tenido su origen en Creta, se había extendido a otras islas del Egeo e incluso más lejos, hacia el este hasta Chipre y las costas de Asia Menor, y en dirección norte hasta el continente de Grecia. En todas esas regiones la cerámica que se encontraba era similar, aunque no idéntica,

a la hallada en Creta. Mientras que al principio de las excavaciones de Evans sus hallazgos fueron considerados como micénicos; más adelante se comprobó que se diferenciaban bastante de los descubrimientos de Micenas. Fue necesario crear una terminología que sirviera para diferenciar las culturas características de las diferentes regiones del Egeo. Por lo tanto vino a emplearse el término "minoico" para describir los objetos prehistóricos cretenses, "cicládico" para los de las islas y "heládico" para los del continente. Presento estos términos técnicos solamente con el fin de que los lectores que deseen profundizar sus conocimientos en este campo (como espero que hagan) no se desorienten con los distintos nombres utilizados por los investigadores para describir los distintos aspectos de la civilización prehistórica del Mediterráneo oriental.

Incidentalmente, los que no son arqueólogos se ríen a veces de la atención que dedican los expertos a lo que parecen fragmentos de cerámica sin el menor interés. Pero precisamente el valor arqueológico de la cerámica es que *carece de valor intrínseco*. Los objetos de oro y plata, o incluso de bronce y hierro, se pueden robar. Pero ¿a quién le importan los montones de fragmentos rotos de ollas, vasos y copas? Quedan esparcidos, olvidados entre las ruinas de antiguas poblaciones durante miles de años, tal como los he visto en Egipto y en Grecia. Pero para el arqueólogo moderno proporcionan un método seguro de determinar la antigüedad de un lugar. Ya no es necesario confiar en la intuición o en el buen sentido para hacer esto. Cualquier joven estudiante está capacitado para ello. Incluso yo, sólo un aficionado, llegué a poder recoger un fragmento de una copa micénica y decir con toda naturalidad "¡Ah, Heládico Reciente III!", sin que mis amigos arqueólogos dieran muestras de asombro.

La gran aportación de Evans consistió en identificar *los tres grandes períodos de la civilización minoica que podían relacionarse con los tres grandes períodos de la civilización egipcia*: el Antiguo Reinado, el Medio Imperio y el Nuevo Imperio. En *The Palace of Minos* escribe:

Para este considerable espacio de tiempo, que abarca unos dos mil años, la división adoptada aquí en tres secciones principales, el Minoico "Antiguo", "Medio" y "Reciente", cada uno a su vez dividido en tres períodos, no resulta excesivamente minuciosa. Corresponde a cada período un promedio de duración de unos dos siglos y medio, siendo, naturalmente, los períodos más antiguos los más largos. Desde luego esta triple división, ya sea que consideremos el curso de la civilización minoica como un todo o en sus tres etapas, es en esencia lógica y científica. En toda fase característica de cultura señalamos el período de desarrollo, madurez y decadencia. Incluso dentro de los límites de muchos de estos períodos hay tantas clases de cerámica distintas que ha sido conveniente dividirlos en dos secciones (a) y (b).

Las tres fases principales de la historia minoica corresponden, aproximadamente, a las etapas antigua, media y reciente del Nuevo Imperio de Egipto...

Ahora ya fue posible establecer fechas para los descubrimientos de Schliemann y Dörpfeld en Troya, Micenas y Tirinto, Orcómeno y en otros lugares, pues se comprobó que parte de la cerámica, armas, joyas y ornamentos, etc., encontrados en las tumbas de fosa vertical de Micenas, y en Tirinto, eran de origen minoico, aunque algunos de los objetos posiblemente se debieran a artesanos del continente siguiendo modelos cretenses. Por lo tanto quedó demostrado que los tesoros encontrados en las tumbas micénicas correspondían a una de las últimas fases de la civilización minoica, alrededor del año 1600 a. C. , y que por lo tanto eran mucho más antiguos que la Guerra de Troya, no pudiendo haber sido de Agamenón y sus compañeros.

Y sin embargo, en la escala de la civilización minoica, eran relativamente recientes, tan sólo 200 años anteriores a la catástrofe final que sorprendió a Cnosos en 1400. Creta había tenido una civilización altamente desarrollada más de mil años antes que esto... Los arqueólogos, desconcertados pero fascinados, continuaron escarbando en lo más hondo de las raíces mismas de la prehistoria europea, y a la cabeza iba Arthur Evans, señalando el camino con su antorcha en alto para iluminar las tinieblas del laberinto.

## 14. LA VILLA ARIADNA

Me encontraba sentado ante un fuego resplandeciente en la amplia y confortable sala de la Villa Ariadna. Manoli, después de amontonar junto a la chimenea más leños olorosos, se había ido a la cama. Los de Jong, que habían cenado conmigo, habían regresado a su casa y ya hacía dos horas que la luz amarillenta de la linterna de Piet había desaparecido detrás de los cipreses por los que atravesaba el tortuoso sendero por donde habían bajado. Mis anfitriones debían de estar ya en la cama, probablemente dormidos. Tenía la impresión de ser el único que estaba despierto. En efecto, nunca me había sentido tan intensamente despierto, el más ligero ruido del piso de madera y el canto intermitente de algún animal, fuera en el oscuro jardín, me sobresaltaban.

Sobre mis rodillas descansaba uno de los pesados volúmenes de *The Palace of Minos*, de Evans, lujosamente encuadernado en azul, con la cabeza del rey-sacerdote minoico, repujada en oro, sobre la cubierta. Ya había leído la obra antes, en Londres, ahora tan lejano, pero el tenerla en mis manos, sentado solo en la casa que había sido de Evans, con el Palacio esperando afuera en la oscuridad, me causaba una emoción casi demasiado intensa. Procuraba fijar la atención en la página ante mí, pero la sensación de que algo se movía afuera hizo que me levantara. No era nada, sólo la sombra oscilante de uno de los cipreses, pero me acerqué a la alta ventana y miré fuera.

Había luna llena y las palmeras se alzaban inmóviles y negras contra el cielo luminoso, con los bordes de las hojas como ribeteadas de plata. A unos 150 metros de distancia se divisaba una estatua del emperador Adriano, teñida de blanco por la luz de la luna. Evans la había encontrado en las ruinas de una villa romana cerca del Palacio (probablemente había adornado el jardín de algún funcionario romano), la había desenterrado y colocado en su propio jardín. Y allí estaba el emperador, el hombre que en mi patria había construido la gran muralla desde el Tyne hasta Solway, erguido en su pedestal lleno de majestad, con su toga elegantemente plegada sobre un brazo. Y sin embargo... Adriano... ¡en realidad el hombre resultaba casi contemporáneo mío comparado con los minoicos! Cuando hizo un recorrido por el Imperio Romano aproximadamente entre los años 120 o 125 d. C., la última débil llamarada de la civilización cretense se había apagado hacía ya 1000 años. Adriano vivió unos 1800 años antes de nuestro tiempo. Pero 1800 años antes de la época de Adriano, Creta había conocido una civilización, superior en muchos aspectos a la de Roma.

Regresé junto al fuego y percibí, por primera vez, un modelo de yeso de la formidable cabeza del Toro Minoico, colgado en la pared a la derecha de la chimenea. La cabeza era negra con los cuernos dorados, las ventanas de las narices blancas y los ojos brillantes ribeteados de rojo, y mientras andaba por el cuarto de un lado a otro, sacando libros de la estantería, examinando cuadros y objetos decorativos, aquellos ojillos rojos parecían seguirme.

Poseído de una extraña exaltación, salí de la sala para explorar el resto de la Villa vacía. Fui de cuarto en cuarto encendiendo las luces eléctricas que, sin la protección de pantallas, daban a la casa una desolada apariencia de instituto. Un olor seco, curiosamente antiséptico, impregnaba el aire, y mis pasos producían ecos metálicos, pues Sir Arthur, que proyectó la Villa Ariadna, la había construido con una estructura de acero revestida de hormigón, como protección contra los terremotos. Esparcidas por el piso se veían cajas de cartón llenas de fragmentos de cerámica que habían dejado los estudiantes de la Escuela Británica de Atenas. De las paredes despintadas colgaban especies de cajas de yeso que encerraban tesoros encontrados en el Palacio. En la sala había una excelente reproducción del fresco del "toro

embistiendo", y un gran relieve de un toro con la cabeza baja corriendo por un campo azul pálido. Cerca, en incongruente contraste, había paisajes blandamente sentimentales, como los que había visto en tantos centros utilizados por oficiales alemanes durante la guerra, que habían quedado como recuerdo de la ocupación cuando la Villa fue cuartel general del Alto Mando Alemán.

Volviendo al primer piso encontré la biblioteca, donde había cientos de libros sobre todas las facetas de la arqueología de Egipto y del Mar Egeo. Algunos eran nuevos para mí, otros, viejos amigos. Con auténtica codicia fui cogiendo libro tras libro y, tambaleándome bajo mi carga, regresé por el corredor a la sala con la chimenea encendida. Allí me senté en la alfombra ante el fuego, extendiendo los libros a mi alrededor en el suelo, saqué mi cuaderno, y volví a pretender concentrarme en la historia de Arthur Evans y sus colegas después de 1903, donde había quedado.

A partir de 1903, Evans dividió su tiempo entre Oxford y Cnosos. Solía venir a Creta a fines del invierno o principios de la primavera, trabajando hasta que el calor del verano hacía imposible seguir excavando, y regresaba a Inglaterra en el verano o en el otoño. Unos cuantos años antes, había vendido su casa de Holywell, en Oxford, y había comprado un terreno de 25 hectáreas en Boars'Hill, fuera de la ciudad, donde construyó una casa que llamó Youlbury, por los campos de brezos que dominaba, y en sus horas de ocio, cuando estaba en Inglaterra, entretenía su imaginación planeando un jardín de romántico paisaje, "tratando", según las palabras de un pariente, "de hacer que su poquito de Berkshire se pareciera lo más posible a Bosnia." La siguiente cita de una de sus cartas ilustra su intenso amor por la belleza natural:

En los bosques de los montes de Cotswold y Chiltern es maravilloso el efecto de las hectáreas de adelfilla rosada que se extienden por las laderas. Pero seguramente, de entre los jardines de la naturaleza, ninguno supera la vista de Hen Wood, en mayo, con su tenue manto de campánulas, extendido entre los robles, allí donde aparece un claro, como si algún milagro hubiera invertido el azul del cielo, o como dijo una vez un niño, "como si se hubiera caído un poquito de cielo".

No había tenido hijos, pero le gustaba tener niños a su alrededor. Adoptó a Lancelot Freeman, hijo del hermano de Margaret. La presencia de un niño en Youlbury era un buen pretexto para invitar a otros, y en la gran casa sobre "el tenue manto de campánulas", rara vez faltaba el sonido de las voces de los niños. También compró un coche, en una época en que todavía eran una novedad y le gustaba hacer largos viajes, conduciendo a toda velocidad.

Pronto decidió construir otro Youlbury en Creta. Ahora que preveía muchos años de trabajo ante él, la casa turca que había alquilado en Candia, no le resultaba cómoda, pues estaba bastante lejos de Cnosos. En 1906 Christian Doll, que había sucedido a Theodore Fyfe como arquitecto, le construyó la Villa Ariadna. En ella se incorporaron muchas ideas del mismo Evans: el hacer alcobas en el sótano para tener más fresco en el verano, y el empleo de acero y hormigón para hacerla más resistente. Alrededor fue formando un jardín mediterráneo de palmeras y cipreses, y bugambilias de flores púrpuras. Durante muchos años fue su residencia durante la primavera y el verano, gobernando sus dominios sobre ella como un gran señor feudal. La Villa era a la vez su hogar y su taller. Allí recibía a sus colegas, como Halbherr, además de los muchos distinguidos visitantes que iban a Creta atraídos por la fama de sus descubrimientos; y aquí, por la noche después del trabajo del día, se sentaba con Doll, Duncan Mackenzie, Hogarth y otros, discutiendo y planeando la manera de "publicar" los resultados de su labor.

El profano pensará que la justificación principal de hacer excavaciones es el descubrimiento de un centro de interés arqueológico. Para el arqueólogo este trabajo apenas tiene valor mientras no se "publiquen" todos los aspectos del lugar estudiado, es decir mientras no se presenten descripciones completas de todos los objetos encontrados, hasta los fragmentos más pequeños de cerámica, con indicaciones acerca de su posición y de su relación con otros objetos, junto con juegos completos de fotografías, planos y dibujos. Incluso una zona arqueológica modesta, perteneciente a una cultura ya conocida, por ejemplo la egipcia o la babilónica, requiere años para ser descrita y publicada en forma adecuada. Evans tuvo que habérselas con todo lo acumulado durante más de 2000 años de ocupación continua de un solo lugar incluyendo las extensas ruinas de varios palacios, y perteneciente a una civilización desconocida que podía interpretar solamente sirviéndose de su intuición y buen juicio.

En 1908 su padre, John Evans, murió a los ochenta y cinco años, dejando a Arthur el grueso de su fortuna. Unos cuantos meses más tarde, la muerte de un primo lo hizo dueño del patrimonio de los Dickinson. A los cincuenta y siete años Arthur Evans se encontró aún más rico de lo que había sido su padre.

Una de las grandes decepciones de Evans fue que nunca logró descifrar la misteriosa escritura minoica que en un principio lo había llevado a Creta. Después de más de treinta años de darle vueltas al problema, escribió en *The Palace of Minos*:

La esperanza de lograr interpretarla pronto no se realizó... Según todos los indicios, como los proporcionados por los nombres locales y personales de la Creta pre-helénica, e incluso los considerables residuos verbales en el idioma griego mismo, las afinidades de las raíces del lenguaje original parecen corresponder a Anatolia (o sea Asia Menor<sup>1</sup>). El valor fonético de los signos se desconoce y aunque el primitivo silabario chipriota quizás ayudara algo a su comprensión, incluso esto... sólo existe en un grado limitado. Todo lo que a este respecto he podido hacer, después de copiar más de 1.600 documentos que se han conservado enteros o en parte es de carácter preliminar.

Evans decidió que las numerosas tabletas de arcilla, que tanta emoción le habían causado cuando las encontró cerca de las despensas o almacenes occidentales, no eran sino simples inventarios... "parece ser que los documentos, en su mayor parte, se refieren a informes y listas de personas y posesiones". Sólo consiguió descifrar los números. John Pendlebury, el brillante joven erudito amigo de Evans que fue Conservador de Cnosos por el año 1930, tuvo que reconocer en su *Archaeology of Crete* que

...es imposible todavía decir cuál lenguaje era el de los minoicos salvo que no era griego sería inútil hacer conjeturas. El material está allí y está ordenado. No nos queda sino esperar que aparezca una clave bilingüe. Quizás se encuentre un día en Komo un documento de embarque en egipcio y minoico. E incluso entonces puede resultar que sea un idioma muerto que no ha dejado descendientes que ayuden a descifrarlo.<sup>2</sup>

Parte del material está contenido en el libro de Evans *Scripta Minoa* que publicó en 1909, después de persuadir, lleno de optimismo, a la Prensa Clarendon a hacer una serie completa de tipos minoicos.

---

<sup>1</sup> Aclaración del autor.

<sup>2</sup> Lineal B, descifrada en 1952. Véase Apéndice B.



Incapaz de descifrar la escritura, que sospechaba no expresaba datos históricos, Evans se vio obligado a interpretar la civilización minoica a través de sus edificios, su arte y, sobre todo, por medio de los diminutos sellos de piedra grabados que con tanta abundancia se encontraban, y de los que ya había reunido una gran colección. "Completo en sí mismos —escribe— estos pequeños sellos tallados sirven a menudo como epítome de otras obras de arte en mayor escala, como pinturas y relieves de las que se han conservado sólo restos fragmentarios". En esto también le ayudó mucho su vista microscópica y su sensibilidad en lo referente a los estilos y su evolución, formada durante largos años de estudios numismáticos. Es precisamente en esta interpretación imaginativa, y sin embargo, exacta y erudita, de objetos diminutos, en lo que más sobresale el genio de Evans.

Por ejemplo, ¿qué creían los minoicos? ¿Qué deidades adoraban? Evans descubrió, por medio de diminutas escenas en cuentas utilizadas como sellos, que aparecía una y otra vez una figura de mujer, unas veces sola, otras con acólitos y adoradores, que indudablemente era una diosa. Unas veces está representada sobre una cumbre, con leones a los lados, otras, sin nada en la cabeza, y ocasionalmente, en sellos y estatuillas pertenecientes al último período "Palatino" más refinado, vestida a la usanza de las damas de la corte minoica, con corpiño ajustado, los pechos desnudos y una corona o tiara en la cabeza (véase lámina 20). Evans la llamó la "diosa madre minoica". Alguna que otra vez está acompañada por lo que parece ser una deidad masculina, quizás hijo suyo, pero que nunca está en posición de igualdad. Una estatuilla de marfil de este "niño dios" se encuentra en el Museo Ashmole. Evans creía que posiblemente esta diosa madre tuviera alguna relación con Rea,<sup>3</sup> y que el niño quizás fuera su hijo Zeus.

En otros sellos y estatuillas que se descubrieron más tarde, la diosa minoica se muestra sosteniendo una serpiente en cada mano extendida y a veces aparece con las serpientes enroscadas en los brazos. Todavía hoy día, entre algunos pueblos primitivos suele adorarse la serpiente. Los antropólogos y los que estudian las religiones primitivas han observado que el culto a la serpiente suele estar asociado con algún acto de propiciación de una divinidad de la tierra. Después de un detenido estudio de representaciones de escenas minoicas, comparándolas con las de otras culturas antiguas en las que se practicaba el culto de la serpiente, Evans sugirió que la diosa serpiente minoica era la diosa madre, en su calidad de "Reina del Averno". Como veremos, la razón para esta insistencia sobre una propiciación de la Tierra la comprendió más tarde con mayor claridad.

Hemos mencionado el "Salón del Trono", en el que había una cámara semejante a la sala capitular de una catedral, con un trono situado al centro de la pared más ancha y flanqueado por bancos de piedra. Tenía delante un hoyo rectangular, al que conducían unos tramos de escaleras, y que al pronto los excavadores tomaron por un baño, pero que Evans, más tarde, decidió se trataba de una "zona lustral", o sea un lugar en el que se celebraba alguna especie de ungimiento ritual. Cuando siguió excavando en otros lugares del Palacio, aparecieron más "zonas lustrales" como esta. Todas estaban elaboradamente construidas, a todas se llegaba por tramos de escaleras con pilares, ninguna de ellas se había construido para retener agua, ni había ninguna provisión para drenaje, cosa que los minoicos, como expertos ingenieros hidráulicos que eran, no habrían omitido si estos misteriosos hoyos hubieran sido baños. También de otras partes de Creta llegaron noticias de zonas lustrales similares. Halbherr las encontró en el Palacio de Faestos, y en Mallia había otras. Evans pensó que quizás tuvieran alguna relación con el culto a la Tierra. Fue arraigando en él la convicción de que tenían un propósito religioso, y que evidentemente, gran parte del

---

<sup>3</sup> Algunos investigadores no están de acuerdo con Evans. El profesor Nilson, por ejemplo, cree que las figuras que Evans creyó correspondían a una misma diosa, en realidad representaban varias, cada una con sus atributos propios.

Palacio, en especial la mitad occidental, estaba dedicada a un culto religioso. En resumen, Minos —o una estirpe de reyes que llevaron este nombre— fue probablemente un rey sacerdote.

A diferencia de sus colegas, los egiptólogos, los arqueólogos de Creta no disponían de documentos escritos que los orientaran. Por otra parte los minoicos tampoco habían utilizado los muros de sus templos, como lo habían hecho los antiguos egipcios, para inmortalizar en ellos pinturas y crónicas escritas de acontecimientos históricos. Al parecer, a los minoicos no les interesó perpetuar la memoria de triunfos, batallas, tratados y conquistas, como los egipcios y los sanguinarios asirios.<sup>4</sup> En cambio pintaron deliciosas escenas inspiradas en la naturaleza, con flores y pájaros y árboles, procesiones de jóvenes nobles como el Copero y el maravilloso fresco del Rey Sacerdote descubierto cerca de la entrada sureste, escenas de ceremonias públicas, deportes o rituales, en las que las engalanadas damas de la corte aparecen charlando, y una y otra vez, en los muros de los corredores en las estatuillas, y en las diminutas cuentas sellos: el *Toro*.

¿Tendría también el toro algún significado religioso? Evans observó que en los sellos, en las pinturas al fresco y en otras partes aparecía el símbolo estilizado de los cuernos del toro. A veces se presentaba en un friso junto al techo de un santuario de la Diosa Madre, y otras en conjunción con ese otro símbolo minoico tan familiar, el Hacha Doble. En el lado sur del Palacio Evans encontró restos de un gigantesco ejemplo de estos "Cuernos de Consagración" que sin duda en otro tiempo habían servido de remate al techo del Palacio, de modo que todo el que se aproximaba por el camino meridional pudiera verlos. Evans volvió a instalarlos en el mismo lugar (lámina 13). Sin embargo, a medida que progresaron sus investigaciones, llegó a la conclusión de que quizás el toro no fue venerado como deidad, y que más bien era considerado como el animal favorito de la divinidad terrestre, y por lo tanto a veces se le ofrecían sacrificios. La presencia de la diosa minoica (tal como se ve en las pinturas de las paredes) en el deporte de saltar sobre el toro, parecía sugerir que esta ceremonia era también un sacrificio. Teseo y el Minotauro, las siete doncellas y los siete jóvenes de Atenas, ¿había alguna relación entre todo ello?

Los frescos representando el salto sobre el toro, fascinaban incluso a los profanos, ajenos al círculo exclusivo de los arqueólogos profesionales. Dondequiera que se reproducían estas extraordinarias pinturas, con los esbeltos acróbatas minoicos, hombres de piel oscura y muchachas de piel más pálida, casi desnudos, surgía la controversia ¿Era posible tal proeza? En la Villa Ariadna, en su estudio en Youghbury, Evans estudió atentamente las pinturas tratando de penetrar el misterio. He aquí cómo describe el famoso fresco, reproducido en la lámina 25.

En el dibujo la muchacha acróbata que está delante agarra los cuernos de un toro que corre a galope tendido, uno de los cuales parece pasarle debajo de la axila izquierda. El objeto de esta maniobra es evidentemente el de colocarse en posición para dar un salto mortal sobre el espinazo del animal, tal como el que está ejecutando el joven.<sup>5</sup>

La segunda acróbata, que se encuentra detrás, extiende ambas manos como para atrapar la figura en el aire, o por lo menos para sostenerla cuando llegue a tierra. La colocación de esta figura en posición adecuada para este acto, suscita algunos problemas respecto a las disposiciones dentro de la arena.

---

<sup>4</sup> Y el que los minoicos hubieran estado en contacto con los egipcios durante más de 1000 años hace que esto sea aun más notable.

<sup>5</sup> Identificado en forma convencional como tal por su piel más oscura.

Algunas autoridades se niegan a creer que fuera posible semejante proeza. El profesor Baldwin Brown, por ejemplo, mostró las pinturas a un veterano "domador de novillos" del Oeste Norteamericano, que se resistió a creer que tal cosa pudiera hacerse. "No es posible llegar a agarrar los cuernos del toro para iniciar el salto mortal —dijo—, porque no hay persona humana capaz de mantener el equilibrio cuando el toro embiste con toda su fuerza contra él". El toro, añadió, es tres veces más fuerte que un novillo, y cuando corre, "levanta la cabeza hacia un lado e intenta cornear a cualquiera que se le ponga delante". De modo que, como hasta ahora nadie se ha ofrecido a resolver el problema en la práctica, el misterio continua siendo un misterio.

Fue mientras estudiaba el culto minoico al toro cuando Evans hizo un descubrimiento que ilustra perfectamente su imaginativa interpretación de detalles diminutos. Es uno de muchos ejemplos. En la lámina 24 se reproducen dos escenas de las dos famosas copas de oro encontradas en Vafeio, más de diez años antes de que Evans empezara a cavar en Cnosos. Al principio se creyó que estas ricamente labradas vasijas eran "micénicas". Después de los hallazgos de Evans en Cnosos se reconoció que su estilo era minoico y que probablemente habían sido importadas de Creta, o producidas en el continente por artistas cretenses. El descubrimiento de los frescos con los toros en Cnosos despertó un nuevo interés en las copas de Vafeio por ser la captura de toros salvajes el tema de sus expresivos relieves. En una de las copas, unos jóvenes minoicos de delgado talle, se esfuerzan en acorrallar a un toro en un claro del bosque. Entre los árboles hay una red extendida y hacia ella van encaminando a los toros. En otro de los relieves de Vafeio se ve a un toro enredado en la red, pero en la escena que aparece en la figura el animal se ha escapado de la trampa, arrojando al suelo a un cazador que cae de espaldas impotente, mientras que otro se agarra desesperadamente a los cuernos del animal en un esfuerzo para abatirlo. Según Evans la figura en los cuernos era la de una muchacha "que ha trabado las piernas y los brazos alrededor de los cuernos del monstruo de tal manera que el animal no puede herirla con ellos".

La figura de la copa de Vafeio, aferrada a los cuernos de la bestia, a pesar de los músculos que exhibe, es indudablemente la de una muchacha. Esto, que al parecer no se hace constar en ninguna de las descripciones anteriores de la escena, habría resultado evidente para cualquiera familiarizado con la iconografía minoica que recuerde los murales minoicos paralelos en los que se indica el sexo por el color de la piel... en el caso presente la abundancia de los bucles contrasta notablemente con los del joven caído delante... que son mucho más cortos.

Según Evans estas escenas estaban relacionadas con los frescos representando el salto sobre los toros que adornaban las paredes del Palacio de Minos. Primero se perseguía a los animales en el campo abierto y se les cazaba en trampas. Después se les hacía actuar en la plaza de toros del Palacio de Cnosos ante un público más refinado. En ambos casos hombres y mujeres jóvenes se exponían en la lucha con los animales.

Pero lo que da más idea del extraordinario don de observación de Evans es la escena de la segunda copa de Vafeio, representada en la lámina 24, abajo. Anteriormente otros arqueólogos habían considerado que los dos animales eran dos toros, desde luego, aparte de las cabezas, se parecían mucho. Sin embargo, Evans descubrió que el animal de la izquierda es una vaca traída como señuelo por los cazadores para atrapar al toro. El artista minoico, dándose cuenta de que el cuerpo de la vaca quedaría casi enteramente oculto por el del toro, tuvo que encontrar algún medio para indicar su sexo, lo que hizo mostrándola con la cola levantada, la reacción normal de una vaca cuando está excitada sexualmente. Fue este detalle insignificante

el que dio la clave a Evans. Las tres escenas en la copa quedaron perfectamente claras. La primera (que no se ve en la lámina) muestra al toro olfateando la cola de la vaca. En la segunda (la ilustrada)

...la traidora compañera del toro —escribe Evans— lo atrae con amorosa conversación, denotando con la cola levantada la reacción sexual. La extraordinaria expresión humana de las dos cabezas al volverse una a otra es muy característica del espíritu artístico minoico.

En la tercera escena (que no se ve)

el vaquero aprovecha la coquetería de la vaca para lazar a la enorme bestia por la pata posterior. Se ve al toro con la cabeza levantada bramando con impotente rabia.

Estos relieves los habían conocido los arqueólogos durante más de veinte años antes de que Evans indicara su verdadero significado.

Temporada tras temporada Evans siguió excavando pacientemente, despejando y, cuando era necesario, reconstruyendo el Palacio de Cnosos. Algunos irreflexivos visitantes del Palacio han criticado a veces a Evans por su "restauración con hormigón armado". Estas críticas no son justas; Evans no tenía otra alternativa.

Los pisos superiores —escribía—, de los que hay tres en los alojamientos domésticos, no estaban apoyados, como en casos semejantes en otros edificios antiguos, sobre macizos elementos de mampostería o ladrillos, ni sobre columnas de piedra. Habían sido sostenidos principalmente por medio de una estructura de madera cuyos enormes postes, al igual que los fustes de las columnas procedían de la madera de los bosques de cipreses, que entonces existían en los valles de las cercanías o con materiales similares importados de allende el mar. La destrucción de estos soportes de madera, sea por causas químicas o por haberse quemado, naturalmente habían dejado grandes vacíos en los espacios intermedios. Los pisos superiores, en forma que a veces parecía milagrosa, se habían mantenido aproximadamente a su nivel primitivo gracias a la masa de escombros que se había formado debajo, con adobes desprendidos de los muros superiores.

Al mismo tiempo, siempre que se retiraban estos materiales intrusos no quedaba nada que evitara el derrumbe de los restos de la estructura superior sobre un nivel más bajo.

Primero, Evans probó vigas y puntales de madera, pero tendían a pudrirse rápidamente. Luego ensayo con mampostería, fustes y capiteles laboriosamente labrados de piedra, recibiendo los pisos superiores con arcos de ladrillo y vigas, pero el resultado no era del todo satisfactorio y costaba mucho, incluso para Evans. Por fin decidió utilizar hormigón armado, que es muy resistente, tiene buena apariencia y es de ejecución rápida.

El costo de la excavación y restauración era cada vez mayor, pero Evans estaba decidido a que el Palacio se presentara al mundo en tal forma que no sólo pudieran apreciarlo los arqueólogos sino que incluso el más pedestre de los visitantes profanos pudiera sentir y comprender su maravilla. Esto lo logró con creces. Pero la restauración material de muros, suelos, columnas y pórticos le proporcionaba a Evans una satisfacción parcial solamente. Era más difícil, y por lo tanto más interesante descubrir las bases morales y espirituales de la civilización minoica ¿Cuáles habían sido las creencias, las esperanzas y los temores de este antiguo pueblo? ¿Por qué esta

aparente insistencia en la propiciación de la Tierra? ¿Por qué el culto a la Serpiente, emblema de la Tierra? ¿Por qué esas misteriosas zonas lustrales con escaleras que penetraban en la tierra?

Aparecieron nuevos indicios de misteriosas prácticas religiosas, también ligadas al culto de la Tierra. En Cnosos, Faestos y en otras partes de Creta, los arqueólogos encontraron criptas subterráneas, oscuras cámaras debajo de la tierra, en las que la característica principal era siempre un pesado pilar de piedra. Unas veces estas criptas se encontraban bajo algún edificio, pero por lo general, el pilar central tenía una resistencia mucho mayor de la necesaria para soportar la estructura. En algunos casos no había edificios encima, pero sin embargo el pilar era también grande, y a menudo con el signo del hacha doble grabado en ellas. A veces se encontraba cerca del pilar un desaguadero, posiblemente destinado a recoger la sangre de los sacrificios. Evans llamó a estas cámaras "Criptas de Pilares".

Cuando Evans pudo fijar, con más exactitud, la antigüedad de los estratos sucesivos debajo del montículo de Kefala, comprobó que aunque Cnosos había estado habitado casi continuamente desde la Edad de Piedra Reciente (4000-3000 a. C.) hasta alrededor del año 1100 a. C., había habido algunas interrupciones en su desarrollo, como lo indican las huellas de catástrofes en forma de murallas rotas y maderas carbonizadas. Parecía que habían ocurrido tres desastres especialmente graves —alrededor del año 1700 a. C., entre el final del período Medio y el principio del Minoico Reciente, y otra vez hacia el año 1400 a. C.— y había indicios de otros. Las causas podían haber sido varios ataques extranjeros, insurrecciones locales o guerras civiles. Arthur Evans pensó también en la posibilidad de que estas interrupciones se debieran a terremotos.

Durante algún tiempo había meditado sobre esto. Sabía que Creta se encontraba situada en una zona sísmica, y consultó la historia medieval y moderna de la isla para ver si los temblores seguían un ciclo definido. Averiguó que en seis siglos y medio había habido en Creta seis terremotos especialmente destructivos.

Este espacio de tiempo —escribe— corresponde casi exactamente a la duración del gran Palacio de Minos en sus fases sucesivas y es casi forzoso inferir que las señales de ruina que marcan aquí las distintas etapas del edificio, deben de achacarse a las mismas fuerzas naturales.

Quizás se encuentre aquí la clave del misterio de esas zonas lustrales, con escaleras que se hunden en la misma tierra, utilizadas quizás para alguna ceremonia de propiciación de la divinidad terrestre.

Durante sus últimas excavaciones, Evans tuvo una curiosa experiencia, que afirmó su fe en la teoría de los terremotos. Había estado excavando el exterior de los muros del Palacio, en el lado sureste, cuando sus trabajadores "encontraron la esquina de una casa pequeña... del Período Minoico Medio III... Esta casita había sido destruida por enormes bloques, desprendidos sin duda por un violento temblor de tierra y lanzados a distancias a veces hasta de seis metros... La casa nunca se había vuelto a construir sino que al igual que otra en la zona colindante al oeste, estaba llena de materiales procedentes del mismo derrumbe".

La casita debió de pertenecer a un artesano, dedicado a la fabricación de lámparas, pues entre las ruinas se encontró una porción de éstas sin terminar. Cerca de esta "Casa de los Bloques Caídos" había otra que debió quedar destruida al mismo tiempo, y aquí los excavadores hicieron un descubrimiento significativo. En las esquinas noroeste y sureste del sótano meridional se habían colocado las cabezas de "dos grandes toros de la raza *urus*, los cuernos de uno de los cuales tenían más de 30 centímetros de circunferencia". Estas reliquias de sacrificio que estaban

cuidadosamente colocadas cerca de los altares de trípode, según Evans sólo podían tener un significado: "El metódico relleno del edificio y su abandono final como habitación humana habían sido precedidos de solemne ofrecimiento expiatorio a los Poderes Subterráneos".

Los toros habían sido sacrificados a la divinidad terrestre. Mientras examinaban los restos los excavadores se imaginaban sin esfuerzo la solemne amonestación que habría pronunciado el sacerdote, hacía 4000 años, contra todo el que intentara oponérsele.

Entonces, cuenta Evans, al terminar los trabajadores la tarea de despejar esta "Casa del Sacrificio" a las 12.15 de la tarde del 20 de abril de 1922, "se experimentó en este lugar, y en toda la región, un breve pero fuerte temblor, acompañado de un profundo ruido retumbante, suficiente para tirar de espaldas a uno de mis hombres".

Y recordó que en la *Ilíada*, en el Libro XX, Homero había escrito:

En toros se goza el que estremece la tierra.

Eran las dos de la madrugada.

El fuego se había reducido a un montón de brasas rojas. Tenía frío y me sentía entumecido. Reuní el montón de mis libros y los coloqué cuidadosamente en la mesa, confiando en que por la mañana me acordaría de devolverlos a la biblioteca. Sin saber por qué no me pareció oportuno llevarlos esa noche otra vez por el sombrío corredor.

Apagué la luz y, cuando cerraba la puerta antes de bajar por la crujiente escalera a mi alcoba en el sótano, vi el perfil del Toro de Minos en silueta contra el moribundo resplandor del fuego...

## 15. EL PALACIO DE LOS REYES DEL MAR

A la mañana siguiente, temprano, después de que Manoli sirvió el desayuno en el austero comedor, eché a andar a lo largo del tortuoso sendero dejando atrás al Emperador Adriano y las bugambilias. Bajé una cuesta y me encaminé por la angosta senda hacia el Palacio. Sentía la invisible presencia de Sir Arthur, que debió de recorrer este camino miles de veces, blandiendo su formidable Prodger y contestando a los respetuosos saludos de los aldeanos.

Cnosos está situado en una depresión medio oculta por los árboles, con viñedos que trepan por los declives de las suaves colinas que la cercan por el este, el oeste y el sur. Sólo queda abierto el lado norte, orientado hacia el mar. Y aunque el Palacio se alza en un montículo, es un montículo que se formó con los restos de más de 2000 años de ocupación.

Al llegar a la casita del portero salió a mi encuentro Piet de Jong y juntos cruzamos la pantalla formada por los cipreses. Al salir a la luz del sol pude contemplar por vez primera el Palacio de Minos, aunque no en su totalidad. Un muro de mampostería cuidadosamente labrado ocultaba la vista inmediatamente delante, pero a la derecha, o sea hacia el sureste, divisé el espacioso patio noroeste y la entrada noroeste del Palacio. Al otro lado del umbral, pasando junto a unos muros bajos y por cuidados pavimentos, dimos una vuelta a la izquierda, y me encontré con el fragmento reconstruido del Propileo, con sus columnas. Aquí fue donde Evans encontró el fresco del Copero, el primer retrato que se descubrió de un minoico. Los originales cuelgan ahora en el Museo de Herácleo, pero aquí, en la pared inundada de sol, estaba una de las excelentes copias de Gilliéron. Por una fracción de segundo el purista en mí protestó contra esta reproducción, pero pronto quedó silenciado.

Porque no es posible comparar un palacio cretense con los grandes monumentos de Egipto, donde el aire seco ha conservado los muros, columnas y arquivoltas en su estado original durante 3000 años. Aunque el clima de Creta es en verano cálido y seco, en invierno llueve torrencialmente y, después de los destructores seres humanos, el mejor enemigo de los monumentos, es probablemente la humedad. Su poder destructivo resulta todavía mayor cuando, como en Cnosos, se utilizaba mucha madera en la construcción. Las paredes, principalmente en los palacios antiguos, tenían un armazón de madera, y las columnas que sostenían los tejados, los porches y las escaleras eran también de este material. Cuando el Palacio fue saqueado (o se incendió a causa de un terremoto, cosa que todavía no ha sido dilucidada), se quemó la mayoría de los pilares, postes y vigas de madera y los que se libraron del fuego se han ido pudriendo a través de los años con la humedad de la tierra.

Los muros se vinieron abajo y los techos se derrumbaron, de modo que Evans y sus colegas, para reproducir la apariencia original del Palacio, no tuvieron más remedio que recurrir a una esmerada reconstrucción de las partes típicas, tales como el Propileo y el Pórtico Norte (lámina 17). Quizás, impulsado por su entusiasmo, Evans se excedió (esto es cuestión de opinión), pero en muchos lugares de la zona sólo tenía dos alternativas: reconstruir o dejar un montón de escombros. No obstante, como me indicó de Jong, todos los fragmentos de la obra original que fue posible rescatar, se conservaron, y una proporción impresionante del Palacio de Cnosos, especialmente de los alojamientos domésticos, es de mampostería minoica auténtica, intacta después de treinta siglos.

Piet me mostró el sistema que había adoptado Evans, en sus cuidadosas reconstrucciones, para identificar la parte original del Palacio.

"En un muro medio derruido —me dijo— encontrábamos a veces los restos de las ranuras donde habían estado empotrados los elementos estructurales de madera.

Cuando reconstruíamos el muro reemplazábamos la madera podrida con hormigón armado, que pintábamos de un color ante pálido, imitando madera. El resto lo reconstruíamos, hasta donde era posible, con los bloques de piedra originales."

Los dos coperos<sup>1</sup> marchaban en procesión, lenta y solemnemente, los talles delgados, los hombros anchos, las facciones orgullosas y aristocráticas, y el pelo negro rizado (lámina 15). Ahora al fin ya empezaba a sentir la extraña maravilla de Cnosos. Nos encontrábamos tan sólo a unos cuantos kilómetros de Egipto, con el que los minoicos habían estado en contacto durante 2000 años, y sin embargo, no había nada de egipcio en los rostros o los trajes de estas gentes. Recordé las paredes pintadas que había visto en las tumbas de Luxor, aquellas solemnes y tiesas figuras hieráticas, con sus vestiduras de lienzo, estos minoicos eran completamente distintos. Parecían más europeos que asiáticos, aunque Evans creía que procedían originalmente de Asia. Sin embargo, tampoco se parecían a los griegos clásicos. ¿Quiénes eran? ¿De *dónde* habían venido? ¡Es exasperante que no nos hayan dejado una historia escrita!

Pero de Jong, el arquitecto práctico, me decía en ese momento:

"La gente pregunta a menudo por qué harían sus columnas con el diámetro inferior más pequeño que el superior. ¿Sabe usted por qué?"

"No. ¿Había alguna razón especial?"

"Es algo que nunca se ha podido aclarar satisfactoriamente. Yo creo que la teoría más razonable es que, como las columnas estaban hechas de troncos de árboles, las colocaban con las raíces *hacia arriba*, o sea con la parte más ancha del tronco en lo alto, para evitar que los árboles volvieran a retoñar. O tal vez fuera con el propósito de disponer de más espacio libre abajo. Estas columnas —añadió dando palmadas en los grandes postes del Propileo, pintados de un color rojizo— son desde luego de hormigón armado. Pero sabemos que estuvieron aquí porque encontramos cerca, en el suelo, sus bases y capiteles".

Le pregunté cómo se pudo averiguar la altura y la proporción de las columnas. Me explicó que esto se había logrado estudiando y comparando los restos de elementos arquitectónicos semejantes, encontrados en otros lugares del Palacio. A veces, aunque la madera había desaparecido, quedaban en la tierra impresiones de las columnas.

"Sabe usted —me dijo Piet—, una de las dotes más extraordinarias de Sir Arthur era su capacidad para ver las cosas tal como habían sido. Sólo con examinar unas pocas piedras rotas, unas columnas caídas y unos cuantos fragmentos de un fresco, podía describir con exactitud el aspecto que tenía originalmente todo el cuarto o el edificio. Y se impacientaba *enormemente* si su arquitecto no lo veía exactamente igual que él. Sin embargo, cuando el arquitecto había examinado y medido el lugar y estudiado todos los testimonios arquitectónicos, el resultado era que Sir Arthur casi siempre tenía razón".

Entre los testimonios más valiosos se encuentran los frescos, que con frecuencia representaban edificios con las columnas típicamente minoicas, de menor diámetro en la parte inferior que en la superior. Estos frescos fueron de gran utilidad cuando se hicieron las reconstrucciones. También se obtuvieron muchos conocimientos útiles respecto a la forma y la apariencia de las casas minoicas, de las representaciones encontradas en pequeñas placas de faenza de unos pocos centímetros cuadrados de superficie.

"¿Pero, y el colorido? —pregunté—. Los colores debieron de ser magníficos ¿Cómo pudieron averiguar, por ejemplo, que las columnas eran de un color rojizo y que los capiteles eran unas veces azules y otras negros?"

---

<sup>1</sup> Originalmente hubo una larga procesión de estos jóvenes.



"Por los frescos —me contestó, mientras doblábamos a la izquierda y entrábamos a la gran galería que conducía a los almacenes— Ya los verá. Pero primero quiero mostrarle algo —. Y me condujo a un amplio corredor pavimentado de piedra al que daban numerosas habitaciones alargadas y estrechas, con las paredes conservadas hasta una altura de más de tres metros, y en algunos casos techadas— Muy poco de esto esta reconstruido —dijo— Lo que ve es casi todo auténticamente minoico. Todo lo que hicimos fue restituir los techos".

Nos encontrábamos en los almacenes del rey Minos, donde depositaba sus riquezas. Los cuartos estaban casi llenos de grandes tinajas de barro, algunas de más de dos metros de altura, que en un tiempo habían contenido aceite, grano, pescado seco, alubias y aceitunas, porque en los días de la talasocracia minoica, la riqueza no consistía solamente en oro y objetos preciosos, sino también en víveres y otros bienes. Empotradas en el suelo de los cuartos había estrechas arquetas o cámaras, forradas de piedra, originalmente ocultas bajo losas, también de piedra (lámina 14, abajo).

"Eran —dijo de Jong— como una especie de cajas de caudales. En una época de la historia del Palacio se utilizaron para guardar objetos preciosos, como las cosas que Schliemann encontró en las tumbas de fosa vertical de Micenas, y Evans sugirió que tal vez los tesoros micénicos se guardaron alguna vez aquí. Pero en 1900, cuando descubrió estas arquetas, apenas encontró nada en ellas, salvo unos cuantos fragmentos de oro indicando lo que habían encerrado en otro tiempo. Todo había sido robado cuando el Palacio fue saqueado y quemado. Mire las señales del fuego" —añadió, indicándome el borde del hoyo.

Allí, inconfundiblemente, en el borde norte, estaban las señales del espeso humo negro, característico de las llamas del aceite al arder. En otras partes vi otras muchas huellas de fuego y siempre las manchas indicaban que el humo había sido impulsado hacia el norte.

Es decir, que cuando cayó el Palacio, soplaba un fuerte viento sur.

Mientras seguía al Conservador, subiendo por una amplia escalinata hasta el patio central, una vaga intranquilidad empezó a empañar mi entusiasmo y asombro. Yo no soy hombre supersticioso, no creo en lo sobrenatural, y mi experiencia periodística me ha acostumbrado a observar hechos concretos y a informar sobre ellos. Pero tengo que reconocer que a pesar del suave aire primaveral, el sol resplandeciente y mi gran alegría al visitar Cnosos, la atmósfera del Palacio me deprimía. Había allí algo siniestro (no encuentro otra palabra mejor).

En el espacioso patio central pude saborear plenamente todo el esplendor de Cnosos. De pie en el centro y mirando hacia el norte, en dirección al mar, podía ver a mi izquierda la parte administrativa del Palacio, desde donde se había gobernado Creta en los días de la supremacía de Cnosos. Aunque sólo se conservaba el piso más bajo de estos edificios en ruinas, todavía imponían. Sobre ellos, en otros tiempos, se había levantado piso tras piso. Aquí habían estado las salas para ceremonias a las que se llegaba por unas amplias y tendidas escalinatas flanqueadas por columnas. Para su iluminación tenían un sistema de pozos de luz (como en los hoteles y edificios de oficinas modernos) que permitían la entrada a una luz indirecta suave, evitando los rayos directos del ardiente sol de verano o los helados vientos típicos del invierno. Aunque han desaparecido la mayor parte de estas habitaciones, se sabe cómo fueron en otro tiempo gracias a la conservación casi milagrosa, de los alojamientos domésticos en el lado oriental del Gran Patio, a los cuales me conducía ahora de Jong".

Para llegar a ellos tuvimos que descender por la famosa Gran Escalinata, en sí el monumento más notable de Cnosos cuya grandeza actual se debe no solamente a los minoicos, sino también (debemos reconocerlo) a la extraordinaria habilidad de Christian Doll, el arquitecto que la restauró. Cruzamos el patio y empezamos a bajar.

Los escalones son de la piedra de yeso, blanca, lisa y cristalina, que tanto utilizaron los minoicos para los interiores de sus edificios. Originalmente hubo cinco tramos, pero de los dos pisos superiores sólo quedan restos insignificantes. Los tres tramos inferiores por los que descendíamos estaban intactos y conservaban la misma apariencia que debieron tener cuando los utilizaban los cortesanos y las damas minoicas, marchando en comitiva detrás del Rey Sacerdote, hace más de 3600 años. En la bajada, quedaba a mi izquierda la pared minoica originalmente cubierta con vistosos frescos en los tonos ahora familiares de azul pálido y color canela. A la derecha había una balaustrada baja sobre una pared central que daba luz a las escaleras. Desde la balaustrada se alzaban macizas columnas minoicas de forma característica, de menor diámetro abajo que arriba, sosteniendo los rellanos superiores. Las bases de las columnas con sus empotramientos eran originales, y cuando Evans, Christian Doll y otros, ayudados por mineros griegos, perforaron hace cerca de cincuenta años un túnel dentro de estas profundidades, encontraron los restos carbonizados de las columnas de madera originales, que permanecían todavía en su base. Las columnas actuales, idénticas en su forma a las originales, son de piedra revestida de estuco. Recordé las descripciones de Evans de cómo él y sus ayudantes resolvieron el problema de una inmensa pared que amenazaba con venirse abajo y destruir todo lo que había quedado de esta obra maestra del arquitecto minoico (¿Acaso fue Dédalo?)

Se encontró que la pared entre las escaleras, más arriba del primer tramo, presentaba un peligroso desplome, lo que significaba un continuo riesgo para el resto de la estructura. Bajo la dirección de nuestro fiel maestro de obras, Gregorios Antoniou, primero se aseguró el muro con puntales de madera y cuerdas, y luego se cortó toda la base por ambos lados, en toda su longitud. Anteriormente se habían preparado piedras en forma de cuña y cemento para insertar en la hendidura, mientras que en la terraza, más arriba, estaban sesenta hombres listos para tirar de las cuerdas aseguradas al muro. De este modo se pudo mover la enorme masa que fue enderezándose hasta topar contra el sólido armazón de madera que había sido preparado para recibirla, y que luego fue retirado una vez colocada la estructura en su posición vertical definitiva. De esta manera ha sido posible mantener la escalera y la balaustrada en su forma primitiva, de modo que el mundo moderno pueda apreciar la concepción estructural original de esta gran obra de hace unos 3600 años.

Todos los gastos de esta obra tremenda fueron cubiertos por el propio Evans, que desde luego disponía de bastantes recursos. Debemos reconocer que no todos los hombres ricos gastan su dinero en yates y en carreras de caballos. Por otra parte, incluso para el defensor más apasionado de la intervención estatal, es difícil imaginar un gobierno moderno "progresista" gastando *un cuarto de millón de libras esterlinas* en conservar un monumento antiguo, aun cuando éste fuera de importancia vital para la historia de la civilización. Si Cnosos hubiera sido descubierto en 1952, Evans, probablemente, habría tenido que solicitar una subvención del empobrecido British Council.

La lucha por conservar la Gran Escalinata fue verdaderamente dramática. Se presentaron todas las complicaciones posibles entre los arqueólogos por una parte y el tiempo y la descomposición por la otra. He aquí como lo describe el propio Evans en *The Palace of Minos*.

El desbaratamiento de las concreciones de arcilla y la extracción de escombros y tierra de los espacios intermedios dejaron huecos entre las partes superiores y las inferiores, que amenazaban provocar el hundimiento

de todo el conjunto. Los postes y las vigas carbonizados, aunque a veces podía determinarse su tamaño y forma, estaban hechos astillas y al descubierto, y desde luego, no podían servir de apoyo. Los apuntalamientos hechos con madera eran más bien de carácter provisional y, a veces, tan escasos que llegaron a producirse algunos derrumbes peligrosos.

Si nuestros esfuerzos hubiesen amainado, los restos de los pisos superiores se habrían desplomado sobre los inferiores y el resultado habría sido un caótico montón de ruinas. La única alternativa era procurar volver a apoyar de alguna forma permanente las estructuras superiores. En los primeros días de la excavación, el arquitecto Christian Doll, que valientemente se hizo cargo de esta gigantesca tarea, no tuvo más remedio que recurrir principalmente a vigas de hierro, traídas de Inglaterra a gran costo y que fueron en parte revestidas de cemento. En algunos tramos todavía se utilizaba bastante madera en estas reconstrucciones, a pesar de que era difícil obtenerla convenientemente curada...

Las columnas y vigas de madera de ciprés que habían sostenido tales masas de mampostería en la estructura primitiva, ya no podían conseguirse. Por otra parte habíamos de comprobar que incluso la madera de pino del Tirol, importada a través de Trieste... se pudría quedando reducida a polvo en pocos años debido a los extremos violentos del clima de Creta.

Evans no encontró solución al problema de proporcionar un apoyo a las pesadas masas de mampostería y de techar grandes espacios de un modo económico y eficaz hasta después del año 1920, cuando recurrió al hormigón armado, con sus emparrillados de varillas de acero. De esta forma el siglo xx d. C. vino en ayuda del siglo xx a. C. Creo que Dédalo habría dado su aprobación.

Al pie de la Gran Escalinata, entramos en un corredor corto que conducía a una serie de espléndidas habitaciones, y aquí comprendí que estaba en efecto rodeado de muros minoicos genuinos. Era la primera vez que me encontraba dentro del Palacio de un Rey contemporáneo a las Dinastías Séptima y Octava de los Faraones de Egipto (1600 1350 a. C.) y la impresión era abrumadora. En Egipto los palacios reales eran por lo general estructuras temporales hechas de adobe, de las que sólo quedan los cimientos. Allí, únicamente los templos y las tumbas se construían para la eternidad, y las ruinas, incluso las del Palacio del Magnífico Amenofis III en Medinet Habou, resultan mezquinas comparadas con las tumbas de Amenofis y sus descendientes en el Valle Real de Luxor. Pero en Cnosos se encuentra uno con estancias que, en otros tiempos, escucharon el seductor susurro de las faldas de volantes de las damas minoicas y resonaron con el murmullo de la charla y la música. Allí en su trono de alto respaldo, bajo la pared de los escudos, está sentado el propio Minos; en aquel rincón, más lejos, un grupo de elegantes jóvenes se entretiene jugando con el tablero de juego, de faenza, ante ellos (el mismo que Evans encontró allí cerca), y en otro, las damas minoicas, luciendo magníficas joyas sobre sus ebúrneos pechos, discuten de modas, hacen añicos la reputación de amigas ausentes, y quizás comentan la asombrosa actuación en la arena del joven ateniense que vieron el día anterior ¿Cómo se llamaba aquel bárbaro?... ¿Teseo?... "¿Te fijaste cómo lo miraba la princesa?... ¡Era seguro, querida, no podía menos de resultar vencedor!"...

En este punto Piet interrumpió mis divagaciones.

"Sir Arthur llamó a esta estancia el Salón de las Hachas Dobles —dijo—. Acérquese, que le voy a enseñar algo".

Una hilera de columnas dividía el Salón de las Hachas Dobles de la estancia contigua. Estas columnas tenían unas ranuras que indicaban que en otro tiempo existieron puertas plegadizas que en invierno se mantenían cerradas para conservar el calor y durante el verano se doblaban de manera que quedaban ocultas dentro de los huecos de las columnas, permitiendo así el paso de comentes de aire fresco.

Después el Conservador me señaló, junto a la pared norte del salón, una plataforma baja.

"Creemos que aquí había un trono —dijo—, exacto al otro del Salón del Trono que está en el lado oeste del patio y que le enseñaré más tarde. Pero aquél debía de tener un significado religioso, mientras que éstas eran las habitaciones privadas de la familia real. Sir Arthur puso aquí una réplica del trono de madera para reemplazar al que desapareció.

A cada lado del trono colgaba un escudo, en forma de ocho de tamaño natural, lo bastante grande para cubrir el cuerpo de un guerrero minoico. Detrás de ellos, en la pared de estuco, había pintada una cenefa de espirales. Yo ya había visto ejemplos de este curioso escudo que cubría todo el cuerpo, tal como se describe en la *Ilíada*, en los puñales micénicos que Schliemann encontró en las tumbas de fosa vertical, y en las diminutas cuentas utilizadas como sellos que Evans había reproducido en *The Palace of Minos*. Ahora los encontraba aquí, colgando de la pared de una de las principales estancias del Palacio de Minos que era mil años más antiguo que Homero.

"Desde luego no son los escudos originales —dijo de Jong—, pero Evans averiguó que en las habitaciones que en un tiempo existieron encima del salón de las columnatas había habido en las paredes escudos de esta forma, enlazados con cenefas de espirales. Aquí, en el salón de las Hachas Dobles, estaba la cenefa, pero faltaban los escudos. Sir Arthur supuso que en lugar de los escudos pintados aquí debió de haber escudos *auténticos* colgando de la pared como decoración, y encargó a Gilliéron unas réplicas pintadas exactas, para colgarlas en la pared a cada lado del trono. Y ahí las tiene usted" (lámina 27).

Me condujo después a través de un corto pero sinuoso corredor hasta las habitaciones mis íntimas del Palacio, que Evans, creyendo percibir un cierto toque de feminidad en los decorados que aún quedaban, llamó el "*megarón*<sup>2</sup> de la Reina". Allí todo era ligereza y gracia. Había asientos bajos adosados a muros cubiertos con alegres frescos inspirados en escenas de la naturaleza: delfines azul oscuro jugueteando sobre un fondo azul claro, estrellas de mar y espinosos erizos de mar, dibujados en un estilo realista, formando todo ello un armónico conjunto decorativo. Una de las paredes se abría a un pozo de luz con columnatas que daba una suave iluminación al interior (lámina 21). En el otro lado una puerta conducía a otro conjunto de habitaciones más pequeñas, accesibles desde el salón principal, pero no desde el exterior. Aquí había un pequeño cuarto de baño, con una tina de loza de forma casi exacta a la de sus descendientes modernos. Evidentemente la tina era llenada a mano, probablemente por alguna criada, pero cerca se veía un agujero en el pavimento a través del cual el agua sucia podía verterse a uno de los ductos del sistema de drenaje.

Un cuarto colindante, más pequeño que el cuarto de baño, había sido sin duda un excusado. Dice Evans:

Sobre la superficie de una losa de piedra de yeso, a la derecha y a unos 57 centímetros del suelo hay un hueco para un asiento. Fuera de la puerta de la letrina hay una losa inclinada hacia un agujero semicircular, formando un sumidero, del que sale un pequeño ducto que conduce al albañal principal. La abertura que conduce al albañal principal, parcialmente disimulada por un curioso saliente, se desvía del centro del asiento dejando a la derecha un espacio suficiente para una vasija que sin duda se utilizaba para limpiar la taza con un chorro de agua. Como precursor de los métodos científicos de saneamiento, este sistema ha sido logrado por pocas naciones incluso hoy día.

---

<sup>2</sup> Sala o habitación principal.

Es característico de nuestra época tecnológica que a la mayor parte de los profanos que visitan el Palacio de Cnosos, más que ninguno de sus tesoros estéticos les impresione esta letrina de hace 3600 años. Desde luego, para las personas para las que el adelanto sanitario es un sinónimo de civilización, Cnosos es irresistible. Es el paraíso del plomero. Grandes ductos de piedra conducen el agua desde el tejado hasta unos drenajes subterráneos que, según nos informa Evans, estaban bien ventilados por medio de respiraderos y dotados de registros para su inspección.

Tan espaciosos eran que mis trabajadores se pasaban sin molestia días enteros en ellos. El complicado sistema de drenaje del Palacio y los dispositivos sanitarios correspondientes, asombran a todos. Las tuberías de terracota con sus secciones de una forma estudiada científicamente, perfectamente empalmadas, que datan de los primeros tiempos del edificio, son comparables a sus equivalentes modernos. La forma ligeramente tronco-cónica de las secciones que componían las cañerías de terracota fueron diseñadas para imprimir un movimiento rápido al agua de modo que se impidiera la acumulación de sedimentos...

Pero el ejemplo más notable, de la ingeniería hidráulica minoica se encuentra en el Bastión Noreste, al cual me llevó de Jong después de haber vuelto a subir por la gran escalinata. Allí se encuentra una amplia escalinata que conduce desde el ángulo noreste del Patio Central hasta el terreno más bajo, cerca del río. Esta escalinata estaba al aire libre, y al lado de cada tramo se había abierto un canal para conducir el agua de lluvia. Esto en sí no parecía nada extraordinario, hasta que de Jong me indicó la forma científica en que habían sido contruidos estos canales. Cada tramo de la escalinata (que eran bastante empinados) estaba en ángulo recto con el siguiente y el problema que tuvieron que resolver los ingenieros minoicos fue el de lograr que el agua diera vuelta en las esquinas sin que se desbordara los rellanos. Si los ductos hubieran sido simples canales en pendiente, con el fondo plano, el agua de lluvia habría bajado por ellos a tal velocidad que inevitablemente se habría desbordado en la primera esquina.

La solución consistió en disminuir la velocidad, cosa que se logró muy ingeniosamente haciendo que el fondo de los canales coincidiera casi exactamente con las parábolas naturales que describe el agua al caer por la vertiente en ángulo semejante. Por lo tanto, el agua llegaba al fondo de cada tramo, aproximadamente a la mitad de la velocidad que había alcanzado en caso de haber bajado la pendiente en una línea recta en lugar de en una serie de saltos.

Nada —escribe Evans— en todo el edificio produce tan vivamente la impresión de algo que es resultado de largas generaciones de experiencia inteligentemente aprovechada, tomo las curvas parabólicas de los canales contruidos por los ingenieros minoicos.

Y no era eso todo. Una porción de embalses recogía los sedimentos en su curso hacia abajo de modo que cuando el agua llegaba al fondo de los escalones estaba limpia, y podía utilizarse para lavar. Y Evans, con uno de esos sugestivos toques homéricos, a los que era tan aficionado, añade:

Las virtudes del agua de lluvia para el lavado de la ropa blanca justifica la suposición de que el tanque se utilizaba para este uso y es posible que las Nausícaas minoicas<sup>3</sup> acudieran a él desde las salas altas del Palacio.

Parece ser que en esta parte noreste del Palacio estuvieron los talleres para los artesanos. En uno de ellos Piet me mostró un bloque de basalto espartano, color púrpura, a medio serrar, que estaba allí en el suelo, tal como el obrero lo había dejado. ¿Por qué habría abandonado su trabajo sin terminarlo? De nuevo me invadió esa ligera sensación de inquietud que había sentido por primera vez al ver las señales del fuego en los grandes almacenes. Volvimos a cruzar el patio hacia el lado occidental, donde en una galería encima del Salón del Trono había colgadas algunas de las estupendas copias de los frescos, ejecutadas por Gilliéron, que había venido a ver desde tan lejos. Allí estaban el fresco de los saltadores de toros, el de la tribuna con las damas parloteando, productos de una civilización que 1600 años antes de Cristo ya había alcanzado y dejado atrás su apogeo, una civilización en realidad ya decadente. Todo el encanto, la inteligencia y el refinamiento de una cultura rica, ya declinante, estaban presentes en estas delicadas pinturas. Pero también había algo más, algo que me había obsesionado desde el momento en que entré en el Palacio, una sensación de fatalidad, un olor a muerte.

Evans creía que la causa de la final destrucción de Cnosos fue un terremoto. Pendlebury, un investigador más joven, suponía que el Palacio había sido saqueado, probablemente por fuerzas del continente de Grecia. Me inclinó a creer que Pendlebury tenía razón. A mi juicio la pintura minoica, tal como está representada en los frescos de Cnosos, había pasado de su apogeo antes del año 1400, había madurado con exceso y se había desintegrado, y cuando llegaron los invasores, quienesquiera que fueran, probablemente los "aqueos cubiertos de bronce", de Homero, solamente apresuraron un fin que era inevitable.

Pero el fin, en aquel día de primavera, 1400 años antes de Cristo, cuando el viento sur soplaba con violencia, debió ser terrible. Todavía hoy queda algo de aquel terror adherido en las señales del fuego, en las paredes y en los sucios ennegrecidos, los fragmentos de madera carbonizados sombríos testimonios del día fatal en que llegaron los conquistadores. Uno se queda mudo de asombro ante la delicada belleza de las pinturas en las paredes, ante los esbeltos jóvenes de tez morena, un tanto afeminados, con sus estrechas cinturas y negro cabello rizado, ante los grupos de elegantes damas charlando, con su piel como pálido marfil, sus collares adornados de piedras preciosas y las amplias faldas de volantes. Y luego se piensa en aquel último día: las mujeres corriendo y gritando a lo largo de los corredores con los frescos, la lucha desesperada en las puertas y en las escaleras, el artesano interrumpido en su trabajo, dejando a medio terminar un vaso de piedra, el guerrero tendido muerto encima de su gran escudo, el olor del humo, el estruendo de las vigas al desplomarse, las salpicaduras de sangre en el blanco de las piedras de yeso del pavimento...

"Venga a ver el Salón del Trono" —dijo Piet.

El Salón del Trono es la habitación más impresionante de Cnosos, y me alegré de que de Jong la hubiera dejado para lo último. Entramos en la antecámara, de techo bajo, abrimos una puerta de madera y nos encontramos en el Salón del Trono. No muy grande, es de forma rectangular, con el lado más ancho a la derecha. En esta larga pared, a mano derecha hay pintados dos magníficos grifos agachados, monstruos semejantes a leones con cabeza de pájaro en el típico color canela, sobre un fondo azul pálido. Entre los dos grifos guardianes se alza el trono del propio Minos, todavía en su lugar original, con su alto respaldo con el "borde ondulado" y su asiento de

---

<sup>3</sup> Nausícaa, hija de Alcínoo, rey de los feacios, fue sorprendida por Ulises cuando ella y sus doncellas jugaban en la orilla del mar después de haber lavado la ropa blanca de la familia.

forma amoldada al cuerpo. A cada lado del trono y extendiéndose hasta las paredes que lo flanquean, había bancos de piedra muy bajos. La impresión de "sala capitular de catedral", como sugirió Evans, era muy intensa (lámina 19).

Enfrente del Trono, a la izquierda de la puerta, unos anchos escalones descienden hasta uno de esos misteriosos pozos, las "zonas lustrales" o "impluvios rituales" que Evans creía se habían utilizado en relación con alguna ceremonia de ungimiento. En la antecámara todavía se encuentran las vasijas de piedra y de loza que habían sido encontradas allí, y que al parecer se utilizaban en esta ceremonia. Hay otros cuartos pequeños que se comunican con el Salón del Trono. Uno de ellos parece haber sido una cocina, y tal vez en ciertas ocasiones, el Rey-Sacerdote se retirara a este grupo de habitaciones, aislándose del resto de la comunidad por un determinado período, quizás de días, quizás de semanas.

Era todo tan desconcertante. ¡Si al menos los minoicos hubieran dejado algo escrito que pudiésemos comprender!

"Bueno —dijo Piet—, esto es todo en lo que se refiere al Palacio propiamente dicho, aparte del Pórtico Norte y de la Zona Teatral, que veremos esta tarde. Ahora tengo que regresar a la *Taverna*, pero usted, si le apetece, puede quedarse, con tal de que no se olvide de cerrar la puerta al salir".

Mientras se iba alejando el ruido de los pasos del Conservador, me senté en el trono más antiguo del mundo, que por cierto era muy cómodo. No llegaba ningún ruido del exterior. Enfrente de mí, la débil luz procedente del piso superior se filtraba hasta el pozo ritual, flanqueado por sus columnas color canela, más esbeltas abajo que arriba. Y entonces me vino a la memoria un pasaje de un libro, que después de *The Palace of Minos*, es probablemente la obra más autorizada y erudita que se ha escrito sobre la civilización minoica: *The Archaeology of Crete*, de John Pendlebury. Pendlebury opinaba que Cnosos fue saqueada por una fuerza invasora procedente del continente, probablemente hombres del imperio colonial de Minos, decididos a librarse del yugo minoico.

Hay un nombre —escribe— que siempre se asocia, si no con el saqueo de Cnosos, por lo menos con la liberación de sus súbditos: Teseo. Es frecuente que los nombres se recuerden cuando los hechos con que están asociados se han olvidado o deformado... Ya se ha sugerido que los siete jóvenes y las siete doncellas tal vez fueran la cuota del continente para la arena de Cnosos. Este es justamente el tipo de detalle que suele recordarse, sobre todo en este caso en que pudo haber sido la razón sentimental sin la cual nunca llega a estallar una guerra puramente comercial. No hay duda de que el rapto de Helena fue un excelente pretexto cuando el Imperio Micénico deseaba abrirse paso hasta el comercio del Mar Negro que Troya tenía acaparado.

Y en un día de primavera en la última década del siglo xv a. C., con un viento sur tan fuerte que arrastraba las llamas de las vigas incendiadas casi horizontalmente, Cnosos cayó...

La escena final tuvo lugar en la habitación más dramática jamás excavada el Salón del Trono. El estado de confusión en que se encontró era completo. Un gran recipiente de aceite estaba volcado en un rincón y las vasijas rituales sin duda estaban usándose cuando llegó el desastre. Parece como si el rey hubiera entrado ahí precipitadamente para realizar, demasiado tarde, alguna ceremonia con la esperanza de salvar a su pueblo. ¡Teseo y el Minotauro! ¿Tendría puesta la máscara del toro?

## 16. "LAS ANTIGUAS TRADICIONES ERAN CIERTAS"

En el año 1911, al cumplir los sesenta años, Evans fue honrado con el título de caballero, honor que le fue otorgado no solamente por su trabajo en Creta, sino por su contribución a la cultura en general. Tres años antes había renunciado a su puesto de Conservador del Museo Ashmole para poder dedicarse enteramente a Cnosos, pero por esta época su triunfo sobre los elementos reaccionarios en la Universidad era completo. Cuando Evans renunció, el nuevo Canciller, Lord Curzon, le escribió:

Su verdadero monumento es el mismo Museo Ashmole, ahora organizado y equipado en una escala tal que el oxfordiano de hace veinticinco años no podría reconocerlo.

Evans conservó el puesto honorario de Visitante del Museo Ashmole, que le permitía intervenir en sus asuntos, cosa que hizo hasta el final de su vida, además de hacerle valiosos donativos.

Durante la guerra de 1914-18 se preocupó incesantemente de los centros de cultura que en momentos de guerra están expuestos a ser tratados con poca consideración por las autoridades militares. En épocas de emergencia nacional siempre hay funcionarios improvisados que se aprovechan de su breve autoridad para hacer un uso estúpido y arbitrario de su poder. Cuando estas personas se cruzaban en el camino de Sir Arthur Evans, por lo general salían mal paradas.

Por ejemplo, en los primeros años de la Guerra, la Junta de Aviación trató de requisar el Museo Británico y empezó a trasladar de manera descuidada las colecciones para dejar sitio a sus funcionarios. Esto para Sir Arthur era como la "invasión de la selva". En carta tras carta a los periódicos más importantes, en discursos públicos y en conversaciones particulares increpaba a los filisteos.

En uno de sus famosos discursos describió la "visita sorpresa" de un oficial de la Junta de Aviación, seguida de una solicitud de la Junta al Gabinete, pidiendo permiso para requisar el Museo para su cuartel general. A pesar de las enérgicas protestas de los miembros de la directiva, "la orden fue en efecto dada por el Gabinete", pero "esta monstruosa propuesta, que tanto como miembro de la directiva del museo como en mi carácter de Presidente de la Sociedad de Anticuarios, hice lo posible por combatir, provocó una tormenta general de indignación, no sólo entre los representantes acreditados del Arte y de las Ciencias Históricas, sino también en la Prensa..."

La orden fue anulada; la Junta de Aviación descubrió repentinamente que "después de todo, no necesitaba el edificio..."

Pero, mientras tanto, ya se habían causado muchos perjuicios. Varias galerías habían sido desmontadas precipitadamente para dejar sitio a los oficinistas. Evans habló de "semanas de trabajo para vaciar tres grandes galerías y acabar con la labor de siglo y medio... Y todo por el irreflexivo capricho de un Ministerio del Gobierno que después de haber ocasionado este trastorno y gasto, llega a la conclusión de que el lugar no era adecuado". ¿En qué iba a acabar todo esto? se preguntaba Evans.

...la forma en que ha sido tratado el Museo Británico, la incalculable destrucción del producto de la labor de erudición y de clasificación de generaciones, la incautación, pues no hay otra palabra, de la Prensa Universitaria, demuestran que los que están a la cabeza del Gobierno están inspirados por un espíritu filisteo del que en vano buscaríamos un paralelo entre los gobiernos civilizados. La proscripción implacable, resultado de un estado de pánico, amenaza incesantemente a los santuarios mismos de la



cultura. Los que representan estos intereses son sin duda, a los ojos de los políticos, una raza inferior. No es oportuno ahora discutir su veredicto, pero conviene recordarles que incluso las tribus de los salvajes más primitivos tienen sus reservaciones.

Algunos sonreirán cínicamente ante este explosivo arrebatado, recordando los ataques mucho más graves a los reductos de la cultura durante y después de la pasada Guerra, la total destrucción de museos y de obras de arte, la persecución y asesinato, en los países totalitarios, de artistas y sabios disidentes, la "caza de brujas" en América en la época de la posguerra. Pero a mi parecer tal cinismo está fuera de lugar. Sir Arthur y su generación defendían unas normas absolutas. No podían imaginar que pudieran alterarse, y cuando se intentó desvirtuarlas se opusieron encarnizadamente. Y al fin perdieron, pero ellos y no los filisteos tenían razón. Nosotros somos los que en definitiva hemos salido perdiendo.

En 1916, cuando se trató de expulsar a ciertos miembros honorarios alemanes de la Sociedad de Anticuarios, Evans, a pesar de la ola de odio que azotaba el país, y a pesar de la indignación que le produjeron las barbaridades que se cometían por tierra y por mar, no perdió la cabeza e hizo un llamamiento a la tolerancia y a la moderación.

La existencia entre los miembros honorarios alemanes de sabios de ese noble grupo en el cual destaca como notable ejemplo el desaparecido Dr. Helbig, debe hacer que nos detengamos a meditar antes de tomar decisiones precipitadas. A pesar del Evangelio del Odio, hay que decir esto en su favor: las sociedades culturales y academias alemanas, con raras excepciones, se han abstenido de borrar de sus listas a los miembros ingleses.

Y terminó su alocución con estas nobles palabras:

No debemos olvidar que mañana podemos encontrarnos de nuevo trabajando en el mismo campo histórico. Nos incumbe a nosotros no hacer nada que pueda cerrar la puerta a un mutuo intercambio en materias como las nuestras que están fuera del terreno de las pasiones humanas, en las silenciosas avenidas del pasado.

Dejé a un lado el discurso de Evans, cerré el viejo folleto amarillento y lo volví a colocar en los estantes de la biblioteca de la Villa Ariadna. Me sentía deprimido. Estas generosas exhortaciones, este noble y altruista empeño, ¿no habrían sido inútiles? Otra guerra había venido y había pasado, y los hijos de los hombres con quienes Sir Arthur "había trabajado en un campo común" de cultura se habían lanzado en paracaídas desde el cielo de Creta y habían convertido la Villa Ariadna en un cuartel general militar, aunque hay que reconocer que no lo dañaron seriamente, como tampoco dañaron el Palacio. Sólo fue destruida una tumba en Isopata, porque un suboficial alemán, sin darse cuenta de lo que aquello era, había instalado allí un emplazamiento de artillería (el castigo que luego impuso al sargento el comandante habría causado lástima incluso al mismo Sir Arthur). Terminada la guerra los alemanes devolvieron la Villa Ariadna casi intacta, con todos los artículos de su mobiliario original, acompañados de un minucioso inventario. Así que hay que pensar que perduró el instinto de civilización incluso durante la guerra... Quizás Evans y sus colegas germanos no habían trabajado en vano.

Hacía ya casi una semana que estaba en Cnosos, viviendo en la Villa Ariadna y haciendo excursiones por los alrededores. Había visitado el Palacio varias veces, por la mañana muy temprano, al atardecer, incluso a la luz de la luna. Había tomado notas y

hecho fotografías, y al día siguiente cruzaría la cadena de montañas para llegar al otro gran Palacio, el de Faestos, en el sur. Después volaría a Atenas y desde allí regresaría al frío y brumoso Londres.

Al colocar en su sitio el Discurso de Evans como presidente de la Asociación Británica, me había llamado la atención un montón de cuadernos, con las tapas desteñidas, que estaban en un estante más bajo. Cogí uno al azar. Estaba lleno de diagramas hechos a lápiz y notas con una escritura pequeña, muy cuidadosa. La firma era "D. Mackenzie"...

Aquellos cuadernos eran del propio Mackenzie. Mackenzie, el taciturno, talentoso escocés al que Evans admiraba tanto y que había ideado un sistema único para determinar la antigüedad de los objetos de cerámica. Me puse a hojear las páginas, tratando de descifrar abreviaturas como "M. R. Ib." (Minoico Reciente, Primer Período, Segunda subdivisión), etc. El pobre Mackenzie padeció durante largo tiempo de una enfermedad mental que acabó por causarle la muerte. Mucho antes de tener que abandonar Cnosos, había sufrido ataques de depresión y de nerviosa irritabilidad que Evans, aunque él mismo era de genio vivo, soportó con extraordinaria paciencia. Cuando después de años recibió Su Arthur la noticia de la muerte de Mackenzie, le dedicó en su *Palace of Minos* un homenaje que revela una gran ternura.

Como buen escocés siempre podía contarse con su lealtad, y el ambiente sencillo en que habían transcurrido sus primeros años le habían capacitado para conocer a fondo a los trabajadores nativos con los que se entendía como un camarada, lo que fue una gran ayuda durante las excavaciones. Para ellos, aunque era el patrón, fue siempre un verdadero amigo. Las animadas danzas cretenses le recordaban los bailes escoceses de su juventud, y no había boda, bautizo o velorio completo si él no lo sancionaba con su presencia y sus servicios como patrocinador o padrino en una boda o en un bautizo eran muy solicitados. Todavía resuena en mis oídos aquella "reposada voz" cuando proponía un brindis por la feliz pareja, con veladas alusiones jocosas, correctamente expresadas en el dialecto cretense del griego moderno, con buen acento pero con reminiscencias del suave dialecto gaélico.

Cuando terminó la primera Guerra Mundial, Evans regresó a Creta. Los costos eran más altos, pero él era un hombre rico y después de volver a contratar a sus trabajadores cretenses, continuó excavando y restaurando el Palacio de Cnosos. Piet de Jong, el tercero de los arquitectos que colaboraron con Evans, empezó a trabajar con él en 1922. Después de la primera Guerra Mundial, de Jong había trabajado para el profesor Wace en Micenas y a Evans le habían hecho tan excelente impresión los planos que el arquitecto había levantado de la fortaleza micénica que lo invitó a ir a Cnosos.

En 1921 apareció el primer volumen del *Palace of Minos*, tan largo tiempo esperado, al que siguieron a intervalos, durante catorce años, nuevos volúmenes. La obra era verdaderamente monumental cuatro grandes tomos (los volúmenes 2 y 4 eran tan enormes que hubo que publicar cada uno en dos tomos) que sumaban un total de 3.000 páginas, con más de 2.400 ilustraciones, muchas de ellas en color. La mayor parte de esta obra la escribió en Youldbury, su hogar de Berkshire. Su hermanastra, la doctora Joan Evans, nos describe cómo trabajaba:

La biblioteca era lo bastante grande para poder tener una porción de estanterías de libros en medio de la habitación, aparte de los estantes alineados a lo largo de las paredes. Allí podía trabajar cómodamente en su gran obra, clasificando el material por el simple proceso de instalar una mesa formada por un tablero apoyado sobre caballetes para cada nueva sección,

pasando de una a otra como un jugador de ajedrez jugando varias partidas simultáneamente. Verdaderamente necesitaba espacio, su material era abrumador, y no quiso adoptar ninguna de las ventajas de los métodos modernos que podrían haberle ayudado. No tenía ni secretaria ni mecanógrafa, y todavía utilizaba una pluma de ave.

Sir John Myres escribe respecto al libro:

La dificultad de una obra tal era excepcional, porque durante los cuarenta y dos años desde que Evans llegó a Creta, se fueron haciendo nuevos descubrimientos. Pero desde la primera hasta la última de sus 3.000 páginas la enorme obra se lee como una saga: siempre resulta evidente la trama general, dentro de la cual cada tema y cada digresión tienen su lugar.

De esta obra, casi única entre los libros de arqueología, en la que se combinan los detalles de erudición con los brillantes pasajes descriptivos, ya he citado algunos párrafos típicos. Me gustaría añadir uno más que revela admirablemente la imaginación poética de Evans. En las líneas siguientes, tomadas del Volumen 3, describe la Gran Escalinata, tal como fue restaurada:

La Gran Escalinata, restaurada en esta forma, es algo aparte entre los restos arquitectónicos de la antigüedad. Con las columnas carbonizadas sólidamente restauradas con sus prístinos colores, rodeando en hileras el muro central con las balaustradas, prácticamente intactas colocadas en su sitio una sobre otra con el imponente fresco de los grandes escudos minoicos al fondo en la pared de la galería central, ahora reemplazado por una réplica, y con sus escalones de piedra de yeso, bien conservados en cuatro tramos hace revivir el remoto pasado como ninguna otra parte del edificio. Desde luego yo tuve la suerte de experimentar su entraño poder de sugestión incluso en un momento cuando el trabajo de reconstrucción no había alcanzado su perfección actual.

Durante un ataque de fiebre mientras estaba instalado provisionalmente en el cuarto debajo de la torre de inspección que se había erigido en el borde del Patio Central donde el aire es más fresco, se me antojó mirar por el hueco de la escalda iluminada con la cálida luz de la luna y tuve la impresión de que todo el lugar se llenaba de vida y movimiento. Fue tal la fuerza de la ilusión que el Rey Sacerdote con su corona de plumas, las grandes damas con sus ceñidos corpiños y faldas de volantes, los sacerdotes con sus largas estolas, seguidos de un séquito de elegantes jóvenes vigorosos, como si el Copero y sus compañeros hubieran bajado de las paredes, parecían pasar una y otra vez por los tramos de la escalera.

Esta capacidad imaginativa fue lo que ayudó a Evans a resolver uno de los más complejos problemas arqueológicos que se le presentaron: el del significado de las misteriosas zonas lustrales, de las "criptas de pilares" subterráneas e incluso del toro mismo. Durante mucho tiempo había sospechado que estos hoyos y criptas estaban asociados a la propiciación de una divinidad de la Tierra, representada quizás por la propia Diosa minoica en su calidad de Reina del Averno. Tenía la seguridad de que el toro también figuraba en ese culto y ya sabemos el significado que atribuyó a los bueyes sacrificados encontrados en la Casa de los Bloques Caídos. Pero la confirmación vino en forma dramática, durante una calurosa noche de junio, cuando sir Arthur descansaba en una de las alcobas del sótano de la Villa Ariadna.

Pensaba yo en pasados terremotos, presintiendo una nueva convulsión, cuando el 26 de junio, a las 9.45 de la noche de un tranquilo día caluroso, empezaron las sacudidas. Me sorprendieron leyendo en mi cama en un cuarto del sótano de la casa que nos servía de cuartel general, y, confiando en la resistencia excepcional de la estructura, decidí aguantar el terremoto en el interior. No había previsto lo imponente de la experiencia, aunque mi confianza en la resistencia del edificio quedó justificada, puesto que no sufrí más que ligeras grietas. Pero crujió y rugió, meciéndose de un lado para otro, como si todo él fuera a derrumbarse. Los objetos pequeños salieron despedidos, y casi toda el agua de un cubo lleno se derramó. El movimiento, que recordaba el de un barco en medio de una tormenta aunque sólo de un minuto y cuarto de duración, me causó los mismos efectos físicos que un mar alborotado. De la tierra salía un ruido sordo como *el rugido apagado de un toro furioso*.<sup>1</sup> Nuestra única campana empezó a tocar, mientras que por la ventana llegaba el lejano repiqueteo de los carillones de la catedral de Candia, cuyo campanario y cúpulas resultaron bastante averiados. A medida que los temblores, que se repetían rápidamente, se iban haciendo más fuertes, se oyó el crujido de los tejados de las dos casitas fuera de la puerta del jardín, al desplomarse, mezclado con los chillidos de las mujeres y los gritos de niños pequeños que afortunadamente fueron salvados. Mientras tanto, una nube de polvo, causada por una repentina corriente de aire, se levantó hasta el cielo, eclipsando la luna llena casi enteramente, y las luces de algunas casas reflejadas en este oscuro caos daban la apariencia de una conflagración envuelta en humo...

La conclusión arqueológica que resulta de este fenómeno es muy importante. Cuando como en el caso del Palacio de Minos encontramos pruebas de una serie de hecatombes, algunas de una magnitud tal que difícilmente podrían atribuirse a la mano del hombre, parece razonable achacarlas a las fuerzas sísmicas...

Es inolvidable haber oído con los propios oídos el bramido del toro debajo de la tierra, que zarandea en los cuernos, según una leyenda primitiva. Parece por lo tanto indudable que la constante necesidad de protección contra estos petulantes arrebatos de los poderes infernales explica la tendencia minoica a concentrar su culto en el carácter de divinidad subterránea de su gran diosa, coronada de serpientes, en su calidad de Reina del Averno. Además, ciertas características estructurales, peculiares al antiguo culto cretense, sugieren la misma explicación. Entre estas figuran, por ejemplo, los "hoyos lustrales" que no se hacían con el propósito de contener agua, y a los que los devotos descendían por los dobles tramos de escalones, para alguna ceremonia ritual relacionada con la Madre Tierra. También deben mencionarse las "criptas de pilares" sin ventanas, e iluminadas únicamente por luz artificial, cuyos macizos pilares centrales, además del hacha doble sagrada, tenían junto a ellos tinas para recibir la sangre de los sacrificios.

Cuando tuvo esta experiencia Evans tenía setenta y cinco años. Unos años antes había decidido dejar el Palacio y la Villa Ariadna junto con sus terrenos a la Escuela Británica de Arqueología de Atenas. Las negociaciones para el traspaso se prolongaron durante vanos años.<sup>2</sup> Después de los setenta años se había aficionado a volar, que además de entusiasmarle no le causaba ningún trastorno físico, como le solía suceder con los viajes por mar. Todos los años volaba a Atenas, y si era posible tomaba un hidroavión hasta Creta.

---

<sup>1</sup> La cursiva es del autor.

<sup>2</sup> En 1952 todo fue entregado al gobierno griego, porque las dificultades y los costos cada vez más altos, propios de la posguerra, habían hecho el mantenimiento imposible para la Escuela Británica.

Ya cumplidos los ochenta, todavía disfrutaba viajando y se entusiasmaba con los incidentes inesperados:

Cuando traté de partir de Pireo para Creta, en un barco griego, encontrándome ya a bordo, se desencadenó una terrible tormenta de nieve, la peor que se ha conocido en Atenas durante los últimos cincuenta años, y el vapor se quedó en el puerto. Yo decidí quedarme unos cuantos días más en Atenas y volar a Creta en hidroavión. De paso esto me dio ocasión de causar un gran revuelo en Atenas enviando al periódico que lee Venizelos, un relato detallado del mal trato que yo y otros pasajeros habíamos recibido, tanto al desembarcar en el Pireo como al tratar de salir de allí, a manos de los "Piratas del Pireo", o sea sus barqueros y cargadores...

La edad no había dulcificado el temperamento irascible de Sir Arthur ni su humor mordaz. En Creta me contaron acerca de él una anécdota que tiene toda la apariencia de ser verdad, aunque no me ha sido posible comprobarla. Inmediatamente después de una de sus llegadas a Creta, cuando su coche atravesaba Herácleo, notó con gran indignación que unos obreros estaban demoliendo una de las casas venecianas del pueblo. Ordenando al chofer que se detuviera, Sir Arthur se lanzó fuera, blandiendo a Prodger, y empezó a apalear a los pobres obreros, ordenándoles suspender inmediatamente su tarea, y pidiendo ver al alcalde. Cuando apareció este funcionario, Evans le dijo, en los términos más enérgicos, que el edificio era un monumento nacional del que los cretenses deberían estar orgullosos y que demolerlo era un acto de vandalismo indigno de un pueblo civilizado. La demolición fue suspendida.

No puedo garantizar la autenticidad de esta anécdota, pero me fue contada de buena fe y no veo razón para no creerla.

A los ochenta años todavía encontraba energía para excavar.

Aquí estoy con Pendlebury y los de Jong —escribe—, empezando algunas excavaciones de prueba que han dado ya sorprendentes resultados, incluyendo, precisamente en el lugar que yo había supuesto, una tumba grande. Pero lo probable es que los ladrones la hayan dejado totalmente vacía.

En 1932, después de una ausencia de medio siglo, regresó a sus amados países Croacia y Dalmacia. Volvió a ver la *Casa de San Lazzaro*, donde había llevado a Margaret después de su matrimonio, e incluso encontró, en el abandonado jardín, flores que ellos habían plantado. También visitó la cárcel en la que había estado prisionero y le dijo al guardián: "Yo suelo venir aquí cada cincuenta años".

Como los amigos y colegas de toda la vida se iban muriendo uno a uno, el anciano erudito empezaba a sentir la soledad y el aislamiento que son la penalidad de todos aquellos que sobreviven mucho tiempo a su propia generación. En la introducción al cuarto y último volumen de su gran obra, se adivina una grave tristeza contenida en su recuerdo que dedica a sus amigos y colegas. Después del tributo a Duncan Mackenzie, ya citado, continua:

Además de esta dolorosa noticia... el mismo pasar de los años se ha llevado prematuramente, estando este volumen en preparación, a algunos de los amigos que mejor me habrían podido animar y aconsejar... Ya cuando el presente volumen estaba muy adelantado, nos fue súbitamente arrebatado A. H. Sayce... un distinguido investigador que había viajado extensamente, gran conocedor de los monumentos de Egipto y del Oriente... a su genio

interpretativo se debe la primera luz que ayudó a resolver el problema hitita... y los descubrimientos de la Creta Minoica también le interesaron... Con él ha desaparecido, también antes de tiempo, H. R. Hall, el guía más culto y servicial de los de allende las costas egeas, Egipto y antiguo Oriente. Muerto también en la plenitud de su vida, Friedrich von Buhn, el respetado "viejo maestro" alemán...

Pero el tributo más caluroso lo reservó para su antiguo amigo el profesor Frederico Halbherr, el arqueólogo italiano que "fue el primero en este campo, el patriarca de la excavación cretense", que gracias a su profundo conocimiento de las condiciones locales había ayudado a Evans a hacer su exploración preliminar de la isla, en una época difícil y peligrosa, y había preparado el terreno para las excavaciones de Cnosos.

Su sonrisa, su amabilidad, conquistaban todos los corazones, y su memoria todavía vive entre los aldeanos cretenses. La "red" bajo la cual dormía seguro por la noche, y su corcel árabe, negro como el azabache que trepaba por las rocas "como una cabra salvaje", y en el que galopaba por los caminos turcos, desde Faestos hasta Candia en poco más de cinco horas, son ahora casi legendarios.

La introducción se lee como si se pasara lista a los muertos y uno se pregunta si Evans no se daría cuenta, al anotar la desaparición de sus compañeros, que marcaba también el final de una época. La dedicación a la erudición favorecida por el patrimonio particular, la búsqueda desinteresada del conocimiento sin fines prácticos, las relaciones amistosas entre los eruditos de distintas nacionalidades, el ambiente liberal intelectual que lo había rodeado desde niño, que para él era el aire que respiraba, y que había defendido apasionadamente en sus discursos durante la época de la guerra, ¿llegó a darse cuenta de que estas cosas tan valiosas habían de verse pronto aplastadas por una nueva intolerancia fanática, peor que ninguna de las que él había conocido en la primera Guerra Mundial?

Sir Arthur no sobrevivió la segunda Guerra Mundial, aunque vivió durante los dos primeros amargos años la caída de Francia, la invasión de Grecia y de Creta, la ocupación de Yugoslavia, países todos que Evans conocía y amaba. En Londres, en 1941, visitó el Museo Británico, incendiado y destrozado por el ataque enemigo. Llamó a las oficinas de la Sociedad Helénica para obtener noticias acerca de los miembros que se habían quedado en Grecia y en Creta. Por lo menos uno de ellos, John Pendlebury, Conservador de Cnosos, el joven erudito a quien Evans había admirado, no sólo por su erudición sino también por lo que en su carácter había de caballero andante, había muerto luchando valientemente en la resistencia cretense.

Dos años antes su salud había comenzado a decaer, y apenas salía ya de su estudio en Youldbury, aunque todavía iba algunas veces al Museo Ashmole. El día en que cumplió noventa años, poco después de haber sufrido una operación grave, recibió en su biblioteca de Youldbury a un grupo de amigos que le llevaron un precioso rollo de pergamino de la Sociedad Helénica haciendo constar con "gratitud y admiración sus excepcionales contribuciones a la cultura... y su entusiasta devoción durante toda la vida a la causa de la libertad de pensamiento y de acción".

Sobre sus rodillas —escribe Sir John Myres— descansaba un plano topográfico, muy usado, en el que estaba marcado su camino romano (Evans había encontrado los restos de un camino en su finca de Youldbury y se había interesado en esta muestra de la antigüedad local) ...Contestando a una pregunta mostró la copia en limpio de su informe sobre este y dijo

alegremente: Ya está terminado. Es para la revista Oxoniensia. Y esta fue su última contribución a la cultura. Tres días más tarde había muerto.

La vida, como se ha observado con frecuencia, siempre queda atrás del arte. Si esto hubiera sido una novela, Evans no habría vivido para oír el zumbido de los bombardeos sobre las antiguas ciudades de Europa, no habría sabido que la Villa Ariadna fue cuartel general militar alemán, que los Balcanes, los países que tanto amaba, eran de nuevo campo de batalla de las Grandes Potencias, y que las reglas civilizadas de conducta que solían observarse, incluso entre naciones en guerra, habían sido abandonadas en una brutal lucha a muerte. Había muerto en 1939, después de su última visita triunfal a Creta para recibir, en Herácleo, los máximos honores que los cretenses podían otorgarle. Es en este momento en el que yo prefiero imaginármelo, a los ochenta y ocho años de edad, contestando a las alocuciones de bienvenida con palabras que son un epítome de la historia que, aunque inadecuada e incompletamente, he tratado de relatar en este libro.

Ahora sabemos que las antiguas tradiciones eran ciertas. Tenemos ante nuestros ojos un espectáculo maravilloso: el resurgimiento de una civilización, dos veces más antigua que la de Grecia. Ciertamente que en lugar del antiguo Palacio vemos ahora tan sólo las ruinas de las ruinas, pero el conjunto todavía refleja el espíritu de orden y organización de Minos, así como el arte libre y natural del gran arquitecto Dédalo. No cabe duda que el espectáculo que tenemos ante nosotros es de importancia universal. ¡Comparado con esto, cuán pequeña resulta cualquier contribución individual! El éxito que haya alcanzado el investigador, lo ha logrado como humilde instrumento, inspirado y guiado por una Fuerza Superior.

## EPÍLOGO

Hacía hora y media que el agonizante, tembloroso autobús había salido de la plaza de la Catedral de Herácleo, camino de la costa meridional de Creta. En cada parada del largo camino por el que el autobús, con grandes protestas de sus engranes, iba trepando por las montañas, subía a bordo tal cantidad de carga humana, animal y vegetal que calculé (mientras contemplaba los abismos que se abrían a pocos pies de las ruedas) que llevábamos más del doble de la carga para la que había sido diseñado nuestro viejo Ford.

Íbamos subiendo lenta y trabajosamente por la elevada cadena montañosa que forma la espina dorsal de Creta. A la derecha..., a la izquierda..., a la izquierda..., a la derecha..., así iba dando vueltas y revueltas el viejo autobús, y cada curva de la carretera descubría una nueva curva. Cuando llegamos al punto más alto del camino, calculé que estaríamos a unos 1.500 metros sobre el nivel del mar y quizás más alto todavía, pero todavía había picos de montañas que se erguían sobre nosotros y algunos de ellos estaban cubiertos de nieve, pareciendo pasteles cubiertos de azúcar. En algunos sitios la carretera pasaba por el borde de la montaña mientras enormes rocas parecían a punto de caer sobre nosotros desde las laderas superiores. Detrás de nosotros se levantaba una nube de polvo, y las ruedas del autobús brincaban sobre la desigual y rocosa carretera.

De pronto terminó la larga agonía del motor. Cesó de gruñir y, agradecido, entró en tercera. En cuanto comenzamos el descenso al otro lado del paso, volví a oír el zumbido de las llantas.

Habíamos atravesado la cadena montañosa e íbamos descendiendo poco a poco hacia una encantadora y fértil llanura en la que había más olivos que todos los que había visto en el resto de Creta. Desde lo alto parecían formar un bosque. Los rayos del sol caían oblicuamente desde las montañas haciendo que los verdes campos brillaran como esmeraldas y, contra ese verde brillante de la hierba primaveral, se destacaban las hileras de viejos olivos de un gris polvoriento, y ocasionales bandas y manchones de tierra rojiza recién arada. Hacia la derecha se erguía un pico cubierto de nieve que parecía fantásticamente alto y remoto: el Monte Ida. Delante de nosotros sonreía el mar, el mar del sur, y sólo doscientas millas más allá se encontraba la costa de África.

Al atardecer llegamos a la rica llanura de Messara, la región más fértil de Creta. Allí se habían encontrado las tumbas de algunos de los primeros pobladores de la isla; también allí, sobre el promontorio que domina la llanura, cerca de la bahía en que en lejanos tiempos habían fondeado las naves minoicas, se había levantado el palacio de Faestos, el rival meridional de Cnosos, donde había decidido pasar la noche.

Me sentí aliviado cuando por fin el autobús se detuvo cerca de una pequeña iglesia bizantina. El chofer, después de sacar amablemente mi maleta y mi absurda máquina de escribir, señaló una colina que había a la izquierda del camino.

"Faestos" —dijo sonriendo.

"¡Efjaristó!" —contesté, encantado de recordar lo suficiente de mi vocabulario griego para poder dar las gracias a esa gente tan encantadora.

El polvoriento vehículo arrancó y desapareció de mi vista detrás de una curva que pasaba al lado de un emplazamiento de artillería alemán, ya desmantelado. Empecé la subida por un camino que zigzagueaba entre olivos, por la falda de la colina.

Cerca de la cima encontré a Alexandros Venetikos (Alejandro el Veneciano), pequeño, esbelto, de tez oscura que, junto con su hermana, estaba al frente de la posada de Faestos. Me dijo que había llegado demasiado pronto, mucho antes de la



época del año en que suelen llegar los estudiantes y los turistas. Sin embargo, estaban encantados con tenerme allí y, aunque sólo tenían velas y lámparas de aceite y únicamente podían ofrecerme huevos, un poco de tocino y un vaso de vino, me proporcionarían una cama confortable y dispondría del Palacio para mí solo. Empezaban a titilar las primeras estrellas en el cielo nocturno cuando entré en la posada con Alexandros.

Nos sentamos a cenar alrededor de una mesa iluminada con velas, cuya luz temblorosa alumbraba las caras oscuras del encargado, de su hermana, que llevaba un pañuelo rojo, y de un amigo montañés muy alto, que, con sus anchos hombros y su estrecha cintura, parecía descender directamente del propio Copero. Hablamos sobre las creencias de la localidad. Me dijeron que en algunas regiones de Creta se cree que, hasta el momento de ser bautizados, los niños están rodeados de espíritus malignos y, por eso, después del nacimiento, todos los familiares y amigos se reúnen en la casa para celebrar el acontecimiento, lo más ruidosamente posible, con el fin de que los espíritus no puedan oír el llanto del niño. Esto puede haber tenido su origen en la leyenda de Zeus, según la cual fue dejado por su madre al cuidado de los Coribantes, que ahogaron su llanto con el ruido de címbalos y tambores para evitar que lo devorase su padre, Cronos...

Es un hecho que algunos cretenses todavía hoy sienten gran respeto por los antiguos dioses. Me acordé de una anécdota que me había contado una amiga inglesa que vivía en Creta. Un día le preguntó a un conductor de autobús cretense:

"¿Por qué no procuran que los autobuses salgan a su hora?"

Le contestó que era imposible.

"En Inglaterra salen a su hora —le replicó ella—. Con un poco de esfuerzo el servicio aquí sería perfecto".

"¿Perfecto? —preguntó asombrado—. La perfección es cosa propia de los dioses y nosotros somos simples mortales..."

Después de cenar dejé a mis anfitriones y salí a dar un paseo a la luz de la luna, bajando la colina, en dirección al Palacio de Faestos, que se extendía a mis pies (lámina 30, abajo). Faestos está mucho mejor situado que Cnosos, pues se encuentra sobre un cerro que domina orgullosamente la llanura de Messara, las colinas quedan a una distancia respetable. Allí se encuentra uno con todas las características minoicas típicas: gran número de cuartos, anchas escaleras, almacenes con enormes *pithoi*... Pero en contraste con Cnosos, la zona fue bastante más fácil de excavar y conservar, y Halbherr no tuvo que hacer grandes restauraciones como Evans.

La luna llena inundaba de una luz mágica los bellos escalones de las escaleras de piedra, los largos corredores llenos de sombras, los vanos de las puertas, de resplandeciente piedra blanca. El lugar parecía estar construido con luz lunar, como si fuera un palacio de hadas destinado a desaparecer con el alba. La delicada claridad suavizaba los contornos de los muros derruidos y comunicaba a aquellas ruinas majestuosas una calidad extraña, irreal, que permitía al visitante imaginar los muros con su altura original, colocar nuevamente en su sitio las grandes puertas de bronce y plata, y poblar de minoicos todas aquellas sombras.

Me encontré de pronto en un cuarto que tenía las paredes de una piedra blanca brillante y que al parecer fue una sala de audiencias. Los bancos originales de piedra todavía existían en dos lados y, en el centro, se veían las bases donde otrora se irguieron elevadas columnas (lámina 30, arriba). A la izquierda y a la derecha se abrían puertas en su altura original. Sentado en uno de los bancos de piedra rehice con la imaginación el Palacio. Si atravesaba aquella puerta, ¿no me encontraría con Faestos tal y como fue, con los frescos restaurados, las paredes y los techos intactos? ¿No oiría quizás el murmullo de voces, el alegre charlar y reír de las mujeres, los pasos de algún funcionario importante del Palacio caminando apresuradamente por el

corredor, el canto solemne de los sacerdotes celebrando los ritos sagrados de la Diosa Madre?

Permanecí en silencio contemplando la luna llena que brillaba en un cielo claro y escuchando el croar de las ranas en el valle, y los pequeños ruidos nocturnos: el aleteo de un pájaro asustado, el grito de un búho... Volví la vista a la izquierda y allí, serena y espléndida, dominándolo todo, divisé la alargada cresta cubierta de nieve del Monte Ida, donde nació Zeus.

De vuelta en la posada, ya en la cama, con un candil cerca de la cabecera, y con mis libros y mis notas esparcidas por la colcha, traté de ordenar en mi mente todo lo que había ocurrido desde el momento en que crucé el umbral de "La Belle Hélène de Menelaus", en Micenas. No hacía mucho de eso y, sin embargo, iqué lejos parecía! Allí también había sido recibido por gente acogedora; allí también había permanecido despierto, impaciente por empezar la exploración de la Micenas de Schliemann, la primera jornada de mi recorrido por la prehistoria. Ahora estaba a punto de terminar este recorrido. Había seguido el hilo de Ariadna a través del laberinto, pero ¿a dónde me había conducido? ¿Acaso sabemos ya todo lo relativo a la antigua civilización egea, que comenzó en Creta, se extendió a otras islas y al continente, de donde, quizás, llegaron sus destructores? ¿Qué relación tiene Homero con todo esto? ¿Qué se puede decir del viejo doctor Schliemann y de sus teorías? ¿Han sido totalmente repudiadas? Hojeé las páginas de mi diario. De alguna forma tenía que encontrar una respuesta a estas preguntas y resumir los resultados de mi viaje.

Metafóricamente hablando, después de haber seguido el río de la civilización egea casi hasta su fuente, ya era tiempo de hacer virar la barca y dejarse deslizar rápidamente río abajo, tomando nota de los puntos de referencia principales. Así que en las páginas siguientes, trataré de resumir lo que en la actualidad es aceptado por los arqueólogos del Egeo en general, sin olvidar que hay diversas opiniones y que las teorías más antiguas son modificadas constantemente, e incluso abandonadas por completo a la luz de nuevos descubrimientos. El siguiente esquema de la civilización minoica se basa principalmente en la obra del fallecido John Pendlebury, cuyo libro *The Archaeology of Crete* me fue de extraordinaria utilidad.

Se cree que los antepasados de los minoicos llegaron a Creta aproximadamente entre los años 4000 y 3000 a. C. Su patria de origen parece haber sido el sureste de Anatolia y Siria. En todo caso, según Pendlebury, fue con los pueblos de esas regiones con los que tuvieron más relaciones culturales. Su civilización estaba todavía en la fase neolítica, es decir, usaban instrumentos y armas de piedra bastante perfeccionados, y eran un pueblo de marinos. Sus poblados se presentan en pequeños grupos y con fácil comunicación con la costa. Esta gente, al principio, vivía en cuevas, aunque más tarde construyeron abrigos primitivos.

Pero aunque probablemente los primeros pobladores fueron asiáticos, Sir Arthur Evans opinaba que "el factor determinante del brillante desarrollo de la civilización primitiva puede atribuirse a la comunicación con el valle del Nilo a través del mar Líbico". No hay duda de que hubo contacto con el Nilo Inferior y con Libia desde tiempos remotos. El ya fallecido profesor Percy Newberry, en una conferencia que dio a la *British Association* en 1923, hizo notar que al principio del período histórico en el Bajo Egipto, los objetos de culto de pueblos del noroeste del delta (la parte más cercana a Creta), "incluían (1) el arpón, (2) *los escudos en forma de ocho*, con flechas cruzadas, (3) la Montaña y, probablemente, (4) la doble hacha, así como (5) una paloma o golondrina. Con excepción del arpón, todos estos objetos de culto se encontraron también en Creta." Incluso el arpón puede haber sido modificado más

tarde convirtiéndose en el familiar tridente minoico, que aparece sobre las paredes de Cnosos y de Faestos.

Puede ser que llegaran pequeños grupos de refugiados del Bajo Egipto después de la conquista de esta región por Menes, en el año 3200 a. C. Es interesante el hecho de que la capital del Delta occidental del Nilo, en tiempos pre-dinásticos (antes del año 3200 a. C.), fuera Sais, cuya diosa, Neith, tenía por emblema el escudo en forma de ocho. Los pobladores del Delta occidental estaban estrechamente relacionados con Libia y desconocían el idioma egipcio.

Esta relación con Libia nos da una de las claves más importantes sobre los posibles orígenes culturales de los cretenses. Una de las características primordiales del traje líbico para los hombres en aquellos tiempos remotos (según se ve por las estatuillas) era el "faldellín líbico", parecido a la "bragueta" de los tiempos medievales, que protegía la región genital. Los minoicos llevaban la misma prenda. Los naturales de Libia llevaban dos largos mechones de pelo a los lados de la cara, pasando por delante de las orejas y cayendo sobre el pecho, o pasando por debajo de las axilas. Así también iban peinados los minoicos (ver el Copero en la lámina 15 y al Rey-Sacerdote en la lámina 26). Hay otros ejemplos curiosos en las tumbas *tholos* más primitivas descubiertas en la llanura de Messara, no lejos de Faestos, los arqueólogos han encontrado "ídolos o figurillas humanas completamente distintas de las de tipo neolítico antiguo, pero idénticas a las encontradas en las tumbas prehistóricas de Naquada (Egipto)"

Son dos, por lo tanto, los elementos principales que pueden distinguirse en la Creta neolítica los primeros pobladores, originarios del Asia occidental y reforzados constantemente por otros pueblos procedentes de las mismas zonas, y la estimulante influencia del Valle del Nilo, bien a través del intercambio comercial, o bien a través de la inmigración de pequeños grupos de refugiados procedentes del Delta occidental, expulsados de allí por los reyes del Alto Egipto cuando conquistaron todo el país al principio del tercer milenio a. C. Quizás fueran estos los que enseñaron a los pobladores primitivos el arte de tallar en piedra y la fabricación de faenza que había hecho famosa la región del Delta.<sup>1</sup>

Durante los mil años que los arqueólogos llaman el *Período Minoico Antiguo* (aproximadamente 2800-1800 a. C.), la población de la isla aumentó rápidamente. En la costa nacieron pueblos importantes tales como Palaikastro, Pseira, Mochlos y Gurnia. Los poblados más prósperos se encontraban al este, aunque la llanura de Messara, hacia el sur, también estaba bastante poblada. Con la concentración de la población en los pueblos y en las aldeas surgió la clase de los artesanos y florecieron las artes, especialmente la alfarería. La vida se hizo más fácil, los medios de comunicación mejoraron, las relaciones con el extranjero (especialmente con Asia, Egipto y Libia) se hicieron más estrechas. Pero la metalistería de los minoicos todavía estaba atrasada. La escultura se encontraba en sus albores y los sellos de piedra eran de diseño pobre y de baja calidad.

La isla, en aquella época, se encontraba dividida en tres zonas: central, meridional y oriental, que al parecer eran totalmente independientes unas de otras. No había palacios.

---

<sup>1</sup> Evans sugiere que la agricultura minoica fue favorecida por el contacto con Egipto: "Las alubias encontradas en los almacenes de Cnosos fueron reconocidas en el acto por nuestros obreros como idénticas a las importadas de Egipto".

En el *Período Minoico Medio* (aproximadamente 1800-1600 a. C.)<sup>2</sup> hubo "dos cambios importantes: la construcción de los Palacios y la unidad cultural, no obstante algunas diferencias locales debidas únicamente a las diferencias naturales de comunicación" (Pendlebury). Durante estos dos siglos esplendrosos comenzaron a unificarse las tres divisiones principales del país. La población comenzó a extenderse al oeste del Ida. Creta quizás estuviera dividida en muchos estados, pero, al parecer, Cnosos tenía la supremacía política, aunque Faestos probablemente mantuvo su independencia. Los métodos de construcción se hicieron tan semejantes que no hay duda que la cultura minoica se unificó. Se introdujo por primera vez el bronce, lo que facilitó las construcciones de mampostería finamente labrada. La piedra de yeso se utilizaba como revestimiento y las plantas de los edificios claramente demuestran que se seguía una planificación detallada. A este período corresponde la introducción de dos notables adelantos arquitectónicos: los pozos de luz y el complicado sistema de drenaje. Los frescos alcanzan una perfección asombrosa. Se introduce la rueda de alfarero y se desarrolla una extraordinaria técnica de pintar la cerámica (lámina 16). También se hicieron grandes adelantos en la escultura en miniatura y en el arte de fabricar faenza (cerámica esmaltada). El grabado de gemas se perfeccionaba al mismo tiempo que las demás artes.

"En el Minoico Medio— escribe Pendlebury—, los sellos de piedra alcanzan su mayor belleza."

El comercio con el extranjero había traído riquezas a los minoicos, que, sin guerras, protegidos de la envidia de los vecinos por el mar que dominaban, forjaban un imperio comercial. Probablemente no planearon deliberadamente la conquista de otras islas del Egeo y su imperio se debió de formar siguiendo un proceso análogo al del británico. Seguramente empezaban por obtener permiso de algún principal local para establecer un puesto comercial y quizás construir un puerto. Después el príncipe les pedía ayuda contra algún vecino, ayuda que le prestaban... a algún precio.

Así, poco a poco, pacíficamente, la mayor parte del país quedaba bajo el dominio de los recién llegados. Finalmente llegó la etapa en que fue necesario hacer nuevas conquistas impuestas por la necesidad de reprimir la piratería o, más probablemente, de evitar que otros marinos comerciaran en su terreno.

Tal fue el origen del imperio marítimo de Minos, cuyas tradiciones perduraron hasta los tiempos clásicos y que fueron aceptadas por historiadores tales como Tucídides.

A principios del *Período Minoico Reciente* (aproximadamente 1550-1100 a. C.), Creta ya era una potencia mundial, comparable a Egipto y al Imperio Hitita. Aquella fue la época en que los orgullosos embajadores de los *keftiu* aparecen sobre las paredes de las tumbas egipcias, no ofreciendo tributos como miembros de un estado dominado, sino portando presentes de un monarca a otro.

Hacia 1550 a. C., había buenos caminos comunicando las ciudades minoicas protegidas por puestos de policía. Para entonces Cnosos se había convertido en el centro de un sistema burocrático extraordinariamente centralizado y, desde su soberbio Palacio, el rey de Creta regía sobre muchos dominios de allende los mares. De ahí el tamaño y la complejidad del Palacio: se trataba no sólo de la residencia de un rey, sino también de un centro administrativo.

---

<sup>2</sup> Las fechas de estos períodos (que de todos modos son solamente aproximadas) difieren de las dadas por Pendlebury en su excelente *The Archaeology of Crete*, ya que los investigadores modernos tienden a asignar fechas más recientes que las que él les dio hace veinte años. Debo agradecer al Dr. Frank Stubbings, de Cambridge, los datos sobre las fechas revisadas.

Era la sede de un gobierno que controlaba no solamente las regiones cercanas, o toda la isla, sino un imperio marítimo... Podemos suponer sin temor a duda que existía un sistema administrativo muy desarrollado y que necesitaba mucho espacio para sus oficinas. Los ricos tributos que los reyes obtenían de sus vasallos se almacenaban en los Palacios. (Bury: *History of Greece*).

El otro Palacio, el de Faestos, al sur, quizás perteneció a príncipes emparentados con los de Cnosos.

En torno a estos palacios, así como de otros más pequeños, se apiñaban bellos pueblos con casas de piedra bien construidas, ocupadas por las clases acomodadas, y con casas más pequeñas donde residían los numerosos artesanos. Las montañas no estaban desnudas como lo están hoy día, sino cubiertas por magníficos bosques de cipreses que proporcionaban las grandes piezas de madera necesarias para las columnas, arquivoltas y vigas de los palacios.

Pero de pronto, en el pináculo de esta gloria, hacia el año 1400 a. C., llegaron la destrucción, la ruina y la muerte. Cnosos, Faestos, Hagia Triadha, Gurnia, Mochlos, Mallia y Zacro, todas estas ciudades muestran las huellas de una destrucción violenta acompañada de incendios. ¿Qué fue lo que produjo este desastre? Pendlebury, como hemos visto, considera que fue obra de invasores procedentes del continente y que la historia de Teseo y sus compañeros es el símbolo legendario de esto. Evans consideraba que se debió a uno de los terribles terremotos que ya habían destruido otras ciudades minoicas, aunque quizás en este caso fue seguido por una invasión extranjera o por una insurrección local.

La teoría de Pendlebury tiene muchas cosas que la justifican. Hace notar que en cada una de las zonas arqueológicas antes mencionadas existen huellas de incendios, y que en los tiempos antiguos los terremotos rara vez ocasionaban incendios como suele ocurrir en las poblaciones modernas a causa de sus instalaciones de gas y electricidad. Pero si los invasores extranjeros destruyeron las principales ciudades cretenses 1400 años antes de Cristo, ¿quiénes fueron y por qué se cree que procedían del continente?

Para encontrar respuesta a esto debemos volver atrás unos seiscientos años y estudiar el continente griego tal como se encontraba en el año 2000 a. C., cuando Creta ya había alcanzado un alto grado de civilización. En Grecia (que todavía no se llamaba así) lo mismo que en Creta y en algunas de las islas del Egeo, existía una población en la Edad de Bronce, que había llegado al país unos mil años antes. Pertenecía a la raza mediterránea, de cabello oscuro, y posiblemente tenía algún parentesco con los habitantes de Creta y de las Cícladas. Su idioma, igual que el de los cretenses, nos es desconocido, pero nos han dejado pruebas de su existencia en algunos nombres y lugares *que no pertenecen al griego*. Estas palabras en general son las terminadas en "-os" y "-nth", de las que hay muchas en Grecia y sobre todo en Creta. Por ejemplo, *Corinth*, *Ilissos*, *Halicarnassos*, *Tylissos*.<sup>3</sup> Estos nombres de pueblos y ríos de Grecia no son griegos; son herencia de los pobladores que vivieron allí antes que los antepasados de los griegos modernos llegaran al país. Hay otros nombres de flores, plantas y pájaros desconocidos para los griegos invasores y que incluso han pasado a otros idiomas, como por ejemplo nombres tales como *jacinto* y *narciso*.<sup>4</sup> En Creta hay ejemplos incontables de nombres antiguos de lugares que no son griegos; siendo el ejemplo más obvio el de la propia Cnosos.

---

<sup>3</sup> En su transcripción inglesa. [T.]

<sup>4</sup> Hyacinth y narcissus, en inglés. [T.]

Lo más significativo de todo es la propia palabra mar (*thalassa*), ese mar tan importante en la vida de los griegos y *que no es griego*. Algunos eruditos sugieren que esto es prueba de que el pueblo que invadió lo que ahora es Grecia hacia el año 2000 a. C., procedía del norte, del interior de Europa, donde no se conocía el mar, y que, por lo tanto, al llegar a las orillas del Mediterráneo, adoptaron el nombre usado por el pueblo que habían conquistado. Estos conquistadores nórdicos (de cuya presencia, a partir de cerca del año 2000 a. C., hay pruebas arqueológicas irrefutables), debieron de ser, según algunos eruditos, los antepasados de los "aqueos" cubiertos de bronce de que habla Homero. Y estos hombres, pertenecientes a una raza bélica oriunda de un clima nórdico más duro, fueron los que dominaron los pueblos mediterráneos y construyeron sus grandiosas ciudadelas en Micenas, Tirinto y otros lugares.

Como es natural, este pueblo, que pudo muy bien haber estado organizado en una federación de estados con Micenas a la cabeza, tuvo contactos con el gran Imperio Minoico al sur, produciendo esta fusión de las culturas del continente y de Creta que llamamos cultura micénica. Los investigadores difieren de manera total en su interpretación de las relaciones minoico-micénicas. Evans consideraba que los minoicos colonizaron Micenas, y Pendlebury estaba de acuerdo con esto. "De tal modo quedó influenciado el resto del Egeo por los minoicos —escribió— que resulta imposible al autor no llegar a la conclusión de que estaba dominado políticamente por Creta..."

Pero el profesor Wace, probablemente la máxima autoridad sobre Micenas, no acepta esta opinión. Cree que los gobernantes del continente permanecieron políticamente independientes, aunque se sentían atraídos por la civilización de Creta que era superior a la suya. Imitaron la arquitectura, el vestido y el arte, y quizás trajeron artistas minoicos al continente para que trabajaran para ellos. Los partidarios de la teoría de Wace hacen notar que el estilo de los objetos encontrados en las tumbas de fosa vertical, como por ejemplo las vainas grabadas de puñales, es inconfundiblemente minoico, aunque los temas (la caza y la guerra) no lo sean. Los temas de este tipo interesaban más a la raza bélica del norte, y la impresión que produce el llamado arte "micénico" es que era el producto de artistas minoicos trabajando para un amo extranjero. Obsérvense también los rasgos decididamente no minoicos de la máscara mortuoria micénica representada en la lámina 9.<sup>5</sup>

Cualquiera que haya sido la causa, lo cierto es que, después de la caída de Cnosos, las ciudades del continente, y en especial Micenas, alcanzaron la cúspide de su poder y riqueza. Pendlebury consideraba que los aqueos, o "micenios", atacaron y destruyeron las ciudades cretenses por motivos políticos, probablemente porque querían acabar con el monopolio cretense del comercio para poder participar en el rico intercambio con Egipto. No parecen haber ocupado ni colonizado Creta, ya que después del año 1400 a. C., la cultura minoica, aunque menos brillante, todavía existe en las pequeñas comunidades cretenses. Los palacios, con su clase gobernante y con su enjambre de funcionarios civiles, parece que fueron destruidos, pero en las capas inferiores de la población, la civilización cretense persistió hasta que llegó a ser absorbida por la cultura común del Egeo.

La escena pasa ahora a Grecia que, desde el año 1400 al 1200, alcanzó un grado de riqueza y de unidad que no volvió a existir hasta 500 años después. Durante ese período dominó Micenas. Fue entonces cuando los príncipes micénicos agrandaron su ciudadela, construyeron la Puerta de los Leones y excavaron en las faldas de la colina algunas de las primeras tumbas "colmena" descritas en el capítulo V. Las tumbas de fosa vertical son, como es natural, anteriores (1650-1550 a. C.). En su elevado palacio que dominaba la comunidad, el Rey recibía a sus huéspedes y los agasajaba con banquetes y juglares, tal como lo describe Homero. A los nobles

---

<sup>5</sup> Para más datos sobre esto, véanse los Apéndices.

micenios les gustaba cazar y efectuar carreras de carros. Sus mujeres, lo mismo que las minoicas antes que ellas, llevaban chaquetillas ajustadas con el pecho al aire, grandes faldas de volantes, peinados complicados y profusión de joyas. Este período heroico fue una época espléndida y hacia ella se volvía Homero durante la Época Negra que siguió a la caída del Imperio Aqueo.

Pero antes de que esto ocurriese, los aqueos, después de derrotar a los reyes de Creta, irrumpieron en las ricas regiones del este, fundando poblados en Rodas, Cos y Chipre, comerciando con Egipto, intercambiando los productos del Egeo por lujos tales como el oro, el marfil y telas. Un dato de interés es el hecho de que se han descubierto en Boghaz Keui, la antigua capital de los reyes hititas, en Asia Menor, documentos en arcilla en los que se hace referencia al *Rey de Aquiyava*, lo que según la mayoría de los eruditos es la primera referencia histórica de los aqueos, nombre que Homero solía dar con más frecuencia a los griegos, a los que también llamaba dánaos.

Más tarde, en el siglo <sup>xiii</sup>, Egipto contribuye con su testimonio. En el año 1221 un ejército invasor atacó Egipto. Este ejército iba capitaneado por el rey de Libia, aunque la mayor parte de los invasores procedían del norte. Entre ellos figuraban los "aquiyava" (probablemente otra referencia a los aqueos o "micenios"), según las inscripciones egipcias. La invasión fracasó, pero una generación después, una nueva ola llegó del norte, con la que venía un ejército de los "pueblos del mar". Esta fue la coalición derrotada por Ramsés III en una batalla por mar y tierra. Entre estos pueblos las inscripciones egipcias mencionan los "danuna", que muy bien pudieran ser los dánaos. Fue una época de inquietud y de grandes emigraciones. La última tentativa fue algo más que el avance de ejércitos profesionales, tribus enteras se trasladaron dirigiéndose hacia el sur por las costas de Siria y Palestina con sus mujeres, niños y carros de equipaje. "Las Islas —escribió el sacerdote cronista del Faraón— se encontraban muy agitadas".

Probablemente el último intento desesperado del Imperio Micénico, o de la coalición, fue el sitio de Troya, que de acuerdo tanto con la historia como con la leyenda y la arqueología, se llevó a cabo en el primer cuarto del siglo <sup>xii</sup>. Al parecer este sitio fue debido también a un motivo político, quizás acabar con el dominio troyano del comercio del Mar Negro. Pero para entonces los aqueos ya se encontraban frente a un peligro en su propio país. El último capítulo de este drama de hace 3000 años, revelado por las palas y ensalzado por los poetas, trata de la destrucción de los destructores. Los aqueos que habían acabado con el poder de Cnosos y heredado las riquezas del antiguo Imperio Minoico, fueron a su vez destruidos durante los siglos <sup>xii</sup> y <sup>xi</sup> por otra ola de inmigrantes nórdicos, procedentes del mismo tronco de habla griega: los dorios, antepasados de los griegos "clásicos" y de los de hoy día. Deshicieron el bien organizado estado micénico, fragmentándolo en pequeños cantones.

Siglos después, cuando las antiguas ciudades micénicas yacían en ruinas y el Imperio Minoico había sido olvidado, un genial poeta griego, inspirándose en poemas épicos muy antiguos, produjo la *Ilíada* y la *Odisea*. Aquellos poemas épicos antiguos que glorificaban las hazañas de los héroes de la época micénica habían pasado oralmente de generación en generación, y aunque habían sido modificados y adaptados al gusto de los dorios, todavía preservaban los nombres de las ciudades micénicas y de los gobernantes micénicos, así como los detalles de sus hazañas y de las costumbres sociales micénicas.

Quizás incluso contenían recuerdos inconscientes de las glorias cretenses consideradas como leyendas fantásticas por una generación que no podía comprender que en un tiempo fueron reales. Este podría ser el caso con la descripción que hace Homero de la mítica "Isla de Feacia", donde Ulises fue arrojado por el mar después de su naufragio. Nausícaa, la hija del rey, dice hablando de su patria:

...no hay hombre sobre la tierra, ni nunca lo habrá, que se atreva a posar un pie hostil en tierra de Feacia. Los dioses nos quieren demasiado para permitirlo. Lejos de todo se encuentra esta patria nuestra, batida por el mar; somos la vanguardia de la humanidad y ningún pueblo tiene contacto con nosotros.

¿Puede darse una mejor descripción de Creta en los días de su apogeo? Más adelante, en otro pasaje, se encuentran las siguientes palabras:

Porque los feacios no se interesan por arcos ni carcajes, sino que dedican sus energías a los mástiles y los remos, y a las bellas embarcaciones que gustan de pilotear a través de los mares cubiertos de espumas.

Alcínoo, rey de Feacia, dice a su huésped:

Pero las cosas en que encontramos placer inagotable son las fiestas, la lira, la danza, lino limpio en abundancia, un baño caliente y nuestros lechos. Así es que, comenzad ya, mis incomparables bailarines y, mostrad vuestros pasos para que cuando vuelva a su hogar, nuestro huésped pueda decir a sus amigos lo que aventajamos a los demás hombres en el arte de la navegación, en la velocidad de nuestros pies, en la danza y en el canto.

¿No podría ser esto el recuerdo popular de la vida de lujo del Palacio de Cnosos? En tiempos de Homero, por lo menos quinientos años después de la caída del poder cretense, nada quedaba en la propia Creta que pudiera indicar a los recién llegados que la isla había sido en otro tiempo el centro de un Imperio grandioso. Los dorios curiosos encontraron en las ruinas de Cnosos algunos fragmentos de los frescos de los toros, con muchachos y doncellas, y esto puede haber sido el origen de la leyenda de Minos y de las cautivas atenienses, de Teseo y el Minotauro. En cuanto al laberinto, simplemente se basó en el *labrys*, palabra no griega, que significa Hacha Doble, el símbolo que con más frecuencia aparece representado en los muros de Cnosos. En lo que se refiere a la misteriosa maraña de cuartos y corredores del subsuelo del Palacio, donde Minos tenía encerrado al monstruoso toro, puede haberse tratado de la historia fantástica contada por algún audaz dorio, que de vuelta a Grecia, así interpretó su excursión por las grandes alcantarillas del Palacio (que eran lo bastante grandes para que pudiera pasar un hombre) y que, desde luego, eran cosa desconocida en sus primitivas comunidades.

De este modo, gracias a Evans y sus colegas, que se basaron en los cimientos puestos por Schliemann y Dörpfeld, podemos estudiar un gran campo, completamente nuevo, de la vida prehistórica de Europa. Ha quedado demostrado que las antiguas leyendas y mitos contienen más verdad de lo que querían reconocer los áridos historiadores. Esto se lo debemos agradecer en primer lugar a Schliemann, que confió en las tradiciones antiguas y que tuvo los medios y la fuerza de voluntad necesarios para probar lo que él creía. En cuanto a la investigación paciente y científica, al análisis y la síntesis, se lo debemos a Evans y la multitud de investigadores que le han sucedido.

Homero ahora aparece no como un simple creador de sueños y de historias fantásticas. Escribió en un período de crepúsculo cultural, no había visto los muros de Ilión, ni a Agamenón cruzando la Puerta de los Leones de Micenas, no se había sentado en la sala de los frescos del rey Minos, en Cnosos, pero los que le precedieron habían conocido esas maravillas. Por eso en los poemas se encuentran conservadas, como moscas en ámbar, descripciones de salas majestuosas, de obras de arte, de



armas y armaduras, y de un modo de vida ya desaparecido en la época de Homero, pero que la pala del arqueólogo ha demostrado que había existido.

Nuestros tiempos también pertenecen a otro período crepuscular, sobre todo en lo que se refiere a las humanidades. Los Schliemann y los Evans, hombres que disponían de tiempo y riquezas que les permitían buscar conocimiento por su valor intrínseco, ya están muertos; sus sucesores, que trabajan con menores recursos, están logrando magníficos resultados. Por ejemplo, el profesor Wace, en su reciente libro *Mycenae*, da un paso más en el campo a un mejor conocimiento de los micenios. ¡Pero cuánto queda aún por conocer! La misteriosa escritura minoica, que Evans esperó poder descifrar cuando fue a Creta, es todavía una incógnita,<sup>6</sup> y en Creta, a pesar del trabajo de los investigadores y arqueólogos de Gran Bretaña, Francia, América, Italia y otros países del mundo, quedan todavía más restos bajo el suelo que los que hasta ahora han sido extraídos de él. El valle en donde se encuentra el Palacio de Minos, si fuera explorado, quizás revelaría tumbas y tesoros similares a los del "Valle de las Tumbas de los Reyes", de Egipto. ¿Pero cómo se puede llevar a cabo semejante trabajo hoy día? ¿Dónde se encuentra el hombre acaudalado, que sea también un genio, que pueda financiar, y no digamos planear, semejante trabajo? ¿Qué gobierno se atrevería a solicitar 250.000 libras para excavar y reconstruir un palacio de 3000 años de antigüedad? No puede uno menos de pensar con tristeza cuánto tardará el mundo en estabilizarse y civilizarse lo bastante para seguir con el gran trabajo comenzado por Schliemann y Evans.

Me desperté temprano con el sol brillando a través de las ventanas sin cortinas. Desayuné en la terraza, con el Palacio a unos cuantos cientos de pies más abajo, bañado por el sol, que hacía que sus muros blancos brillaran como la nieve y que dibujaba los patios, los corredores y las amplias escaleras con sombras negras como la tinta. El monte Ida, con su cresta de nieve, se destacaba alto y sereno en el azul inocente de la mañana. Más allá de la achatada colina en que se levanta el Palacio, la llanura de Messara, rica y verde, se extendía hasta fundirse con las colinas que la circundan.

Estas visitas apresuradas, superficiales, pensaba yo mientras revolvía mi café, son características también del ritmo de nuestra época. Hace cincuenta años, y hasta menos que eso, jóvenes modestos podían pasar meses en lugares como éste planeando sus carreras, un libro, o una tesis universitaria, o quizás simplemente disfrutando. Hoy estas experiencias sólo pueden tenerlas tres "clases privilegiadas": la minoría, cada día más pequeña, de turistas que puedan permitirse el lujo de pagarse los gastos, la minoría, todavía más pequeña, de los que viajan por cuenta de las Universidades, y los escasos, afortunados periodistas que "tienen una suerte loca" y que están conscientes todo el tiempo del boleto de avión de vuelta que llevan en el bolsillo y del editor que espera con impaciencia...

Las pasiones nacionalistas, las sospechas, la intolerancia, las mentiras de la propaganda, todos los males que Evans combatió, han estado a punto de destruir el mundo que él conoció. Sin embargo, en nuestra época de ansiedad, debemos aprovechar todas las oportunidades que se nos presentan. Por un breve espacio de tiempo el dominio de lo irracional se ha debilitado un poco, lo bastante apenas para que algunas personas puedan disfrutar del estímulo de los viajes y del intercambio amistoso entre pueblos, lo que en otros tiempos era considerado como prueba de civilización.

---

<sup>6</sup> Después de la publicación de la primera edición de este libro, la escritura "Lineal B ha sido parcialmente descifrada. Véase Apéndice B.

Me alejé de la posada, bajando la cuesta, y lentamente subí la magnífica escalera, tan majestuosa como la de Versalles, que conduce a la entrada de este Palacio de 4000 años de antigüedad (lámina 29, abajo). Seguí largos corredores, crucé innumerables puertas, ascendí escaleras que en otro tiempo llevaban a las habitaciones superiores. Atravesé el gran Patio Central, subí más escaleras, caminé por otros corredores, hasta que llegué al límite extremo del Palacio, donde la colina en que se encuentra acaba en un precipicio sobre la fértil llanura de Messara.

De pronto, desde abajo, hiriendo el aire matinal, llegó hasta mí el sonido agudo de una trompeta. ¿Un heraldo anunciando la llegada de una embajada de Egipto? No, no se trataba más que de un cuerno de pastor.

A la derecha y a la izquierda se elevaban suaves colinas, bañadas por el sol de la mañana, las colinas donde se encontraron las tumbas *tholos* de algunos de los primeros pobladores de Creta. Más allá se encontraba la llanura de Messara propiamente dicha, de un verde jugoso con dibujos geométricos hechos por las filas de olivos de un gris polvoriento que proyectaban sus largas sombras matinales sobre la hierba húmeda. Entre las antiguas y grises piedras del palacio crecían asfódelos rosas, con sus apretadas flores inmóviles en el aire tibio y sin viento. Había también anémonas silvestres rojas y azules y, a mis pies, incontables matas de la diminuta acedera amarilla.

La primavera... la primavera había llegado a Creta desde el sur, atravesando el mar color de vino de Homero, que había sido el camino seguido por los primeros pobladores de Creta hace cinco o seis mil años. Dentro de día y medio me encontraría caminando por los pavimentos lavados por la lluvia del frío y ventoso Londres. Pero había visto la llegada de Perséfone a

esta patria nuestra, batida por el mar,  
...la vanguardia de la humanidad...

de donde llegó la primavera a Europa.

## APÉNDICE "A"

### LA SEGUNDA GLORIA DE MICENAS

Al final de la primera edición de este libro, publicado en el otoño de 1953, mencioné unos descubrimientos notables realizados en Micenas en la primavera de 1952, los más importantes hechos en esa zona arqueológica desde que Schliemann descubriera las tumbas de fosa vertical en 1876. Al final del pequeño apéndice en que describía algunos de los tesoros encontrados en 1952, escribí:

Para cuando se publiquen estas palabras no hay duda de que se habrán excavado más tumbas del recién descubierto Círculo; revelando quizás tesoros similares o superiores a los encontrados por Schliemann hace tres cuartos de siglo.

Estas palabras resultaron proféticas, lo mismo que las últimas líneas del libro, que decían:

Un nuevo capítulo habrá sido añadido a nuestra historia, una historia que puede no acabar nunca, pues si los Schliemann y los Evans lograron triunfos, ¿quién puede asegurar que ya se han desentrañado los últimos secretos y que los arqueólogos del futuro no llegarán a alcanzar mayores victorias aun sobre los ejércitos del Tiempo y de la Ruina?

En el Capítulo V describí mi visita a Micenas, donde llegué siguiendo el estrecho y retorcido camino que conduce a la ciudadela desde el pueblo de Charvati. Poco podía yo imaginar que pasaba sobre la tumba de una princesa micénica, ni que a pocos metros del camino se encontraba un Círculo de Tumbas con más de *dieciséis* sepulturas de nobles micenios de la Edad de Bronce Media. Pocos meses después, el Dr. John Papadimitriou, del Servicio Arqueológico Griego, hizo este descubrimiento maravilloso y, durante los dos últimos años, se han encontrado tesoros semejantes por su esplendor y significado histórico a los encontrados por el excavador alemán.

Durante ese mismo período, unos arqueólogos británicos, trabajando a las órdenes del profesor Wace, llevaron a cabo excavaciones en el Cementerio Prehistórico que se encuentra fuera de la Puerta de los Leones, descubriendo las ruinas de casas micénicas que se encontraban fuera de las murallas de la ciudadela, y objetos que han proporcionado nuevos datos sobre la Época Micénica y que han confirmado su estrecha relación con el mundo descrito por Homero.

De mayor interés aún, aunque quizás menos espectacular, es el desciframiento parcial, en 1952, de la escritura minoico-micénica "Lineal B", que fue descubierta por primera vez por Evans en Cnosos y que durante más de cincuenta años había dejado perplejos a los investigadores. El mérito principal de este éxito corresponde a un joven arquitecto inglés, de 35 años, Michael Ventris, aunque eruditos americanos y europeos trabajaron en el mismo problema y le ayudaron con sus investigaciones.

Los dos descubrimientos están muy relacionados porque se han descubierto en Grecia tabletas y objetos con inscripciones iguales a las encontradas por Evans en las tabletas de Cnosos, lo que demostró que los micenios usaban el mismo sistema que usaban los cretenses durante la última parte del Período Minoico Reciente (1400-1200 a. C.). Recientemente, el profesor Blegen, de la Universidad de Cincinnati, ha encontrado numerosas tabletas en Pylos, y Wace ha descubierto en Micenas otras

similares aparte de jarros con inscripciones. Además, parece ahora casi seguro que el lenguaje era una especie de *griego* primitivo, lo que apoya la teoría de Wace y de otros de que durante su última época la civilización minoica estuvo muy influenciada por el continente y que incluso la propia Cnosos quizás fuera Conquistada por los micenios. Wace ha declarado también que las tumbas recientemente excavadas en el Cementerio Prehistórico muestran una continuidad cultural y que no hubo una interrupción arqueológica total en la cultura micénica al final de la Edad de Bronce. Sugiere que esto refuta la creencia, hasta ahora aceptada, de que la invasión dórica produjo un retroceso. Sin embargo, no todos los investigadores aceptan esta opinión, y algunos declaran que aunque Micenas siguió habitada después del saqueo dórico, la cultura micénica terminó. La poesía épica es lo que más ha ayudado a conservar su recuerdo.

Lo cierto es que la arqueología del Egeo está entrando en una fase nueva, llena de interés, en la que algunas de las teorías primeras tendrán que ser descartadas.

Por lo tanto, en este Apéndice voy a describir algunos de los hallazgos más recientes realizados en Micenas. En el que sigue discutiremos los trabajos de Ventris sobre la escritura "Lineal B", después de lo cual trataré de relacionar ambas cosas, y de indicar cómo estos acontecimientos de tanta importancia pueden afectar nuestras opiniones sobre la civilización egea, descubierta por Schliemann y Evans.

En 1952, Wace y sus ayudantes británicos comenzaron nuevas exploraciones del Cementerio Prehistórico que se encuentra fuera de la Puerta de los Leones. En el Capítulo V mencioné que "el profesor Wace ha demostrado que el Cementerio Prehistórico, al que pertenecen las tumbas de fosa vertical, se extendía primitivamente más allá de las murallas ciclópeas, al oeste de la Puerta de los Leones".

En ese año encontró varias tumbas de la Edad de Bronce Media, con inhumaciones típicas de ese período. Al parecer no se trataba de tumbas reales, y habían sido saqueadas en la antigüedad, aunque todavía se encontraron objetos de interés. También encontró objetos interesantes que quizás eran botín abandonado procedente de un *tholos* o de una rica tumba de cámara del Período Heládico Reciente. Entre estos se encontraba un grupo de marfiles notables, algunos de los cuales tenían la forma de nuestro conocido escudo en forma de ocho. Parecían modelos de los grandes escudos para cubrir todo el cuerpo, mencionados por Homero. Otros de los marfiles parecen haber formado parte de incrustaciones en muebles de madera. Por ejemplo, hay uno con un saliente en la base para empotrarlo en un hueco, y que puede haber sido adorno de una cabecera o de una silla, aunque Wace sugiere la posibilidad de que fuera la cabeza de un bastón de heraldo, análogo al caduceo con que se suele representar a Hermes.

Otro de los marfiles tenía un grifo en bajorrelieve, magistralmente tallado (recuérdense los grifos de las paredes del Salón del Trono en Cnosos). También apareció el asa de una taza de plata del mismo tipo que las famosas tazas de oro de Vafeio (lámina 24), el asa propiamente dicha y las placas superior e inferior estaban incrustadas en oro y nieladas.

En esa misma temporada (1952) Wace y sus ayudantes trabajaron en la Casa de la Fuente Perseia, que anteriormente había sido tomada por un gimnasio helenístico. Sin embargo, Pausanias había mencionado esta casa de la Fuente, que recibía el agua de la fuente Perseia, y los excavadores encontraron dos recipientes colocados frente a un largo muro de retención. Uno era para personas, el otro para animales, y la que estaba al este y era más grande de las dos, tenía una zona pavimentada delante que probablemente estuvo techada. Esta Casa de la Fuente era helenística (siglos III y II), pero tuvo probablemente un predecesor clásico que databa del período en que Micenas estuvo ocupada por los argivos, unos 500 años a. C.

Lo más interesante de todo fue un grupo de bronce que se encontraron cerca de allí. Parecen haber sido las existencias de algún artesano dedicado a su fabricación. Wace encontró herramientas, incluyendo cinceles, un taladro y un martillo, un hacha doble, una azuela, una daga y varios cuchillos curvos, todo ello del período micénico.

Debe tenerse presente que no todos los micenios vivían dentro de las murallas de la ciudadela y que, en las faldas de la colina, había muchas casas, y fue en las ruinas de estas casas donde Wace hizo sus descubrimientos más notables. En una de ellas, que parece haber sido la de un comerciante de aceites, había un almacén con grandes tinajas (*pithoi*) adosadas a la pared, tal como las describe Ulises en la *Odisea*. Pero lo más notable es que esta casa había sufrido un incendio y que las jarras habían sido rotas o volcadas deliberadamente para avivar el fuego.

Los dos cuartos de la planta baja de esta misma casa contenían treinta y ocho tabletas con inscripciones en la escritura "Lineal B", semejantes a las descubiertas por Evans en Cnosos. Éstas, con excepción de los hallazgos hechos en la superficie en 1950, fueron las primeras encontradas en una casa particular. Al igual que las descubiertas en Cnosos y en Pylos (por Blegen), parece que no son sino cuentas e inventarios, y han sido descifradas parcialmente por Ventris. En una de las tabletas había un dibujo de un hombre con un faldellín corto, en posición de firmes. Quizás se trata de un borrador de algún artista para un fresco como los de Cnosos, ya que sabemos que los micenios tenían la costumbre de adornar sus muros con frescos de hombres y mujeres, carros y escenas de cacerías.

En 1953 Wace siguió trabajando en Micenas. Al norte y al sur de la Casa del Comerciante de Aceites descubrió dos casas más del siglo XIII a. C. Allí encontró unas tallas de marfil aun más notables que las citadas anteriormente.

Probablemente nunca se han encontrado tallas de marfil micénicas en tanta abundancia. Desde luego no se ha encontrado nada semejante en los últimos sesenta años.

Al norte de la Casa del Comerciante de Aceites los excavadores estudiaron una casa construida sobre una plataforma sostenida por unos muros de gran espesor. Se pueden distinguir dos cuartos, en el oriental había tallas de marfil al parecer destinadas a adorno e incrustación de arquetas de madera, camas, sillas y otros muebles. Una vez más, la pala del arqueólogo ha confirmado aquí, lo que escribió Homero, ya que este menciona el marfil como elemento decorativo en muebles, arneses, espadas y llaves. Se encontraron más modelos en marfil de escudos en forma de ocho, tapas de marfil, y la cabeza de un guerrero micénico con el "casco de dientes de jabalí", mencionado por Homero (véase página 81).

Wace llamó a esta casa la "Casi de los Escudos", y a la que se encontraba al sur la "Casa de las Esfinges", por una pequeña placa de marfil que apareció allí y que mostraba unas esfinges acostadas. Estas esfinges se parecen a los leones de la Puerta de los Leones.

La anatomía de las patas y de los cuerpos esta dibujada delicadamente —escribe—. Llevan coronas de lirios y el pelo les cae por atrás.

También se aprendió mucho acerca de los métodos de construcción de las casas micénicas. Tenían marcos de madera en los huecos de las puertas, como describe Homero, y los sótanos recuerdan los de los Palacios de Príamo y Menelao, descritos por el poeta. No hay duda de que Homero incorporó en sus poemas muchas de las características de lo que llamamos civilización micénica, a pesar de escribir durante la época de transición entre la Edad de Hierro y la de Bronce.

Pero quizás el descubrimiento de mayor importancia hecho por Wace en 1952 y 1953, fue el de unas tabletas de arcilla con inscripciones, junto con sellos de arcilla e impresiones de sello. Algunas de éstas fueron encontradas en la "Casa de los Escudos". En la "Casa de las Esfinges" se encontraron otros ejemplos de escritura micénica. En una puerta que daba al almacén había siete sellos de barro cocido, hechos todos con el mismo troquel y en el anverso de cada uno de ellos había una inscripción a base de incisiones, en la escritura "Lineal B", siendo diferentes todas las inscripciones.

Lo interesante de esto —escribía Wace— es que hemos encontrado ahora pruebas evidentes de que hubo cosas escritas en cada una de las tres casas de esta hilera de grandes casas particulares. Esto confirma, sin lugar a duda, que los ciudadanos de Micenas estaban familiarizados con la escritura y la lectura, y que su uso no estaba limitado a los reyes y funcionarios, a los sacerdotes y a los encargados de recoger impuestos.

Nuevas excavaciones realizadas en el Cementerio Prehistórico revelaron que hubo continuidad de cultura entre el final de la Edad de Bronce (última fase de la civilización micénica) y el principio de la Edad de Hierro a la que perteneció Homero.

Una de las tumbas corresponde a la última fase de la civilización micénica al finalizar la Edad de Bronce y es del siglo XII a. C. Se encontraron en ella dos vasijas típicas una jarra pequeña y un cuenco del llamado estilo "granero". Algo más reciente es una tumba que fue cavada entre las ruinas de la Casa de los Escudos y que corresponde al principio de la Edad de Hierro; en ella se encontró cerámica proto-geométrica. Las dos vasijas, una gran ánfora con círculos concéntricos, y un pequeño vaso de forma de pato y con un sencillo adorno geométrico, seguían dentro de la tradición.

Se encontraron otras tumbas que también "seguían dentro de la tradición". Contenían objetos tales como vasijas, puñales de hierro, alfileres de bronce, etc., que tendrían quizás poco interés para el profano en comparación con las riquezas encontradas en el Círculo de Tumbas Reales que se describirá más adelante, pero que son de gran importancia desde el punto de vista histórico, ya que, según el excavador.

Esta serie de tumbas es de gran valor porque nos dan la secuencia de estilos y nos muestran que no hubo ninguna interrupción arqueológica en la cultura de Micenas al finalizar la Edad de Bronce. Los efectos de la invasión dórica han sido exagerados por los historiadores. Los datos arqueológicos sugieren que no hubo corte definitivo ni racial ni culturalmente, sino que se trató simplemente de una revolución política.<sup>1</sup> La ciudadela de Micenas fue incendiada al finalizar la Edad de Bronce, pero no hubo una verdadera interrupción en su civilización.

La labor de Wace y de sus colegas no ha producido nada tan espectacular y romántico como el descubrimiento del Nuevo Círculo de Tumbas, pero su paciente excavación ha añadido mucho al conocimiento de la civilización micénica y de su estrecha relación con el mundo heroico de la *Ilíada* y la *Odisea*. Se han encontrado obras de arquitectura, armas y objetos homéricos y ha quedado establecido que los micenios tenían un sistema de escritura utilizado incluso fuera del palacio y de los

---

<sup>1</sup> Debemos mencionar que hay algunos investigadores que no están de acuerdo con esta teoría del profesor Wace y que sostienen que sí hubo interrupción en la cultura.

círculos oficiales. También ha quedado demostrado que en el siglo XIII a. C. Micenas estaba en paz, ya que de otro modo los ricos mercaderes no habrían podido construir sus casas *fuera* de las murallas. Sin embargo, todavía quedan muchos problemas por resolver, algunas de los cuales discutiremos al final del Apéndice B.

Aquel escritor viajero del siglo II, Pausanias, cuyas observaciones no fueron aceptadas como verdad por los eruditos del siglo XIX, cada día merece más crédito a medida que las excavaciones realizadas en Micenas van confirmando su exactitud. El primero en vindicarlo fue, como es natural, Schliemann, quien, como dije en el capítulo IV, creyó en la verdad literal de la siguiente afirmación:

En las ruinas de Micenas hay una tumba de Atreo y también tumbas de todos aquellos que fueron asesinados por Egisto a su regreso de Troya. Clitemnestra y Egisto fueron enterrados fuera de las murallas, porque no merecían ser enterrados dentro, donde yacían Agamenón y los que con él fueron asesinados...

Schliemann excavó dentro del recinto de las murallas de la ciudadela y encontró seis tumbas de fosa vertical. En 1951, setenta y cinco años después, el Dr. J. Papadimitriou, del Servicio Arqueológico Griego, descubrió el *segundo* círculo de tumbas que, según Pausanias, estaba *fuera* de las murallas. Lo encontró accidentalmente mientras dirigía las reparaciones de la llamada "Tumba de Clitemnestra".

El nuevo Círculo de Tumbas se encuentra a 120 o 130 metros al oeste de la Puerta de los Leones, en parte debajo del camino que va de la ciudadela al pueblo de Charvati. El Dr. Papadimitriou opina que las tumbas eran conocidas en los tiempos de Pausanias (127 d. C.) porque "a muy poca profundidad respecto a lo que era el nivel de la superficie del suelo en la época de Pausanias, nivel que ha sido establecido definitivamente con las últimas excavaciones" se han descubierto lápidas de sepulcros o estelas similares a las encontradas en las tumbas de fosa vertical de Schliemann. Sin embargo, todavía no se ha desentrañado el misterio de por qué, si las tumbas eran conocidas en aquella época, no fueron saqueadas.

Existe una cierta diferencia entre el Nuevo Círculo de Tumbas y el de Schliemann. Ambos tienen aproximadamente el mismo diámetro, unos 27 metros, pero el muro que rodea el "nuevo" círculo es mucho más grueso (1.55 metros) y está construido con grandes bloques de piedra caliza, toscamente labrada. Desde el punto de vista cronológico pertenece al mismo período que las tumbas que circunda, mientras que el muro que rodea el Círculo dentro del recinto de la Ciudadela fue construido doscientos años después que las tumbas, con losas de piedra *poros*. Esto se debe a que las tumbas descubiertas por Schliemann originalmente, se encontraban fuera de la Ciudadela y cuando ésta fue ampliada, quedaron dentro, construyéndose entonces el muro circundante. Quizás en un principio habían estado rodeadas por un muro de piedra caliza semejante al que rodea el Círculo recién descubierto.

Hasta la fecha (abril de 1954) se han excavado dieciséis tumbas, y en algunas de ellas se han descubierto tesoros casi iguales a los encontrados por Schliemann. Sobre dos de ellas había estelas "donde estaban representadas hermosas escenas de caza de toros y de leones. Sobre otra tumba... se encontró *in situ* la base de una estela funeraria con un fragmento de la misma. Esto nos proporciona la oportunidad de estudiar nuevamente el método seguido para el empotramiento de las estelas descubiertas por Schliemann y transportadas, sin sus bases, al Museo Nacional de Atenas. Como resultado de esto encontramos en el Círculo de Tumbas de la Ciudadela algunos bloques pertenecientes a las bases de estelas que hasta la fecha no han sido

encontradas. Este detalle revela por si solo el significado de las nuevas tumbas cuya excavación, tal como se lleva a cabo con nuestros nuevos métodos científicos y con la experiencia y conocimientos obtenidos desde los días de Schliemann gracias a los trabajos de excavación y los escritos de los investigadores de distintos países, proporcionará datos importantes respecto a la construcción de tumbas y las costumbres funerarias de aquella época remota" (Dr. Papadimitriou).

El Dr. Papadimitriou ha designado las tumbas con las letras del alfabeto griego para distinguirlas de las de Schliemann, que llevan numerales latinos. La más rica de todas es la *Omicron*, cuya excavación requirió un cuidado exquisito.

A este lado del muro el círculo de tumbas ha sido completamente destruido por un camino moderno y la tumba se encontraba totalmente debajo del asfalto. El acueducto del pueblo cruzaba la tumba y en el centro había sido construido un tanque de hormigón armado. Sin embargo, tan solo la parte superior de la tumba había sido dañada, habiendo permanecido el resto ignorado y sin robar.

Hubo que desviar el camino y el acueducto y retirar el tanque, trabajo bastante difícil, pero los excavadores fueron bien recompensados, ya que la tumba parece haber sido la de una joven princesa micénica cuyo cuerpo fue encontrado acostado. Al norte de la tumba, cerca de tres vasijas de arcilla, se encontró un cuenco de cristal de roca, tallado en la forma de un pato "... de cabeza y cuello graciosamente inclinados, formando el asa, y la cola formando el labio. Ni en el resto del continente griego ni en Creta se ha encontrado ninguna obra de arte similar. Tan sólo en Egipto y en Asia Menor han sido descubiertas vasijas de este tipo. Es asombroso como pudo el artista conseguir un pedazo tan grande de cristal de roca (15 centímetros)".

El esqueleto de la princesa estuvo originalmente vestido con ricas prendas y, a pesar de que el tejido, como es natural, se había deshecho, los adornos de oro y plata, broches, collares, diademas, etc. se habían conservado incólumes. En cada uno de los hombros se encontró un alfiler de bronce con cabeza de cristal, probablemente para sostener un pesado vestido y, cerca del hombro derecho, otro alfiler de plata, con cabeza de oro. Sobre el pecho descansaban tres collares: dos de diversas piedras preciosas tales como amatistas y cornalina, y el otro de cuentas de ámbar. En una de las muñecas se encontró un bello brazalete de oro, hecho con espirales, y la princesa llevaba unos pendientes de oro de aspecto curiosamente moderno. Cerca de su cabeza había dos grandes diademas de oro, con una placa de marfil que quizás sirvió para sujetarlas.

En otra tumba, la *Xi*, se encontró el esqueleto de una niña no mayor de dos años. Se encontraba casi en el centro de la tumba y estaba adornado con bellas joyas en miniatura. Se encontraron, dice Papadimitriou, "*in situ*, como quedaron colocadas sobre el cuerpo de esta desdichada criatura, produciendo un efecto encantador. Sobre la cabeza había una diadema de hojas de oro dobles, unidas por una banda de oro, y cerca de la cabeza, al lado de las sienes, se encontraron dos anillos de oro para sujetar las trenzas. Cerca del centro había un pequeño collar de piedras preciosas, e incluso se encontró una sonaja de oro..."

La tumba *Delta* contenía tres cuerpos y cerca de uno de ellos estaban tendidas dos espadas de bronce, así como otras armas del mismo metal y vasijas de arcilla. Una de las espadas tenía el puño de marfil con delicadas tallas (decoraciones de espiral y cuatro cabezas esculpidas, dos de toro y dos de león).

El cuerpo de un guerrero, un hombre alto de 1,80 m. de estatura, fue encontrado en la tumba *Gamma*, con las piernas abiertas y las manos cerca de la pelvis. No se ha aclarado todavía por qué eran colocados en esta posición (los



excavadores encontraron otros cuerpos en la misma postura), pero puede ser que el cuerpo fuera apocado contra unos almohadones con las manos en las caderas. Cerca de este esqueleto se encontraron dos largas espadas de bronce con puños de marfil, un bello puñal de bronce, una lanza, también de bronce, y otras armas. Otro cuerpo llevaba un collar de oro, y en el lado oeste de la tumba había adornos de oro y una copa de oro. También se encontraron copas de bronce y alabastro.

Papadimitriou descubrió que los hombres y las mujeres eran enterrados en tumbas separadas y que solamente las tumbas de los hombres contenían copas de oro y plata. En la tumba Iota había dos esqueletos de hombre, uno de los cuales estaba provisto de una espada de bronce con puño de marfil, un cuchillo de bronce con puño de cristal de roca, y una lanza de bronce. En muchas de las tumbas se encontraron delicadas copas y vasijas, algunas de arcilla con decoraciones pintadas, otras de piedra, y otras de alabastro. Una de las tumbas, descubierta a poco de iniciarse las excavaciones, contenía vasijas de bronce y plata, dos copas de oro, adornos para la cabeza, de oro, y una máscara de una aleación de oro y plata. Una vez más la “áurea Micenas” de Homero ha hecho honor a su fama.

El método de inhumaciones es similar al utilizado en las tumbas de fosa vertical de Schliemann. La profundidad de las tumbas varía, pero todas son del tipo de fosa. Al cavar la tumba, se dejaba un reborde estrecho a cierta altura del fondo. Los cuerpos eran colocados sobre una capa de guijarros, junto con los regalos funerarios. Después se tendían vigas de madera apoyadas en los rebordes, formando así el techo de la tumba. Sobre estas vigas se colocaban cañas muy juntas y se cubría todo con una capa espesa de una arcilla verdosa o, a veces, con losas de piedra, para hacer la tumba impermeable. Después se rellenaba con la tierra, pero como se había excavado más tierra de la necesaria para llenar la fosa, se apilaba sobre la tumba formando un pequeño montículo, sobre el que se colocaba la estela funeraria.

Cuando querían hacer otra inhumación, corrían el cuerpo del primer ocupante hacia un lado para dejar lugar al recién llegado. Si a pesar de eso faltaba espacio, quitaban algunas de las jarras de arcilla de la fosa y las colocaban sobre el techo, debajo del montículo. No usaban ataúdes.

Desgraciadamente todavía no se tiene idea de quiénes fueran las personas enterradas en estas tumbas. Pausanias fue informado que eran los cuerpos de Egisto y de sus compañeros, los asesinos de Agamenón, que no habían sido considerados dignos de ser enterrados dentro de la Ciudadela. Pero ahora sabemos que son de una época anterior (probablemente vanos cientos de años) a la atribuida a Agamenón. Se trata de cuerpos de miembros de la realeza micénica que vivieron entre 1650 y 1550 a. C., mucho antes de la época de la guerra de Troya.

La gente de Micenas que conoció Pausanias el año 127 d. C., cuando la famosa ciudad de Agamenón yacía en ruinas, sabían de su historia solamente por las leyendas y por los poemas homéricos y, por lo tanto, no tenían idea de la cronología tal y como la conocemos hoy. Sin embargo, recordaban los nombres de sus famosos antepasados, los poderosos guerreros que hicieron expediciones a Oriente y trajeron oro, plata, marfil y otros objetos preciosos. No hay duda de que el marfil provenía de Siria, ya que sabemos que se cazaban elefantes en el valle del río Orontes, 1500 años antes de Cristo. Tampoco hay duda de que tuvieron estrechas relaciones culturales con el imperio insular de Creta, que quizás más tarde llegaron a destruir.

El Dr. Papadimitriou ha llegado a la conclusión de que los círculos de tumbas no eran planos, sino que sobre cada tumba se elevaba un montículo. Cuando se terminaban las ceremonias funerarias y se había rellenado la tumba, los parientes y amigos del muerto celebraban un banquete funerario sobre ella, como lo prueba la cantidad de restos de animales encontrados en la tierra que cubría cada túmulo. "Esta costumbre —indica el arqueólogo— es mencionada en la *Ilíada* de Homero, cuando se describe el funeral de Patroclo, en el que los griegos se reúnen cerca del cadáver en

un banquete dado por Aquiles, quien mató animales, toros, ovejas y cerdos en tal cantidad que la sangre corría alrededor del cuerpo".

Hay una cosa que todavía me intriga y que presento a mis lectores para que mediten sobre ella. Sabemos ahora que los micenios sabían escribir, se han encontrado tabletas de arcilla en casas particulares de Micenas (aunque de dos o trescientos años después de la época de los Círculos de Tumbas) con inscripciones en la escritura conocida con el nombre de "Lineal B". También se han encontrado vasijas y jarras con inscripciones en el mismo tipo de escritura. ¿Por qué, entonces, si los micenios se molestaban en escribir inventarios de sus bienes y en marcar sus jarras de aceite, no gravaban en las lápidas funerarias los nombres de sus reyes muertos? y los egipcios cubrían las paredes de sus tumbas con inscripciones; lo mismo hacían los fenicios. Los griegos de tiempos más recientes y los romanos también inscribían sus lápidas, pero los micenios no. ¿Por qué?

He preguntado esto a varios amigos arqueólogos y todos están de acuerdo en que es un misterio. El Doctor Frank Stubbings, profesor de lenguas clásicas en Cambridge, que también ha excavado en Micenas con Wace, me escribió:

Yo mismo me pregunto si no habría una tradición oral histórica que las sustituya (es decir, las inscripciones grabadas o escritas en los monumentos). Dicha tradición oral debió inspirar los poemas épicos de Homero quizás ya existían poemas épicos en los tiempos micénicos. Chadwick ha observado lo asombrosamente que el griego de las tabletas recuerda el hexámetro, y Homero conserva muchas palabras de este griego micénico que de otra forma se habrían perdido en los tiempos clásicos. Las estelas encontradas sobre las tumbas de Fosa Vertical (tanto en las de Schliemann como en las de Papadimitriou) son anteriores a cualquier ejemplo conocido hasta ahora de escritura "Lineal B" (La de Cnosos, aproximadamente de 1400, es la más antigua, las Tumbas de Fosa Vertical son de 1650-1550). La escritura "Lineal A"<sup>2</sup> se encuentra en Creta en ejemplos de una antigüedad semejante a la de las Tumbas de Fosa Vertical, pero no se conoce en el continente. La tumba Real de Isopata, cerca de Cnosos, tiene una inscripción que puede o no referirse al entierro, es corta y está en "Lineal A", que todavía no ha sido descifrada. Hay tumbas micénicas posteriores que a veces tienen lápidas o marcas, en un caso, con pinturas, pero que yo sepa no hay ninguna con inscripciones. ¿Hubo acaso originalmente inscripciones *pintadas* en las tumbas? No se sabe de ninguna y en un momento de la magnitud de la "Cámara del Tesoro de Atreo" (lámina 1) con su fachada labrada (ahora en el Museo Británico), uno se imagina que debió de haber alguna inscripción (si alguna vez existió) grabada también en la piedra. Homero cita la erección de túmulos (e incluso piedras) para marcar el lugar de las tumbas, pero al parecer sólo se trataba de una marca para ser identificada verbalmente, o por lo menos eso me imagino.

Como los expertos no pueden dar una contestación definitiva, voy a aventurarme a proponer dos posibles respuestas a este problema. Ninguna de las dos tiene una buena base histórica o arqueológica, y las presento solamente como hipótesis. La primera me la sugirió el Antiguo Egipto.

Los egipcios tenían un sistema de escritura antes del año 3000 a. C. y, sin embargo, no encontramos nada que se pueda parecer a literatura hasta mil años después. La escritura egipcia fue inventada con un fin exclusivamente utilitario era un implemento de trabajo, un medio por el cual una persona podía comunicarse con otras

---

<sup>2</sup> Evans descubrió dos formas de escritura en Cnosos, la "Lineal A", la más antigua, y la "Lineal B", que también se encuentra en el continente. Es esta última la que ha sido parcialmente descifrada por Ventris. (Véase Apéndice B).

sin necesidad de verlas y hablarles, un medio de llevar cuentas y registros. Más tarde los egipcios, como todos los pueblos civilizados, descubrieron que las palabras tienen un encanto propio y surgieron escritores de historias y romances que usaban el idioma solamente para proporcionar placer. De este modo, el oficio se convirtió en arte.

Es probable que los micenios adoptaran la escritura con el mismo objeto práctico de llevar registros y cuentas, como un medio puramente mecánico en el que la aristocracia no se interesó un implemento útil para los mercaderes, comerciantes, funcionarios, etc., pero que era indigno de reyes y príncipes.

Parece indudable que los poemas épicos en los que se inspiró Homero para su *Ilíada* y *Odisea* fueron originalmente recitados, pues Homero menciona trovadores y no escritores. Me parece muy probable que a los príncipes micenios, sentados en sus salones después de un banquete, les gustara oír narrar las hazañas de sus antepasados, cantadas o recitadas en versos épicos, pero que a nadie se le ocurrió *escribir* esos poemas ya que no era necesario hacerlo. Los trovadores tenían memorias prodigiosas y la escritura no era nada más que para cosas prosaicas.

Si esta teoría es acertada es muy poco probable que se llegue a encontrar literatura escrita del período micénico, y en las generaciones futuras tendrán que seguir dependiendo, como nos pasa ahora, de los poemas de Homero para tener idea de lo que pensaban y sentían los micenios.

Sin embargo, todavía queda en pie la pregunta de "¿por qué no registraron los micenios por lo menos los nombres, las hazañas de sus reyes en las tumbas, como han hecho pueblos de otras civilizaciones antiguas?" Esto me lleva a la segunda teoría que la ausencia de nombres de la realeza micénica se deba a un tabú religioso.

Según los antropólogos, aún en nuestros días, en tribus primitivas, existe el tabú que prohíbe que se mencione el nombre del Jefe. Lo mismo sucedía en el Antiguo Egipto. Rara vez se hacía referencia al faraón usando su nombre. Se le llamaba "Uno", o "el Gobernante", o se escondía su identidad con nombres tales como "el Toro" o "el Halcón". En la "Historia de Sinuhé", el escritor describe la muerte de Amenemhat como sigue:

En el año 30, en el noveno día del tercer mes de la Inundación, el dios entró en su horizonte.

Es cierto que después dice:

El rey Amenemhat voló al cielo.

y nombra a su sucesor, Sesostris, pero inmediatamente después hace referencia al joven príncipe como "el Halcón" que "se fue volando con su séquito".

De todos modos, la "Historia de Sinuhé" es una obra refinada de la Duodécima Dinastía, del período medio de la historia egipcia, más de mil años después de surgir la civilización en el valle del Nilo. Quizás en tiempos anteriores el nombre del Rey no podía ser citado, lo mismo que los súbditos de las tribus africanas primitivas de hoy tienen prohibido mencionar el nombre de su Jefe. Este tabú religioso puede ser debido a que los nombres tienen un significado mágico para los pueblos primitivos. El nombre era parte de la persona y, lo mismo que ocurría en Siam hace doscientos años, donde cualquiera que tocara el cuerpo del rey era castigado con la muerte, nadie podía pronunciar el nombre sagrado.

Si los micenios tenían prohibido esto, no es extraño que los nombres de sus reyes nunca aparezcan inscritos en las tumbas, ni que los muros de los palacios

micénicos y minoicos, aunque adornados con frescos que representaban seres humanos, carezcan de textos escritos.

En general yo creo que es más probable que la ausencia de inscripciones en las tumbas, de historias escritas y de poemas, sea debido al hecho que, en los tiempos de que hablamos (aproximadamente 1500 a 1100 a. C.), la escritura no fuera más que un instrumento utilitario y que los historiadores-poetas micénicos aprendieran de memoria sus poemas y los transmitieran oralmente de generación en generación.

## APÉNDICE "B"

### EL "EVEREST" DE LA ARQUEOLOGÍA GRIEGA

En el capítulo x describí el descubrimiento, hecho por Sir Arthur Evans en Cnosos, de "depósitos de tabletas de arcilla, enteras o en fragmentos, semejantes a las babilónicas pero con inscripciones en la escritura prehistórica de Creta. Debo tener ya unos setecientos fragmentos. Me siento muy satisfecho —escribió—, ya que esto es lo que vine a buscar a Creta..."

Eso era lo que había ido a buscar, pero por mucho que él y otros investigadores se esforzaron durante treinta años por descifrar aquella escritura misteriosa, lo único que pudieron averiguar es que las tabletas contenían inventarios, que existía un sistema numérico, y que algunos de los objetos que figuraban en las listas podían ser identificados como carros, caballos, hombres y mujeres, de acuerdo con las "pictografías" que aparecían al final de determinadas líneas. Todos los intentos que se hicieron para averiguar la base gramatical del idioma (en caso de que hubiera alguna) fracasaron.

Pero mientras escribía este libro, la escritura, o más bien una de sus formas, comenzaba a ser descifrada y ahora, más de cincuenta años después de que Evans descubriera las tabletas con la "Lineal B", ya se pueden leer en parte. Es más, parece seguro que el idioma en que están escritas es una forma arcaica del *griego*.

En el primer tomo de su *Scripta Minoa* Evans señala que hubo tres fases en la escritura de Creta. Primero, los jeroglíficos que aparecen en los más antiguos de los sellos de piedra grabados. Después surgió una forma de escritura más cursiva, a la que llamo "Lineal A". Por último apareció una tercera forma de escritura, una modificación de la "Lineal A", que Evans llamó "Lineal B". Ésta es la forma de la que se han encontrado más ejemplos y estaban en uso en la época de la destrucción de Cnosos. El mismo tipo de escritura ha sido encontrado en el continente, en lugares tales como Micenas y Pylos. Esta escritura "Lineal B" es la que ha sido descifrada parcialmente, gracias a los esfuerzos de un joven inglés llamado Michael Ventris, que no es ni arqueólogo ni filólogo profesional, sino arquitecto.

Hace diecinueve años la Escuela Británica de Atenas celebró su quincuagésimo aniversario con una exposición en Burlington House, Londres. Entre los conferenciantes figuraba Sir Arthur Evans, que entonces tenía ochenta y cuatro años, y entre el público se encontraba un colegial de trece años, que estudiaba a los clásicos en Stowe. El niño, Michael Ventris, oyó decir a Sir Arthur que las tabletas que había descubierto treinta y seis años antes seguían sin descifrar. Ventris quedó intrigado y decidió estudiar el asunto. Desde entonces trabajó en la solución de este problema que tardaría diecisiete años en resolver.

¿Por qué se tardó tanto en descifrar esa escritura? Principalmente porque no se disponía de ninguna clave bilingüe semejante a la proporcionada por la Piedra de Rosetta que ayudó a los egiptólogos a interpretar los jeroglíficos. Champollion y otros filólogos pudieron descifrar la escritura de los antiguos egipcios porque a) existía en la Piedra de Rosetta la misma inscripción escrita en el idioma del Antiguo Egipto y en griego, y b) porque ciertos elementos de aquel idioma antiguo todavía sobrevivían en la lengua copta. La Roca Behistun proporcionó el mismo tipo de clave para la escritura *cuneiforme* de Babilonia, pero los que intentaron resolver el misterio de la escritura minoica de las tabletas de arcilla cocida encontradas en el Palacio del rey Minos, no contaron con ayuda de esa clase. Los símbolos no tenían ninguna relación con ninguna forma de escritura conocida. Los arqueólogos buscaron en vano una clave

bilingüe, quizás un documento de embarque escrito en minoico y en griego. Todavía no se ha encontrado nada de este tipo. Entonces ¿cómo se llevó a cabo esta hazaña?

Cuando no existe clave bilingüe, hay otros métodos por los que uno puede intentar descifrar un idioma desconocido. Como el mismo Ventris dice:

Desde 1802, cuando Grotefend leyó por primera vez correctamente parte del antiguo silabario persa, la técnica básica necesaria para tener éxito en el desciframiento, ha sido probada y desarrollada con escrituras anteriormente consideradas ilegibles. Cada operación necesita ser planeada en tres fases distintas: un análisis detallado de los signos, palabras y contexto de todas las inscripciones disponibles, para conseguir todas las claves posibles en lo que se refiere al sistema ortográfico, significado y estructura del lenguaje; una sustitución experimental de valores fonéticos para llegar a palabras o inflexiones de algún lenguaje conocido o postulado; y una última comprobación, de preferencia con ayuda de material virgen, para asegurarse de que los resultados obtenidos no se deben a la fantasía, a la coincidencia o a un razonamiento circular.

(*Antiquity*, Vol. XXVII, diciembre de 1953)

Vamos a estudiar la primera fase de la operación: "el análisis detallado de los signos, palabras y contexto". Cuando existe material suficiente, se puede comenzar por escoger y clasificar las palabras y los signos, y cuántas veces y de qué modo una palabra, que comienza con el mismo grupo de signos, tiene diferentes terminaciones. Por ejemplo, si el lector se encontrara con un libro escrito en inglés, y no conociera el idioma ni ningún otro semejante, se daría cuenta de que las palabras *AND* y *THE*, se repiten más que las otras y que a veces se encuentran palabras que comienzan con los signos *G-R-O-W*, pero que terminan diferentemente, como *GROW... GROWING... GROWN*. Llegaría a darse cuenta de que había otras palabras diferentes pero con algunos de los signos, aunque no todos, iguales y con las mismas terminaciones que el otro grupo de palabras, por ejemplo, *THROW... THROWING... THROWN*. Después podría encontrarse con un obstáculo al comprobar que *ROW* y *ROWING* parecen seguir las mismas reglas gramaticales, pero que la tercera forma de la palabra, en vez de ser *ROWN* es *ROWED*. De este modo, si tiene material suficiente y bastante paciencia, habilidad y tenacidad, puede suponer una estructura gramatical y después, comparándola con la de otros idiomas conocidos, ver si existe alguna relación entre ellos y comprobar si las hipótesis hechas tienen alguna validez.

Esto es solamente un ejemplo de los procedimientos con que se puede atacar una forma de escritura. Otro método sería encontrar el número total de símbolos utilizados. Si, por ejemplo, hay veinticuatro signos, como en griego, es probable que la escritura sea de tipo alfabético, con cada signo representando una vocal o una consonante (aunque algunos de los antiguos idiomas, como el egipcio, no tenían signos que representaran sonidos vocales). Por otra parte, si hay, digamos, setenta u ochenta signos, el idioma probablemente es silábico y cada símbolo tendrá el valor de una consonante y una vocal, por ejemplo, un signo para *TA*, otro para *TO*, un tercero para *TE*, etc. Algunos de los sistemas de escritura silábica, como el hitita y el chipriota, han tenido suficiente con entre sesenta y ochenta signos.

Al principio Ventris se encontró con la dificultad de carecer de material.

"Cuando comencé —me dijo— sólo se habían publicado 142 de las 2.846 tabletas (y fragmentos de tabletas) encontradas por Evans. El trabajo que me fue más útil fue el realizado por Sundwall, un investigador finlandés, pues había tenido acceso a más tabletas que ninguna otra persona. De todos modos, progresábamos muy lentamente".

En 1939, el profesor Blegen, de la Universidad de Cincinnati, comenzó las excavaciones de Pylos, en el Peloponeso Occidental, patria de Néstor según la tradición, anciano consejero de los griegos en el sitio de Troya. Encontró un palacio micénico en el que había unas seiscientas tabletas con escritura "Lineal B". Estas tabletas, publicadas en 1951, probaban que aunque la escritura había dejado de usarse en Cnosos después del saqueo de 1400 a. C., doscientos años después todavía se utilizaba en el continente. En 1952, Sir John Myres, íntimo amigo de Evans, publicó el tomo segundo de *Scripta Minoa*, que Evans había dejado sin terminar. Este tomo contenía todas las tabletas con escritura "Lineal B" encontradas en Cnosos, lo que, con las tabletas encontradas en Pylos, proporcionó a Ventris nuevo material de gran valor.

Ya en 1940 se sabía que la escritura contenía unos setenta signos similares para representar sonidos además de los "ideogramas", o pequeños signos pictóricos representando carros, espadas, caballos, hombres y mujeres. Se sabía pues que la escritura era silábica, igual que el japonés moderno y los jeroglíficos de los hititas.

Las tabletas de Pylos, descubiertas por Blegen, fueron depositadas en el Banco de Atenas, pero Blegen las hizo fotografiar y uno de sus discípulos, Emmett L. Bennett Jr., las estudió y ayudó a prepararlas para su publicación. En 1947, después de ser desmovilizado del servicio criptográfico del Ejército de Estados Unidos, presentó una tesis sobre las tabletas en la que hizo una clasificación de los signos, más metódica que la de Evans. Ventris escribió un artículo en el *American Journal of Archaeology* en el que sugería que el idioma podía ser semejante al etrusco y que los etruscos quizás hablaron una lengua egea. Partiendo de esta hipótesis, trató de descifrar la escritura, pero su teoría estaba basada en demasiado poco material y no llegó a probar nada. Mientras tanto, entre 1944 y 1950, la difunta doctora Alice Kober, de Brooklyn, escribió diciendo que examinando las tabletas de Cnosos publicadas, se daba una cuenta de que existía una cierta unidad gramatical. Sugería también que estudiando el orden de las palabras y cómo cambiaban, es decir, observando las inflexiones y las terminaciones de las palabras, se podía llegar a conocer la gramática aunque no se supiera como pronunciar las palabras.

Ventris, mientras tanto, se había alistado en la Real Fuerza Aérea, donde sirvió como oficial navegante de bombarderos. Es algo típicamente suyo el haber elegido ser oficial navegante en vez de piloto, porque los problemas matemáticos que tenía que resolver al dirigir el vuelo de un avión parecían ofrecer mayor interés que su manejo. Cuando acabó la guerra, pudo volver a su pasatiempo, dedicándole todo el tiempo que le dejaba libre su profesión de arquitecto.

Hasta 1950 se había creído que la escritura "Lineal B" correspondía a un idioma que no era griego, lo mismo que la "Lineal A" (1700-1450 a. C.). Evans creía que la escritura "Lineal B" era una modificación de la "Lineal A", hecha cuando el gobernante de Cnosos centralizó el gobierno de la isla en su palacio y reformó sus métodos administrativos. Según él seguía siendo el mismo idioma pero mejor escrito. Sin embargo, el joven erudito americano Emmett L. Bennett no lo creía así. Hizo un detallado estudio de las dos escrituras y en 1950 publicó un artículo en el que señalaba ciertas diferencias capitales. Los *signos parecían los mismos, pero las palabras eran diferentes*. Para hacer esto más claro, aunque incurrimos en el exceso de simplificación, imaginemos a un marciano estudiando dos manuscritos: uno en inglés y otro en alemán, pero ambos usando el alfabeto latino. Al no conocer los idiomas y al ver que se usaban los mismos signos, muy bien pudiera creer a primera vista que los dos manuscritos estaban escritos en el mismo idioma. Solamente después de estudiarlos cuidadosamente comprendía que se trataba de dos idiomas distintos, en los que se usaban los mismos signos.

Este descubrimiento capital sugirió que se enfocara el problema de la escritura "Lineal B" desde un nuevo punto de vista. La primera forma de escritura, la "Lineal A", había sido utilizada en Creta durante muchos siglos. De pronto, comienza a utilizarse

un nuevo sistema, aunque usando los mismos signos. Y este nuevo sistema es utilizado no solamente en Creta a fines del Período Minoico Reciente sino también en el continente hasta siglos después. Wace y otros arqueólogos consideraban que durante este período la influencia del continente fue muy intensa en Cnosos y que, en realidad, los micenios, que eran de origen griego, muy bien pudieron haber conquistado Cnosos *¿Podría ser la escritura "Lineal B" una forma arcaica de griego, en la que se usara el silabario minoico?* Esta posibilidad ya se le había ocurrido a Ventris, y mantuvo correspondencia con Bennett para poner a prueba su teoría. Se encontraba a punto de hacer un descubrimiento sensacional.

Las seiscientas tabletas encontradas por Blegen en Pylos y que fueron publicadas en 1951, le proporcionaron nuevo material, así como el tomo segundo de *Scripta Minoa*, de Myres, publicado un poco después. Este último tomo, basado en el material recogido por Evans hacía cincuenta años, podía muy bien contener algunos errores, de modo que Emmett L. Bennett fue a Herácleo, en Creta, para ver los originales en el museo. Los dos jóvenes investigadores siguieron en contacto y entre la primavera de 1951 y 1952, Ventris trabajó en la escritura, probando y desechando teorías y partiendo cada mes de un punto de vista diferente. A intervalos regulares mandaba copias de su trabajo y de sus conclusiones a otros investigadores, para que las estudiaran y le dieran su opinión.

En mayo de 1952 el profesor Blegen se encontraba nuevamente en Pylos, excavando el palacio de Néstor. Exploró el otro extremo del cuarto del archivo, donde había encontrado las seiscientas tabletas en 1939. Para gran regocijo suyo se encontró otras cuatrocientas, entre las que se hallaban las mitades de algunas de las que había encontrado rotas en 1939. Se las encargó a Bennett para que preparara su publicación y el contenido de algunas de ellas fue comunicado a Ventris y a otros investigadores a principios de 1954.

Es imposible tratar de explicar en este libro los métodos seguidos por Ventris, y los lectores que quieran estudiar este asunto en mayor detalle deberán leer la exposición de su teoría en el artículo "Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives", que publicó en *Journal of Hellenic Studies*, Tomo LXXIII (1953), en colaboración con John Chadwick, filólogo de Cambridge. Sin embargo, podemos explicar brevemente que preparó un gran expediente donde demostraba, por ejemplo, cuántas veces aparecía determinado signo, cuántas veces aparecía al final de una palabra, cuantas veces en medio, cuantas veces al principio, etc. Entonces él y otros investigadores comenzaron un largo proceso de análisis, llegando gradualmente a conocer la aparente estructura gramatical del antiguo idioma y la relativa frecuencia y relaciones de los signos fonéticos en que estaba escrito. Ventris escribe:

Una vez conocidos los valores de un silabario, sus signos pueden ser ordenados en una tabla en la que cada columna corresponde a una vocal y cada línea horizontal a una consonante. Una parte principal del análisis consistió en ordenar los signos lo mejor posible *antes* de atribuirles valores fonéticos. Esto fue posible gracias a las pruebas indudables de que ciertos grupos de signos tenían la misma vocal (por ejemplo, *no ro to*), y otros la misma consonante (por ejemplo, *wa we wi wo*).

Había también varios pares de combinaciones que se alternaban de tal modo que parecían corresponder a la forma masculina y femenina de una misma palabra, y el Dr. Kober descubrió la existencia de inflexiones.

Durante los quince meses que siguieron a la publicación hecha por Bennett de las tabletas de Pylos, Ventris llegó a formarse una cierta idea de la estructura gramatical del idioma "Lineal B" y a fijar las posiciones relativas de muchos de los signos en su tabla.



Parece haber ahora —escribe en su cauteloso estilo de erudito— material suficiente para hacer un experimento razonablemente controlado de asignación de valores fonéticos.

De este modo, después de años de investigación preliminar, de clasificación y análisis, llegó a la segunda fase de la operación "una sustitución experimental de los valores fonéticos para llegar a palabras e inflexiones de algún lenguaje conocido o postulado".

Todos los intentos anteriores de desciframiento —escribe Ventris— se habían basado, para fijar valores claves fonéticos, en la supuesta similitud de los signos de la escritura "Lineal B" y los del silabario clásico chipriota, cuyos valores son conocidos.

¿Qué es el "silabario chipriota"? El Sr. R. D. Barnett, Encargado del Departamento de Antigüedades Egipcias y Asirías del Museo Británico, escribe:

Por algún tiempo se ha creído que el idioma de los tiempos homéricos probablemente se parecía más que a ningún otro a los dialectos arcaicos que todavía existían en los tiempos clásicos, aislados por las posteriores invasiones dóricas y jónicas y limitados a Chipre y, en el continente, al distrito montañoso de Arcadia. Esta hipótesis parece que pronto será confirmada en forma inesperada. Cuando se produjeron las invasiones dórica y jónica, a principios de la Edad de Hierro, la civilización micénica desapareció y con ella todo recuerdo del arte de escribir, con excepción del de la tableta inscrita con ominosos "signos" que Proito dio a Belerofonte para que la llevara al rey de Licia, donde en realidad pedía que lo mataran.

Esta teoría de que la escritura "Lineal B" puede estar relacionada con el silabario chipriota, aunque tentadora no puede ser demostrada todavía. El silabario tiene pocas semejanzas superficiales con las escrituras "Lineal A" o "B", con excepción de las formas de algunos de los signos elementales.

Las diferencias —escribe Ventris— pueden ser debidas a una reducción en tamaño y a una técnica de escribir más "cuneiforme", pero hacen casi imposible el encontrar un paralelo entre la escritura "Lineal B" y el silabario disco chipriota. No hay duda de que los valores de los signos "Lineal B" deben ser fijados partiendo de pruebas internas, y para satisfacer la tabla y las inflexiones ya encontradas, *independientemente de otros sistemas de escritura, aunque parezcan tener alguna relación.*<sup>1</sup>

Ventris decidió seguir un camino independiente y dirigió su atención a los estudios de Alice Kober, que había estado investigando la escritura "Lineal B" durante la guerra, habiendo logrado definir algunas inflexiones. Entre las palabras que estudió figuraba una serie que se repetía con frecuencia en diferentes contextos en tres formas diferentes. La doctora Kober llamó a estas palabras "paradigmas", y Ventris "tripleto". Ventris pensó que probablemente se trataba de los nombres de las principales ciudades cretenses y de sus adjetivos correspondientes.

---

<sup>1</sup> La cursiva es del autor.

## Cottrell, Leonard - El toro de Minos

Una de las características de la mayoría de los idiomas de escritura silábica —escribió— es que los signos de las vocales A, E, I, O, U, son muy corrientes en posiciones iniciales, y el primer signo del primer "tripleto" sugirió el valor A a Kober y a Ktistopoulos. El paso decisivo consistió en identificar las primeras palabras con Amniso y sustituir valores de los signos que convertirían a las otras palabras en Cnosos, Tiliso, Faestos y Likto:

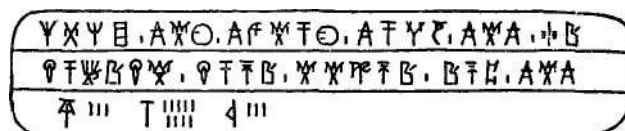
A-mi-ni-so	Ko-no-se	Tu-ri-so	Pa-i-to	Ru-ki-to
A-mi-ni-si-jo	Ko-no-si-jo	Tu-ri-si-jo	Pa-i-ti-jo	Ru-bi-ti-jo
A-mi-ni-si-ja	Ko-no-si-ja	Tu-ri-si-ja	Pa-i-ti-ja	Ru-bi-ti-ja

Como ya se había asignado sitios en la tabla a unos cincuenta signos, la sustitución en estas cinco palabras fijó automáticamente la posición de casi todos por una especie de reacción en cadena. Si estos nombres no correspondían a la realidad, el sistema resultante de valores sería inevitablemente un rompecabezas sin sentido, con el que no se podría sacar el menor sentido a los textos ni por arte de magia.<sup>2</sup>

Pero *no* resulto un "rompecabezas sin sentido". Cuando Ventris comenzó a aplicar los valores fonéticos experimentales a las declinaciones que ya había analizado, se vio sorprendido con que "concordaban no solamente con el sistema griego conocido de declinaciones, sino sobre todo con sus formas más arcaicas, sacadas de los dialectos homérico y otros".

Ventris se encontraba ya en la tercera etapa de la operación "una comprobación definitiva, de preferencia con ayuda de material virgen, para asegurarse de que los resultados obtenidos no se deben a la fantasía, a coincidencias o a un razonamiento circular". En un principio, como Evans y otros investigadores, había partido de la base de que aquel idioma desconocido era minoico y que no tenía la menor relación con el griego ni con ningún otro idioma conocido. Pero ahora, atribuyendo en forma experimental valores griegos a los signos, se dio cuenta de que aquel idioma podía leerse como una forma arcaica del griego y que las semejanzas se repetían con demasiada frecuencia para ser meras coincidencias.

Por ejemplo, en esta tableta de Pylos:



si uno atribuye a los signos los valores que les dio Ventris, en griego leeríamos:

"Hiereia echei-que, euchetoi-que etonion echeen theon, ktinoochons de ktionaon kekeimenaon onata echeen. (Tossonde spermo,) TRIGO 3-9-3",

que en español sería:

Esto tiene la sacerdotisa en depósito, y solemnemente declara que el dios es el verdadero propietario, pero los que ocupan los lotes disfrutan de lo que en ellos siembran. (Una determinada cantidad de simiente) 3-57/60 unidades.

<sup>2</sup> Ventris: "Greek Records in the Minoan Script", *Antiquity*, Tomo XXVII, diciembre, 1953.

Otra tableta, procedente de la armería de Cnosos, puede leerse como sigue:

Hiquia, phoinikia harrarmostemena, araruia haniaphi, wirinios "o-po-qo"  
keraiaphi oppi(sta?) iaphi, ou-que "pte-no"; CARRO 1.

que en español sería:

Vehículo de caballo, pintado rojo, con carrocería montada, equipado con  
riendas, la barandilla (?) de madera de higuera silvestre con juntas de  
cuerno; y el *pte-no* falta, 1 CARRO.

La comprobación del resultado consiste simplemente en ver si tiene sentido. Al parecer sí lo tiene. Por ejemplo, hay un inventario de espadas, fáciles de reconocer por un pictograma que ilustra con gran claridad esta arma. Termina con un número y el "total" *to-sa paka-na* (tantas espadas). El equivalente griego clásico de esto sería *tossa phasgana*, que es griego correcto y que tiene sentido. Hay otra tableta que tiene un pictograma que representa ruedas de carro. La descripción que acompaña a este pictograma, leída con los valores dados por Ventris, describe las ruedas como *kakodeta o kakia* ("envueltas en bronce" o "de bronce"). Desde luego parece que el sistema es aplicable.

Lo más extraordinario de todo es que dos tabletas procedentes de Cnosos y una de Pylos, descifradas con el sistema de Ventris, tienen los nombres de dioses griegos la "señora Atenea", Enyalios (antiguo nombre de Ares), Pan, Poseidón, Zeus, Hera y "la Señora".

John Chadwick, otro erudito británico que trabajó con Ventris, hace notar que "es verdaderamente sorprendente el encontrar nombres que pueden leerse como Héctor y Aquiles, (pero ni Néstor, ni Minos)..."

Sin embargo, todos los ejemplos antes citados fueron tomados de las primeras excavaciones de Evans y Blegen. No correspondían a la categoría de "material virgen", desconocido anteriormente, que Ventris necesitaba para su "comprobación definitiva". Pero en 1952 se encontró en Pylos una tableta, casi del valor de una inscripción bilingüe. En ella aparecen dibujos de trípodes y vasijas. Ventris, al leer los signos que acompañan a los dibujos, dio los valores de *ti-ri-po-de*, sin duda alguna palabra griega que significa "trípode". El resto de la tableta sigue igual, probando así que el desciframiento fue correcto. Otras tabletas han proporcionado los mismos resultados satisfactorios.

Ventris es muy modesto en lo que atañe a su hazaña y, al final de su artículo en *Antiquity*, dice cauteloso:

Se tiene alguna duda sobre si el material de escritura "Lineal B" con que se cuenta hasta ahora es lo bastante abundante para proporcionar una prueba indiscutible de que se ha encontrado la solución, pero se espera poder hacer una comprobación definitiva con las tabletas, todavía sin publicar, encontradas en Pylos por Blegen en 1952 y 1953. De todos modos, no preveo una competencia seria de otros sistemas de desciframiento, no por orgullo personal sino por esta ventaja extraordinaria si las tabletas están escritas en griego, es muy difícil que puedan ser explicadas en forma distinta a la que hemos propuesto, pero si no lo están, se trata de un idioma que, en las circunstancias actuales, no puede descubrirse.

R. D. Barnett, Encargado de las Antigüedades Egipcias y Asirias del Museo Británico, escribiendo en el *Manchester Guardian Weekly*, sobre la hazaña de Ventris, encontró la calificación apropiada para ella: "el Everest de la arqueología griega". En realidad eso es lo que representa. Lo que más decepción causa al profano es el que ahora que parece que se ha logrado descifrar la misteriosa escritura después de más de medio siglo de esfuerzos, todo lo que se ha encontrado, como Evans y otros habían sospechado, son inventarios. Es lo mismo que si un futuro excavador, buscando una clave para descifrar la desconocida lengua inglesa, y habiendo oído hablar de un gran poeta llamado Shakespeare, se encontrase con la cuenta de alguna lavandera.

Pero lo importante es que, suponiendo que Ventris tenga razón en sus conclusiones (y parece que no existe la menor duda sobre esto), los eruditos tienen ya la clave de la escritura minoico-micénica en caso de que aparezcan inscripciones más interesantes. Es sorprendente que un pueblo tan brillantemente dotado, cuyas hazañas fueron immortalizadas por los poemas épicos de Homero (que quizás estuvieron realmente basados en poesía oral transmitida desde aquella remota época) no haya dejado otros documentos escritos aparte de estos inventarios. Sus contemporáneos, los egipcios, nos han dejado inscripciones funerarias, anales históricos, narraciones, poemas y cartas. Lo mismo pasa con los pueblos del Valle del Éufrates. Los micenios debieron tener contacto con estas civilizaciones contemporáneas y así lo prueban los objetos encontrados en sus ciudades, pero no nos dejaron ningún documento escrito de su historia a no ser que consideremos como tales los poemas de Homero, que fueron escritos muchos siglos después de que el último rey aqueo reinara en Micenas.

Homero menciona la escritura solamente en una ocasión. Hay un pasaje en la *Ilíada*, Libro VI, en el que Glauco, el hijo de Hipoloco, reta a Diómedes, "el del potente grito de guerra", a combate singular. En uno de esos largos párrafos discursivos, en que los héroes homéricos se hablan unos a otros antes de comenzar la lucha, Diómedes pregunta si Glauco es hombre o un dios disfrazado, ya que, dice, "no soy hombre capaz de luchar contra los dioses del cielo. Pero si eres un mortal como nosotros, que ara la tierra para obtener alimento, acércate y encontrarás la muerte pronto".

Glauco, para tranquilizarlo, le cuenta la historia de la familia. Desciende, dice, del temible Belerofonte, hijo de Glauco y nieto de Sísifo ("pillo tan astuto como nunca hubo"). Belerofonte era súbdito del rey Proito, noble mucho más poderoso que él mismo. La reina Anteia, esposa de Proito, se enamoró del bello joven, "que poseía todos los encantos masculinos, y le pidió que satisficiera su pasión en secreto. Pero Belerofonte, que era un hombre honrado, se negó".

En vista de ello, como la mujer de Putifar, la reina le dijo a su esposo que Belerofonte había tratado de forzarla y pidió a Proito que lo matara o que muriera. Proito no se atrevió a matar a Belerofonte, así es que lo mandó a Licia, y en ese momento Homero menciona la escritura por primera y única vez:

...lo envió a Licia con siniestras credenciales suyas. Le dio una tableta doblada en la que había trazado cierto número de signos misteriosos con significado mortal, y le dijo que se la entregara a su suegro, el rey de Licia, lo que ocasionaría su muerte.

El rey de Licia encargó a Belerofonte varias tareas duras y peligrosas, esperando que muriera, pero el joven triunfó en todas ellas aun cuando el rey le tendió una emboscada.

Escogió los mejores hombres de toda Licia y los emboscó. Ni uno solo volvió a casa. El incomparable Belerofonte los mató a todos. Por fin el rey comprendió que era un verdadero hijo de los dioses.

Hasta hace poco se consideraba que este pasaje de la *Ilíada* era una interpolación posterior, pero Stubbings escribe:

No hay razón para creer que esto no se refiere a la escritura minoica o micénica, y yo opino que así es. No es posible identificar los materiales de la escritura porque dice muy poca cosa. Todavía no se sabe mucho sobre las relaciones de los micenios con Licia, en Asia Menor, pero confío en que algún día se sepa más aunque sería mucho esperar encontrar la orden de muerte de Belerofonte a que Homero hace referencia.

Es también interesante ver que, además, Belerofonte pertenece a una generación anterior de héroes, decididamente anterior a los ejemplos conocidos de escritura "Lineal B".

De este modo la antorcha pasa de mano en mano de Schliemann a Evans, de Evans a Ventris y Papadimitriou, de Ventris y Papadimitriou ¿a quién? Porque aunque se han salvado escollos difíciles y se presentan nuevos panoramas, el fin está todavía muy lejos. Hace falta aun trabajar mucho en las tabletas, pues en realidad la labor acaba de comenzar. Además todavía queda por descifrar la escritura "Lineal A", que bien pudiera ser el verdadero minoico y quizás eluda todos los intentos de desciframiento por muchos años.

Para terminar, vamos a echar una ojeada al futuro y ver los problemas y las posibilidades que se presentan con estos nuevos descubrimientos. Ahora parece posible que los pueblos de raza griega dominaran Cnosos a fines del Período Minoico Reciente. El profesor Wace ha creído desde hace mucho que durante el Minoico Reciente II (1500-1400 a. C.) Cnosos estuvo bajo la influencia del continente. Esto parece más probable con la prueba de que se escribía en griego en aquella época. En una carta que dirigió a *Antiquity* y que fue publicada en marzo de 1955, dice:

Desde hace bastante tiempo algunos de nosotros hemos dicho que durante el M. R. II en Cnosos (aun que no en el resto de Creta) existieron características que corresponden al continente: tumbas de colmena, salas del trono, el estilo palatino, objetos de alabastro, imitaciones de cazos efirianos, etc. Del mismo modo, como Luisa Banti señala, los frescos de Cnosos están más de acuerdo con el continente que con el resto de Creta. Además solamente en Cnosos, de toda Creta, se encuentra la escritura "Lineal B", que ha aparecido también en tabletas de Pylos y Micenas y en vasijas de Tebas, Micenas, Orcómenos, Tirinto y Eleusis. La escritura "Lineal B" está más extendida en el continente que en Creta, y además es griego. No hay duda de que en el M. R. II había griegos en Cnosos. Los micenios eran griegos, se trataba de un pueblo del Heládico Medio, tal como evolucionaron después de relacionarse con la civilización minoica y el Cercano Oriente durante el Heládico Reciente I o más bien desde poco antes de terminar el Heládico Medio hasta el final del Heládico Reciente I. De este modo el desciframiento de las tabletas confirma el resultado al que ya se había llegado por medios arqueológicos.

Todavía hay otro aspecto. La primera fecha conocida para el alfabeto fenicio, en la forma en que fue adoptado por los griegos, es en siglo VIII a. C. Los historiadores consideraban que después de la invasión doria hubo una Edad de Tinieblas durante la cual los griegos eran analfabetos. Ahora sabemos que la escritura micénica "Lineal B"

fue utilizada hasta la caída de Pylos, probablemente hacia fines de la Edad de Bronce. Wace formula la pregunta siguiente:

¿Es posible que un pueblo tan inventivo, inteligente y despierto como el griego dejara alguna vez de leer y escribir después de haber aprendido a hacerlo?

Quizás el final de la escritura "Lineal B" y el principio del alfabeto fenicio se traslaparon.

Si descubriéramos —escribe Wace— un lugar habitado desde la Edad de Bronce Reciente a la Edad de Bronce Antigua y a la Edad de Hierro Antigua, podríamos quizás encontrar tabletas en ella. Todo nuestro conocimiento de este período proviene de tumbas.

Lo que hace falta ahora son más documentos de Pylos, de Micenas y de otras zonas, y un centro habitado de la Edad de Hierro Antigua para descubrir cuál era la situación de la escritura y del lenguaje en aquella época. La llamada Edad de Tinieblas, según Wace, está en tinieblas solamente para nosotros.

Nos encontramos en vísperas de grandes descubrimientos. Ya no podemos hablar de la Grecia prehelénica, porque desde el año 2000 a. C., en adelante, los griegos se encontraban en Grecia y el arte micénico es la primera gran manifestación del arte griego... Uno querría poder aplicar a la invasión dórica los mismos métodos de estudio y la misma técnica arqueológica que la que ha arrojado tanta luz sobre la llegada de los anglosajones a Gran Bretaña y sobre nuestros propios orígenes, estos dos problemas tienen mucho en común.

CONS.	VOCAL 1	VOCAL 2	VOCAL 3	VOCAL 4	VOCAL 5
(H-)	A AI	E A	I Y	O B	U F
D-	DA f	DE X	DI T	DO P	DU K
J-	JA B	JE X		JO P	
K- G- CH-	KA ⊕	KE KWE? B	KI Y	KO P	KU G?
M-	MA M	ME P	MI V	MO P	
N-	NA NWA? X	NE NEKO? P	NI Y	NO X	NU M
P- B- PI-	PA f	PE PTE M	PI A	PO P	PU M
QU- GU-		QE ⊖	QI? T	QO T	
R- L-	RA RJA H	RE Y	RI Z	RO RJO f	RU T
S-	SA Y	SE P	SI A	SO P	SU E
T- TH-	TA TJA? P	TE P	TI A	TO P	TU P
W-	WA H	WE Z	WI M	WO P	
Z-		ZE P		ZO T	ZU? G

Tabla con los valores fonéticos sugeridos, correspondiendo a 68 de los 88 signos del sistema "Lineal B".

## BIBLIOGRAFÍA

El autor y los editores agradecen la colaboración que, respecto a las citas, han prestado: The Clarendon Press, J. M. Dent & Sons, Ltd; W. D. Hogarth, Esq; *The Illustrated London News*; Loeb Classical Library; Longmans, Green & Co., Ltd; Macmillan & Co., Ltd; Methuen & Co., Ltd; Penguin Books, Ltd; Putnam & Co., Ltd; The Society for the Promotion of Hellenic Studies y *The Times*. [Todas las citas se han traducido del inglés, menos las tomadas de Esquilo y de Plutarco (T)]

*Academy*. Enero a junio de 1896, vol. 49.

*American Journal of Archaeology*. Julio de 1950, vol. 54, núm. 3.

*Biblia*, La.

Blegen, Carl W. y otros: *Troy* Vol. 1, partes 1 y 2. Princeton University Press, 1950.

Breasted: *Ancient Records of Egypt*.

British School at Athens. 2ª Sesión, 1895-6. Macmillan.

Bury, J. B.: *History of Greece*. Macmillan, 1951.

*Cornhill Magazine*. Enero a junio de 1903, vol. XIV.

Courtney, W. L.: *Fortnightly Review*, vol. LXXXIV, 1908.

Esquilo: *Agamenón*. Trad. Juan R. Salas, Espasa Calpe, Argentina, 1941. (Col. Austral, 224).

Evans, Sir Arthur: *The Palace of Minos*. Macmillan.

Evans, Joan: *Time and Chance*. Longmans-Green, 1943.

Forsdyke, E. J.: *Minoan Art*. Humphrey Milford. (British Academy, vol. XV.).

Frazer, Sir J. G.: *Apollodorus*. Heinemann, 1946. (The Loeb Classical Library, II).

Glötz, G.: *The Aegean Civilization*. Kegan Paul, Trench, Trübner, 1925.

Grote, G.: *History of Greece*, vol. I. J. M. Dent.

Hall, H. R.: *The Civilization of Greece in the Bronze Age*. Methuen, 1923. (The Thind Lectures).

Hawes, B. M. y H. W.: *Crete the Forerunner of Greece*.

Homero: *La Ilíada*. Versión de E. V. Rieu, Penguin.

Homero: *La Odisea*. Versión de E. V. Rieu, Penguin.

*Journal of Hellenic Studies*. Macmillan; vol. 32, 1912; vol. 33, 1913; vol. 49, 1929.

Karo: *The Shaft Graves*.

Lang, A.: *The world of Homer*. Longmans-Green, 1910.

Leaf, W.: *A Study in Homeric Geography*. Macmillan, 1912.

Leaf, W.: *Homer and History*. Macmillan, 1915.

Leaf, W.: *Troy*. 1912.

Lorimer, H. L.: *Homer and the Monuments*. Macmillan, 1950.

Ludwig, E.: *Schliemann of Troy*. Putnam, 1931.

Murray, G.: *Agamemnon*. Allen & Unwin.

Murray, G.: *The Rise of the Greek Epic*. Clarendon Press, 1924.

Myres, Sir John Linton: *Who were the Greeks?* Univ. of California Press, 1930.

Newbolt, Henry, ed. *Monthly Review*. Vol. 2, enero a marzo de 1901.

Nilsson, M. P.: *Homer and Mycenae*. Methuen, 1933.



Nilsson, M. P.: *The Minoan and Mycenaean Religion*.

Ovidio: *Las Heroidas*. Versión de H. Y. Riley. H. G. Bohn, 1852.

Ovidio: *Las metamorfosis*. Versión de A. Golding. De la More Press, 1904.

Pendlebury, J.: *The Archaeology of Crete*. Methuen.

Plutarco: *Vidas paralelas: Teseo*. Calpe, Madrid-Barcelona, 1919. (Col. Universal, 49).

Rhys Carpenter: *Folk Tale, Fiction and Saga in the Homeric Epics*. Univ. of California Press, 1946.

Rose, H. J.: *A Handbook of Greek Literature*. Methuen, 1934.

Schliemann, H.: *Ilios—City and Country of the Trojans*.

Schliemann, H.: *Trojan Antiquities*.

Schliemann, H.: *Mycenae and Tiryns*. John Murray, 1878.

Schliemann, H.: *Tiryns*.

Schuchhardt, C.: *Schliemann's Excavations*. Macmillan, 1891. "Symposium of the Homeric Problem" V. arriba, *American Journal of Archaeology*.

Tsountas y Manatt: *The Mycenaean Age*.

Tucídides: *Historia*. Versión de Crawley. Dent.

Wace, Alan: *Mycenae*. Oxford University Press.

Woodhouse, W. J.: *The Composition of Homer's Odyssey*. Clarendon Press, 1930.